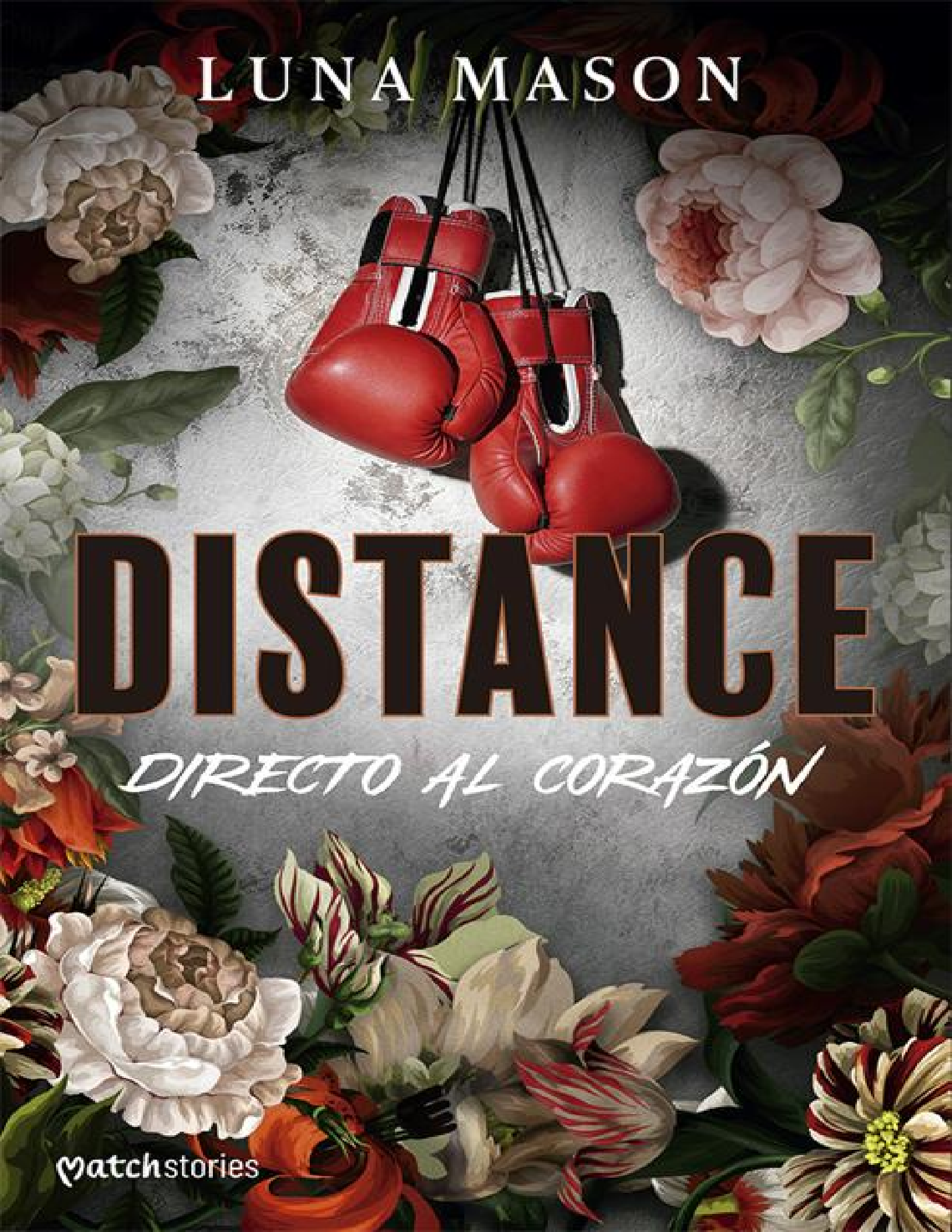




LUNA MASON

DISTANCE

DIRECTO AL CORAZÓN

matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Nota de la autora

Playlist de canciones

1. Sienna

2. Sienna

3. Keller

4. Sienna

5. Keller

6. Sienna

7. Keller

8. Sienna

9. Keller

10. Sienna

- 11. Keller**
- 12. Sienna**
- 13. Sienna**
- 14. Keller**
- 15. Keller**
- 16. Sienna**
- 17. Sienna**
- 18. Keller**
- 19. Sienna**
- 20. Sienna**
- 21. Keller**
- 22. Sienna**
- 23. Sienna**
- 24. Keller**
- 25. Keller**
- 26. Sienna**
- 27. Keller**
- 28. Sienna**
- 29. Keller**

30. Keller

31. Sienna

32. Sienna

33. Keller

34. Sienna

35. Keller

36. Keller

37. Sienna

38. Keller

39. Sienna

Epílogo

Distance para siempre

Keller

Sienna

Keller

Sienna

Keller

Sienna

Keller

Entrevista con Keller Russo, El Asesino

Créditos

DISTANCE

Directo al corazón

Luna Mason

Traducción de María del Puerto Barruetabeña Diez

atchstories

*Este libro está dedicado a todas las lectoras
que necesitan escapar de la realidad
y a las que un sicario de la mafia tatuado
y de moral cuestionable les haya dicho
que son «buenas chicas».
No dejéis de devorar estas páginas.
Yo estoy con vosotras.
Y Keller os está esperando...*

Nota de la autora

Distance es una novela romántica independiente ambientada en el mundo de la mafia. Incluye contenido y situaciones que les pueden resultar incómodos a algunos lectores.

Este libro tiene lenguaje y contenido sexual explícito, y está catalogado para lectores mayores de dieciocho años.

Playlist de canciones

On Your Knees – Ex Habit

Chokehold – Sleep Token

Legends Are Made – Sam Tinnesz

Love Me – Ex Habit

Sugar – Sleep Token

Worship – Ari Abdul

Follow You – Bring Me The Horizon

Reflections – The Neighbourhood

Where Are You? – Elvis Drew, Avivian

Lovely – Billie Eilish, Khalid

Shameless – Camila Cabello

Let It All Go – Birdy, Rhodes

Godspeed – Wage War

X Gon' Give It to Ya – DMX

Death Wish Love – Benson Boone

1

Sienna

Ya está. Diez días sin parar de llorar es más que suficiente.

Mi diminuto dormitorio está completamente a oscuras, gracias al maravilloso invento de los estores opacos. Estoy acurrucada bajo el edredón, rodeada de pañuelos de papel llenos de mocos, y mi contacto con los hermanos Salvatore es lo más cercano a una interacción humana que he tenido desde ya ni recuerdo cuándo. Mi vida no es más que una sucesión de desastres.

Hace diez días me encontré a mi prometido (ahora ex) tirándose a una rubia de piernas largas sobre la encimera de la cocina. Estaba tan concentrado en entretener a su invitada que no se dio cuenta de mi presencia hasta que le tiré el anillo de compromiso a la cabeza y salí de allí hecha una furia. Solo recordarlo me da escalofríos.

El capullo insistente ahora mismo está atormentado por la culpa y, a pesar de que lo he bloqueado de todas las formas posibles, sigue intentando hablar conmigo.

Durante los diez días que llevo evitando la luz del sol y regodeándome en mi dolor, me he dado cuenta de algo. Mi pena no es, específicamente, por que Jamie me haya puesto los cuernos. Llevo toda la vida cuidándome sola, desde antes de abandonar el hogar de mi familia tóxica en Londres. A los dieciocho dejé atrás toda mi vida y aproveché una beca para estudiar Sociología en la Universidad de Columbia. La adolescente que era entonces, que

afrontaba la vida con una determinación renovada, se cabrearía mucho conmigo si me viera en este estado.

Cojo el teléfono de la mesita vacía y la luz de la pantalla casi me ciega. Tengo que parpadear varias veces para alejar las lágrimas de mis ojos y enfocar. Veinticuatro llamadas perdidas y tres mensajes. Me masajeo las sienes, porque está a punto de reventarme la cabeza, y abro la última avalancha de mensajes propios de Jekyll y Hyde.

Desconocido: Nena, llámame.

Lo siento mucho. No es lo que crees.

Dudo que se pueda confundir con otra cosa esa forma de embestir a otra tía. Al leerlo casi me echo a reír.

Desconocido: Te necesito, te echo de menos, llámame.

Desconocido: Sabes que me NECESITAS, supéralo ya.

Sienna Anderson: Vete a la mierda.

Siento una oleada de furia y tiro el teléfono, que hace un ruido seco al estrellarse contra el suelo. Dejo caer la cabeza en mis cojines rosas peludos con un resoplido y permito que las lágrimas caigan libremente por mis mejillas. Estaba casi feliz. Tengo un buen trabajo fijo como asistente jurídica en uno de los diez mejores bufetes de Manhattan, cuyo único problema es que no se trata del trabajo de asistente social con el que sueño. Tenía un prometido. No era una historia de amor y pasión arrebatadora, pero me sentía segura con él. Aunque sabía que me faltaba algo y no quería reconocerlo,

porque al menos había logrado huir de mi antigua vida de Londres y lo que tenía era mejor.

Ese es siempre mi problema, que quiero más, más de la vida y de las relaciones, y eso es lo que me ha traído hasta la situación en la que estoy. Tengo un fuego en mi interior que me dice que puedo conseguir algo mejor, así que sigo esforzándome por no convertirme en mi madre.

Aunque ahora mismo, solo con añadir una botella de vodka, el parecido es más que evidente. Estoy hecha un absoluto desastre.

—Yo siempre te elegiré a ti. —La voz profunda de Damon Salvatore, que sale de la pequeña pantalla plana que tengo sobre la cómoda, resuena en mi habitación. ¿En el fondo no estamos todas secretamente enamoradas de un chico malo?

Jamie era dulce, fiable y seguro. Tres cosas que creía que necesitaba, pero que no tenían nada que ver con lo que quería. Él me animó a encontrar un trabajo que me diera estabilidad económica y sirviera para establecer una base, que más adelante me permitiría intentar cumplir mis sueños. Teníamos citas. Me preguntaba qué tal me había ido el día cuando regresaba a casa del trabajo. Pero siempre me faltó algo. Nunca hubo chispa. Al menos por eso me siento aliviada. No voy a tener que volver a fingir un orgasmo con él nunca más. No era un mal amante, pero no era suficiente. Un día, cuando se me ocurrió pedirle que me apretara la garganta, se quedó parado y me miró como si tuviera dos cabezas. Por supuesto, nunca volví a sugerirle nada en el terreno sexual. Pero, madre mía, no dejaba de fantasear con encontrar un hombre que me lo hiciera.

Siempre me abría la puerta con una sonrisa, pero nunca me daba un azote cuando cruzaba el umbral. Yo no necesito ternura y dulzura; mi madre jamás me abrazaba, ni siquiera en mi

cumpleaños. Lo que deseo es que me agarren, me posean y me utilicen. No sé si está mal, teniendo en cuenta lo tremendamente independiente que soy en otros aspectos de mi vida y desde muy joven, pero eso también es parte de mí. Necesito algo que me encienda por dentro.

Tal vez algún día lo consiga.

He leído bastantes novelas románticas, pero no de las dulces y cariñosas, con finales perfectos de felices para siempre. A mí me gustan las más oscuras de todas, esas en que la mitad del libro está llena de sexo tórrido y sucio y en las que el cabronazo del amante alfa le envía a la chica la mano de su enemigo en una caja con un lazo. Igual es que no estoy entendiendo bien todo esto del romanticismo.

La puerta del apartamento se abre con brusquedad y se oye el tintineo de unas llaves al caer en un cuenco de cristal. El repiqueteo de unos zapatos de tacón de aguja sobre el suelo de roble resuena por todo el piso y cada vez se oye más fuerte. Mierda, le prometí a Maddie que hoy iba a salir por fin de mi hibernación. Pero ahora mismo sigo en el extremo opuesto a esa promesa.

—¡SIENNA ANDERSON, espero que eso que estoy oyendo no sea la voz de Damon Salvatore saliendo de la tele de tu habitación o te vas a enterar! —grita Maddie desde el pasillo, y yo me encojo un poco. Creo que soy la peor compañera de piso de la historia.

Me lanzo a los pies de la cómoda cama de matrimonio para revolver frenéticamente la exagerada cantidad de cojines decorativos que tengo amontonados allí en busca del mando de la televisión. Pero, un segundo después, me arden los ojos por el torrente de luz natural que entra por la puerta, que se acaba de abrir. «Dios, es posible que me esté convirtiendo en vampira».

Miro a mi amiga y pongo mi mejor cara de «perdóname, porfi».

—No. Se acabó, Sienna. No puedo seguir viéndote así ni un minuto más. —Entra decidida y agarra el mando, que estaba debajo de un cojín rosa con volantes.

—No te atrevas a apagarlo, Maddie —gruño. Sí, es un gruñido, e intento hacer un movimiento de ninja para arrebatárselo el mando, pero no sirve de nada.

El silencio me resulta ensordecedor.

Maddie me atraviesa con la mirada y frunce el ceño.

—Sienna, sé que lo estás pasando mal, pero necesito que vuelvas, por favor. Quiero a mi mejor amiga y, sobre todo, quiero que dejes de castigarte por los errores de Jamie. —Su expresión se suaviza cuando se sienta a los pies de la cama.

—¡Ja! «Mal» es quedarse corta, Maddie. ¡Mírame! —Resoplo y levanto las dos manos—. ¿Qué es lo que tengo de malo? ¿Por qué no merezco que me quieran? —Me pongo a sollozar otra vez, porque cada vez que oigo el nombre de Jamie es como si me atravesaran el corazón con una lanza.

—Mira, Jamie es y siempre ha sido un gilipollas. Entiendo que encontrártelo follándose a una rubia y esnifando cocaína en sus tetas no fue la forma ideal de darse cuenta, pero en algún momento tenías que llegar a la conclusión de que mereces más.

Hago una mueca de dolor al oír sus palabras. No solo es que me haya puesto los cuernos, sino que además he sido tan imbécil como para no darme cuenta de que estaba enganchado. El dulce y predecible Jamie no era quien yo creía, ni mucho menos.

Para consolarme, Maddie me apoya la cabeza en el hombro y siento su pelo sedoso cayendo como una cascada.

—Dime que vas a dejar ya de regodearte en tus miserias, por favor. Hueles fatal. La habitación está llena de pañuelos con mocos y llevas más de una semana sin ver la luz del sol.

Agacho la cabeza para mirarla, sonrío y sorbo por la nariz.

—Diez días, en realidad —respondo con una sonrisa sarcástica.

Pero tiene razón. Yo soy una guerrera, no pienso dejar que esto pueda conmigo. No lo voy a permitir.

Descanso mi cabeza sobre la de Maddie, disfrutando de su calor y del olor de su perfume de siempre, dulce y floral. Al notar que mi cuerpo se relaja, ella se levanta de un salto y yo me caigo hacia atrás. Sonríe de oreja a oreja, tanto que le salen arrugas en las comisuras de los ojos.

—¡Exacto! Venga, sal ahora mismo de la cama, métete en la ducha y arréglate. Tienes exactamente una hora antes de que empiecen las celebraciones de la víspera de tu cumpleaños. —Se aparta la melena rizada rubio platino y se da la vuelta para marcharse sin esperar una respuesta por mi parte—. ¡Te quiero, Sienna! —exclama, ya en el pasillo, y suelta una risita alegre.

Tal vez una noche de juerga de chicas es justo lo que me hace falta.



Una hora más tarde tengo la habitación limpia. La colección de pañuelos con mocos está en la basura, la cama perfectamente hecha y ya no huelo mal.

Maddie tenía razón. Olía como una hamburguesa barata y, cuando me he visto en el espejo, me ha costado reconocerme, con los ojos rojos e hinchados y el pelo grasiento y lacio.

Sumida en mi tristeza, se me había olvidado por completo que hoy es la celebración de la víspera de mi cumpleaños. Es una tradición

que teníamos mi padre y yo. Como luego él decidió hacer las maletas y abandonarme, hace ya quince años, yo retomé después la tradición con Maddie.

Me echo un último vistazo en el espejo y me doy el toque final, aplicándome en los labios carnosos mi pintalabios rojo favorito. Arreglada, no puedo evitar que las palabras de Jamie resuenen en mi cabeza y me martiricen.

«¿De verdad vas a ir así vestida, Sienna? ¿No es demasiado ceñido?». Aprieto con fuerza la base del pintalabios al recordarlo.

Cuando entro en el salón, Maddie me mira con una sonrisa auténtica que le ilumina toda la cara.

—Joder. Sabía que mi Sienna todavía estaba ahí en algún lugar —bromea subiendo y bajando las cejas. Salta a la vista que está encantada.

Pongo los ojos en blanco y paso a su lado sin hacerle caso, de camino a la nevera. La abro y me agacho a coger la botella de vino rosado frío que lleva mi nombre escrito.

—¿Es suficientemente corto ese vestido, Sienna? —bromea Maddie desde detrás de mí—. Desde aquí solo te veo medio culo.

Me incorporo de nuevo con rapidez y tiro del dobladillo del vestido mientras la fulmino con la mirada. Hasta hace poco no me sentía mal con mi figura. Hago mucho ejercicio para poder comer y beber lo que me dé la gana sin estropearla. No soy modelo, ni mucho menos; mi amor por la comida y el vino me lo impedirían. Tampoco soy alta ni tengo las piernas larguísimas, como Maddie. Pero sí estoy orgullosa de tener un culo estupendo y un par de tetas que puedo lucir. Me retuerzo para comprobar la largura del vestido y enseguida me reprendo por ello. Las semanas de soportar esa forma sutil que tenía Jamie de minar mi confianza me han hecho mella. Pero, joder, tengo que reconocer que esta noche estoy tremenda.

—¿Qué te parece? ¿Suficiente para conseguir unos cuantos chupitos gratis esta noche? —pregunto mientras doy una vuelta de trescientos sesenta grados para que vea el resultado final.

—Uy, sí. Estás para comerte. Pero si tienes que ajustarte los tacones en el club, será mejor que me pidas a mí que te ayude.

—Que te den. —No puedo evitar echarme a reír. Es verdad que el vestido es muy corto, pero no me lo pienso cambiar.

Me miro en el espejo de cuerpo entero del salón. El maquillaje ahumado de los párpados resalta el color azul helado de mis ojos y me da un aire seductor. La piel ligeramente tostada me brilla gracias a un poquito de bronceador, y los labios pintados de un rojo profundo llaman la atención y resaltan con el vestido negro cortísimo. El pelo me cae justo hasta la altura del sujetador. Hace poco me hice unas mechas de color caramelo, para que hicieran contraste con el marrón chocolate natural de mis rizos, que se aprecian a la perfección ahora que tengo el pelo arreglado y bien peinado. Antes, con el pelo tan sucio, apenas se veían. Maddie tenía razón. Parezco una persona totalmente renovada.

Me inclino sobre la encimera de mármol blanco, cojo dos copas de vino grandes y me quedo mirando el líquido mientras lo sirvo. Hace ese ruido de gorgoteo que siempre me recuerda a mi madre y no puedo reprimir una mueca. Le llevo el vino a Maddie y las dos levantamos las copas para brindar.

—¡Por ser solteras y sexis! —exclama con una risita, y me guiña el ojo. Después echa atrás la cabeza y vacía la copa—. El Uber va a llegar dentro de cinco minutos. Coge tus cosas y acábate el vino —anuncia mientras va a por su abrigo y su bolso.

—Maddie, ¿adónde vamos esta noche? ¿Voy a gastarme el sueldo de una semana? —Conociendo a Maddie, seguro que ha elegido un

sitio superpijo, lleno de empresarios gilipollas a los que les pueda hacer ojitos.

Una sala llena de Jamies, básicamente. Justo lo que necesito.

—Al club nuevo de la Décima Avenida. ¿Es que no has mirado las redes sociales esta semana, Sienna? —Levanta una ceja acusatoria—. Se llama End Zone. Por lo visto, el dueño es un boxeador muy atractivo, misterioso e inaccesible, según dicen en un artículo de una revista de Nueva York sobre los solteros más cotizados. La gran inauguración es esta noche y un cliente del trabajo me ha conseguido pases.

—La verdad es que suena genial.

Saco el teléfono del bolso de mano y busco End Zone. Como suponía, es pijo pero sexy, así que será mejor que luzca mi sonrisa más coqueta cuando vaya a ver a los camareros para intentar conseguir esos chupitos gratis. Con el ánimo renovado, cojo mi chaqueta de cuero y salgo del apartamento con Maddie, de camino a pasar mi primera noche de soltera en la ciudad.

Sienna

No puedo mantener las piernas quietas durante todo el trayecto en Uber hasta la Décima Avenida. Intento silenciar el ruido que tengo en la cabeza. Este es el inicio de una nueva vida. Soy libre.

No le he contado a Maddie los peores detalles: esas noches, de los últimos tiempos, en las que a Jamie le daban ataques de nervios y se ponía a gritar y a destrozar el apartamento. Después de todos estos días reflexionando sobre nuestra relación, me he dado cuenta de que había dejado de ser yo.

Maddie ya está bastante preocupada por mí, por eso necesito concentrarme en respirar para calmar el pánico que siento. Le he prometido que voy a volver a ser su alegre mejor amiga, y eso es lo que pienso hacer esta noche.

Me doy golpecitos con los dedos en la muñeca para intentar conectarme con el presente. A pesar de la temperatura gélida del exterior, bajo un poco la ventanilla e inspiro hondo. El aire frío hace que me gotee la nariz, y los gases del tráfico casi me asfixian.

Miro por la ventanilla, cierro los ojos y sigo centrada en la respiración para frenar mis pensamientos. Mi cuerpo empieza a relajarse al instante sobre el asiento de cuero. Soy capaz de controlar mi ansiedad si la detecto pronto, como ahora. Siempre está ahí, de fondo, esperando para abalanzarse sobre mí.

—Sienna, ¿estás bien? —susurra Maddie.

Le cubro la mano con la mía y suelto el aire que estaba reteniendo.

—Lo voy a estar, te lo prometo. Solo necesito mentalizarme y prepararme para una noche de fiesta con mi mejor amiga. —Le dedico una sonrisa forzada que espero que pase por auténtica. Parece darse cuenta de todo, pero solo asiente despacio y no sigue con el tema.

Maddie fue la primera persona que conocí cuando me mudé aquí, hace siete años. Recuerdo entrar en plena noche en mi nueva residencia de estudiantes, solo con una maleta pequeña rosa que contenía todas mis pertenencias, andando de puntillas porque no quería molestar a nadie, y que Maddie saltó de la cama, chillando de emoción, y me dio el abrazo de oso más fuerte que he experimentado en mi vida. En aquel momento supe que éramos llamas gemelas. Dicen que todos los escorpio necesitan un acuario en su vida.

El Uber se para en seco y eso me arranca de mis pensamientos.

—Gracias. Que pase buena noche —me despido antes de abrir la puerta del coche. El aire helado me deja sin aliento—. ¡Maddie, corre! Hace muchísimo frío. Necesito alcohol para calentarme —grito en dirección al otro lado del coche mientras me abrazo para intentar dejar de temblar y también, en parte, para ocultar cómo se me marcan los pezones con este vestido. Mierda, mi cerebro comienza a sonar como Jamie. «Cállate, cállate, cállate».

—Pues es una suerte que haya conseguido pases vip y que no tengamos que hacer esa cola —contesta ella señalando con un dedo con manicura perfecta la fila de gente que ocupa toda la acera. Viene a mi lado, con los tacones altos repiqueteando sobre el asfalto, y entrelaza mi brazo con el suyo—. ¡Que empiece la fiesta! —exclama para que lo oiga toda la calle.

Yo no puedo evitar reírme. Siempre es el alma de la fiesta.

—A por ello.

Nos dirigimos a una alfombra roja que desemboca en una enorme puerta dorada. Noto la anticipación en mi cuerpo. Dios, necesito un chupito de tequila cuanto antes.

Pasamos rápido junto a la cola de gente que se está helando para poder entrar en el club. El local está muy concurrido y la música se oye desde la calle. Les enseñamos a los porteros grandes y musculosos los documentos de identidad. El más mayor y calvo me quita el mío de la mano, lo mira un segundo, me examina la cara y me lo devuelve con un gruñido.

Le dedico una amplia sonrisa y cruzo la entrada, siguiendo el camino que marca la alfombra roja. El aire cálido y lleno de condensación del club me envuelve y enseguida dejo de temblar. Todavía con el brazo entrelazado al de Maddie, le damos los abrigos a la chica del guardarropa, que apenas tiene la edad legal para trabajar y que está mordisqueando un bolígrafo, y ella nos da los tickets sin hacernos mucho caso. Miro a Maddie de reojo mientras giramos para dirigirnos al siguiente par de puertas de cristal.

Lo primero que me impacta es la música a todo volumen, que me deja sin aire cuando los bajos reverberan en mi cuerpo. Nos quedamos un momento en un lateral, contemplando la escena. Sí, este sitio es pijísimo. Pero no en plan pretencioso y aburrido, sino emocionante y sexy. Es... guau.

Las paredes están pintadas de rojo oscuro y en el techo hay unas lámparas de araña de cristal enormes, que reflejan las luces estroboscópicas. La pista de baile está en el centro del espacio. El suelo negro, con reflejos brillantes, rodea los reservados con asientos tapizados de cuero negro y mesas de oro, pero de oro macizo, diría yo. Este local huele a dinero, a mucho dinero. Está

lleno de hombres normales y corrientes, casi todos con trajes oscuros y ojos de párpados caídos, que están plantados alrededor de la pista, vigilando, como leones acechando a su presa.

Recorro la sala con la vista, buscando la parte más importante del club: la barra. Le cojo la mano a Maddie, que también contempla el local, y veo que está entusiasmada.

—Madre mía, Sienna, este sitio es increíble; ¿has visto qué buenos están todos los tíos? Todavía no he visto ninguno que no tenga pinta de ser un dios del sexo total.

Mirar a los tíos, o incluso pensar en ellos, es lo último que quiero hacer esta noche, pero creo que podré sonreírle un poco a alguno para que me invite a un par de chupitos.

—¡Que empiece lo bueno, ¿no?! —grita el DJ desde una cabina alta y llena de espejos que hay en una esquina, y comienza a sonar por los altavoces una música de baile potente.

Me vuelvo y miro a Maddie con una sonrisa traviesa. Sus ojos se iluminan divertidos.

—¿A bailar? —digo, y le tiendo la mano.

—Venga.

Vamos directas al centro de la pista, meneando las caderas y agitando el pelo mientras cantamos las letras de todas las canciones, palabra por palabra. Está claro que la mayoría de las mujeres que hay aquí pertenecen a una clase social más alta que nosotras, porque todas se escabullen hacia los laterales de la pista y nos examinan de arriba abajo con «esa mirada»; salta a la vista que el nuestro no es su estilo.

Puede que estemos completamente fuera de lugar aquí, pero nos da igual. Levantamos las manos y chillamos el último verso de la canción, para después partirnos de risa mientras el DJ pone la siguiente. Yo apoyo las manos en las rodillas y me agacho un poco

para intentar recuperar el aliento. Me arden los pulmones de tanto gritar por encima de la música.

—Maddie, necesitamos un poco de combustible. Ya hemos quemado todo el vino.

Ella, con las mejillas rojas, suelta una risita.

—Ay, Sienna, a veces se me olvida lo británica que eres, pero entonces vas y dices algo así de raro.

Pongo los ojos en blanco y giro con mis tacones de aguja ridículamente altos hacia la barra que tengo detrás.

Me tambaleo un poco. Malditos tacones. Pero, cuando casi he llegado a la barra, el mundo parece empezar a ir a cámara lenta. De repente se me dobla el tobillo y me caigo hacia un lado. Cierro los ojos, estiro las manos y me preparo para el impacto inevitable contra el suelo. Noto un intenso dolor en el tobillo.

Entonces mis dedos se hunden en algo que tengo delante.

Una corriente eléctrica atraviesa mi cuerpo cuando una mano fuerte me agarra la nalga izquierda. El aire parece chisporrotear a mi alrededor y el olor potente y masculino de un *aftershave* me inunda la nariz. Aprieto los párpados, porque no quiero enfrentarme a la absoluta vergüenza que me espera. Noto como su pecho sube y baja despacio bajo mis manos. Aparte de ponerme la mano en el culo para sostenerme, él no se ha movido.

Muevo la mano izquierda despacio, buscando a ciegas donde apoyarme para levantarme. Encuentro algo y lo agarro, pensando que es la mesa. Inspiro hondo, preparada para largarme de allí, pero me doy cuenta de que el hombre suelta el aire despacio con los dientes apretados. Un momento, esa reacción me suena. Entonces lo comprendo: estoy segura al noventa y nueve coma nueve por ciento de que lo que he agarrado con la mano es un pene duro como una piedra, uno enorme además.

Me quedo inmóvil como una estatua, porque no quiero empeorar aún más la situación.

«Vale, Sienna, tienes que solucionar esto. Enfrentarte a ello y huir muy muy lejos para nunca volver». Con todo el valor que soy capaz de reunir, abro un ojo apenas una rendija para ver quién está delante de mí. Sigo teniendo en la mano su miembro, que ahora late.

Voy subiendo la mirada por un esmoquin negro y un cuerpo que es una montaña de músculo. Después encuentro la cara de un hombre que podría haber salido de las páginas de uno de mis libros de alto voltaje. Sus ojos líquidos examinan los míos. Nunca he visto unos tan oscuros y penetrantes; es como si me atravesaran el alma. No puedo dejar de mirarle fijamente, hipnotizada por el tío más bueno que he visto en mi vida. Lleva el pelo negrísimo afeitado por los lados, pero lo bastante largo por arriba como para poder enterrar la mano y agarrar un mechón. La mandíbula cincelada parece aún más marcada gracias al tatuaje de dos alas de ángel oscuro que le cubren todo el cuello. Contengo la respiración y abro los ojos del todo. Necesito verlo bien. Cuando lo hago, él carraspea. Eso me hace volver a la realidad, en la que todavía tengo la mano apoyada en su pene, que ya late con fuerza bajo mi mano.

La quito de ahí como si quemara y me aparto, pero él aprieta un poco más la mano que tiene en mi culo y me obliga a inclinarme un poco para que pueda acercar sus labios a mi oreja. Su aliento me hace cosquillas en esa piel tan sensible y se me pone la carne de gallina. Todo mi cuerpo se estremece y me sonrojo.

Se enciende un fuego en mi interior cuando noto su sonrisa contra mi mejilla. Se me cierran los ojos y se me escapa un gemido de los labios.

Mierda.

3

Keller

Joder, ¿cuánto tiempo más tengo que soportar esta gilipollez? Miro mi Rolex. Tres horas y todavía queda... Estupendo. Golpeteo con los dedos la mesa de oro macizo, irritado. Si esta noche tengo que mantener otra conversación intrascendente con alguno de estos imbéciles pomposos, voy a acabar dándole un puñetazo en la mandíbula a alguien.

Hoy es la inauguración de mi nuevo club nocturno; bueno, eso es lo que pretende ser esta tapadera de cara a los medios. Para mí es solo otro paso para lograr pagar la deuda que tengo con Luca. Sonrío al pensar en ese acuerdo. Mi hermano adoptivo, convertido en líder de la mayor organización mafiosa de Nueva York, tuvo la brillante idea de fingir ante la mafia que estoy dando pasos de verdad para pagar esa deuda que tengo con ellos. La insignificante deuda por salvarme la vida.

Ya no soy Keller, el boxeador callejero que estuvo a punto de ser condenado a cadena perpetua por casi matar a alguien en una pelea clandestina, sino que me he convertido en Keller Russo, el Asesino, púgil bien situado para convertirse en el campeón del mundo indiscutible de los pesos pesados. Respiro y vivo para pelear. Nada es mejor que la euforia de liberar a mi bestia interior y reventar a puñetazos a mi rival. Es lo único que conozco. Solo que ahora lo hago por una contraprestación multimillonaria.

Acaricio el mullido reposacabezas de cuero del reservado que hay al lado de la pista de baile, echo atrás la cabeza y cierro los ojos. «Solo tres putas horas más», pienso mientras inspiro profundamente. Los bajos de la música reverberan en mi cuerpo. Le doy un largo trago al whisky, dejo que su calor baje despacio por mi garganta y después examino la sala. Está llena de mujeres desesperadas y de ejecutivos gilipollas tirándoles la caña.

Un grupo de mujeres se para y se arremolina alrededor de mi reservado, soltando risitas para llamar mi atención. Pongo los ojos en blanco y sigo mirando hacia delante, ignorándolas. No estoy de humor esta noche.

Obviamente no han leído el último artículo lleno de tonterías sobre mí. EL SOLTERO MÁS CODICIADO DE NUEVA YORK ESTÁ FUERA DEL MERCADO. O peor: lo han leído, pero les da igual. Estoy fuera del mercado, pero no por las razones que todos creen.

La historia del chico malo que pasa de la miseria a la más absoluta riqueza les pone mucho a todas: quieren probar suerte a ver si llegan a ser la mujer que al final me haga bajar la guardia y enamorarme de ella. Pero solo de pensarlo siento escalofríos. La mayoría de las mujeres utilizan mi dinero para costearse sus estilos de vida de lujo, y fingen ser felices aunque yo desaparezca en plena noche para salir de caza a instancias de la mafia y después irme en busca del primer agujero disponible para meterla. Las únicas mujeres que me interesan son las que chillan mi nombre mientras tienen mi pene dentro y luego se largan y no las vuelvo a ver. Una sencilla transacción, sin dramas y ni un solo sentimiento.

Esa podría ser una forma de que todo esto no se me haga tan largo. Mi despacho está arriba y todavía no lo he estrenado. Es posible que pueda remediar eso esta noche. A esa mesa de roble brillante le quedaría estupendamente una mujer inclinada sobre ella.

Solo pensarlo hace que me revuelva en el asiento, incómodo. Joder, necesito salir de este reservado. Sé que he diseñado yo este lugar, pero mido casi dos metros y aquí no hay suficiente espacio para que me quepan las piernas. No puedo pasarme toda la noche sentado, esperando a Grayson.

El club está a reventar y los cuerpos de la gente se rozan en la pista. Se puede oler el tequila que les sale por los poros. Bajan las luces y la sala adquiere un ambiente erótico. Me bebo de un trago lo que me queda de whisky y dejo el vaso en la mesa. Si Grayson va a llegar tarde, tendré que buscarme otras formas de pasar el rato.

Este maldito esmoquin... Me agobia. Aunque me lo ha hecho a medida el mejor sastre de Nueva York, es difícil meter un cuerpo tan voluminoso como el mío en uno. Me suelto el botón de debajo de la pajarita y enseguida siento un poco menos de claustrofobia.

Una ráfaga helada me roza la nuca y aprieto la mandíbula a la vez que giro la cabeza bruscamente. Putos porteros inútiles. La última hora de entrada para los vips era hace media hora. Aprieto los puños y me desplazo por el asiento para salir del reservado e ir a echarles la bronca, pero me quedo de piedra y sin aire en los pulmones de repente.

«Joder, joder, joder».

La sala se queda en silencio mientras la veo cruzar el espacio, agarrada del brazo de una rubia de piernas largas, de esas que te provocan dolor de cabeza cuando pasas una hora con ellas.

No puedo apartar los ojos de esa diosa.

Veo al portero imbécil número dos sonreír y mirarle el culo cuando pasa por delante y guiñarle el ojo al portero imbécil número uno. Solo ese gesto hace que me hierva la sangre y tengo ganas de abalanzarme a por ellos, agarrarles las cabezas y estrellárselas la una contra la otra.

Pero mi mirada vuelve adonde está ella. Es impresionante, no tiene nada que ver con ninguna otra que haya visto. Las mujeres muy pocas veces me producen un interés inmediato; normalmente hago que se ganen ese privilegio. Pero esta... Una mirada y ya ha desencadenado una reacción instantánea en mi entrepierna.

Me froto el pene por debajo de la mesa, intentando bajarlo. Tengo casi treinta años y aquí estoy, sentado con una erección provocada por una desconocida. Genial.

El pelo oscuro y rizado que le rodea la cara tiene la longitud perfecta para envolverme la mano con él y echarle la cabeza hacia atrás para tener acceso a sus delicadas clavículas.

Incluso desde esta distancia, sus profundos ojos azules me hipnotizan y es como si me atravesaran el pecho. Tiene el cuerpo firme en los lugares correctos y un culo que dan ganas de agarrar. Ese vestidito negro me está llamando. Solo de pensar en quitárselo de un tirón y ver lo que hay debajo, noto descargas eléctricas en el miembro. «Mierda, tengo que controlarme». Me paso las manos por la cara y dejo escapar un gruñido.

Necesito mantener las distancias con esa mujer. No sé lo que me ha hecho, pero me inquieta. Vuelvo a meterme en el reservado, hago lo que puedo por reacomodarme bajo la mesa y le hago un gesto brusco al camarero para que me traiga otra copa. «Tengo que ahogar todo esto cuanto antes».

Dos whiskies después, he recuperado el control de mi cabeza. Grayson dice que ya viene de camino, gracias a Dios, aunque llega tardísimo, el cabrón. Necesito distraerme con algo. No puedo evitar que mis ojos estén todo el rato intentando encontrarla en medio del mar de gente. Estoy embelesado con su forma de bailar en el centro de la pista, sin la más mínima vergüenza. Desde aquí tengo un asiento de primera fila para contemplar el mejor espectáculo de mi

vida. Su culo perfectamente redondo lleva media hora provocándome. Que le den a Broadway, esta es la mejor localidad de toda la ciudad. Podría pasarme la noche entera mirándola.

Pero, por supuesto, no soy el único imbécil cachondo que se ha fijado en ella. Todos los tíos la observan, admirando algo que no pueden tener, mientras que las mujeres, con los labios apretados y el ceño fruncido, la miran con desprecio desde lejos. Es diferente de las otras tías que hay aquí. No encaja, pero está claro que no le importa una mierda. Y eso es un soplo de aire fresco.

Resoplo y bebo de mi vaso, cabreado en cuanto me pongo a pensar en la posibilidad de que yo esté en el mismo barco que ellos. Pero, si no la puedo tener yo, no la va a tener nadie, eso está más que claro.

Necesito salir de aquí y darme una ducha fría..., joder, helada más bien, y después irme a la cama. Me meto la mano en el bolsillo para sacar el teléfono y le mando un mensaje a Grayson.

Keller el Asesino: Ya verás cuando te vea en el entrenamiento mañana. Más vale que tengas hielo preparado. ¿Dónde. Coño. Te. Has. Metido?

Él responde enseguida:

Grayson: Lo estoy deseando.

Suelto una carcajada. Capullo arrogante.

Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y me quedo muy quieto al instante. Un relámpago me recorre el cuerpo. «Pero ¿qué coño...?».

Oigo un grito a mi lado que me pone instintivamente en modo lucha. Giro el cuerpo y extendiendo la mano para agarrar a la mujer que agita los brazos en el aire, a punto de caerse al suelo.

En cuanto mi mano entra en contacto con su cuerpo, un fuego se enciende en mi interior y conecta directamente mi mano con mi entrepierna. «Joder, sé muy bien quién es».

La única mujer a la que había decidido de forma consciente que no podía ni debía acercarme viene a caer directa en mi regazo, y no se le ocurre nada mejor que utilizar mi pene como agarradera.

Bajo la vista para examinar su cara arrugada y veo la expresión de horror que aparece en ella. Tiene los ojos casi cerrados, como si estuviera intentando reunir las fuerzas para mirarme. Sigue apretándomelo con fuerza con la mano, y está claro que acabará en el suelo si lo suelta. No es consciente del efecto que tiene esa mano sobre mí.

Su cuerpo, pegado al mío, me está dando mucho calor. Agacho la cabeza despacio, para no asustarla, e inspiro hondo: huele exquisitamente, como a melocotón. Seguro que uno dulce, como ella. «Vamos, Keller, no es mujer para ti», me recuerdo.

Sonrío cuando veo que su ojo izquierdo se abre un poco. Está tensa como una cuerda y me recorre el cuerpo con la mirada. Le debe de gustar lo que ve, porque noto que se le interrumpe la respiración y se le acelera el pulso, claramente visible en su cuello grácil.

No estoy pensando con claridad cuando acerco la boca a su oído y le aparto los suaves rizos. De verdad, no sé qué me ha poseído: será la sangre caliente, que me corre rápido por las venas; su mano, que sigue apretándome, o tan solo su absoluta belleza. De repente oigo un gemido jadeante mientras inhalo su olor, y eso me hace imaginarme un millón de formas en que podría hacerla gemir aún más.

—Oye, preciosa, ¿no se supone que tendrías que invitar a un tío a algo antes de cogerle así la polla? —digo, y me aparto, sonriendo al

anticipar su reacción.

Como un ciervo cegado por unos faros, con la respiración acelerada, la diosa intenta levantarse de un salto de mi regazo, pero yo no tengo la más mínima intención de permitirselo. Le agarro el culo con más fuerza para que no se mueva de ahí, que es donde tiene que estar.

Algo en esa mujer me atrae poderosamente hacia ella. No quiero que se aparte de mi regazo.

—¿Así es como tratas al hombre que ha evitado que te estampes la cara en el suelo? Se me ocurren unas cuantas maneras de compensármelo.

La acerco más hacia mí para ver cómo reacciona.

Espero que ponga cara de indignación. Parece demasiado pura para soportar algo así. Pero me quedo alucinado cuando su expresión se suaviza y aparece un brillo travieso en sus ojos. Abro la boca para hablar, pero ella me agarra del cuello del traje para elevarse un poco y pasar la pierna con agilidad al otro lado de mi cuerpo, quedando a horcajadas sobre mí. Su cara está a apenas unos centímetros de la mía. Respiro cada vez más rápido cuando los dos nos miramos a los ojos. Gruño un poco y me paso la mano por la cara para intentar recuperar algo de cordura y conseguir que mi cerebro vuelva a funcionar.

Ella se muerde el labio inferior con unos dientes blancos perfectos mientras me examina de arriba abajo, devorándome con los ojos. Se echa atrás con cuidado, de tal forma que me restriega el culo contra la entrepierna. Dios bendito, ¿de dónde ha salido esta mujer?

La miro con una ceja levantada, animándola a decir algo, mientras intento distraer a mi cerebro para que no piense en esos labios carnosos rojos rodeándome el sexo.

Ella se pega aún más a mí. Los dos estamos bastante acalorados cuando acerca los labios a mi oreja. «Concéntrate, Keller. Ignora la sensación que te producen sus tetas aplastadas contra ti». Su aliento me hace cosquillas en el cuello.

—Gracias, señor, por salvarme el culo —dice con voz ronca.

Yo gruño involuntariamente y me humedezco los labios con la punta de la lengua, sin apartar las manos de su culo para que siga donde está, encima de mí. Cuando estoy a punto de responderle, se separa de mi regazo, se recoloca el vestido y me sonríe de oreja a oreja, mostrándome su dentadura blanca y recta. Después me guiña el ojo y se gira de camino a la barra, con un paso decidido que hace que se le mueva el culo de lado a lado.

No puedo apartar los ojos de ella. Esa sonrisa inocente y que ignore lo sexy que es solo enmascaran un deseo interno. Estoy seguro de que respondería bien a que le rodeara la garganta con la mano mientras me hundo en ella. Esa imagen hace que tenga que revolverme en el asiento otra vez.

Necesito más.

La deseo.

—Esta no va a ser la última vez que me veas —murmuro al vacío.

Acabo lo que me queda del whisky y fijo la mirada en ella, como un cazador con su presa.

He puesto mi punto de mira en esa mujer misteriosa, y yo siempre lucho por lo que quiero.

Sienna

«Pero ¿en qué demonios estaba pensando?». No solo he manoseado a ese tío, sino que además le he guiñado un ojo y lo he llamado «señor». Mi mente va a mil, noto las mejillas rojísimas por la vergüenza, pero a mi cuerpo no le importa. Sigue ardiendo por culpa de su contacto.

Por fin consigo llegar a la barra, tambaleándome. Entierro la cabeza entre los brazos y apoyo la cara en la fría superficie de metal, para intentar reducir un poco el calor que siento.

Sé que no ha apartado la mirada de mi culo durante todo el camino hasta allí, así que me he asegurado de mecerlo más de lo normal para él. Nunca me había comportado así; una Sienna confiada y sexy ha surgido de las cenizas.

«Y me parece que me gusta».

Su contacto es como si hubiera encendido una cerilla en mi interior. Su voz profunda y áspera hace que los músculos de mi interior se tensen. Sus ojos encierran una oscuridad que va mucho más allá de su color. Ese hombre lleva escrita en la frente la palabra *problemas*, pero eso solo hace que a mí me atraiga más.

—Cuatro tequilas, un vodka doble y una Coca-Cola, por favor —le digo al camarero, sin aliento. Él me guiña un ojo y empieza a servir.

Echo atrás la cabeza para tomarme un chupito detrás de otro y agradezco la sensación de ardor que me recorre la garganta. No es

nada comparado con el fuego que siento en el cuerpo tras el contacto de sus manos. Necesito la ayuda del alcohol para reunir la confianza suficiente para volver a pasar a su lado.

«Mierda, ¿por qué no habrá venido Maddie hasta aquí ya? Eso me haría la vida mucho más fácil».

Supongo que sigue buscando a su príncipe azul. Ella sí que lee demasiadas novelas románticas ñoñas y está siempre soñando con una boda de cuento de hadas, dos niños y una casita con valla blanca. Se ha pasado un año besando a muchas ranas con el objetivo de encontrar a ese príncipe. Hace un par de semanas, tras un largo día de trabajo, cuando me tumbé en el sofá, me llegó un grito ensordecedor fruto de un momento de pasión. Parker, creo que se llamaba, ¿o era Peter? Fuera cual fuese, no era el indicado. Solo verla dedicar todo su tiempo libre a encontrar el amor me agota. Y cuando su mirada se ilumina al describir lo que busca, tengo que contenerme para no poner los ojos en blanco.

Examino la sala y la localizo gracias a su melena rubio platino, que veo flotar por la pista de baile al lado del último hombre alto y delgado que está intentando ligar con ella. El siguiente potencial príncipe azul se inclina para decirle algo al oído. Por la falta de entusiasmo que veo en su cara, deduzco que necesita que la saquen de ahí. Cojo las copas, inspiro hondo, contengo la respiración, cuento hasta cuatro y suelto el aire despacio.

Fijo la mirada en Maddie y empiezo a dar un paso tras otro, sin apartar la vista de ella. «No lo mires, no lo mires». No sirve de nada. Su cuerpo atrae mi mirada como si fuera un imán; joder, estoy magnéticamente atraída hacia él. No puedo evitarlo.

Es el hombre más guapo que he visto jamás. Su presencia irradia poder y peligro, pero eso me excita más. Un dios a su manera. Incluso así sentado, despatarrado en el reservado, llevándose el

vaso de whisky a los labios con la mano tatuada, ese hombre destila sexo por todos los poros. Y no del convencional, sino del más perverso y sucio imaginable. Su voz profunda y grave es tan sensual que solo de pensar en que me dé órdenes en la cama con ella consigue que me lata la entrepierna. Ese tío sabe lo que hace, no tengo ninguna duda de ello.

Ni siquiera me doy cuenta de que me he quedado parada en seco, comiéndome con los ojos a ese adonis, hasta que su mirada me taladra. Veo claramente un conflicto interno en su rostro. Yo tengo el mismo efecto en él que él en mí. Solo eso ya hace que me vuelvan a arder las mejillas. Alza el vaso y asiente, mirándome con una media sonrisa, como si me estuviera provocando. Yo le sonrío un segundo y paso a su lado de camino a la pista.

«No tengo tiempo para esto. No quiero saber nada de los hombres», intento obligarme a recordar.

Maddie se da la vuelta y me mira, consciente de todo lo que ha ocurrido, e ignora al hombre que tiene al lado, que decide irse a buscar a otra.

—Joder, Sienna, menuda escena. Solo ver cómo te mira ahora mismo me está poniendo cachonda a mí —me grita por encima de la música mientras se abanica con una mano.

—No sé qué me ha pasado, Maddie —respondo, tratando de quitarle importancia a la situación para que no siga.

—¿Te refieres a cuando has intentado que se corra ahí mismo? —dice mofándose. Dios, esta mujer... No puedo evitar reírme.

—Bueno, míralo... Qué más quisiera —contesto levantando ambas cejas—. Pero no te olvides de que no quiero saber nada de los hombres durante una buena temporada —insisto para intentar cambiar de tema.

—No, Sienna, no quieres saber nada de relaciones, pero eso no tiene nada que ver con un rollo. Ya sabes que un clavo saca otro clavo.

Pongo los ojos en blanco. Imaginármelo empotrándome contra una pared y devorando todo mi cuerpo me produce un calor tremendo y me hace sentir incómoda.

—Sienna, te has puesto roja.

Como quiero terminar con esta conversación, saco la pajita de mi copa y me la bebo de un trago. «Estoy demasiado sobria para esta mierda». Después le cojo la mano, la hago girar y tiro de ella para que nos metamos más en la pista de baile, porque no puede seguir dándome la brasa si está ocupada bailando. Ella solo suelta una profunda carcajada en respuesta y vuelve a subir y bajar las cejas. Ha entendido lo que pretendo hacer.

El tiempo se pasa volando. Bailamos, nos reímos y bebemos. El club está llenísimo ya. Parece una lata de sardinas, no hay sitio para moverse. Me tiro media hora rodeada de varios hombres que pululan a mi alrededor. Ninguno de ellos provoca reacción alguna en mi cuerpo, su contacto no me enciende el alma, así que ni me molesto en girarme hacia ellos. Todo el tiempo estoy centrada en no establecer contacto visual con él. Como una presa ante su cazador, siento constantemente su mirada depredadora fija en mí. Algo en mi interior me dice que, si me acerco, no voy a volver.

Perdida en mis pensamientos, cierro los ojos y dejo que las caderas se muevan al ritmo de la música para olvidar el desamor, la vergüenza y el dolor de las últimas semanas. Me permito ser libre, que la música me recorra el cuerpo mientras inhalo la mezcla de alcohol y *aftershave* masculino. Las gotas de sudor me resbalan por la frente. Me siento libre.

Pero vuelvo bruscamente a la realidad cuando oigo que alguien detrás de mí me grita «¡Nena!». Se me tensa la espalda y aprieto los puños. «No me puede estar pasando esto».

—¡Sienna! —Su voz irritante se acerca, pero antes de que pueda volver a hablar, me giro y lo interrumpo.

—¿Qué quieres, Jamie? —replico mirando a la cara al imbécil de mi exprometido, con la cabeza bien alta.

Él abre los ojos como platos al oír mi tono, pero después su expresión se suaviza y se inclina hacia mí. Se me pone la carne de gallina.

—No has respondido a mis llamadas ni a mis mensajes, así que he utilizado la aplicación de localización que teníamos para encontrarte. Por fin has salido de casa.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. «¿Me ha tenido localizada? ¿Sabe que llevo todo este tiempo en casa, llorando hasta que han estado a punto de caérseme los ojos? ¿Y precisamente hoy es el día en que se decide a abordarme?».

—Sienna, por favor, ven afuera a hablar conmigo. Tenemos que arreglar las cosas —suplica desesperado, acercándose cada vez más a mí.

Casi me creo sus palabras, pero enseguida mi cerebro vuelve a la realidad y me recuerda su imagen tirándose a esa zorra en la encimera. Lo miro con el ceño fruncido.

—Vete a la mierda y déjame en paz, Jamie. Hemos. Terminado —le digo con desprecio, clavándole una de mis uñas acrílicas en el pecho. Joder, qué bien me ha sentado eso. Al verlo ahora, me pregunto por qué he estado con él tanto tiempo.

Bueno, no se puede negar que es guapo. El típico abogado: algo más de uno ochenta de altura, con un cuerpo delgado pero musculoso, y el pelo rubio peinado hacia atrás, siempre bien vestido.

Pero hoy no se le ve tan arreglado como de costumbre. Lleva barba de varios días, tiene los ojos rojos y el pelo hecho un desastre. Sus ojos verdes esmeralda me miran horrorizados.

—Vamos, Sienna, tú no eres así. No eres de las que salen por ahí a emborracharse y nunca hablas de esa manera tan brusca. —Me examina de arriba abajo—. Ni tampoco llevas esa ropa tan atrevida. —Frunce el ceño cuando me mira las piernas.

«Esto es lo último que necesito esta noche». Me giro para alejarme, pero me agarra una muñeca con fuerza y me obliga a volverme hacia él. De repente me encuentro pegada a su pecho.

Respiro temblorosa y hago una mueca, porque me está haciendo daño y el dolor me sube por el brazo. El corazón me martillea en el pecho. Noto su aliento contra mi cuello. No deja de apretarme la muñeca.

—Mi paciencia contigo no es infinita, Sienna. —Su tono transmite enfado.

Entonces me da un ataque de furia. Pero ¿cómo se atreve a hablarme así, como si fuera de su propiedad, después de haber pasado meses menospreciándome, engañándome y mintiéndome?

Me zafo de su mano de un tirón y le hundo el codo en el estómago. Gruñe y me suelta. Me aparto de él y, al mirarlo, veo que está doblado por la mitad. Sus ojos se han vuelto oscuros y me observa con la mandíbula apretada.

«Mierda, sé lo que significa esa mirada».

La sangre me retumba en los oídos y trago como puedo la bilis que me sube por la garganta.

—¡Maldita zorra! —grita, y se abalanza hacia mí, salvando la corta distancia que yo había puesto entre ambos y agarrándome por los antebrazos tan fuerte que los nudillos se le ponen blancos. Me está

clavando las uñas en la piel, a punto de hacerme heridas. Noto la fuerte presión en los huesos. Me retuerzo del dolor.

—¡Me estás haciendo daño! ¡Suéltame! —chillo. Estoy temblando. «¿Por qué no me ayuda nadie? ¿Dónde demonios está Maddie?».

De repente la presión se reduce. Jamie está mirando detrás de mí y veo miedo en sus ojos.

—Ya has oído a la señora. Aparta las manos de ella. ¡Ya!

No tengo que girarme para saber quién es. Noto como se acerca a mí por detrás. Jamie me suelta. «Por fin». Me invade un gran alivio cuando aparta las manos. Gracias a Dios que ha intervenido el adonis. Me siento mucho más segura. Me miro los brazos y pienso: «Me van a salir cardenales».

—Ey, tranquilo, solo estoy teniendo una conversación tranquila con mi prometida.

Mi protector se tensa detrás de mí, solo un segundo, pero después me envuelve con un brazo la cintura y me aprieta contra él. El olor de su *aftershave*, mezclado con el del whisky, me llena la nariz. Siento un hormigueo en todo el cuerpo en respuesta a la mano que está apoyada sobre mi vientre.

—Si vuelvo a ver que le pones una mano encima, te mato. ¿Lo has entendido?

Jamie se aparta un poco, con los ojos clavados en la mano de mi rescatador. Yo también la miro; está cubierta de tatuajes oscuros. Lleva las mangas de la camisa blanca remangadas y veo que los tatuajes continúan por todo el antebrazo. Desplaza un poco la mano para rodearme mejor, y veo que las venas del antebrazo le sobresalen. Joder, hasta esa parte de su cuerpo es atractiva.

Tengo que forzar el cuello para mirarlo; es mucho más alto que yo y que Jamie. Debe de medir más de uno noventa. Su cuerpo grande y musculoso domina toda la sala.

Jamie me fulmina con la mirada y después muestra una sonrisa diabólica que consigue que el aire se me quede atravesado en la garganta un par de segundos.

—Pues vale —contesta airado, se gira y se pierde entre el mar de gente.

Yo me relajo.

—¿Estás bien? —me pregunta mi salvador con tono preocupado.

«¿Lo estoy?».

Estoy agobiada, con la respiración agitada y me tiemblan un poco las piernas. «¿Notará que estoy temblando?». Pero no es por lo que ha pasado con Jamie, no. Es una reacción a su contacto.

Asiento, con el pelo pegado a su pecho firme. Me giro bajo el brazo con el que me aprieta contra él. Su mano fuerte se instala en mi trasero. Solo con eso ya noto humedad en mi ropa interior. Echo la cabeza atrás y lo miro directamente a sus ojos oscuros.

—Gracias. Me has salvado el culo dos veces esta noche. —Sonrío y aprovecho la ventaja de altura que me dan los tacones para rodearle el cuello con los dos brazos doloridos.

Le doy un suave beso en la mejilla y le dejo una marca de pintalabios oscuro justo encima de la mandíbula. En respuesta, sale de sus labios un leve gemido. Noto su erección apretándose contra mí, que solo me enciende aún más.

Deseo a este hombre.

—Ven conmigo —me dice, y su expresión no cambia cuando entrelaza mis dedos con los suyos y me saca de la pista de baile. Tengo que dar zancadas para poder mantenerme a la altura de sus largos pasos. Dejamos atrás la barra y cruzamos una puerta lateral que hay al fondo del club.

—¿Trabajas aquí o qué? —pregunto.

—Lo segundo —contesta sin dar más explicaciones y sin detenerse.

—Vale —replico intentando quitarle algo de hierro a la situación—. Entiendo que no vas a matar a Jamie de verdad si me vuelve a tocar...

Estoy hablando sin pensar porque estoy nerviosa. Evidentemente no va a asesinar a mi ex, pero no está mal intentar ver si me estoy yendo con otro lunático esta noche.

Esa frase hace que se detenga de pronto, y estoy a punto de chocar con él cuando se gira. Su mirada dura se encuentra con la mía y veo fuego en sus ojos. Está invadiendo mi espacio, y su aliento cálido me hace cosquillas en el cuello.

—Yo nunca hago amenazas que no tenga intención de cumplir, princesa. —Su voz profunda hace estragos en mi cuero. Eso que acaba de decir debería asustarme. Creo que es lo que pretende, pero está teniendo el efecto contrario. No sé si es el alcohol o todo este rollo de macho alfa dominante, pero tengo las bragas empapadas.

Sin esperar una respuesta por mi parte, me coge la mano otra vez y seguimos avanzando por un pasillo oscuro. Debemos de estar en la parte del personal, porque todas las puertas negras están cerradas. Se mete la mano en el bolsillo y saca una tarjeta que acerca a un lado de una de ellas. Aparece una luz verde que parpadea, se abre la puerta y me arrastra dentro. Cuando se cierra detrás de mí con un portazo, me sobresalto.

Mi cuerpo pierde todo el calor en cuanto me suelta la mano; la pérdida de su contacto me deja fría. Tal vez me venga bien, necesito poner algo de espacio entre este hombre y yo. Me anula todos los sentidos y me nubla la mente.

Abre una nevera que hay junto a un escritorio de roble macizo y me ofrece:

—¿Algo de beber?

—Cualquier cosa que tenga alcohol me vale.

Tiro del vestido para bajármelo un poco y examino la estancia.

Como el resto del club, también es elegante, con paredes forradas de terciopelo negro, un sofá de cuero suave (y negro, por supuesto) y un enorme escritorio con detalles dorados. Al fondo distingo un baño, brillante e inmaculado. Solo lo que hay en esa habitación cuesta más que todo lo que yo tengo ahorrado. Me dejo caer en el sofá y me acomodo. El cuero me refresca la piel. El lugar huele a pintura reciente y también tiene un aroma masculino, como él. Unos pasos me sacan del trance cuando se acerca a mí con dos copas en la mano.

—¿Tequila te parece bien?

—Ay, sí, me encanta. Gracias. —Le cojo el vaso y hago girar el hielo. Lo miro con una sonrisa sincera—. Me llamo Sienna, por cierto. Sienna Anderson —me presento, y le tiendo la mano libre, arrepintiéndome enseguida de la frialdad casi profesional.

Está claro que llevo demasiado tiempo fuera del mercado, por decirlo de alguna manera.

Él me mira la mano y después la cara de nuevo. Luego me estrecha la mano con la suya tatuada, que me la envuelve por completo, y yo lo miro a los ojos.

—Bien, Sienna Anderson —dice con el mejor acento británico que es capaz de fingir—, es un placer conocerte. —Y me hace una leve reverencia.

Nunca entenderé por qué los estadounidenses creen que todos los británicos son pijos. Yo, que vengo de un barrio de viviendas sociales a las afueras de la zona este de Londres, de una familia con

una madre alcohólica y un padre que nos abandonó, soy lo menos pijo que hay en toda Inglaterra, en mi opinión. Intento contener una carcajada y simplemente asiento, mordiéndome el labio.

—¿Y su nombre cuál es, señor? —Recuerdo su reacción de antes cuando lo he llamado así.

—Keller Russo —responde con una sonrisa burlona igual que la mía.

Me cuesta cada vez más concentrarme. Noto que me hormiguea todo el cuerpo por la anticipación. No he estado tan cachonda en toda mi vida. Se me ha activado el modo de lucha o huida y siento que la adrenalina recorre todo mi cuerpo. Ese hombre, Keller, produce un efecto sobre mí que no entiendo. Tiene la mirada fija en mí. Me pregunto si verá que me va la mente a mil. Ojalá parase un segundo.

Como si notara mi turbación interior, se sienta a mi lado y me coge el brazo para examinarme las marcas. Hago una mueca. Veo en sus ojos una mirada de pura furia. Empiezo a creer que realmente esa amenaza iba en serio.

—¿Es la primera vez que te ha puesto la mano encima, princesa? —pregunta en voz baja mientras me acaricia las marcas con el pulgar.

—Ajá —es lo único que soy capaz de decir. No puedo dejar de mirarle los labios.

—Pues va a ser la última, te lo aseguro —contesta, y estoy segura de que lo dice muy en serio.

Apoya la cabeza junto a mi cuello, tan cerca que noto como su respiración caliente me acaricia la piel.

—Te oigo el corazón, parece estar a punto de salirse del pecho, Sienna. ¿Es por el shock o porque te estás imaginando cómo sería si te follara encima de ese escritorio?

Noto que sonrío contra mi cuello.

—Un poco por las dos cosas —declaro con total sinceridad, rezando porque no sea un error. Coloca la mano a un lado de mi cara para girarla despacio hacia él. Nuestras narices quedan a pocos centímetros la una de la otra.

—Sienna, eres impresionante, pero también demasiado buena para mí.

—¿Ah, sí? —Me aparto y alejo mi cara de la suya. Eso es una forma de rechazarme, lo tengo clarísimo.

Pero entonces me pone la otra mano en la cara, para acercarme de nuevo. Su respiración es trabajosa. Está tan cerca que huelo el whisky caro en su aliento cuando dice en un susurro:

—Pero es una suerte que yo no juegue nunca según las reglas.

Y entonces une bruscamente sus labios con los míos. Es un beso apasionado, sin delicadeza alguna. Me está besando como si quisiera comerme. Nunca me han besado así en mi vida y, joder, me pone. Entrelaza mi lengua con la suya, acelerando el ritmo del beso. Casi no puedo respirar, pero tampoco quiero. No quiero que esto termine. Si me asfixio, me da igual, es una buena forma de morir. Noto sus manos enterradas en mi pelo. Interrumpe el beso un segundo y me mira con una sonrisa pícaro antes de continuar bajando por mi cuello. Besando, mordiendo, succionando. Dolor y placer al mismo tiempo, que consiguen que suelte un gemido y eche atrás la cabeza.

—Joder, Keller —digo entre gemidos mientras me imagino lo que puede hacer esa boca en otro sitio. Dios...

—Deja de pensar, cariño. Ven aquí conmigo. —Lo miro a los ojos y veo una lujuria desatada en ellos. Me observa con una sonrisa que desarmaría a cualquiera y me dice—: Buena chica.

Al oír esas palabras salir de sus labios estoy a punto de arder allí mismo. Enarca una ceja un momento a la vez que me contempla.

Lo sabe.

Vuelve a reclamar mis labios posesivamente y me rodea el cuello con las manos, de modo que no hay nada que pueda hacer para escapar. Después una mano baja despacio hasta el borde del vestido y el escote. El frío del metal de su Rolex hace que me estremezca a su paso. No interrumpe el beso mientras mete las manos por debajo del vestido. Me acaricia el pecho y me frota un pezón entre el índice y el pulgar. Después lo aprieta y me deja sin aliento. Me besa suavemente la mandíbula sin parar de jugar con mi pecho y noto que inhala mi aroma.

—Joder, Sienna, dime que pare, que esto es una mala idea.

Lo miro a los ojos, suplicantes, que me dejan claro que, si le digo que no, no está seguro de poder controlarse.

—No soy un buen hombre. De hecho, creo que no hay nadie peor que yo, pero no puedo controlarme cuando estás cerca.

Las palabras que tengo en la punta de la lengua me sorprenden. Ahora mismo no pretendo meterme en otra relación, pero soy una mujer y tengo necesidades. Y por primera vez en mi vida voy a hacer lo que quiero y punto.

—Keller, me importa una mierda. Quiero que me hagas sentir muy bien y no hace falta que te apetezca volver a verme después. No busco otro Jamie en mi vida por ahora. —Mencionar su nombre hace que apriete la mandíbula mientras piensa su respuesta.

—No me vuelvas a comparar con ese gilipollas. Yo nunca te voy a hacer daño. —Entonces levanta una ceja y añade—. Solo si tú me lo pides. —Me cubre las mejillas con ambas manos y me mira con esos ojos ardientes—. Te oigo pensar desde aquí. Desconecta la cabeza por esta noche. Te sorprenderá lo que pasa si lo haces, princesa.

—Enséñamelo.

No le hace falta más para perder el control; con eso desaparece su último dique de contención. Me levanta con sus fuertes brazos para colocarme a horcajadas sobre él. Me frota la entrepierna con su erección y siento un hormigueo de placer.

Me agarra del culo y yo me inclino para acercar los labios a los suyos. Nuestras bocas se encuentran y enseguida profundizamos el beso y nuestras lenguas empiezan a bailar. Yo me aprieto contra su regazo, porque noto que la necesidad se me acumula.

—Cariño, si sigues haciendo eso, me voy a correr con los pantalones puestos —dice con un gruñido, y deja caer la cabeza en el sofá mientras su pecho sube y baja como loco.

No he estado tan excitada en mi vida. Creo que podría llegar al orgasmo sin quitarme las bragas. Tengo la respiración acelerada.

—Keller, necesito más... ya.

—Paciencia, cariño. Tengo planes para toda la noche contigo —me dice para provocarme. Después baja la cabeza para acercarla a mi cuello y me clava los dientes en la piel. El dolor intensifica la necesidad que crece en mi interior.

—Joder, Keller...

Ladeo la cabeza para que alcance mejor mi cuello. Él alterna entre los besos y los mordiscos. Dolor y placer. Me lleva al límite y después me aleja de él.

Tengo los ojos cerrados y noto corrientes eléctricas por todo mi cuerpo. Acelero el movimiento de mis caderas cuando me besa encima del sujetador. Me está acariciando los muslos, arriba y abajo, pero yo le cojo la mano y se la acerco adonde la necesito de verdad.

Él me aparta la mano y separa la boca de mis pechos.

—Soy yo quien decide cuándo te vas a correr. Ni un segundo antes de que te lo diga, ¿entendido?

Asiento y agacho la cabeza, pero él me la levanta para que lo mire.

—No te escondas de mí.

—Por favor, Keller. Necesito más. —Mi voz suena ahogada y llena de deseo.

—Joder, me encanta oír suplicar a esos labios tan increíbles. Estoy deseando verlos rodeándome la polla.

Yo me humedezco los labios al oírlo.

—Pero como me lo has pedido tan bien...

Vuelve a atrapar mis labios con los suyos y me deja de nuevo sin aire. Va subiendo la mano despacio, muy despacio, por la parte interna de mi pierna, lo que provoca oleadas de placer que me recorren todo el cuerpo, y tiemblo por la anticipación.

Me cubre la entrepierna con la mano, y con el dedo índice me aparta la ropa interior a un lado, lo que le da acceso al punto donde se reúnen todas mis terminaciones nerviosas.

—Veo que estás muy mojada para mí, Sienna —ronronea junto a mi oído, y percibo satisfacción en su voz.

Me da un mordisco en el cuello y mete en mi interior un dedo, después otro, y un tercero, que está a punto de hacerme perder el control. La sangre me retumba en los oídos. Dios mío, pero si acabamos de empezar y ya me cuesta controlarme.

Siento que la fuerza del orgasmo se acumula en mi cuerpo mientras me muevo contra sus dedos. Me queda muy poco. Él continúa al tiempo que me mordisquea los pechos. Las paredes de mi sexo le aprietan los dedos y me tiemblan las piernas alrededor de su cuerpo.

—Keller, estoy muy cerca. Deja que termine. ¡Por favor! —Pongo el énfasis en esas últimas dos palabras mientras él me acaricia el cuello con la nariz.

—Córrete, mi diosa cachonda.

Y no necesito más. Eso es demasiado para mis sentidos, ya sobrecargados. Dejo caer la cabeza y gimo a la vez que pronuncio su nombre. Me da igual si me oye alguien, no paro de moverme contra su mano. El orgasmo me arrasa el cuerpo y es como si me partiera en dos mientras sus dedos siguen entrando y saliendo sin parar.

Bajo un poco el ritmo cuando consigo reconectar con la realidad, con las piernas flojas y un pitido en los oídos. Me muevo un poco en su regazo para que pueda retirar la mano. Saca los dedos despacio y enseguida siento que me falta algo, noto su ausencia. Entonces veo que sube la mano entre los dos cuerpos y se la lleva a la boca. En sus ojos veo un destello de picardía. «Mierda, no, no va a...». Cuando llega a la altura de su boca con los dedos empapados, se los chupa uno por uno hasta dejarlos limpios, haciendo un ruido seco cada vez que uno abandona su boca.

—Dios, estás deliciosa, Sienna —dice con voz ronca, y me acerca los mismos dedos a los labios para tirar de mi labio inferior.

Su miembro, que no deja de latir, me aprieta la entrepierna empapada y la excitación vuelve a crecer.

Se oye un fuerte golpe en la puerta. Keller ni se inmuta, solo mira a la puerta como si quisiera asesinar a la persona que está al otro lado.

Yo intento apartar la pierna para levantarme, pero él la empuja adonde estaba y me acerca la cabeza a su pecho.

—No, Sienna, quédate así, ¿vale? —No es una petición—. ¡Pasa! —grita irritado.

Entre los mechones de pelo veo entrar a una figura alta, sin duda de ascendencia italiana, con la piel aceitunada y rasgos oscuros, con un cigarro sujeto en la oreja. Nos mira intrigado.

—Keller, ¿por esto es por lo que no respondes al puto teléfono esta noche?

—Es la inauguración de mi puto club, hermano —repite Keller bromeando con un fuerte acento de Nueva York—. Lárgate, ya hablaremos después.

Se percibe autoridad en esa respuesta. Un momento... ¿Es el propietario del club? ¡Mierda! Es el señor Inaccesible, el boxeador del que me ha hablado Maddie.

—Vale. Cuando termine de chupártela, pásamela.

Me tenso, pero noto que Keller me acaricia el muslo para que me tranquilice. Su contacto me calma.

—Dame cinco minutos. Luego te veo en la parte de atrás. Pero pírate ya —ordena. Supongo que eso significa que nosotros hemos acabado también.

La puerta se cierra y hace reverberar la habitación. Los dos nos quedamos sentados en silencio. Solo se oye el ruido de nuestras respiraciones trabajosas.

Me aparto de su pecho despacio, evitando su mirada. Me levanto, me bajo el vestido y me agacho para coger el bolso que he dejado en el otro extremo del sofá.

Keller también se pone de pie. Se acerca a mí, me agarra de la muñeca para que me gire hacia él y se inclina para susurrarme al oído.

—Tú y yo no hemos terminado, ni mucho menos. Tengo que irme, pero que no te quepa ni la más mínima duda de que te encontraré para que acabemos lo que hemos empezado. No lo olvides, cariño: yo nunca hago amenazas que no tenga intención de cumplir.

Me da un suave beso en los labios, se vuelve y se va, sin mirar atrás. Yo inspiro hondo e intento recuperar la compostura. Después me toco los labios hinchados.

«No va a venir a buscarme».

Mañana se irá con otra mujer, pero tampoco pasa nada. Yo tengo que reconstruir mi vida. Y pensando eso cojo el bolso y me voy en busca de Maddie. Necesito meterme en la cama y olvidarme de todo esto.

Pero sé que no lo voy a conseguir. Estoy segura de que voy a reproducir esa escena en mi cabeza muchas veces en el futuro próximo.

5

Keller

Puto Luca. Tenía que aparecer justo ahora y hablarme como si fuera su lacayo. Quiero a ese tío como si fuera mi hermano. Joder, es el único hermano que he tenido, adoptivo o de cualquier otro tipo. Pero, de verdad, le habría dado un buen puñetazo en la mandíbula por interrumpirme. Y otro por pedirme que le pasara a Sienna para divertirse con ella. Ya te gustaría, gilipollas.

Tiene que recordar que me necesita. Ha conseguido su lugar en la mafia gracias a que ha usado a su despiadado sicario enmascarado para asustar a cualquiera que le cabree. Yo soy el monstruo que libera entre las sombras, la razón por la que su organización permanece en lo más alto.

Nadie que no pertenezca a nuestro círculo más cercano sabe que el próximo campeón indiscutible de los pesos pesados es también el sicario enmascarado.

La puerta de mi despacho se cierra detrás de mí. «Tal vez parar en ese momento ha sido lo mejor», me digo. No puedo tenerla, pero después de probar solo un poco, no sé si seré capaz de parar. Mi personalidad adictiva me supera y normalmente necesito infligir dolor y dejar salir esa furia que tengo tan arraigada. Pero ella supone una nueva adicción en sí misma, una que debo frenar antes de que cause más estragos.

Me froto la cara y luego entro en la habitación. No puedo permitir que Luca vea cuánto me afecta esa mujer. Lo último que necesito es que meta las narices donde no le llaman. Cruzo con grandes zancadas la sala vip del club y lo veo en el otro extremo, acomodado como si el local fuera suyo. Está fumando un cigarrillo y tomando un whisky sin apartar la vista de una camarera rubia y pechugona. Cuando me ve, me mira con una sonrisa y me hace un gesto con la mano para que me acerque. «Pero ¿qué coño le pasa esta noche?».

—¿Sí, Luca? —pregunto con el tono neutro, pero los puños apretados junto a los costados.

Deja caer la ceniza del cigarrillo y se lo vuelve a llevar a los labios despacio, sin mirarme. Está cabreado.

—Tengo un trabajo para ti. Si hubieras contestado al puto teléfono, no tendría que haber salido de casa de Melissa para venir aquí. Una actitud muy egoísta, hermano.

—Estoy ocupado —contesto con malos modos—. Mira este sitio. Es la inauguración del club. El club que te dejo utilizar para blanquear tu dinero, ¿lo recuerdas? Tendrás que encargárselo a otro. —No tengo tiempo para esas mierdas esta noche.

Gira la cabeza para mirarme y tira el cigarrillo en el cenicero. El humo le oculta la cara cuando se inclina hacia delante para apoyar los codos en las rodillas.

—No confío en nadie más de la organización, ya lo sabes. Tienen que entender que soy su puto jefe, pero se me ponen en contra en cuanto se presenta la ocasión. No puedo seguir aguantando eso más tiempo, estoy harto de tener que ir mirando por dónde piso. He de hacer una declaración de intenciones: o me obedecen o mueren.

No me gusta la dirección que está tomando la conversación. El Luca quejica es su peor versión, pero es la que más veo últimamente.

—Han visto a Dante reunirse con los Falcone hoy. Y he oído que no es la primera vez. Cree que puede puentearme. Hace falta que alguien le dé una lección. Tienes que transmitirle un mensaje. Hay que meter en vereda a esos cabrones enseguida, y debes hacerlo tú. Tienes que mostrarles la ira de Dios para que les quede claro que nosotros somos los que dirigimos esta organización, no ellos. Mi padre ya no está y han de aceptarlo. Ya han pasado seis putos años.

Ahí está. Quiere sacar al monstruo a jugar. Pues encantado. Necesito una distracción y no se me ocurre mejor forma de terminar la noche que cortarle la lengua a un desgraciado. Bueno, la verdad es que preferiría tener mi sexo bien hundido en el dulce interior de Sienna, pero tendré que conformarme con esto.

—Vale. Envíame la dirección. Salgo ahora mismo.

Lo veo sacar el teléfono del bolsillo y tocar la pantalla.

—Gracias —dice con tono sincero.

—De nada. Ya sabes que te debo la vida. Pero no te olvides del acuerdo que tenemos. Quiero abandonar todo esto cuando la cosa se calme. Gano mi pelea y sigo por mi cuenta. Así que será mejor que me utilices mientras puedas —adviento con una sonrisa.

Es cierto, le debo la vida a este cabrón. Si no fuera porque él se hizo cargo de la organización seis años atrás, me sacó de las calles y me financió la carrera de boxeador, yo estaría en la cárcel, cumpliendo cadena perpetua o muerto. Ser su sicario no compensa esa deuda que tengo con él, pero así nos beneficiamos los dos. Yo tengo mucha rabia que liberar y él necesita a alguien en las calles, un lugar que yo conozco bien. Detrás de esa fachada de jefe, Luca es igual que yo, un niño de acogida furioso que lucha por ser algo en la vida. Él nunca planeó, ni tampoco quiso, dirigir una organización mafiosa, pero unos lazos familiares desconocidos lo empujaron a hacerlo. No es de extrañar que el resto de la

organización esté cabreada, tras llevar años trabajando y matando para su padre. Pero Luca es un luchador y está cumpliendo con su deber, aunque eso signifique que sea yo el que salga por ahí a hacer la mayor parte del trabajo sucio.

Era igual cuando los dos éramos niños de la calle. Luca provocaba una pelea, pero no se le daba bien manejar los puños. Él siempre ha sido el cerebro, y yo el que estaba ahí, detrás, preparado para darle una buena paliza a cualquiera que se atreviera a molestar a mi hermano. Y catorce años después no ha cambiado nada. Solo que ahora hay más en juego y las cosas son más turbias que una simple pelea callejera.

—Claro, hermano, ya sabes que yo voy a mantener mi parte del trato. —Lo creo, qué remedio me queda.

Cuando me vuelvo para irme, por fin pregunta:

—¿Quién era ese bombón que tenías en el regazo hace un momento? ¿Sigue por aquí? Me encantaría enseñarle lo que es bueno.

Aprieto los puños en respuesta e inspiro hondo. No se puede enterar de que no es una de las habituales. Y no pienso dejar que le toque ni un pelo de la cabeza. Por encima de mi cadáver.

—No, se ha ido ya. Dudo que volvamos a verla. —Intento mantener la voz serena.

Él levanta las dos cejas mientras me mira, buscando respuestas en mi rostro.

—Qué pena.

Me tomo esa frase como una despedida, así que vuelvo al despacho para recuperar la compostura. Menos mal que tengo las cosas que necesito y mi habitual pasamontañas negro guardados bajo llave en mi mesa. Acaricio la madera pulida con una mano

mientras niego con la cabeza. Mierda, es una pena no haber podido tumbar a Sienna allí encima esta noche.

Cojo mis cosas y le envío un mensaje al chófer para que venga a buscarme a la entrada trasera del club. No tengo tiempo para despedidas. Eso es lo único que le puedo agradecer a Luca esta noche. El chófer me dice que llegará en tres minutos. Me parece que voy a tomar un poco el aire mientras espero. No hay nada mejor que el aire frío de noviembre en Nueva York. Es fresco, prácticamente te limpia los pulmones. Enciendo un cigarrillo. No fumo demasiado. Soy boxeador profesional en el mejor estado físico posible, pero cuesta librarse de algunos hábitos. Estoy seguro de que Grayson me echará una bronca por esto mañana. Sin embargo, después de lo que ha pasado esta noche, necesito despejar la cabeza y liberar mis demonios internos.

Y Dante va a ser quien lo sufra esta noche. Estoy lleno de ira acumulada desde que Luca me ha interrumpido y no me ha dejado acabar lo que estaba haciendo antes. Suelto el humo en medio del aire gélido. Desde allí noto la vibración de la música del club. Estoy deseando tener un minuto de silencio.

—Ven aquí, joder —resuena una voz que llega desde el extremo de la calle.

Genial, ya están saliendo los borrachos. Me oculto entre las sombras, pego la espalda a la pared de ladrillos y apoyo un pie en ella. Creo que va a ser interesante: me encantan las peleas.

El sonido de unos tacones altos repiqueteando en la acera me despierta la curiosidad. Cada vez van más rápido. No les falta mucho para correr. Mierda. Miro a mi alrededor, deseando equivocarme. No me puedo meter en líos innecesarios. Todo en mi vida depende de la pelea por el título. No puedo fastidiarlo, y una pelea en la calle lo destrozaría todo. Ya tengo cabreados a Grayson y Stacey porque se

me ve con «demasiadas mujeres». No sé por qué coño les importa tanto. Mi imagen pública no es un problema. Pago mucho dinero para hacer que esas cosas desaparezcan.

El repiqueteo se ha detenido.

—¡Déjame en paz, Jamie! ¿Qué coño te pasa?

Joder, reconozco esa voz. No, no puede ser.

—¡Te he dicho que me quites las manos de encima!

No, se acabó. A la mierda. Me aparto de la pared y echo a correr. Está oscuro, pero es Nueva York, una ciudad que está iluminada siempre. Salgo a la acera y sigo el sonido de las voces, que continúan hablando.

—Te he dicho que necesito que vuelvas, pero tú no me escuchas, joder. Así que voy a tener que obligarte.

Pero ¿qué coño...? Intento mantener la calma y me centro en lo que me rodea. Estoy seguro de que sé quién es.

Bingo. Veo dos sombras en el callejón que hay junto a la calle. No distingo las caras, pero me doy cuenta de lo que está pasando enseguida: una mujer retenida contra una pared a la que un hombre encapuchado agarra por la garganta. Parece que voy a liberar un poco de furia antes de la tortura de esta noche.

Mientras recorro el callejón, pisando con cuidado para no asustar al capullo ese, noto el corazón acelerado en el pecho y los nervios de punta. Es la misma sensación que he tenido cuando la he visto antes. Mierda, no. Espero no haberme equivocado. Me acerco y su voz me atraviesa el corazón.

—Jamie, por favor, no lo hagas —la oigo sollozar.

Es hombre muerto. Hincho el pecho, saco la navaja del bolsillo y grito:

—¡Te lo advertí, Jamie! ¡Te dije que si volvías a tocarla, acabaría contigo!

Levanto la navaja con una sonrisa de loco. «Eso es, cabronazo. Ahora soy yo quien tiene toda tu atención». Suelta la garganta de Sienna, a quien apretaba contra la pared, y ella aprovecha para clavarle la rodilla en los testículos. Esta mujer es una bomba exquisita.

Jamie la empuja y se dobla por la mitad por el dolor. Yo corro hacia ella lo más rápido que puedo y la sujeto antes de que la cabeza le golpee contra la acera. Ese capullo cobarde aprovecha la oportunidad para huir. «Ah, no te preocupes. Ya te encontraré, mamón».

Centro la atención de inmediato en Sienna y le aparto el pelo de la cara con cuidado. El callejón está en penumbra, y con esa luz no veo si tiene alguna herida, pero tiembla en mis brazos. Será el shock. Sus penetrantes ojos azules me miran fijamente, pero no dice nada. Joder.

—Sienna, cariño. Necesito que me hables. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

Tengo todos los músculos tensos por el esfuerzo de contener la rabia explosiva que me llena el pecho. ¿Cómo se ha atrevido? Se envuelve el pecho con los brazos y tose. Joder, está helada.

—Keller, ¿me llevas a casa, por favor? —pregunta con un hilo de voz.

—Claro. ¿Puedes rodearme el cuello con los brazos? —Ella obedece.

La cojo en brazos. No pesa nada, es como una pluma, y se acurruca contra mi pecho. Noto que se le calma la respiración. Tengo que librar una batalla interna para permanecer tranquilo y que ella se relaje, aunque lo que me pide el cuerpo es ir a por él y hacerlo pedazos. «Después, Keller».

Mil cosas me pasan por la cabeza mientras me dirijo a la entrada trasera del club. Mi Aston Martin gris oscuro está ahí, brillando bajo las farolas. ¿A qué se refería Jamie cuando ha dicho que necesitaba que volviera y que iba a tener que obligarla? Eso no sonaba a algo típico de una ruptura. Ese capullo parecía desesperado, llevado por el pánico.

Guardo esa información para reflexionar sobre ella más tarde. Con mis contactos en la mafia, descubriré pronto todo lo que haya que saber sobre ese imbécil y después le pondré una diana en la frente. Vuelvo a centrarme en Sienna, que sigue apoyada en mi pecho. Ahora que hemos llegado al club, veo las marcas oscuras en sus brazos. La ha hecho sangrar. Por cada corte que ella tiene, le voy a hacer dos a él, y diez veces más profundos. Llegamos al Aston Martin enseguida. Aprovecho mi cuerpo musculoso para cogerle las llaves a mi chófer, que está al lado de la puerta del acompañante, y le hago un gesto con la cabeza para indicarle que se puede ir. Yo la llevaré. Me agacho, coloco a Sienna con cuidado en el asiento de cuero rojo y le pongo el cinturón de seguridad.

La suave caricia en su piel hace que se estremezca. Joder, a ella le pasa lo mismo que a mí.

Me quito la chaqueta, la tapo con ella, me voy al otro lado del coche y me siento al volante. El motor ruge al cobrar vida y el coche tiembla. Dios, me encanta la sensación que me produce esta bestia. Acaricio el cuero del volante y pongo la marcha atrás. Apoyo la mano detrás del reposacabezas de Sienna cuando me giro para mirar por la ventanilla trasera. Entonces me doy cuenta de que ella me observa atentamente y veo el deseo ardiendo en sus ojos. No es el momento.

Cuando nos alejamos del club, ya a altas horas de la madrugada, las calles están casi vacías.

—¿No me vas a preguntar dónde vivo? Vas en dirección contraria.
No tengo intención de dejar que vuelva sola a su apartamento.
Parece que voy a romper mi segunda regla: nada de mujeres en el ático. Esto es peligroso.

6

Sienna

Keller no aparta los ojos de la carretera e ignora mi pregunta, pero yo estoy demasiado cansada para insistir. A pesar de que solo lo conozco desde hace unas pocas horas, me siento segura con él. Tengo la sensación de que la imagen que le muestra al resto del mundo es muy diferente del hombre que hay escondido debajo. Lo he visto en la delicadeza de su contacto esta noche. Sé que hay más, muy adentro. Él nunca me haría daño físicamente.

Estoy tan exhausta que me cuesta mantener los ojos abiertos. La calefacción está al máximo, así que por fin dejo de temblar y empieza a entrarme sueño.

Reclino un poco mi asiento para estar más cómoda y mirar a Keller. No debería estar excitada ahora mismo. Hace solo unos minutos mi ex me ha asaltado en un callejón, y ahora voy a toda velocidad no sé adónde en un Aston Martin con mi guapísimo salvador.

Verlo conducir este cochazo es sexy. Lo hace con un control y poder totales, las manos sujetando el volante con tanta fuerza que tiene los nudillos de las manos tatuadas blancos bajo toda esa tinta.

De vez en cuando me mira preocupado, como si quisiera asegurarse de que estoy bien, pero por debajo veo que está conteniendo la furia. Hay una oscuridad en su interior que lucha por salir y todo su cuerpo está tenso para intentar mantenerla a raya.

Le apoyo despacio una mano en el muslo. Parece tan incómodo en su papel de protector como yo necesitando que me cuiden. Esa sensación es algo desconocido para mí. Él me cubre la mano con la suya y me la aprieta un poco para tranquilizarme. ¿Quién podría esperar que un hombre con ese poder y esa oscuridad tuviera un lado tan tierno? Eso, o que le da pena esta tonta damisela en apuros.

Salvar a alguien tres veces la misma noche es mucho, le preguntes a quien le preguntes.

Transcurren unos minutos en silencio mientras pasamos por Central Park, con las manos todavía juntas. Evidentemente vamos al barrio más elegante. Por Dios, voy en un Aston Martin. ¡Y es el dueño del club aquel!

Cuando aparta su mano de la mía, me siento vacía enseguida por la falta de contacto. Se nota un chisporroteo en el ambiente en ese coche. Aunque no debería. Estoy cubierta de cortes y cardenales. Pero de repente parece que no me llega el aire a los pulmones a la velocidad necesaria. Siento que me inunda el pánico e intento respirar. «Joder, Jamie me ha atacado».

Hasta hoy nunca me había agredido físicamente; me había asustado, pero jamás me había tocado. «¿Por qué está haciendo esto ahora?».

Intento inspirar hondo para calmar el pánico, que no hace más que crecer. «¿Qué habría ocurrido si Keller no me hubiera salvado? ¿Hasta dónde habría llegado Jamie?».

El coche reduce la velocidad y eso me distrae momentáneamente de mis preocupaciones. Nos acercamos a los rascacielos de Park Avenue. No puede ser que viva en un rascacielos... «Pero ¿de verdad hay gente que vive ahí?».

Pulsa un botón en la pantalla del coche y se abre la puerta del garaje que hay al lado del edificio. Saluda con la cabeza a los dos guardas de seguridad sentados en una garita en la entrada. Accedemos a un aparcamiento muy iluminado y coloca la mano detrás de mi reposacabezas para dar marcha atrás y aparcar en su plaza. No soy capaz de formar una frase coherente, así que no digo nada. Aunque hay una pregunta que no puedo dejar de hacer.

—Keller, ¿a qué piso vamos? Me dan terror los ascensores, así que tendremos que subir por las escaleras. —Estoy hablando de más por los nervios.

—Si te lo digo, solo va a empeorar las cosas, Sienna. Tú confía en mí, ¿vale? No tienes nada que temer estando conmigo —responde, y después pulsa el botón que hay en la consola central y el coche se apaga.

Sale por la puerta del conductor y rodea el coche por delante sin apartar los ojos de mí. Se abre la puerta del acompañante y el aire frío me deja sin respiración. Él me tiende la mano, pero en vez de ayudarme a levantarme, se agacha y me coge en brazos de nuevo y me aprieta contra su pecho. Oigo su latido tranquilo junto a mi oreja.

Vamos hasta el ascensor. Mierda. Tal vez si cierro los ojos, lo aguantaré. Se me llena la mente de imágenes de mi madre encerrándome en el desvencijado ascensor de nuestro piso de Londres. Cada vez que la cabreaba cuando estaba borracha, me metía allí y me dejaba llorando. A veces me pasaba allí toda la noche y no paraba de llorar hasta que me quedaba dormida. Era una niña. Todos los del bloque pensaban que el aparato estaba roto, así que nadie venía a ayudarme. Y yo estaba aterrorizada.

Se oye el pitido de las puertas del ascensor al abrirse y él entra, lo que me aparta de mis recuerdos del pasado.

A pesar del miedo que tengo, no puedo negar que este ascensor es absolutamente impresionante. Cabrían veinte personas sin problemas. La música relajante está teniendo en mí el efecto contrario, porque me recuerda a la sala de espera de mi terapeuta. Keller se gira, apretándome contra él, y pulsa el botón. Intenta usar su cuerpo voluminoso para que yo no vea lo que pulsa, pero yo logro echar un vistazo y veo que el número ochenta y seis está iluminado en verde.

—¿Es coña, Keller? Vamos a tardar diez minutos en llegar. No puedo hacerlo. Sácame de aquí —pido entre jadeos. Tengo la frente empapada de sudor.

Él me da un beso suave en la coronilla y me envuelve todavía más con sus brazos. Yo cierro los ojos y me concentro en mi respiración mientras escucho el latido lento de su corazón.

—Ya casi estamos, preciosa —dice para tranquilizarme mientras me acaricia el pelo.

Esa parte tierna suya me deja indefensa. «Tal vez siente lástima por mí». No se puede negar el ambiente de anticipación. El aire casi chisporrotea allí dentro. Pegada a su pecho, inhalo el aroma de su *aftershave* mezclado con el whisky y el tabaco. Antes de que pueda decir nada, el ascensor pita otra vez y las puertas se abren.

Me baja despacio al suelo y me deja de pie; entrelaza mis dedos con los suyos y me lleva al interior del ático más impresionante que me podría imaginar. Ventanales del suelo al techo que rodean todo el salón, con vistas al horizonte de Manhattan, que resplandece iluminada en plena noche. Mis tacones de aguja resuenan en el suelo de mármol blanco sobre el que destacan los muebles de color negro y roble oscuro. El piso es totalmente abierto, y desde donde estoy veo la modernísima cocina, del tipo que en mi país se podría encontrar en un palacio o algo así.

También me llama la atención un sofá enorme con forma de U de cuero negro, sobre el que hay salpicados cojines de colores más claros, todos a juego con el blanco, el negro y los tonos neutros del resto de la casa. Dios, lo que daría por cocinar allí; incluso tiene uno de esos grifos de los que sale agua hirviendo.

—Keller, esta casa es increíble. Las vistas, la cocina..., todo, joder. Parece el paraíso. —Suelto una exclamación de asombro.

Keller me mira de arriba abajo.

—La única vista celestial que hay aquí es la que tengo delante.

—No digas tonterías —replico, pero me sonrojo. Me arden las mejillas. No tiene sentido intentar ocultarlo.

Sigue mirándome, examinando las heridas que tengo en los brazos. Se acerca a mí, me los acaricia con los dedos y me hace estremecer. Me lleva en volandas hasta el sofá como si no pesara nada, me tumba allí y se agacha a mi lado.

Encuentra la cremallera del lateral de mi vestido.

—¿Me dejas?

Asiento, en medio de un torbellino de emociones.

Me baja despacio el vestido por el cuerpo, me lo saca por encima de los zapatos y después vuelve a mirarme fijamente.

Me recorre los brazos con los dedos una vez más, parándose en cada corte y cada arañazo. Agacha la cabeza y deposita un beso suave en cada marca.

—Por cada marca que te ha dejado en este cuerpo precioso, le voy a romper un hueso. Pagaré por lo que te ha hecho. Te lo prometo. —Su voz es casi un gruñido y se oyen en ella ecos de violencia.

Debería asustarme, pero no lo hago. Lo peor es que creo que lo dice totalmente en serio.

El sonido de un teléfono interrumpe el momento. «Mierda, tengo que llamar a Maddie». Le he dicho que iba al baño, pero eso ha sido antes de que Jamie decidiera sacarme a rastras del club y atacarme.

Keller frunce el ceño al mirar la pantalla.

—Tengo que cogerlo. Voy a hablar a la otra habitación. Ponte cómoda. No tardaré.

Me da un besito en la frente y se gira para irse por el pasillo. No llevo nada más que las braguitas empapadas, así que suspiro y recojo el vestido.

Voy hasta la cocina y me dedico a abrir armarios (tiene que haber por lo menos treinta) buscando un vaso. Lo consigo al sexto intento. Cojo uno de los vasos altos de cristal, lo lleno hasta arriba de agua y después revuelvo en mi bolso para sacar unos analgésicos. Empiezan a escocerme los brazos y está a punto de reventarme la cabeza. Me trago las pastillas con el agua. El frescor le sienta bien a mi cuerpo en llamas. Cojo el teléfono y veo en la pantalla que tengo un montón de llamadas perdidas de Maddie. No leo los mensajes, sino que directamente la llamo.

—Sienna, ¿dónde coño estás?! —grita. Se oye la música atronando de fondo—. Sigo en el club, en el baño. Te he buscado por todas partes. Estaba preocupadísima.

Dios, me siento fatal.

—Maddie, lo siento mucho. Me he encontrado a Jamie en el club y se ha puesto a suplicarme que quería hablar conmigo. Me estaba dando dolor de cabeza, así que he accedido. Pero en cuanto hemos cruzado la puerta, me ha arrastrado hasta un callejón. He intentado huir, pero me ha empotrado contra una pared a la fuerza. Por suerte ha aparecido Keller antes de que tuviera tiempo de hacer nada más. Ahora estoy en su piso. Voy a pedir un Uber para volver a casa. —Le explico lo justo para que no se preocupe más.

—¿Que Jamie te ha hecho qué? ¿Y dónde está? Le voy a sacar los ojos con mis tacones. Joder, Sienna, ¿estás bien? —Su tono de voz roza la histeria.

—Se ha ido corriendo, Maddie. No pasa nada, estoy bien. Tengo unos cuantos cortes y cardenales, pero me recuperaré. Y le he dado una buena patada en los huevos al capullo ese. Te veo en el apartamento dentro de un rato, ¿vale? Mándame un mensaje cuando estés de camino. Tengo que despedirme de Keller antes de irme. —Espero que eso sirva para tranquilizarla.

—Vale, vale. Ostras, Keller... ¿El tipo sobre el que te has sentado en el club? Estoy deseando que me cuentes eso. Compárteme la ubicación cuando te subas al Uber, ¿vale? Te quiero.

—Yo también te quiero, Maddie —respondo antes de colgar.

Keller todavía no ha acabado de hablar por teléfono, así que abro la aplicación de Uber y solicito un viaje. Después de reservarlo, me acomodo en un taburete que hay junto a la barra de desayuno. Necesito una distracción. La adrenalina se está diluyendo y yo estoy cayendo en espiral, fuera de control. Mi visión se vuelve borrosa y me veo las manos temblorosas, cubiertas de cortes, y quiero gritar. Me arden los pulmones mientras intento respirar.

«¿Qué coño me está pasando? ¿Qué es lo que me ha hecho? ¿Por qué tengo tantos cortes?».

Me bajo del taburete, necesito ir al baño. Con paso tambaleante, me dirijo a la primera puerta que veo. Cuanto más me acerco, más me falta el aire.

«Joder, me voy a morir».

Abro la puerta de un tirón y entro en la habitación oscura. No sé dónde estoy. Me duele todo el cuerpo y el dolor me embarga mientras sigo intentando respirar. Dejo de buscar un baño, porque mi cuerpo ya no me puede llevar a ninguna parte. Me desplomo en

el suelo y me acerco las piernas al pecho. Aprieto la frente contra las rodillas. Boqueo en busca de aire y me corren lágrimas por las mejillas.

Estoy hecha un desastre y no me puedo mover.

Aprieto los párpados y permito que la oscuridad me consuma mientras los sollozos agitan mi cuerpo tembloroso.

Siento un golpe a mi lado y de repente unas manos cálidas me apartan la cara de las piernas.

—Joder, Sienna, ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Yo... yo... —Los pulmones me fallan. No soy capaz de hablar.

Sus brazos fuertes me rodean y es como si estuviera flotando. El fuerte latido de su corazón me tranquiliza, extrañamente.

—Shhh, no pasa nada, cariño. Estoy aquí contigo —dice mientras me tumba con cuidado en un colchón blando. Tengo la cabeza apoyada en una almohada sedosa.

Mis músculos empiezan a relajarse y dejo caer el peso sobre el colchón. La cama se hunde cuando Keller se tumba a mi lado, me agarra de la cintura y me acerca hasta pegarme contra su pecho.

—Respira. Nadie puede hacerte daño ahora. Estás a salvo. Te lo prometo.

La ternura de su voz y la forma en que me acaricia el pelo despacio consiguen que vuelva a poder introducir aire en los pulmones. Sigo respirando hondo y lento, y pronto noto que mi ritmo cardíaco regresa a la normalidad. Nos quedamos ahí tumbados, juntos, con su cuerpo musculoso envolviéndome, transmitiéndome seguridad.

Por fin mi respiración se ha calmado. Logro reunir el valor para hablar. Me ruborizo por la vergüenza.

—Dios, lo he pasado fatal. Siento mucho que hayas tenido que verme así. Supongo que es lo último que necesitas después de

haberme salvado ya tres veces esta noche. Pero ya te dejo en paz.

—No te disculpes. Te han atacado. Durante el trayecto hasta aquí me parecía que estabas demasiado tranquila. A veces hay que dejarlo salir de una forma u otra. —Me da un beso en la parte de atrás de la cabeza que reparte más calor por mi cuerpo.

—Hmmm... —es lo único que puedo responder mientras se me cierran los ojos cansados.

«Mierda, el Uber».

Los vuelvo a abrir de golpe y me zafo de su brazo. Después me bajo de la cama y voy corriendo hacia la puerta.

—Sienna —dice con un gruñido.

Ese tono de voz hace que me pare en seco.

—¿Adónde crees que vas?

—Se me había olvidado que he pedido un Uber —contesto retorciéndome las manos y evitando su mirada.

Él aprieta la mandíbula y viene hacia mí. Cada paso que da, yo me alejo otro, hasta que mi espalda choca con la puerta.

—Sienna, no confundas mi amabilidad con debilidad —advierte con una voz profunda que me hace temblar—. No te vas a ir a ninguna parte. Primero, porque no estás a salvo en la calle a estas horas de la noche. Y segundo, porque lo digo yo. ¿Te queda claro? —Sus palabras firmes entran en contradicción con los suaves labios que me están dando besos por toda la mandíbula.

Joder, esto me pone, pero por las razones equivocadas. Este hombre y su sucia voz dominante tienen un efecto en mí que nunca creí que fuera posible. Aunque yo no necesito que me protejan, eso está más que claro.

—No —respondo, y alzo la barbilla en un gesto desafiante. Ya estoy harta de hombres por hoy.

—Sienna —gruñe de nuevo—. No me pongas a prueba. Estoy mucho más que al límite.

El conflicto se nota claramente en su tono. Me desea, pero no sabe qué hacer conmigo. Eso es evidente. Está acostumbrado a exigir y conseguir lo que quiere en todos los aspectos de su vida.

—Vale, entonces llévame a casa y después vete a hacer lo que sea que hayas estado hablando. —Señalo el teléfono que tiene en el bolsillo.

Keller aparta las manos de la pared que está detrás de mí y se separa un poco.

—Vale —acepta con un resoplido, y sale de la habitación cabreado dando un portazo.

«Genial. He conseguido poner de mala leche a la bestia».

Unos minutos después se oyen cajones que se abren y se cierran con brusquedad por la casa. Keller reaparece, pero ahora lleva puestas unas mallas negras y una sudadera con capucha ceñida y tiene una bolsa de deporte colgada del hombro.

Madre mía. No sé qué es más sexy, si Keller con un esmoquin hecho a medida o con ropa de deporte informal. La manera en que se le pega la sudadera destaca el impresionante tamaño de sus bíceps, y las mallas no dejan mucho a la imaginación en cuanto a lo que hay debajo. Si no estuviera tan cabreada con él, me lanzaría a sus brazos y no separaría mis labios de los suyos.

Keller carraspea, y eso hace que yo vuelva a la realidad.

«Perfecto. Me ha pillado comiéndomelo con los ojos».

Me tira una camisa, pasa a mi lado y me ordena que lo siga con un gesto de cabeza. Me pongo la camisa negra, que me queda como un vestido. Parece que se ha acabado la delicadeza. Todo el rato que estamos en el ascensor, y después en el coche, no hay contacto visual entre los dos.



Keller aparca y para el motor. Yo voy a abrir la puerta, pero su mano fuerte me detiene. Se inclina hacia mí y me aprieta contra el asiento.

De sus labios sale un suspiro ahogado.

—Sienna, espera un momento. Lo siento. Tengo muchas cosas entre manos y nunca tengo este tipo de relación con mujeres. No sé qué es esto, ni tampoco sé cómo explicar esta atracción que siento por ti. ¿Me das tu teléfono? —Su tono es sincero, y me tiende la mano con la palma hacia arriba.

—¡Se pide por favor! —bromeo con una sonrisa.

Él me responde con una sonrisa torcida.

—Ah, vale. Por favor, Sienna.

Pongo la contraseña para desbloquearlo y se lo doy. Él escribe algo rápido y al instante se oye el pitido del suyo. Después me lo devuelve.

—Ya tienes mi número, princesa. Si necesitas cualquier cosa, llámame. Si a Jamie se le ocurre respirar el mismo aire que tú, llámame. —Hace una pausa de un segundo—. Por favor.

Intento ocultar una sonrisa.

—Vale, Keller. Gracias.

No sé qué mosca le ha picado a Jamie, pero me ha asustado mucho esta noche. Está actuando de una manera inverosímil y desesperada. Todo lo contrario a su habitual actitud serena y controlada.

Al recordar eso, me viene a la cabeza también que el hombre que tengo delante, disculpándose, me ha salvado el culo tres veces esta noche. Le envuelvo la cara con las manos y atraigo sus labios hacia los míos para darle un piquito, solo para decirle «gracias» y «adiós».

Sé que esto no puede ir más allá.

Me aparto y vuelvo a coger la manecilla de la puerta. Pero Keller es más impulsivo que yo. Me hace girar de un tirón y estrella sus labios contra los míos mientras entierra las manos en mi pelo. Hace el beso más profundo cuando yo gimo y dejo paso a su lengua. Nuestros dientes chocan. Somos como dos animales muertos de hambre, que se clavan las garras y se devoran el uno al otro.

Todas las emociones que se me han despertado esta noche las estoy volcando en este beso.

Cuando Keller se aparta, tiene los labios hinchados y yo estoy sin aliento.

—Joder, Sienna. Tenemos que dejar esto por ahora. Debo irme — dice con la respiración trabajosa. Desde donde estoy noto el sabor de su aliento, porque aún se encuentra a centímetros de mí.

Las ventanillas del Aston Martin están empañadas y el coche huele a puro deseo. Lo miro con el mejor ceño fruncido fingido que sé poner, pero no sirve de nada y acabo riéndome a carcajadas.

—Vale, pues entonces supongo que hablaremos pronto — murmuro con voz pesarosa.

—Antes de lo que te imaginas, cariño. —Me guiña un ojo y se inclina para abrirme la puerta. Dios, solo con el roce de su cuerpo ya estoy deseando abalanzarme sobre su regazo—. Créeme, si no tuviera que irme de verdad, te llevaría a tu apartamento y te haría gritar mi nombre y olvidar a cualquier hombre que hayas conocido antes que a mí —me susurra al oído, y un escalofrío me recorre la espalda.

«Dios, ojalá».

Salgo del coche y me dirijo a mi casa, pero a medio camino me giro para despedirme con la mano.

Por fin subo los cinco tramos de escaleras hasta el apartamento que comparto con Maddie. Cuando llego al último piso estoy jadeando. Abro la puerta, dejo caer las llaves en la mesita auxiliar y me quito los zapatos en cuanto entro. «Dios, qué gusto».

Voy descalza por el pasillo hasta el salón y miro por las rendijas de las persianas al lugar donde me ha dejado Keller hace unos minutos. Sigue ahí. Y noto su mirada desde aquí. Mi teléfono pita, así que observo el salón y voy trotando para cogerlo.

Keller Dios del Sexo: Vete
a la cama, princesa. Y sueña
cosas bonitas conmigo.

Yo le escribo una respuesta mientras me río entre dientes del nombre que se ha puesto en mis contactos.

Sienna Anderson: Buenas noches, dios del
sexo, y gracias de nuevo por todo lo de esta
noche. Espero que tú también sueñes cosas
bonitas conmigo.

Él no tarda ni un segundo en contestar.

Keller Dios del Sexo: No hay nada bonito en los
sueños que yo voy
a tener contigo;). A dormir.

Le mando un mensaje rápido a Maddie para decirle que estoy en casa. Me desplomo sobre la cama, agarro el cojín más cercano para abrazarlo y me voy relajando con imágenes de Keller dando vueltas por mi cabeza mientras me quedo dormida.

Keller

Después de dejar a Sienna, he ido directo a Rico's, el restaurante de Dante, que está en Brooklyn. Se podría decir que no volverá a hablar más de lo que debe hasta dentro de mucho tiempo. Seguramente el resto de su vida.

Luca quería que enviara un mensaje al resto de la organización, y no hay duda de que lo he hecho. Dante ha tenido muy mala suerte; justo hoy se me ha acumulado la rabia y necesitaba soltarla. Aunque preferiría haberla volcado en Jamie.



Cuando abro la puerta de madera del restaurante, veo que la pintura roja se descascarilla bajo mis dedos. Al instante, el ruido de conversaciones en italiano y de risas se interrumpe. Cuatro hombres mayores y Dante están sentados alrededor de una mesa redonda de madera que hay en el centro del restaurante. Están jugando a las cartas y hay billetes tirados en la mesa. Una nube de humo de cigarrillo inunda el salón y, cuando inhalo bruscamente, las sustancias químicas hacen que me arda el fondo de la garganta. Sin

decir ni una palabra, voy directo a la mesa y saco una silla metálica plegable blanca, que araña el suelo de madera irregular. Le doy la vuelta y me siento con una pierna a cada lado y apoyado en el respaldo. Todas las miradas están fijas en mí, pero no sale ningún sonido de sus bocas y parece que todos los allí presentes hayan visto un fantasma. Despacio, vacío el cargador del arma, y las balas de color bronce repiquetea al caer sobre la mesa una tras otra. El único ruido que se oye es el de una gota que cae de una gotera que hay en el techo en un rincón. Estrello la pistola vacía sobre la mesa con un golpe que hace saltar las balas. Me fijo en que nadie hace ni un movimiento. Están demasiado acojonados para moverse.

Saben por qué estoy aquí. También son conscientes de quién soy y quién me ha enviado.

Recojo una sola bala y la sujeto entre el índice y el pulgar, aún sin decir nada, y la sostengo en alto para que todos la vean. Después, con ella todavía agarrada entre mis dedos, se la clavo a Dante en el pecho.

—Trágate —le ordeno.

—¿Qué? No —contesta con la voz temblorosa.

—No me hagas repetírtelo otra vez. Trágate —exijo sin la más mínima vacilación.

Será mejor para él que no me cabree esta noche.

Coge la bala que todavía tengo entre los dedos despacio. Noto un leve temblor cuando lo hace. Tiene los ojos abiertos como platos, parecen suplicarme.

Pues no va a tener suerte.

Levanta la bala y la sostiene entre los labios. Su nuez sube y baja. Saco la brillante navaja que llevo bajo el calcetín y se la pongo justo sobre la arteria carótida izquierda. Con una leve presión, la afilada

punta se le clava lo suficiente para rasgar la piel, y unas gotas carmesíes comienzan a resbalarle despacio por el cuello.

Eso parece darle la motivación necesaria para cumplir mi orden. La bala entra en su boca y él traga. Le da una arcada cuando la bala empieza a bajar por su garganta.

Aflojo la presión de la navaja contra su cuello. Su cuerpo se relaja un poco por el alivio.

Cojo otra bala y se la tiro a la cara. Vuelve a abrir los ojos como platos.

—Otra vez.

Sus supuestos amigos lo observan todo horrorizados.

La segunda vez lo hace más rápido. Coge la bala y traga, aguantando la arcada de nuevo cuando el metal entra en sus entrañas.

—Bien. Ahora abre la boca y saca la lengua.

Hace lo que le pido, aunque le tiembla la mandíbula.

Vuelvo a coger la navaja pequeña pero afiladísima, y le rebano la punta de la lengua. Es como la parte dura de un filete muy hecho. La sangre le llena la boca y cae en cascada por su barbilla.

Saco el trocito de carne y lo agito sobre su boca abierta.

—Es la última vez, lo prometo. Traga.

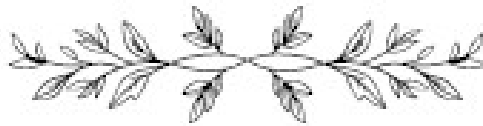
Luca quería que transmitiera un mensaje. Creo que esto servirá. El miedo que llena la habitación es palpable.

Cierra la boca y se traga la punta de su lengua, pero después me salpica toda la chaqueta de sangre.

—Más te vale que me pagues la tintorería —digo con cara de asco, y tiro la chaqueta cubierta de sangre al suelo húmedo—. Que sea la última vez que les hablas de nada que tenga que ver con el negocio de Luca a los Falcone. ¿Está claro? Si me llega aunque sea un rumor

de que has puesto el pie en su territorio, te meto una bala entre los ojos.

Él asiente como un loco en respuesta, tapándose con la mano la boca, de la que sigue saliendo sangre a borbotones.



Cuando llego a casa, está amaneciendo sobre Central Park. He guardado la ropa llena de sangre en una bolsa para ocuparme de ella después. Me doy una ducha helada para intentar quitarme de la cabeza la imagen de Sienna montándome la mano.

No sirve de nada.

El resto de la semana me dedico a entrenar con Grayson. He de mantenerme ocupado para evitar llamarla. Dios, qué ganas le tengo.

Quiero poseerla, reclamarla y hacerla mía.

También protegerla y cuidarla.

Y eso es justo lo que me impide llamarla.

Ella no necesita verse involucrada en mis mierdas. Mantener cualquier relación conmigo es peligroso. Con esta vida que llevo, tener una mujer supone una debilidad. Una que no me puedo permitir.

Y eso me pone furioso. ¿Quién es esa mujer y por qué tiene esa influencia sobre mí?

Ver como su ex la aplastaba contra la pared despertó algo en mi interior que me resulta absolutamente desconocido. Y verla darle una buena patada en los huevos me hizo sentir orgulloso. No hay duda de que tiene dentro un potente fuego, es la perfección en forma de diosa.

Voy a cortar de raíz, sin pensar. Si eso sirve para la gente que quiere desengancharse de las drogas, tiene que funcionar para olvidarse de una mujer con la que ni siquiera he llegado a follar.

Por eso me he tirado toda la semana matándome en el King's Gym. Cada combinación que consigo dominar me proporciona una distracción de mis pensamientos.

El gimnasio es propiedad de Grayson y mía, nuestro lugar de entrenamiento. Lo montamos cuando Luca me lo puso como entrenador. Él acababa de dejar los marines, y a mí Luca acababa de sacarme de la calle después de hacer un trato para conseguir que no fuera a la cárcel.

Grayson lleva dándome caña para que me ponga en forma desde entonces. No me pasa ni media, y es el único rival al que me ha costado noquear en el ring.

No empezamos con buen pie cuando yo era un niño de acogida que se peleaba en la calle. La disciplina no era algo que fuera conmigo, mucho menos si intentaba imponérmela un tío que no era más grande que yo y que solo me sacaba cinco años. Ahora, seis años después, no podría vivir sin ese capullo gruñón. Luca y él son lo más parecido a unos hermanos que tengo.

Solo quedan dos meses para mi pelea de unificación del título. Tras haber conseguido tres cinturones, el del WBC es el único que me falta y mi objetivo principal. Solo se interpone en mi camino una máquina de pelear rusa de casi dos metros. Es solo un poco más bajo que yo y más ágil, así que sus golpes son más rápidos y tiene un mejor juego de pies a la hora de defenderse. Yo tengo más fuerza y habilidad. El boxeo consiste en un noventa por ciento en una pelea mental. Cuando yo me concentro, no hay nadie que pueda conmigo. Sigo invicto por algo.

Esta pelea significa más que la unificación. Es la llave de mi libertad. Una vida lejos de la mafia. Una posibilidad de centrarme solo en el boxeo y vivir el resto de mi vida sin tener que ir mirando por encima del hombro. Grayson sabe lo que hay en juego y, joder, está haciendo que me deje la piel para conseguirlo.

Tiro mi bolsa de deporte en el banco de pesas y voy directo al despacho. Sé que debería llamar, pero no lo hago; es la oficina de los dos, no solo suya. Supongo que no habrá nadie allí un lunes por la mañana, pero la verdad es que Grayson, el mayor golfo que existe, no atiende a las restricciones sexuales de la sociedad.

Cruzo la puerta diciendo en voz alta:

—Toc, toc, hijo de puta.

Joder, me encanta sacarlo de quicio.

Grayson aparta la atención de su teléfono y me fulmina con la mirada. Tenemos unas sillas de oficina giratorias de cuero, pero ninguno de los dos cabemos en ellas. Grayson mide un par de centímetros menos que yo, pero tiene el mismo cuerpo musculoso y macizo. Todavía mantiene el pelo rubio ceniza rapado muy corto. Supongo que cuesta librarse de las costumbres de los marines. Aunque en realidad no tengo ni idea, porque él nunca habla de esa época. He intentado sonsacarle cosas a lo largo de los años, pero él se cierra en banda y evita las preguntas. Imagino que no quiere recordarlo. Sé que pasó algo malo, pero para Luca y para mí eso no tiene importancia. Al fin y al cabo, Grayson conoce mis vínculos con la mafia. A ver, él también es amigo de Luca, así que tampoco es que sea ningún secreto.

Seguramente por eso somos los tres como hermanos. Entendemos el dolor de los otros, pero no nos regodeamos en él. No necesitamos terapeutas, sino sacos de boxeo.

—Me han dicho que te has divertido un poco con Dante este fin de semana —comenta Grayson con una sonrisita.

—No creo que vaya a salir nada de su boca ahora —contesto riendo.

—Estás como una puta cabra, Keller. Me han dicho que reventó el baño cuando cagó las balas. —Dime algo que no sepa—. ¿Vas a entrenar hoy?

—¿Y por qué coño iba a venir aquí si no? Tenemos una pelea importante dentro de dos meses, ¿o se te ha olvidado? —replico con tono burlón.

—Vete a la mierda. ¿Cómo se me va a olvidar? Pero no es normal que te dignes a venir al gimnasio un lunes. Aunque seguro que las alumnas de la clase de *fitboxing* estarán encantadas de verte. —Me guiña un ojo con la sonrisa torcida.

Grayson es un verdadero mujeriego. Esa sonrisa pícaro y las frases coquetas y empalagosas que suelta cuando salimos de fiesta me dan vergüenza ajena. En todo este tiempo, no lo he visto nunca con la misma mujer más de una vez.

Disfruta de la atención que le prestan las mujeres.

Yo no flirteo, no persigo a las mujeres, y tampoco hablo durante el sexo. Me imagino que Grayson les susurra palabras dulces al oído en la cama. Todo eso no tiene nada que ver conmigo. Al menos hasta que apareció ella, y eso que casi no la he llegado a probar.

Esa mujer es la razón por la que he venido a entrenar un lunes.

Los lunes normalmente los dedico al resto de las mierdas que tengo que hacer, como promociones, inauguraciones de clubes o peticiones de Luca. Pero hoy no puedo concentrarme en nada que no sea ella. Así que más vale que me dedique a hacer lo que mejor se me da.

Darle palizas a la gente para evitar sentir nada.

¿Necesito terapia? Seguramente sí. Pero hasta ahora este método me ha funcionado.

Dentro de dos meses me podré centrar por completo en el boxeo y en el End Zone. Se acabará lo de transmitir mensajes de parte de Luca, y por fin podré dejar de vigilar mi espalda todo el tiempo.

Me vendo las manos, me pongo los guantes y subo al ring. Más allá, sobre unas colchonetas, hay un grupo de madres de mediana edad que dan puñetazos al aire. Se me había olvidado que mi gimnasio se convierte en un puto club para madres durante el día.

Grayson entra en el ring con las manoplas en las manos y el casco de protección.

—¿Te da miedo que te tumbe, cobarde? ¡Quítate el puto casco! —le grito desde el otro extremo del cuadrilátero.

—No, me lo voy a dejar. Estás muy raro hoy y no quiero que me estropees mi cara bonita —bromea.

Voy dando saltos hasta el centro del ring y empiezo la primera combinación de golpes contra las manoplas. Izquierda, derecha, izquierda y agacharme para esquivar la manopla con la que Grayson hace un barrido. Seguimos así hasta que me arden los pulmones, el sudor me gotea sobre los ojos y tengo la camiseta de tirantes empapada.

Cuando me concentro, se hace el silencio. Es perfecto.

Tengo la mente en blanco y lo único que veo es a mi rival. Ese estado mental es peligroso.

La fuerza de uno de mis puñetazos puede matar. Si desconecto la mente, no hay nada que consiga frenar el demonio que recorre mis venas.

Mientras recupero el aliento, me doy cuenta de que no se oye absolutamente nada en la sala. Echo un vistazo a la clase de las

madres y veo que todas me observan con la boca abierta y me rehúyen la mirada. Están aterrorizadas. Huelo su miedo desde aquí.

Oigo el eco de la voz de Grayson a lo lejos.

—¡Keller! Keller, sal de ahí. ¡Ya! —me grita justo a mi lado.

Joder.

Me arranco la camiseta empapada de sudor y la uso para enjugarme la frente mientras sigo intentando calmar la respiración. Sin hacerle caso a Grayson, paso bajo las cuerdas y voy directo a la ducha.

Si me está gritando, es que no lo he matado. Pero podría haberlo hecho. Mierda.

Tras una ducha fría vuelvo a vestirme y voy en busca de Grayson, que está golpeando un saco. Sí que le he sacado de sus casillas.

—¡Grayson! —le grito para llamar su atención.

Aparta el saco y viene hacia mí.

—¡Pero ¿qué coño te ha pasado ahí arriba, Keller?! —me pregunta mientras señala al ring—. Has desconectado del todo. Y eso es peligroso. Tienes que mantener la mente en la pelea. Si no, vas a acabar matando a alguien. —No deja de gritarme y se pasa las manos por la cara debido a la frustración—. Vete a casa. Espabila. Joder, echa un polvo. No es el momento de perder la cabeza, Keller. Un boxeador no es nada sin una mente fuerte. No te olvides de eso. —Entonces me da la espalda y se pone a pegarle puñetazos al saco de nuevo. Supongo que se está imaginando que yo soy ese saco.



Me centro completamente en el entrenamiento el resto de la semana, aunque evito a Grayson durante un par de días para que se relaje el ambiente.

Cuando no tengo la mente centrada en el entrenamiento, acabo pensando en Sienna. Me pregunto si ella habrá pensado en mí. ¿Se le habrá pasado por la cabeza escribirme un mensaje? ¿Estará soñando con follar conmigo, como me ocurre a mí todas las noches con ella?

Esto no es sano, se está convirtiendo en una obsesión.

La busco en Instagram. No puedo evitarlo. He pensado que verla me serviría para calmar esa necesidad, pero no. Solo me ha servido para acabar masturbándome recordando las poses de sus fotos.

Necesito sacarme a esta mujer de la cabeza antes de que sea demasiado tarde.

Sienna

El lunes llega más rápido de lo que me esperaba. Enseguida me veo cruzando entre el denso tráfico de Nueva York en hora punta. Londres es una ciudad con mucho ajetreo, pero no tiene nada que ver con las calles atestadas de Nueva York. Nunca me voy a acostumbrar a este caos.

Subo de una carrerita las escaleras del metro y me dirijo a la cafetería que hay frente al bufete, y de camino veo que el sol brilla con fuerza en un cielo despejado, pero el aire es fresco, el tiempo perfecto para llevar un jersey de cuello vuelto negro y una falda de tubo. Esa parte de arriba me sirve para ocultar los cardenales y los arañazos que tengo en los brazos. Me froto las zonas doloridas instintivamente. Al menos los cardenales ya no tienen el color rojo encendido que me encontré cuando me desperté el sábado por la mañana. Vaya regalo de cumpleaños. El cuello vuelto del jersey me tapa las marcas de mordiscos que tengo por todo el cuello: la señal primitiva de Keller.

Mientras espero a que me preparen mi *flat white*, miro los últimos mensajes de Keller y dudo con los dedos sobre el teclado si escribirle un mensaje de buenos días. No he sabido nada de él desde que me dejó en casa a altas horas de la madrugada del sábado. No quiero parecer desesperada, pero no puedo apartar mis pensamientos de ese hombre.

«Tal vez sea solo porque estoy cachonda».

Me he pasado el fin de semana tirada en el sofá con Maddie, viendo Netflix y comiendo palomitas. Me siento bien, normal incluso. Mi cumpleaños fue el sábado. No recibí el habitual mensaje anual de mi madre borracha para decirme cómo le había destrozado la vida solo por haber nacido. No puedo decir que lo echara de menos.

Maddie sabe que no me gusta celebrar mi cumpleaños, así que no hicimos gran cosa, solo compartir una tarta pequeñita y una copa de vino. Ella me regaló una alarma antivioladores y un espray de pimienta, en plan broma, por si Jamie vuelve a aparecer y no tengo tiempo de darle una patada en la entrepierna como la última vez. Maddie siempre es capaz de encontrar algo divertido en las cosas más serias. La verdad es que me hizo gracia.

Sigue insistiendo para saber qué pasó con Keller, la muy cotilla. Le he contado algunos detalles, pero me he guardado la mayor parte de la historia. Si se lo cuento todo, no me va a dejar en paz.

—Un *flat white* para Sienna —anuncia la camarera, y levanto la vista del teléfono.

Le sonrío, cojo mi brebaje para despertarme y voy directa al edificio Chrysler mientras me tomo el café del vaso para llevar. Hay hojas de color ámbar salpicadas por toda la acera, que crujen bajo mis tacones. Una ráfaga de aire fresco hace que unos mechones de pelo me azoten la cara justo antes de entrar en el vestíbulo.

La recepción está desierta. «Mierda, ¿llego tarde?». Miro el reloj: las 7:50 de la mañana. Aún quedan diez minutos, menos mal. Sonrío un segundo a Harriet, nuestra alegre recepcionista pelirroja, que está hablando por teléfono, y voy hacia las escaleras. El bufete de derecho de familia está en la quinta planta, así que no me importa subir por las escaleras para evitar el ascensor.

Para cuando llego, tengo la respiración acelerada. Paso la tarjeta de acceso, voy hacia mi mesa y me dejo caer en la silla giratoria.

—Buenos días, preciosa —me saluda David con una gran sonrisa que hace que se le arruguen las comisuras de los ojos.

—Buenos días, David. Veo que te has cambiado el pelo —contesto sonriendo también.

David se convirtió enseguida en mi mejor amigo en la oficina y ahora también fuera, después de que me cobijara bajo su ala desde el primer día que entré aquí, hace tres años. En cierto momento nuestro jefe, Alan, nos prohibió sentarnos juntos, porque montábamos mucho escándalo y nos distraíamos el uno al otro.

No podemos evitarlo. Cuando nos ponemos, la cosa se descontrola.

David le resultaría atractivo a cualquier mujer con ojos en la cara. Alto y musculoso, con unos ojos color esmeralda que hipnotizan y, por si fuera poco, una sonrisa alucinante. Pero no tiene nada que ver con Keller.

Ya hicimos un intento y no cuajó.

Una noche, hace un par de años, decidimos emborracharnos como cubas (con prosecco, nada menos) y Maddie nos retó a besarnos. La verdad es que yo no tengo hermanos, pero aquel beso fue como me imagino que debe de ser besar a uno.

La sensación fue todo lo que no tiene que ser.

Así que acordamos no volver a hablar del tema. Al menos lo intentamos.

Sobre el papel, seríamos la pareja perfecta.

David carraspea para llamar mi atención. Se ha sentado a su lado de las mesas unidas que tenemos y me pasa una taza de café humeante. «Dios, hoy necesito más cafeína que nunca».

—Ay, ¿qué sabor me has elegido hoy? —pregunto. Él me trae todos los días un sabor diferente. Sabe que a mí me gusta, como dice él, «un café empalagosamente dulce», y siempre arruga la nariz cuando ve lo que escojo.

—Como ya casi estamos en Navidad, hoy no me ha quedado más remedio que dejarte probar el *latte* con sabor a galleta de jengibre.

—¡Dios, gracias! —exclamo, y le lanzo un beso.

Envuelvo la taza con las dos manos y dejo que la bebida humeante me caliente las entrañas. El olor a canela inunda el aire.

Se revuelve en su asiento y me clava la mirada.

—Maddie me ha estado mandando mensajes este finde —dice en voz baja—. ¿Estás bien? Me he enterado de lo que ha pasado con Jamie. Deberías habérmelo contado, Sienna. Me encantaría poder darle un buen puñetazo en la mandíbula. —En su tono se nota que está preocupado.

Sé que David odia a Jamie.

La historia de ellos dos empezó antes de que yo entrara en la ecuación. Hace tiempo eran muy amigos y trabajaban juntos en el bufete del padre de Jamie. Hasta que Jamie le arrebató a David el ascenso que esperaba en sus narices.

—Ojalá nunca os hubiera presentado. Siento mucho que te hiciera eso. Lo mataría por haberte puesto las manos encima, Sienna —asegura, y me cubre una mano con la suya.

—No pasa nada, en serio. Estoy bien, solo un poco alterada. La verdad es que estoy más avergonzada que otra cosa. Ni siquiera reconozco al hombre en el que se ha convertido. El odio que había en sus ojos y lo enfadado que estaba en el club el viernes... fue rarísimo —le explico divagando un poco—. ¿Tú sabes algo? ¿Por qué está tan obsesionado con que vuelva con él? Me puso los cuernos. Es evidente que no me quiere tanto.

—Preguntaré por ahí. Tengo el presentimiento de que su problemilla con las drogas es más serio de lo que creemos. Es un cabrón manipulador. Ten mucho cuidado.

—Sí, papá —contesto con tono de burla y enarcando una ceja.

Él suelta una carcajada.

—Dios, Sienna, ¿ahora vas a ponerte a llamarme «papi»?

—¡Vosotros dos! Acabamos de empezar la jornada. Callaos y poneos a trabajar. No hagáis que os siente a cada uno en un extremo del despacho. Otra vez. —Alan nos señala a los dos desde el umbral de su puerta, mirándonos con desaprobación.

Fulmina a David con la mirada y ambos soltamos una risita y nos giramos hacia nuestras respectivas pantallas.

—Lo siento, Alan —me disculpo mientras intento no reírme.

La puerta se cierra. David se inclina hacia mi lado de la mesa.

—¿Sigue en pie lo de salir con Maddie y conmigo a tomar algo el viernes? Vente, por favor —suplica poniéndome cara de perrito abandonado.

No me puedo resistir a esas dos esmeraldas brillantes, pero pongo los ojos en blanco de forma muy dramática.

—Bueno, si me lo pides así...



El resto de la semana pasa volando. Me mantengo ocupada con el trabajo durante el día, y por las noches me apalanco en el sofá con Maddie para ver la nueva serie *Chicas buenas*. Todos los días recibo mensajes de disculpa de Jamie que me llegan desde números

desconocidos. El miércoles me entregan un ramo de cien rosas rojas acompañadas de una nota:

Rosas eternas, como mi amor por ti. Lo siento.

Maddie y yo nos tiramos una buena parte de la noche deshaciendo las rosas y tirándolas a una bolsa de basura.

Siempre me regalaba rosas rojas, porque pensaba que eran mis favoritas. Porque a todas las mujeres les gustan las rosas rojas, claro. Qué original. Bueno, pues la verdad es que a mí no.

Si se hubiera molestado en preguntar, sabría que las odio. Mi padre le compraba un ramo a mi madre todas las semanas cuando volvía a casa del trabajo. Cuando él nos abandonó, si alguien le regalaba rosas, ella se largaba a beber y desaparecía durante una semana.

Ahora es viernes. Y aquí estoy, mojada y envuelta en una toalla, revisando los vestidos que tengo en el armario para decidir qué me pongo esta noche.

Me apetece algo negro, ceñido y sexy. Mis dedos acarician el vestido de cóctel con lentejuelas negras, que todavía tiene la etiqueta puesta. Lo compré para ir a una cena benéfica con Jamie hace unos meses, pero, cuando me lo vio, me dijo que parecía una *stripper*, así que me puse un vestido rojo más largo porque no quería que se cabreara y estropearla la noche.

Le arranco la etiqueta y la tiro a la papelera, dejo el vestido sobre la cama y me concentro en el pelo y el maquillaje. Lo que pasó el fin de semana anterior invade mi mente mientras mojo el *eyeliner* en el tubo de tinta negra. Supongo que Keller no tenía tantas ganas de volver a verme. «Qué pena».

Durante toda la semana los recuerdos de su contacto, su fuerza..., Dios, incluso su voz profunda, áspera y sucia, me han estado

poniendo a cien. Todas las noches he tenido que darle uso a mi amiguito de color morado para encontrar algún tipo de alivio.

Pero todas las noches me he quedado frustrada. Tengo que superarlo. No puedo dejar de imaginarme con ese hombre, aunque no haya llegado a estar con él. No es y no puede ser mío. Esta noche debo encontrar a alguien para sacarme ese clavo. Dudo que se acerque a Keller siquiera, pero hay que intentarlo.

Maddie entra en la habitación pavoneándose, con sus mejores galas. Hoy lleva el pelo rubio platino, normalmente rizado, muy liso, cubriéndole el pecho como si fuera una sirena. El maquillaje es muy natural y destaca la curva de sus pómulos. En los gruesos labios se ha puesto un *gloss* muy claro que atrae la atención hacia ellos. Va con un vestido plateado metalizado con tirante fino que le llega justo debajo del culo. Supongo que, como es tan alta y tiene esas piernas larguísimas, la mayoría de los vestidos le quedan cortos.

Coloca el prosecco a mi lado en la mesita. Las burbujas se escapan por encima del borde de la copa.

—Sienna, en media hora nos vamos. Deja que te arregle el pelo — dice mientras va a por el secador y el cepillo.

Treinta minutos después estamos listas.

El vestido de lentejuelas me queda como un guante. Lo llevo conjuntado con unos tacones rojos y el pintalabios del mismo color.

Maddie me ha hecho dos trenzas francesas en la parte delantera y luego ha dejado el resto del pelo suelto, de tal manera que las puntas de los rizos con mechas destacan sobre las raíces más oscuras. Es diferente a lo que suelo llevar, pero me parece muy sexy.

Las dos posamos para hacernos un selfi rápido, que yo subo a Instagram, y después bloqueo el teléfono y lo guardo en el bolso de mano de cuero negro. Salgo corriendo y cojo un abrigo de pelo

negro. La semana pasada hacía un frío que pelaba, pero hoy hace todavía más.

—David me acaba de mandar un mensaje. Va de camino al End Zone con un par de amigos del gimnasio. Le he dicho que llegaremos en unos veinte minutos.

Me quedo petrificada al oír «End Zone».

«¿Y si él está allí?».

No. La semana pasada era la inauguración. El propietario no tiene por qué estar en el club todos los fines de semana, ¿verdad?

Maddie entrelaza mi brazo con el suyo.

—Con suerte, esta noche igual te encuentras otra vez con ese amiguito tuyo boxeador tan cañón.

Eso es exactamente lo que me tiene muerta de miedo.

Es viernes por la noche. Le prometí a Grayson que pasaríamos una noche vip en el club para compensarlo por haber sido esta semana «un absoluto gilipollas» (según sus propias palabras).

Llego al club pronto, me sirvo un whisky en el despacho y abro las imágenes de seguridad. Me inundan la mente recuerdos del viernes pasado en ese mismo despacho, cuando una bomba de mujer se dejaba llevar siguiendo el movimiento de mis dedos. Casi puedo oler su dulce aroma ahora mismo. Es adictivo. Peligroso.

Y aquí estoy, sentado, viendo entrar a la gente en el club una noche de viernes y preguntándome, no, más bien esperando que ella aparezca. ¿Qué demonios me ha pasado? Esa mujer me ha convertido en un completo calzonazos.

Sé que no debería desearla. No puedo tenerla, pero tampoco soy capaz de resistirme a este impulso.

He visto en su Instagram que iba a salir con su amiga esta noche. Solo puedo confiar en que ese culo espectacular vuelva a acabar en mi club.

Cuando ya voy por mi tercer whisky, Grayson me escribe un mensaje para decirme que viene de camino. Sigo estudiando el monitor hasta que algo me llama la atención. Acerco el zoom de la imagen de la puerta principal y entorno los ojos. «¿Eres tú, princesa?».

Sé por la forma en que me martillea el corazón en el pecho que efectivamente es ella.

Está en la cola con la misma amiga rubia con la que vino la semana pasada. Incluso a través de la pantalla, veo que sus ojos se iluminan cuando habla esa chica. «¿Por qué me molesta que tenga amigas que se preocupen por ella?».

Un par de brazos masculinos le rodean el cuello a Sienna y ella se deja abrazar y después se gira para dedicarle a ese capullo su sonrisa luminosa y contagiosa.

A la mierda.

Dejo el vaso en la mesa con un golpe seco y salgo de la oficina con los puños apretados contra los costados. Me encuentro a Grayson viniendo por el pasillo hacia el despacho. No tengo tiempo para él ahora mismo, así que le interrumpo antes de que pueda decir nada.

—He de solucionar algo, una cosa muy rápida. Tienes un reservado preparado en la zona vip. Está a tu nombre. Te veo allí enseguida.

Sin esperar una respuesta, continúo centrado en mi misión: que ese tío deje en paz a Sienna.

Me he estado matando físicamente toda la semana para intentar sacármela de la cabeza. Pero la he visto un segundo y todo ha vuelto. Cada célula de mi cuerpo me está advirtiéndome que no siga por donde voy, y me grita que no me meta.

Mi corazón funciona de forma mecánica, bombeando sangre por todo mi cuerpo para mantenerme con vida, pero está muerto en lo que a sentimientos se refiere.

Solo siento oscuridad.

No hay luz.

No me merezco la luz.

Para ser una bestia en el ring de boxeo y un sicario en las calles, no puedo permitir que la luz se cuele en mi vida. Necesito la oscuridad.

Pero voy a dejar que entre la luz de todas formas, aunque solo sea una noche.

La furia me recorre las venas y la sangre me retumba en los oídos mientras me abro paso entre la gente que llena el club.

Solo hace dos semanas que estamos abiertos y el local está hasta arriba. Debería sentirme orgulloso; mi visión ha cobrado vida. A la larga, es un medio para conseguir un fin, parte de mi acuerdo con Luca. Él blanquea su dinero negro a través del club, mantiene contenta a la mafia y me libera. Después de la minucia de convertirme en campeón del mundo.

La pelea ya está programada. Solo faltan siete semanas hasta que quede saldada mi deuda. Pero no puedo concentrarme en eso hasta que saque de una puta vez a esa diosa de mi cabeza.

La regla número uno del boxeo es «pelea con la cabeza». Y ahora mismo no la tengo centrada en lo que debería. Y no me puedo permitir perderla en el ring.

Joder, debo tranquilizarme.

Puede ser que Sienna esté cabreada porque no me he puesto en contacto con ella en toda la semana, pero espero poder convencerla de que acceda a lo que le voy a proponer.

Una noche de un sexo totalmente perverso y después los dos seguimos con nuestras vidas. Fácil, ¿no?

Paso entre los dos porteros inútiles, a los que tengo pendiente despedir, y examino a la multitud. Como un lobo en plena caza, no aparto la vista de mi presa.

Podría distinguirla en medio de una multitud mucho más grande que esta. Mi cuerpo reacciona solo con verla. Si no supiera que no

puede ser, creería que me ha lanzado algún tipo de hechizo. Ninguna mujer ha tenido jamás este efecto en mí.

La veo enseguida. Destaca entre las personas que la rodean. Y ningún hombre en el universo podría ignorar su belleza. Es impresionante, sencillamente. Sus penetrantes ojos azules se encuentran con los míos y veo en su cara que me reconoce, porque su expresión se ilumina y sonrío de oreja a oreja.

Joder, cuando me sonrío es que se me olvida respirar. Me quedo sin aire en los pulmones.

Le devuelvo la sonrisa con aire seductor.

Tiene la raíz del pelo trenzada, pero unas ondas le envuelven la cara y le caen por la espalda. Bajo los carteles luminosos rojos que hay en la entrada, veo que el desquiciante vestido de lentejuelas que lleva resplandece y resalta su figura espectacular. Pero estoy seguro de que está aún más guapa sin ropa.

El capullo ese todavía le rodea el cuello con los brazos y apoya la cabeza en su hombro. Es un hombre de tamaño razonable, pero no puede compararse conmigo. Ella ladea un poco la cabeza y le dice algo al oído.

Presenciar cómo hace eso me pone la carne de gallina. Ver las manos de otro hombre sobre su piel clara y suave me despierta instintos asesinos. Él la mira preocupado y después me observa a mí con desconfianza. Sí, gilipollas, quítale las manos de encima. Sigo de pie junto a la entrada del club. Debería tener más cuidado. Lo último que necesito antes de la pelea es más mala prensa. Grayson ya está cabreado conmigo por mi arrebató del principio de la semana.

Por fin ese pedazo de capullo aparta los brazos de su cuerpo, y los ojos de Sienna examinan los míos. Lo ha entendido enseguida. Yo no me ando con tonterías.

«Es ahora o nunca».

Me acerco a ella con mi mejor sonrisa falsa dirigida al resto de la gente. Para ellos soy una celebridad, un boxeador multimillonario y vividor, y esa es la versión que queremos transmitir.

Llego a su lado cuando ella se gira para mirarme. Su amiga rubia me sonríe al reconocermela; supongo que está al corriente de lo que ocurrió el fin de semana pasado.

—Hola, Keller. —La voz de Sienna me arranca de mis pensamientos.

—Hola, princesa —susurro contra su oído, a un volumen tan bajo que solo ella pueda oírme.

Sus mejillas se enrojecen. Miro al resto del grupo que la acompaña.

—Tengo un sitio libre en la zona vip esta noche. Solo tendréis que soportar al idiota de mi entrenador. Pero os invito a todo lo que queráis tomar durante toda la noche para compensaros por ese inconveniente.

Sus amigos se alegran y los ojos de Sienna me miran con suspicacia. Es normal. Tengo planes para los dos. Solo quiero ser educado y darles a sus amigos algo para que no echen demasiado de menos su compañía. Aunque no tengo ni idea de por qué. Nunca me ha importado el resto de la gente, pero con ella es diferente. No quiero que me tema ni que conozca mi lado más oscuro.

La rubia es la primera en hablar.

—¡Ay, qué bien! Estaremos encantados. ¿A que sí, chicos? —dice con cierto tono de autoridad mientras los fulmina a los dos con la mirada.

El capullo al que le gustan los abrazitos tiene una expresión inescrutable, y se me está acabando la paciencia con él. Ya le ha puesto las manos encima a algo que no le pertenece. Que le esté ofreciendo una noche en la que le invito a todo es un milagro,

teniendo en cuenta que lo que quiero hacer es reventarle la cabeza contra la acera.

—Sí, suena genial, tío —responde el tipo por fin, y Sienna lo mira con una sonrisa cariñosa que me irrita aún más.

Levanto el cordón rojo y les hago un gesto para que pasen, pero agarro a Sienna de la muñeca cuando va a cruzar, obligándola a pararse en seco.

—No corras tanto, guapa. Para nosotros tengo otros planes. — Noto que se estremece bajo mi mano.

El único consuelo que encuentro en esta situación es que veo que ella está claramente bajo el mismo hechizo que yo. No puede evitar que su cuerpo reaccione ante mí, por mucho que lo intente.

Le suelto la muñeca, dejo el cordón en su sitio y oigo las quejas de las personas que hay en la cola. Levanto una ceja, irritado por sus protestas, pero enseguida vuelvo a centrarme en Sienna. Le pongo la mano en la parte baja de la espalda y la llevo hacia el interior del club. Les hago un gesto con la cabeza a los porteros cuando pasamos a su lado.

Una vez dentro, recorremos la zona de la pista, la barra y, más allá, la zona vip. Veo a sus amigos entrando allí. Bien. Nos dejarán a solas un rato. Seguro que Grayson le hace compañía a la amiga rubia. Llevo a Sienna por el pasillo hacia mi despacho. Un *déjà vu* del viernes pasado cruza mi mente, y eso hace que toda la sangre me baje a la entrepierna. Cuando entramos, su aroma a melocotón dulce me llena la nariz. Delicioso.

Su trasero perfecto me tienta en cuanto entra en la habitación, tan cerca que está a punto de rozarme la bragueta. «Joder, tengo que controlarme». Ella se acomoda en el sofá de cuero, cruza las piernas y los brazos, pero veo que se le han endurecido los pezones,

revelando lo que siente en realidad. Que me desea tanto como yo a ella. No, yo no la deseo, me muero por estar con ella.

—¿A qué le debo este placer, Keller? —pregunta. Hasta su acento británico me pone, a pesar de que hay cierto tono de enfado en su voz.

—Tengo una propuesta que hacerte.

Voy directo al grano, porque me recuerdo que esto no es una petición de mano. Aunque tampoco es que haya tenido que pedirle a ninguna mujer que se acueste conmigo para sacármela de la cabeza y poder centrarme en otra cosa. Nunca.

—Vale, ¿y cuál es la propuesta? —pregunta revolviéndose en su asiento.

Me inclino sobre la mesa y apoyo las palmas en la superficie de roble.

—No me voy a andar por las ramas, Sienna. Quiero follarte. Joder, no he dejado de pensar en ti en toda la semana. Tengo un combate importante pronto y no me puedo permitir distracciones. Por eso te propongo que pasemos una noche juntos. Será la mejor noche de tu vida. Todos los orgasmos que quieras yo te los daré. —Tamborileo con los dedos en la mesa y la observo mientras considera mi propuesta. Se muerde la parte interior de la mejilla y frunce el ceño. Casi oigo los engranajes dentro de su cabeza desde aquí—. ¿Qué me dices? —insisto conteniendo la respiración. De verdad que necesito que diga que sí, por mi salud mental.

—Pídemelo por favor. —Sonríe con un brillo travieso en los ojos.

Dios, esta mujer va a acabar conmigo. Me froto la cara con las manos, fingiendo desesperación, y resoplo.

—Por favor, princesa. Puedo ponerme de rodillas para suplicártelo si quieres. —Gruño. Era evidente que iba a hacer que me lo ganara. Esta mujer es una bomba. Debería habérmelo esperado.

Me mira fijamente a los ojos y veo el deseo en los suyos cuando sonrío traviesa y se limita a responder:

—Sí, Keller.

No necesito más.

Me aparto de la mesa y me acerco a ella. No puedo besarla aquí. Si lo hago, no seré capaz de parar, y no quiero interrupciones. Me ha prometido toda la noche y no voy a conformarme con menos.

La cojo por la cintura y me la echo al hombro. Ella chilla y me da golpes en la espalda.

—Keller, bájame. ¡Puedo andar!

—Lo sé, pero con esos tacones es más rápido si te llevo así — contesto, y le doy una palmada en el culo. Oigo que se le escapa un gemido en respuesta.

Esta noche va a ser impresionante.

Pero no hay ni la más mínima posibilidad de que una noche vaya a acabar con esta obsesión.

Sienna

Jugueteo con los pulgares sentada en el asiento del acompañante. «¿Es que este tío no tiene ningún coche que no sea llamativo? Ya entiendo que es rico, pero ¿quién necesita un coche diferente para cada día de la semana?».

—Entonces te apellidas Russo. Italoamericano, ¿no? —pregunto para hablar de algo. Siempre hablo demasiado cuando estoy nerviosa.

Él me mira suspicaz desde el asiento del conductor.

—No te equivocas —responde—. Pero yo no soy italoamericano, en realidad. —Sus facciones están muy serias y sujeta el volante con ambas manos.

—Ah, vale —digo con cautela, porque noto que es un tema delicado y no quiero presionarlo.

—Mi madre biológica era drogadicta, así que me dio en adopción cuando era un bebé. Y no, no sé nada de ella, ni tampoco quiero.

Se percibe dolor en su voz.

—Me pasé la infancia cambiando de una casa de acogida a otra. Nadie quería tener en casa mucho tiempo a un niño con una «oscuridad» como la mía, como la describían ellos. No era una buena influencia para sus hijos de verdad.

Siento una punzada en el corazón al pensar en el pequeño Keller.

—Cuando era adolescente, ya me había hecho un nombre en las peleas callejeras. Conocí a Luca cuando tenía unos doce años. Ese niño no era capaz de dejar de cabrear a la gente y yo tenía que ocuparme de sus batallas. —Se ríe, lo que a mí me provoca una sonrisa—. A los catorce años éramos inseparables, así que nos colocaron a los dos con la señora Russo, una viuda reciente. Una mujer italiana menuda con una sonrisa contagiosa y un revés increíble. —Se le ilumina la mirada al hablar de ella—. Nos quedamos con ella formalmente hasta que cumplimos dieciocho, y ese mismo día los dos nos cambiamos el apellido para ponernos el de Russo. Ella no tenía hijos. Su marido murió joven. Y nos quería mucho a los dos, como si fuéramos sus propios hijos. No queríamos dejarla al cumplir la mayoría de edad, así que nos quedamos con ella. Además, hacía una comida italiana deliciosa; ¿por qué íbamos a querer irnos de allí? —Sigue sonriendo.

Le cubro la mano con la mía.

—Qué historia tan bonita. Me alegro de que la encontrarais. Parece una mujer increíble. —Asiento con una sonrisita auténtica.

Hay muchas cosas debajo de la dura fachada de ese hombre.

—Sí, lo era —susurra. Me acaricia la mano con el pulgar sin apartar los ojos de la carretera.

Transcurren unos minutos en silencio y después le toca preguntar a él.

—¿Y tú eres londinense? —dice con un acento británico fingido y una sonrisa burlona.

—¡Yo no hablo así! —Le doy en el bíceps con el dorso de la mano y no puedo evitar soltar una risita.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo neoyorquina adoptiva?

Supongo que este trayecto se ha convertido en una charla de presentación. No estoy muy convencida de que sea lo que se suele

hablar con un rollo de una noche, pero no me importa.

Inspiro hondo y me preparo para responder. No sé por qué, pero me siento cómoda abriéndome con él.

—Me mudé aquí en cuanto cumplí dieciocho. Me dieron una beca para estudiar Sociología en la Universidad de Columbia. Vivía en la parte chunga de la zona este de Londres. Mi padre nos abandonó cuando yo tenía diez años. No he vuelto a saber nada de él.

—Qué cabrón —murmura Keller entre dientes.

Yo respondo con una risa amarga.

—Entonces mi madre decidió que solo quería la compañía del vodka. Por eso cogí el primer vuelo que me sacaría de allí. He pasado casi toda mi vida cuidándome sola, así que pensé que cambiar de país no debería resultarme muy complicado. —Me encojo de hombros. En lo más profundo, todo esto sigue doliendo.

Estoy divagando un poco, pero es que me hace sentir bien sacar todo esto delante de alguien que de verdad quiere saberlo y no de una persona a la que le pago para que me lo pregunte.

—Ahora trabajo como asistente legal en Chambers & Sons, un bufete especializado en derecho de familia. Pero mi sueño en el fondo es dedicarme al trabajo social. Quiero ayudar a niños con entornos desfavorecidos a llegar a ser algo en la vida, ¿sabes? Yo tuve suerte de conseguir mi beca y así poder empezar una nueva vida, pero no todos los niños la tienen. A esos es a los que quiero ayudar.

«Mierda, él lo sabe mejor que nadie».

Keller aprieta los labios y asiente despacio.

«Soy idiota».

Gira con violencia a la izquierda y yo me veo aplastada contra la puerta del acompañante.

—¡Hostia, Keller! ¿Qué coño haces? —grito.

Mi cuerpo se ve despedido hacia delante y luego me estrello contra el asiento cuando el coche frena bruscamente.

Me vuelvo despacio hacia él. «¡Mierda! ¿Hemos tenido un accidente?». El capullo apaga el motor sin mirarme.

«¿Será un puto psicótico?».

Antes de que tenga oportunidad de preguntar, se vuelve hacia mí y veo deseo en su mirada. Noto un calor que me recorre todo el cuerpo para instalarse justo entre mis piernas. Las aprieto tanto que ejerzo cierta fricción. Me está mirando como si mereciera la pena, como si fuera la mujer más sexy del planeta. Y también como si quisiera devorarme entera.

Aparto la vista y examino el lugar en el que estamos. Solo distingo una calle poco iluminada en lo que sin duda es un barrio residencial, cerca de la Quinta Avenida. Una zona muy tranquila, desde luego.

No se ve ni una luz en los apartamentos que nos rodean, a ambos lados. Tampoco pasa por allí ningún coche. Es el lugar ideal para matar a alguien sin que nadie te vea. Pero por el calor que irradia Keller, creo que lo último que quiere hacer es asesinarme, a menos que la muerte por acumulación de orgasmos cuente.

Miro por la ventanilla. Me da la sensación de que sus ojos me van a hacer un agujero en la nuca de un momento a otro. No me atrevo a girarme. Pero el sonido de cada inspiración profunda suya me llama.

Esa necesidad que tenemos ambos, cuando él está tan cerca, hace que no me pueda centrar en nada. «¿Estoy respirando siquiera?». Vuelvo a mirarlo y veo los músculos tensos en su cuello y el latido de las venas cuando la cosa se calienta en ese espacio tan reducido. Estoy luchando desesperadamente contra la necesidad de darle un mordisco. De solo pensarlo me arde la entrepierna. «Dios, ¿cómo puedo estar tan mojada solo con pensar en él?».

Se me escapa un gemido y él me atraviesa con la mirada.

«Mierda».

Hemos acordado acostarnos para librarnos de esta sensación, pero, en el fondo, me doy cuenta de que los sentimientos que hay en mi pecho no van a desaparecer tras una sola noche. Querré más y más hasta que el anhelo acabe destrozándome y rompiéndome en mil pedazos.

«Uy, pero seguro que merece la pena».

Giro el cuerpo despacio hacia él y me muerdo los labios. Keller se acaricia la mandíbula con el pulgar y no aparta los ojos de mi boca. Parece que está teniendo el mismo debate interno que yo.

—A la mierda —es lo último que le oigo decir antes de que me agarre por la garganta y sus labios se estrellen contra los míos.

Yo dejo escapar un gemido grave en respuesta a la ferocidad de ese beso. Ni siquiera reconozco mi voz. Vuelco todo lo que tengo en mi reacción, una forma sutil de demostrarle que estoy igual que él.

No me gusta la idea, pero así es.

Ya hemos prendido el incendio.

Ahora va a reducir a cenizas los mundos de ambos o nos veremos obligados a bailar entre las llamas.

—No puedo soportarlo más, Sienna —dice entre besos—. He intentado mantenerte lejos, pero no puedo sacarte de mi mente mientras estoy despierto, mi diosa ardiente. Necesito tenerte ya.

Oigo una urgencia terrible en su voz, y sus ojos, que parecen prácticamente negros, me atraviesan el alma.

—Pero no creo que después vaya a ser capaz de renunciar a ti.

Elevo ambas cejas y mi boca forma una O perfecta. «Él también lo siente. ¡Lo sabía!».

Sin esperar una respuesta mía, como si no hubiera querido pronunciar esa última parte, vuelve a unir sus labios con los míos

para volcar todo su deseo en ese beso. Es muy exigente. No puedo controlarlo. Coge lo que quiere y yo se lo pongo en bandeja para él.

—Abre las piernas para mí, cariño —pide con una voz ronca que me provoca corrientes eléctricas que van directas a mi entrepierna palpitante.

Dios, solo esa voz grave ya es suficiente para que lo empape todo.

Tenso la espalda cuando la consciencia se abre paso en mi mente bruscamente, como un relámpago.

—Keller, estamos aparcados en una calle. ¿Y si alguien nos ve? —pregunto dudosa, pero la verdad es que estoy tan cachonda ahora mismo que no sé si puedo parar.

—¿Crees que le permitiría a alguien ver ni siquiera un poco de lo que es mío, Sienna? —Percibo irritación en su voz.

Sus dedos suben por mis muslos hasta que la mano se cuelga por debajo del dobladillo de mi vestido. Levanto un poco el trasero del asiento para que le sea más fácil seguir. Me agarra la ropa interior y me la arranca de un tirón, dejándome el sexo al descubierto. Noto el aire frío en contraste con el calor de la zona. Baja los labios hasta mi cuello y me muerde; el dolor intensifica el deseo.

—Te voy a follar cuando y donde quiera, pero no estoy dispuesto a compartirla, ni siquiera con alguien que pase por la calle. —Me provoca mientras sigue mordiéndome el cuello. Todo mi cuerpo está en alerta máxima. Con cada roce y cada mordisco, el placer me inunda el cuerpo.

Nunca me he sentido más viva.

Me muerdo el labio para contener otro gemido mientras él me recorre el brazo con un dedo tatuado y veo que a su paso se me va poniendo la carne de gallina.

—¿Lo entiendes? —murmura bajito contra mi cuello.

—Sí, señor —susurro yo, y el corazón se me acelera en el pecho.

—Buena chica.

No puedo evitarlo. Oír esas palabras salir de sus labios, pronunciadas con esa voz profunda, me vuelve loca. Es tremendamente sexy. No he estado tan cachonda en mi vida. No puedo apartar la vista de su bragueta, donde veo su erección apretada contra los pantalones y vuelvo a mordirme el labio por la anticipación. Por el bulto de sus pantalones, deduzco que la tiene enorme. «Dios, ¿me cabrá?».

—Te cabrá, tranquila —asegura él, y por fin aparto la mirada.

«Mierda, ¿lo he dicho en voz alta?».

Vaya, ahora estoy intrigada.

—¿Cómo es de grande? ¿Treinta centímetros o algo así? —pregunto intentando calcular, si no me he equivocado con las medidas, cómo puede meter eso dentro de mí.

—Prácticamente, preciosa.

«Madre de Dios».

Con esa información que me acaba de dar y el fuego que arde en mi interior desde que lo he oído pronunciar las palabras «buena chica», estoy cada vez más impaciente. Necesito liberar esta tensión. Lo necesito a él.

—Keller, por favor. —Joder, sueño desesperada, pero no me importa.

—Pero qué ansiosa —bromea, y me mira con una sonrisa perversa mientras tamborilea con los dedos en mi muslo.

«¡Sí! Pero un poco más arriba».

Levanto el culo del asiento un poco más para animar a sus dedos a subir hasta el lugar donde los necesito.

Él me agarra el muslo y me obliga a sentarme. Echo atrás la cabeza y se me escapa un gruñido de frustración. No puedo soportar esto más.

Con la respiración trabajosa, pongo una mano sobre la suya. No puedo evitarlo, necesito tocarlo.

—Apoya la espalda en la puerta, abre las piernas y apoya una en la consola —ordena.

Hago lo que me dice lo más rápido que puedo, arrastrando el trasero hasta que noto el frío cristal de la ventanilla contra la espalda.

Ni eso sirve para calmar el fuego interior que siento.

Me escurro un poco y abro las piernas, apoyando una al lado de la palanca del cambio de marcha y la otra en el reposabrazos. Es lo único que puedo hacer.

Menos mal que ha cogido el Mercedes Clase G esta noche. Al final su amplio surtido de coches va a servir para algo.

Él se frota la cara con la mano y exhala cuando ve mi sexo expuesto.

—Joder, Sienna. No puedo esperar a probarlo.

Despacio, demasiado, echa atrás su asiento y apoya el cuerpo en la consola central. No aparta la mirada de un punto, con cara de ir a devorarme.

Tanta anticipación está a punto de producirme un ataque al corazón.

Acerca la cara a la unión de mis piernas, dándome suaves besos en la parte interior de los muslos. Su barba incipiente me araña la piel, prácticamente ardiendo. Su aliento caliente roza la piel sensible de la zona y yo me quedo sin aliento.

Y de repente sus labios conectan con mi sexo y una corriente eléctrica me recorre todo el cuerpo. En cuanto su boca entra en contacto conmigo, arqueo la espalda y grito.

Madre. Mía.

Me lame como un hombre muerto de hambre, recorriéndolo todo, y, cuando me muerde el clítoris, se me ponen los ojos en blanco.

—Joder, Keller —digo entre jadeos.

Pero él no detiene el movimiento de su lengua.

Se recoloca un poco, me acaricia la pierna con las manos y unas corrientes eléctricas me recorren todo el cuerpo. Entonces baja un dedo hasta mi entrada y lo desliza dentro despacio. Y enseguida añade otro. Mete y saca ambos y yo muevo las caderas para adaptarme a su ritmo. Joder, necesito más.

Hundo los dedos entre su pelo y le empujo la cabeza hacia mi cuerpo de nuevo. Me mira a los ojos y veo un destello divertido en los suyos.

—Mi diosa ansiosa —ríe.

No necesito decirle nada. Su lengua llega a ese punto sensible sobre mi clítoris y lo lame, a la vez que sus dedos, que siguen entrando y saliendo, encuentran el ritmo perfecto.

«No aguanto más».

Oigo el latido de mi corazón atronándome en los oídos. Todo el cuerpo me tiembla, pero sigo moviendo las caderas. Apoyo la cabeza en la ventanilla cuando noto que me recorre el cuerpo un orgasmo muy intenso.

—¡Dios mío, Keller! —grito.

Entonces Keller saca los dedos de mi sexo que no deja de latir y me baja el vestido. Me siento vacía al instante.

Noto un hormigueo por todo el cuerpo. Levanto la rodilla, que le roza la cabeza, y me muevo hasta que vuelvo a juntar los muslos. Estoy totalmente expuesta, tengo que cerrar las piernas. Keller me envuelve la mejilla con la mano y acerca la boca a mi pelo mientras mi respiración empieza a recuperar la normalidad.

Joder, sentir su aliento contra mi oreja basta para volver a excitarme. Nunca he tenido más de un orgasmo con ninguno de mis otros amantes. Pero la respiración de Keller rozando mi cuerpo me acerca al segundo. «Joder, sí que es bueno».

—Princesa, no te escondas de mí, nunca. Lo que acabo de tener delante es la cosa más sexy que he visto en mi vida. Al verte perder el control gracias a mi lengua he estado a punto de correrme en los pantalones. No quiero que sientas vergüenza, solo placer. —Todo eso me lo dice en susurros, y yo solo puedo responderle con un asentimiento.

Keller vuelve a su asiento. Echo un vistazo a su erección y no puedo apartar los ojos. Aunque todavía lleva los pantalones puestos, se ve que es monstruosa. Como si adivinara lo que estoy pensando, Keller me mira, con una risita, e intenta recolocarse, incómodo.

—Cuando me corra esta noche, te aseguro que lo voy a hacer dentro de ti, notando cómo me aprietas y gritas mi nombre mientras recibes hasta la última gota de mí, ¿vale? —Sus labios forman una sonrisa torcida muy sexy.

«Dios, esa boca».

Solo de pensarlo me da un vuelco el corazón. Noto excitación en todo mi cuerpo de nuevo. Joder, este hombre es algo fuera de lo normal. No solo quiero más, es que mi cuerpo entero lo pide a gritos.

—¿En mi casa o en la tuya? —pregunta sin dejar de sonreír mientras mira los espejos retrovisores y el motor vuelve a cobrar vida.

—La tuya —respondo sin dudar.

Llevo toda la semana fantaseando con tirármelo en la isla de esa cocina. Y no sé qué le parecerá a él mi cama de matrimonio

diminuta, cubierta de cojines peludos rosas. No sé si él cabría en esa cama siquiera.

Es un recordatorio muy evidente de que vivimos en dos mundos muy diferentes, y yo no pertenezco al suyo.

Me reprendo por lo que estoy pensando. «Solo es una noche, Sienna. No es que te vayas a casar con él. Te quiere para follar. Así que lo que menos le importa es el saldo de tu cuenta corriente».

Siempre pensando demasiado. A veces me gustaría apagar mi cerebro aunque fuera cinco minutos.

Estoy empezando a dudar de que vaya a tener suficiente de él con solo una noche.

No he podido evitarlo.

Oírla hablar sobre su pasión por ayudar a los niños desfavorecidos me ha tocado la fibra sensible. Es absolutamente perfecta en todos los sentidos. Demasiado perfecta para un monstruo como yo, pero estoy muy involucrado ya. Y nada podrá evitar que la haga mía esta noche. Aunque sea solo esta vez.

En el trayecto hasta el ático, saltan chispas en el ambiente por la anticipación. Después de devorarle el sexo en el asiento del acompañante, no se me ha bajado la erección, y ya me duele horrores. Cuando estoy con ella la tengo dura permanentemente.

Ahora mismo me estoy poniendo cachondo no solo por su aspecto o su atrevimiento, sino también por sus sueños, sus deseos y su inteligencia. Es peligroso, joder. No aparto los ojos de la carretera, porque no me puedo arriesgar a mirarla. No sé si mi erección lo aguantaría.

El trayecto en coche es solo de unos minutos, pero me parece una eternidad. Cuando llegamos, le abro la puerta del acompañante, y la agarro por la cintura para ayudarla a bajar. El coche tan grande hace que se note más lo menuda que es. Cuando le rodeo el torso con las manos, mis dedos casi se tocan.

Coloco la mano en el sitio que más me gusta (la parte baja de su espalda) y la llevo al ascensor. Hace un frío de mil demonios; cada

vez que respiro, se forman nubes de vapor delante de mi boca. Y me he dejado la chaqueta en el club con las prisas por traerla aquí. Ella también se debe de estar helando con ese vestido corto que se le ciñe a la figura.

Le rodeo los hombros con un brazo y la acerco a mi costado para ver si así le transmito algo de calor. Siento que tiembla junto a mí, pero no sé si es de frío o por mi contacto.

Pulso el botón del piso ochenta y seis y de repente me acuerdo de que le dan miedo los ascensores. Con el rabillo del ojo veo que juguetea otra vez con los pulgares, una señal clara de su ansiedad. No hay nadie más allí dentro, y se me ocurre una táctica de distracción perfecta.

Le pongo las manos en la cintura y la levanto hasta colocarla con el culo apoyado en el asa de metal que hay en la pared. Le separo las piernas con el cuerpo, y cuando me acerco, me rodea con ellas. Su sexo al descubierto se frota contra la cremallera de mis pantalones.

«Dios mío, pero qué mujer».

Empiezo a cubrirle de besos las delicadas clavículas y el cuello. Ella ronronea de placer y veo que cierra los ojos y echa la cabeza un poco para atrás. Es asombrosa.

—Pero qué hermosa eres, Sienna —digo con voz ronca entre los besos mientras me acerco cada vez más a su boca.

Le envuelvo la mandíbula con la mano y uno mis labios con los suyos. Este beso no tiene nada que ver con el que le he dado antes, lleno de desesperación y deseo. Este es íntimo. Nuestros labios se acarician. No he experimentado un momento así en mi vida.

Gime de satisfacción contra mi boca cuando le separo los labios con la lengua y la introduzco en su boca. Todavía noto su dulce sabor en la lengua después del asalto en el coche. Ella aprieta las

piernas a mi alrededor todo lo que puede, porque apenas le llegan para rodearme del todo.

Me tomo eso como una invitación para profundizar el beso. Aprieto el pecho contra el suyo y le cojo el culo con la mano libre, sin dejar de explorar su boca.

El pitido de la puerta al abrirse hace que nos separemos. La aparto de la barra en la que está sentada poniéndole las dos manos en las nalgas y, sin dejarle apartar las piernas que tiene apretadas junto a mi cadera, entro en el apartamento con ella en brazos.

—¿Ves? A veces los ascensores no dan tanto miedo —bromeo.

«Vamos a ver, ¿dónde quiero hacérselo primero? Porque tengo intención de repetir en todas las superficies posibles».

La primera que veo a mano es la isla de la cocina. Algo que Sienna no sabe es que nunca he traído a una mujer al ático. Este es mi espacio personal, mi refugio. Jamás he querido traer aquí a ninguna.

«Hasta ahora».

Bajo a Sienna al suelo y la giro para que quede mirando a la isla.

Ve unas líneas en espiral, intrincadas y oscuras, que descienden por su espalda. Está claro que el tatuaje sigue por detrás del vestido. «Joder, necesito ver el resto».

Le bajo la cremallera despacio, poco a poco, dejando expuesto el dibujo que cubre su piel pálida hasta las depresiones que tiene en la base de la columna. El vestido cae al suelo, a sus pies, y ella se queda desnuda delante de mí. Su culo redondo y perfecto me vuelve loco. Inclino la cabeza hacia su nuca, le lamo todo el recorrido que hace el tatuaje y ella arquea la espalda. Responde tan bien a todo lo que le hago..., como si estuviera hecha especialmente para mí.

Se le escapa un gemido cuando llego a la base del tatuaje y yo me dejo caer de rodillas sobre el duro suelo de mármol. Le cojo las dos

nalgas con la mano y la muerdo con fuerza. Ella da una sacudida hacia delante. Unas marcas rojas y primitivas aparecen en su piel y siento que un enorme orgullo me llena el pecho.

—Joder —exclama con los dientes apretados, y se inclina aún más sobre la encimera. Veo que su humedad va resbalando por la parte interna de su muslo. Dios, está chorreando por mí.

Sin perder ni un minuto más, me arranco la camisa y me bajo la cremallera de los pantalones para liberar mi miembro por fin. «Joder, mucho mejor». Me lo agarro por la base y lo sacudo un par de veces, por costumbre supongo, porque nunca en la vida lo he tenido más preparado para hacer su función que en este momento.

Su sexo brilla. Acerco la lengua para disfrutar un poco de su excitación. No puedo evitarlo, es que está deliciosa. Me levanto y la agarro del culo una vez más para colocarme en su entrada. Entonces me la froto por toda su extensión para cubrirla bien con su humedad.

—¿Estás preparada, cariño?

Ella gira un poco la cabeza para mirarme y jadea un poco.

—Fóllame, Keller.

No necesito más invitación que esa. Me hundo en su interior despacio, un centímetro tras otro, dándole tiempo para adaptarse a mi tamaño.

—Jooooooder. Dios mío, Keller.

Yo no soy capaz de articular nada coherente.

—Qué bien me estás recibiendo ahí dentro —consigo decir al fin con mucho esfuerzo, mirando al punto donde se han unido nuestros cuerpos—. Es perfecto verte rodeándome así.

Mi chica ansiosa empuja hacia atrás con el trasero para que entre del todo y grita al hacerlo. El cuerpo se me llena de placer.

Acabamos de empezar y ya estoy a punto. Las paredes de su sexo laten alrededor de mi pene y lo empapan con sus fluidos.

«Mierda. Mierda, mierda, mierda».

Cuando le sujeto el culo para evitar que se mueva más para atrás, ella vuelve a mirar por encima de su hombro y veo irritación en su cara.

—Sienna, no me he puesto condón. —Hasta yo me doy cuenta del pánico que se oye en mi voz—. Yo sé que no tengo nada. Pero ¿estás tomando la píldora? —No tengo ninguna intención de atarla para siempre porque acabe con un hijo mío.

—Sí, no pasa nada, Keller. Yo tampoco tengo nada. Pero no pares —pide con un gruñido.

Todo mi cuerpo se relaja. «Menos mal».

Así que por fin introduzco lo que falta y ella grita mi nombre. Con las manos en su culo, empiezo a entrar y salir. Tengo los nudillos blancos de apretarla. Mierda, creo que le voy a dejar marcas. Pero solo pensar en que ella pueda verlas cuando yo no esté me provoca una agradable sensación de posesión. Quiero penetrarla hasta que reviente.

No voy a aguantar mucho si sigo así, con ella recibiendo todo lo que tengo. Sus piernas comienzan a temblar, así que salgo y la giro para que quede sentada. Sus ojos están llenos de deseo y me sonrío de una forma que me atraviesa el negro corazón.

La empujo de nuevo hacia abajo, alrededor de mi sexo, y ella se sujeta con los brazos en la encimera y empieza a subir y bajar. Los pechos imitan su movimiento y parecen suplicarme que los toque.

Incapaz de resistirme, agacho la cabeza, me meto uno de los pezones rosas en la boca y succiono con fuerza, sin dejar de entrar y salir, y agarrándole la cintura.

Ella levanta la cabeza y me mira con los párpados entornados.

—Keller, me queda poco.

—No te corras hasta que yo te lo diga.

Aprieto los dientes y acelero el ritmo. Nuestros cuerpos se estrellan el uno contra el otro y veo que tiene la frente cubierta de sudor.

—Keller, no puedo.

—Sí. Que. Puedes —gruño entre embestidas.

Arruga la frente, veo concentración en sus facciones y se arquea. Yo me acerco y le rodeo la garganta.

—Buena chica —susurro contra su cuello delicioso.

Noto su pulso acelerado bajo mi mano. Aprieto un poco y eso la acelera aún más. Solo puedo gruñir ante la imagen que tengo delante. Estoy al borde del orgasmo y todos los músculos de mi cuerpo están tensos. Le acerco bruscamente la cabeza a la mía y estampo mis labios contra los suyos.

—Ya puedes correrte, preciosa.

Ella echa la cabeza para atrás y se deja llevar por el orgasmo. Todo su cuerpo se estremece y eso hace que yo no pueda aguantar más. Me uno a ella, también echando atrás la cabeza cuando el placer me desgarrar. Sus paredes laten a mi alrededor cuando me derramo en su interior.

—¡Jodeer! —grito. Oigo sus aullidos por encima del estruendo de mi pulso acelerado.

La respiración de los dos es trabajosa y sincronizada. Acerco mi frente llena de sudor a la suya y nos quedamos así, con mi pene todavía palpitando dentro de ella.

Cuando le acaricio la mejilla enrojecida con el pulgar, ella me mira con una sonrisa dulce. Tiene el pelo despeinado y el maquillaje se le está corriendo, pero sigue estando perfecta.

No quiero prestarle mucha atención al torbellino de emociones que siento en el pecho. Pero verla así, expuesta y recién follada, me provoca sentimientos que no reconozco. No quiero que se vuelva a su casa. Ni que esta sea la última vez que me hundo en su sexo perfecto.

Está pasando justo lo que temía. Que la necesito, estoy colgado de ella. Hasta las trancas.

«Mierda. Esto no entraba en mis planes».

—¿Quieres saber un secreto? —pregunta, y apoya la cabeza junto a mi cuello.

—Dime.

—Eres oficialmente el primer hombre que ha conseguido que me corra dos veces el mismo día.

El pecho se me llena de orgullo. Debería darme igual, pero saberlo me hace querer seguir para averiguar hasta cuántos puede llegar. Aunque al mismo tiempo una parte de mí está cabreada porque ha habido otros hombres que la han probado antes que yo.

—¿Cuántos más crees que puedes alcanzar esta noche, cariño? —la provoco, esperando y rezando porque sea una cantidad bien alta. No soy religioso, pero estoy dispuesto a ponerme de rodillas y rezar por eso.

Normalmente no repito, pero con Sienna es que no quiero parar. Tengo esa necesidad imperiosa de cuidarla. Quiero protegerla, cuando es de mí de quien debería protegerse.

Noto que suspira.

—Keller, dudo que sea posible. Creo que a mi cuerpo le falla algo. Nunca he podido.

Vaya, me acaba de proponer un reto sin querer.

—Eso es porque no has estado antes con un hombre de verdad.

La bajo de la encimera y la llevo por el pasillo hasta mi dormitorio.

Nunca he metido a una mujer en esta cama. Este lugar es mi santuario. No dejo entrar a nadie. Pero aquí está, con el pelo desparramado sobre la colcha, totalmente desnuda, esperándome. Le doy un beso rápido y me voy hacia el baño.

—¿Adónde vas? —exclama.

—Ya lo verás. No te atrevas a moverte.

Tengo una bañera independiente de oro. Es la pieza principal de la habitación, que está rodeada de ventanas que van del suelo al techo. Es mi parte favorita de todo el ático. No hay nada como contemplar las vistas mientras relajas los músculos, sumergido en la bañera, con la habitación iluminada solo por la impresionante silueta de Nueva York.

Nunca la había visto como algo sexy, pero la idea de meter a Sienna ahí hace que mi miembro retome la posición que tenía hace un momento.

Abro el grifo y rebusco en los armarios. Seguro que tengo algo que huela tan dulce como ella para echar en la bañera. Coco y vainilla suena empalagoso, pero me imagino que en su suave piel resultará una combinación divina.

La brillante luz de la luna se cuela por las ventanas e ilumina a Sienna, tirada sobre mi cama. Todo su cuerpo resplandece y la luz destaca sus curvas perfectamente. Me paso una mano por el pelo y resoplo. «Madre mía, estoy metido en un buen lío».

Cada vez que la miro, mi corazón da un vuelco extraño. Se supone que no debería hacer esas cosas. Mierda, ¿será que estoy enfermo? Es una sensación muy parecida a la que tengo cuando entro en el ring: adrenalina y excitación puras y mezcladas.

Voy hasta la cama. No separa sus ojos de los míos. Veo diversión y deseo en su cara cuando me dedica una sonrisa sexy y se muerde el labio inferior. Sin decir nada, me agacho para cogerla en brazos

(pesa como una pluma) y vuelvo al baño. Ella se queda sin aliento al verlo. Lo entiendo; yo nunca me canso de esa vista.

—Keller, ¡qué bonito! —exclama. Después mira la bañera. La espuma está a punto de desbordarla.

La sumerjo despacio y ella gime de placer cuando el agua la rodea. Las burbujas bailotean sobre su piel sedosa. Una imagen que voy a llevar grabada en mi cerebro el resto de mi vida. Apoya la cabeza en un lado y el pelo envuelve el borde. Casi ronronea mientras deja escurrir el agua entre los dedos.

—¿Vienes?

Me agacho y pongo la cabeza a la altura de la suya. Ella abre los ojos y esos iris azules penetrantes me atraviesan y me dejan sin aliento mientras me examinan la cara. Demasiado aturdido para hablar, con el ambiente cargado de emoción, hago lo que sé que mejor se me da y me acerco, uno mis labios con los suyos y le paso las manos por el pelo suave. Un dedo con la manicura perfecta baja por mi pecho hasta mis abdominales y después vuelve a subir. Es la sensación más erótica que he tenido en mi vida.

El miembro me late de nuevo. No puedo esperar más y me meto en la bañera. Cuando lo hago, el agua desborda por ambos lados. Quepo muy justo en la bañera cuando estoy solo, pero con otra persona no hay forma. Entrelazo sus dedos con los míos y tiro de ella hacia mí, para que se ponga a horcajadas sobre mi cuerpo.

En cuanto su sexo me roza, ella se levanta un poco, colocando la punta de mi miembro frente a su entrada. En sus ojos hay fuego.

—Joder, cariño —murmuro, y acerco su cabeza a la mía, buscando sus labios mientras vuelvo a introducirme en ella. Necesito todo el contacto posible con esta mujer; ni siquiera follar con ella es suficiente.

«Quiero más. Lo quiero todo».

Ella se deja caer sobre mí y ya está, el poco autocontrol que me quedaba salta por la ventana.

—Móntame, princesa. Saca de mí lo que quieras —pido con los dientes apretados.

Sus caderas empiezan a balancearse adelante y atrás, y el fuego me recorre el cuerpo. La agarro del culo con fuerza, porque necesito centrarme. Sus pezones me tientan y sus tetas rebotan mientras se aprieta contra mí, con los ojos ardientes fijos en los míos.

El agua no hace más que salirse de la bañera y romper contra nuestra piel. Solo la luz de la luna y de los edificios iluminan la habitación.

Acelero el ritmo, buscando mi liberación y ayudándome con la mano que tengo en su culo para hundirme del todo en ella. Me cubre las mejillas con las manos y me mira con una sonrisa sexy antes de ir a por mi boca para un beso ardiente. Me explora toda la boca con la lengua y yo hago todo lo que puedo para reprimir un gemido. Estoy a punto de perder el control. Juntos somos imparables.

Como una cerilla encendida, entre nosotros nace un fuego.

Un fuerte orgasmo me embarga.

—Ahora —digo entre jadeos.

Eso hace que ella se deje llevar. Mi diosa perfecta corriéndose conmigo, retorciéndose sobre mi cuerpo, disfrutando de su tercer orgasmo de la noche.

Simplemente perfecto.

Tan perfecto que no puedo tenerlo. No importa cuánto lo quiera.



Tres asaltos después, los dos estamos exhaustos. No tengo intención de dejar que Sienna vuelva a su apartamento esta noche. Ahora mismo está acurrucada en posición fetal junto a mí, y utilizando mi brazo como almohada. Su respiración tranquila indica que está profundamente dormida.

Otra primera vez: una mujer que se queda a dormir.

Notarla tumbada a mi lado, con su dulce olor a melocotón llenándome la nariz, me da una extraña paz. Por lo general, yo duermo un par de horas seguidas como máximo. Mi cerebro es un torbellino, y el ruido que tengo dentro es tan fuerte que no puedo desconectar. Pero esta noche está en silencio.

De hecho, hay tanto silencio que oigo la vibración constante de un teléfono, que llega desde la otra habitación. El mío no es, porque siempre lo tengo con el volumen al máximo. No puedo no atender una de las exigentes llamadas de Luca. Debe de ser el de Sienna. Seguro que es alguno de sus amigos, que quiere saber si está bien. No me parece el tipo de persona que no le diría a su amiga rubia (Maddie, creo que se llama) que iba a salir del club.

Me pica la curiosidad, así que saco despacio el brazo de debajo de la cabeza de la diosa dormida y voy hasta el salón. Lo que necesito es silenciar del todo ese puto teléfono; me está dando dolor de cabeza.

La pantalla se ilumina sobre la encimera y en ella dice «Número desconocido». Miro la hora en el reloj de la cocina: las dos de la madrugada. «¿Quién coño la llama desde un número sin identificar a estas horas?».

La vibración para por fin, gracias a Dios. En la pantalla de inicio se ven un montón de mensajes. Los reviso.

Desconocido: Coge el puto teléfono, zorra.

Desconocido: Ya te he dicho que lo siento.
CONTESTA o te vas a arrepentir.

Desconocido: Seguro que no
te resistes tanto cuando no tengas
a ese tipo nuevo que te estás tirando para
hacerte de guardaespaldas,
puta patética.

Desconocido: Estará encantado
con el sexo aburrido.

Desconocido: GUARRA.

Cuanto más leo, más me hierve la sangre. Estoy agarrando el teléfono tan fuerte que temo hacerlo pedazos.

El aparato vuelve a vibrar en mi mano. Sonríó maliciosamente.

Contesto al primer tono.

—Sabía que no te ibas a poder resistir a mí, Sienna. Deja de follar por ahí y compórtate.

Carraspeo.

—Jamie, lo he cogido yo.

Silencio.

La única respuesta es una respiración trabajosa.

—Escúchame con mucha atención. Si vuelves a intentar contactar con Sienna, te encontraré y te cortaré los dedos uno por uno para que no puedas volver a usar un puto teléfono. Ya te he avisado tres veces. No tienes ni idea de con quién te la estás jugando.

Pasan unos segundos.

—Mira, amigo...

—Yo no soy tu amigo —lo interrumpo.

—Vale, tío. No conoces a Sienna. Nos vamos a casar. Necesito recuperarla y no voy a parar hasta que vuelva adonde tiene que estar. No me das miedo. Si no viene por voluntad propia, tendré que obligarla.

—No se te ocurra tocar lo que es mío, Jamie. Yo soy capaz de reducir a cenizas la tierra entera para protegerla. No te haces una idea. Si la vuelves a amenazar, iré a por ti —amenazo con la sangre atronándome en los oídos.

No sabe dónde se mete.

Si acabara con Jamie, él solo sería uno más de una larga lista.

—Bueno, ya veremos —deja caer, y cuelga.

Estrello el teléfono contra la encimera con tanta fuerza que me sorprende que no se rompa.

Noto su presencia sin tener que girarme para mirarla. Está apoyada en el umbral de la cocina, vestida con una de mis camisetas de entrenar del King's Gym que a ella le queda como un vestido, con el pelo alborotado y la piel resplandeciente a consecuencia del sexo reciente.

—¿De qué iba eso? —pregunta mientras intenta contener un bostezo.

Da unos pasos despacio. Supongo que tengo una expresión asesina, porque así es como me siento. Pero se acerca a mí de todas formas y rodea mi voluminoso cuerpo con sus delicados brazos.

—Cariño, no quiero asustarte, pero lo de tu ex no puede seguir así. Esa llamada era de él; te amenazaba para que volvieras a su lado. Ese tío tiene algo raro. Empiezo a creer que hay algo oculto tras esa desesperación. Ni siquiera mis amenazas parecen haberle hecho cambiar de opinión. —Lo digo todo con un tono muy tranquilo, aunque en lo más profundo quiero soltar al monstruo oculto e ir a por él, a arrancarle la cabeza.

Sienna se tensa contra mi pecho e intenta ocultar la cara. Eso aumenta mi instinto asesino.

—Dime qué está sucediendo, cariño. —Contengo toda la furia que arde en mi interior y le acaricio despacio el pelo, intentando que se abra.

Ella suspira contra mi pecho.

—No pasa nada, cuéntamelo.

—No te preocupes por mí, Keller. Por lo que veo, ya tienes bastante con tus cosas. No hace falta que te metas en un lío por un rollo de una noche.

Aprieto la mandíbula al oír su respuesta, que me recuerda que el acuerdo era para una sola noche. «Menuda idea de mierda».

Empieza a besarme despacio la mandíbula tensa, en un intento evidente por rehuir la conversación.

—No, los dos sabemos que dices eso para no responder. Habla conmigo, por favor. Necesito saberlo.

Abre mucho los ojos cuando aparto la cara para evitar que siga dándome besos para librarse de esto. Veo dolor en su cara, y después le cae una sola lágrima y fija la vista en el suelo.

—Me está dando miedo, Keller. Lo pillé poniéndome los cuernos hace unas semanas. Me largué sin mirar atrás, pero desde entonces ha empezado a acosarme. Me manda mensajes, me llama y me envió un enorme ramo de flores al apartamento. Tiene un problema con las drogas, del que yo me acabo de enterar, lo que explicaría esos vaivenes de su personalidad. Nunca creí que fuera capaz de hacerme daño, pero ya ves lo equivocada que estaba.

Ha conseguido contarle con mucho esfuerzo mientras se tapaba los cardenales que todavía se le veían en los brazos.

Ese recordatorio me da más ganas de matarlo, de una forma lenta y dolorosa.

Alargo los brazos y le envuelvo la cara con las manos para que me mire a los ojos de verdad.

—Sienna, te juro que no permitiré que te pase nada. Deja que pregunte por ahí. Tengo algunos contactos, digamos, que seguro que pueden ayudarme.

Ella suspira junto a mi mano.

—No sé. No estoy acostumbrada a esto. No quiero ser una damisela en apuros. Me las he arreglado muy bien sola durante toda mi vida.

—Lo entiendo, princesa, pero ahora estoy yo aquí. Yo puedo cuidarte. Quiero hacerlo. Nadie te va a hacer daño nunca más, lo juro. —Me inclino y le lamo la lágrima, y el líquido salado me arde en la lengua—. Cariño, pelear es mi forma de vida. —No necesita saber más; no hace falta que sea testigo de la oscuridad que se esconde bajo la máscara—. Solucionar lo de Jamie no supone un problema para mí. Te lo prometo.

De hecho, obtendré un gran placer viendo el miedo en sus ojos mientras lo torturo. «Lo estoy deseando».

Algo me dice que necesito saber más antes de actuar, tenga un problema con las drogas o no. Es raro que un abogado de derecho corporativo se comporte de esa forma tan perturbada con una mujer. Una que además le importa un comino, porque se la estaba metiendo a otra a sus espaldas. Puto imbécil.

Le cojo la mano a Sienna y la vuelvo a llevar por el pasillo hasta la cama. Levanto un lado del edredón para que se pueda meter dentro. Ella le da unas palmaditas al colchón a su lado, invitándome a unirme a ella. Yo suelto una risita. Joder, esta mujer es algo extraordinario. Este es su sitio. Cuando me meto en la cama junto a ella, se da la vuelta y se aprieta contra mí, frotándomela con el culo, lo cual me provoca una reacción inmediata.

«Genial, ahora me voy a tener que ir a dormir con una erección».

Cuando su respiración se empieza a relajar, le doy un beso suave en el cuello.

—Buenas noches, cariño —susurro.

Y, por primera vez desde que tengo recuerdos, me sumo en un sueño tranquilo, en el que no hay ningún demonio con el que luchar.

Sienna

La luz natural me calienta la piel, lo que me indica que no estoy en mi dormitorio, donde tengo cortinas que bloquean la luz. No, estoy en el piso ochenta y seis, con un boxeador enorme y supersexy que me envuelve el cuerpo y respira contra mi cuello.

Madre mía, creo que me he acostado con el hombre más sexy del planeta. Y no solo eso, sino que además tiene una boca muy sucia y un deseo constante de darme placer.

No tenía ni idea de que era posible llegar al orgasmo tantas veces seguidas, cada una más intensa que la anterior. Pero, Dios, Keller sabe muy bien lo que hace. Los boxeadores aguantan doce asaltos, de eso no hay duda. Es como si él hubiera sido creado a imagen y semejanza de todos los novios de mis novelas picantes, y lo hubieran diseñado para encajar de forma perfecta conmigo.

Noto la luz del sol aun con los párpados cerrados. Mierda. No la puedo soportar, como si fuera una vampira. Abro el ojo una rendija para confirmar que las persianas se han abierto automáticamente. ¿Será esta su rutina? De repente me he dado cuenta de que aún no he visto a este hombre a la luz del día. Quiero examinarlo bien, así que me doy la vuelta para mirarlo.

Aprovecho ahora que puedo y contemplo su cara dormida. La mandíbula marcada, el tatuaje de las alas negras que le cubre el cuello hasta esa mandíbula tan masculina. No suelen gustarme los

tatuajes ahí, pero, joder, este le queda estupendamente. Con los ojos cerrados, impone menos; la oscuridad que hay en ellos a veces es demasiado envolvente. Dormido se le ve tranquilo y dulce. Bajo la vista y me quedo hipnotizada con su cuerpo. Tiene todos los músculos definidos. No me puedo ni imaginar las horas de sangre, sudor y lágrimas que habrá tenido que invertir para estar esculpido de esa forma tan perfecta. Incluso en reposo, le sobresalen las venas de los brazos y tiene los hombros muy definidos. Es una obra de arte.

Solo de pensar en él adueñándose del espacio en el ring y dominándolo he de apretar las piernas. Seguro que posee una fuerza increíble. Cualquier rival se debe de acojonar por tener que enfrentarse a él. Una mirada asesina suya bastaría para hacer que un hombre normal echase a correr.

No puedo resistirme y le recorro con los dedos la silueta de los dibujos que tiene en el pecho. Casi no queda espacio vacío, aparte de un cuadradito de piel aceitunada justo encima de su corazón.

Los tatuajes, como él, son oscuros y poderosos. Sigo con lo que estoy haciendo y bajo aún más la mano. Recorro la silueta de todos los abdominales (Dios, se le marcan ocho en vez de seis) hasta llegar a la zona con forma de V que queda justo encima de los calzoncillos.

Siento que su corazón se acelera cuando llego a la cintura de su ropa interior. Sé que si levanto la vista del hueco de su cuello donde tengo la cabeza, me encontraré con esa mirada taladrante. Sé que ya está despierto.

—Buenos días, preciosa —murmura con voz pastosa.

—Buenos días —respondo.

No le doy la oportunidad de hacerse con el control. Meto la mano y con ella le envuelvo ese pene tan enorme. Mi mano parece

diminuta en comparación.

Lo acaricio, subiendo y bajando, todavía sin mirarlo. Con eso consigo un leve gruñido que me anima a seguir. Me incorporo un poco y le cubro el pecho de besos y voy descendiendo hasta que mi cara queda a la altura de su miembro.

Es el momento de levantar la vista. Sus ojos están llenos de deseo y eso hace que estén prácticamente negros. Me mira como si fuera la mujer más bella del planeta. Su expresión se suaviza y asiente para animarme a continuar. Bajo la cabeza y me meto la punta en la boca. Noto el sabor de los restos de la pasión de anoche.

—Más adentro, cariño.

Obedezco y me meto todo lo que puedo, hasta que me llega a la garganta. Tengo la boca llenísima y se me acumulan lágrimas en los ojos cuando él empieza a moverse. Dios mío, esto me pone más que nada en el mundo.

Casi no puedo respirar, pero él no disminuye el ritmo. Me agarra del pelo y me empuja para que baje más, poseyendo mi boca del todo, aprovechando todo lo que tiene a su alcance.

Y yo se lo doy encantada.

Reduzco el ritmo y me dedico a lamerlo de arriba abajo. Siento que se estremece y su respiración se acelera cada vez más. Cuando le envuelvo los testículos con la mano, los noto tensos.

—Joder, Sienna, qué buena chica eres, metiéndote todo eso en la boca. Eres una chica insaciable.

Ahí está otra vez. «Buena chica». Estoy empapada. Aprieto las piernas e intento contener la presión creciente. Siento un dolor fuerte en la cabeza cuando me aparta con un tirón de pelo y me coloca a horcajadas encima de él. En sus ojos hay deseo.

—Si tengo que correrme en alguna parte, que sea en tu dulce interior, mientras me aprietas bien.

Se agarra el pene y lo desliza de arriba abajo por mi sexo empapado, embadurnándolo con mis fluidos. Después, con una embestida fuerte, entra y deja escapar un gruñido grave. Yo arqueo la espalda y empiezo a moverme despacio, elevándome todo lo que puedo y dejándome caer. La presión aumenta cada vez que lo hago. Me envuelve la garganta con una mano y yo me acerco a ella.

No sé si es por el miedo a no poder respirar o porque el orgasmo ya estaba muy cerca, pero en ese momento pierdo el control.

Él aprieta la mano que me rodea el cuello un poco. Estoy segura de que me va a dejar marcas, pero aplica la presión justa para que pueda respirar y a la vez me sujeta con esa mano cuando acelero el ritmo. Mete la otra mano entre los dos y con ella me pellizca el clítoris, lo que me produce corrientes eléctricas por todo el cuerpo. Empiezo a notar que mis paredes se tensan aún más.

—No te corras hasta que te lo diga, diosa.

Aprieto los párpados en respuesta, tratando de hallar una forma de concentrarme para aguantar. No creo que pueda, pero lo intento.

Él viene a mi encuentro con cada embestida. Oigo que no deja de soltar maldiciones con su voz profunda y se le acelera la respiración. Me suelta el cuello y me deja caer hacia delante. Me coge la cara, estrella su boca contra la mía y me muerde el labio inferior.

—Córrete ya —dice con voz ahogada.

Su cuerpo se sacude por su propio orgasmo. Entonces todo mi mundo explota; tengo el cuerpo ardiendo y mi propia liberación me hace añicos.

—¡Joder! —grita él mientras se derrama dentro de mí y me cubre la mandíbula de besos.

Nos quedamos los dos ahí tumbados unos minutos, con los cuerpos sudorosos entrelazados. No ha salido de mi interior. Noto

cómo late. Me aparta con cuidado un mechón de la frente, me da un beso en ese lugar y me mira con una sonrisa sexy.

—Eres increíble, Sienna.

Como no sé qué responder a eso y me estoy sonrojando, escondo la cara en su cuello.

—Sienna, mírame.

Su ternura, después de esa ferocidad, me desarma. Nunca me han tratado así después del sexo. Y menos aún Jamie, que salía del dormitorio sin decir nada para lavarse. Luego volvía, me daba las buenas noches y se tumbaba de espaldas a mí. Así que levanto la cara despacio para mirarlo. Él me acaricia la mandíbula con una cara de asombro.

—Ha sido la experiencia más sexy de mi vida. No te atrevas a tener vergüenza conmigo. Dios, todo lo que he hecho contigo hasta ahora me ha dejado alucinado. Y lo digo en serio, Sienna. Eres asombrosa. Increíble.

Hay sinceridad en su voz. Asiento despacio. Es lo único que puedo hacer. No me esperaba su delicadeza y su forma de transmitirme confianza. Solo pensar en irme esta mañana sin mirar atrás, en no volver a sentir esto, me produce un gran vacío en mi interior. ¿Cómo se podría comparar cualquier otro hombre con esto? En los veinticinco años que llevo en este planeta, ni una sola vez he sentido esta conexión tan impresionante. Suspiro y me acurruco a su lado. Él me aprieta contra su cuerpo con sus fuertes brazos. Veo que su cerebro no para mientras mira fijamente al techo. Los dos estamos muy callados. Lo único que se oye en esa habitación son nuestras respiraciones.

Cuando Keller se va a la ducha, decido que es el momento de acabar con esto. No podría soportar las despedidas ni las promesas vacías. Sé que, si me pide que me quede, no seré capaz de decirle

que no. No creo que le pueda negar nada a ese hombre. Recojo mi ropa del suelo y salgo de puntillas de la habitación en dirección a la puerta principal. Entonces me enfrento al ascensor privado, que se ríe en mi cara. «Sé que no voy a poder entrar ahí sin él». Seguro que me viene bien el ejercicio de cardio. ¿Qué son ochenta y seis pisos? Necesito una distracción de la tristeza que siento.

Me arden las pantorrillas por el larguísimo descenso. Cuando por fin salgo del rascacielos, el aire helado que me azota la piel me deja sin aliento. Debería haber cogido una de sus chaquetas.

Supongo que ha llegado la hora de volver a la realidad.



—¡Anda, mira quién ha llegado a casa por fin! —me grita Maddie desde su habitación cuando entro en el apartamento.

Mierda. Estaba demasiado ensimismada con Keller y no me despedí del grupo. Me preparo para el sermón mientras abro despacio la puerta de su dormitorio, esperando encontrármela con un profundo ceño fruncido. Pero me sorprende ver que me está sonriendo, todavía metida en la cama. Lleva los rizos rubios recogidos en un moño descuidado en la coronilla.

—Veo que te lo has pasado bien esta noche —digo mirándola con cautela.

—Puede que sí o puede que no. ¡Pero la zona vip de ese club es impresionante!

Tiene una sonrisa de oreja a oreja. «Menos mal, por suerte no está enfadada conmigo».

—Champán ilimitado toda la noche, Sienna. Qué pasada. Además, me estuve alegrando la vista con el amigo de Keller.

Se sonroja.

—Uuuh, ¿te gusta? —la animo a contarme mientras me siento en su colchón viscoelástico.

—Madre mía, Sienna. Es guapísimo: alto, musculoso, con el pelo rubio cortado a cepillo. Y unos ojos azules espectaculares.

Oigo lujuria en su voz.

—¿Y por qué estás aquí en la cama sola, Maddie? Si era tan impresionante, ¿es que no cumplía los criterios de tu fantasía de cuento de hadas?

—Es un mujeriego empedernido y no tiene ni la más mínima intención de sentar la cabeza. Y cuando intenté hablar con él, lo máximo que conseguí fue un «hola» a regañadientes. Parece que está siempre cabreado. Solo sonrió cuando una de las camareras le hizo un poco de caso. Muy bien para alegrarme la vista, pero no sirve como marido —explica con un mohín—. Así que la búsqueda continúa. Pero tú cuéntamelo todo sobre tu noche con el boxeador extraordinario. Y no escatimes en detalles: me lo debes por habernos dejado tirados anoche. —Me clava un dedo en el brazo.

—Digámoslo así: ha conseguido que me corra muchas veces y en varias posturas diferentes —afirmo con una sonrisita.

—No me lo creo. Pensaba que solo podías hacerlo una vez.

Me da un golpe con la mano en el antebrazo y su risa alegre resuena en mis oídos.

—¡Ya! Pues resulta que a mí no me pasaba nada. Sería cosa de Jamie —confieso con una risa burlona.

—¿Y cuándo lo vas a ver otra vez? El orgasmo múltiple te sienta bien, chica. No puedes dejar que se te escape para que vaya a darle ese servicio de cinco estrellas a otra.

Oírla decir eso me hace sentir mal. Pensar en Keller con otra mujer me produce un fuerte dolor en lo más profundo. No es mío. No puedo exigirle nada. Pero él siempre será el dueño de una parte de mí.

Con una sonrisa falsa le cuento el acuerdo al que llegamos sobre una sola noche para quitarnos el mono y poder seguir con nuestras vidas.

—Me parece una idea muy estúpida de dos personas que no tienen ni idea de lo que hablan. Es evidente que entre vosotros hay una conexión muy loca y una compatibilidad excepcional. ¿Por qué no aprovecharlas? No puedes dejar que se te escape la oportunidad de lograr la verdadera felicidad.

Dios, es como si me estuvieran regañando en la escuela.

Eso me pone de mal humor.

—Yo no busco un cuento de hadas, Maddie. Anoche todo fue perfecto. ¿Por qué estropearlo? No voy a permitir que otro hombre me pisotee el corazón y me destroce la autoestima. Así que una noche es todo lo que podemos tener. Pero si solo hay que buscar su nombre. Lleva una mujer colgada del brazo con cara de cachorro abandonado en cada artículo. No es un hombre de una sola mujer.

—Me callo para recuperar el aliento tras ese torrente de palabras.

«Tengo razón. Sé que la tengo. Debo tenerla».

Aunque digo eso en voz alta, la verdad es que no me creo que sea la última vez que voy a ver a Keller. Es un luchador despiadado. Está claro que va a por lo que quiere en la vida, pero no estoy segura de lo que eso significa para mí. Si me quiere a mí, va a tener que esforzarse.

—Pues lo que tú digas —contesta ella riendo y poniendo los ojos en blanco.

—Necesito darme una ducha y dormir un rato. Estoy muerta — digo, y me bajo de un salto de la cama de Maddie.

—No me extraña —replica cuando le doy la espalda.

Abro el grifo del agua caliente, me quito la ropa de la noche anterior y entro en la ducha. Los fuertes chorros con una temperatura tan alta me enrojecen la piel al instante. Cojo el gel, hago espuma con las manos y me voy lavando el cuerpo. Las marcas que Keller me ha dejado salpicadas por la piel son como dibujos y las voy recorriendo. Tengo sus dedos impresos en la piel, señalándome como su propiedad.

Sabía lo que estaba haciendo; quería recordarme el poder que tiene sobre mi cuerpo, mi alma y mis pensamientos. Me miro los pechos y abro los ojos como platos por el horror al ver las rojísimas marcas de mordiscos que tengo por todas partes. El recuerdo del dolor mezclado con el placer bailotea en mi cerebro.

Me pregunto si estará tan atrapado por lo que pasó anoche como yo.

Salgo de la ducha, cojo una toalla y me envuelvo bien el cuerpo. Me miro en el espejo. Maddie tiene razón; parezco bien follada. Más que eso; al ver mi reflejo, con todas esas marcas rojas, no me siento avergonzada ni me arrepiento. No. Estoy increíble. Por primera vez en muchísimo tiempo, me siento deseable.

Tras secarme el pelo y hacerme toda la rutina de cuidado facial, mi piel brilla.

Cuando por fin me tumbo en la cama y apoyo la cabeza en las almohadas, cojo el teléfono de la mesilla. No lo he mirado desde que he llegado a casa, hace unas horas.

Ya no hay más mensajes de Jamie. Tal vez haya pillado la indirecta por fin. Gracias, Keller.

Tengo un mensaje de Grayson. Sonríó al verlo.

Grayson: Hola, guapa. Solo te escribo para asegurarme de que lo de mañana sigue en pie. He conseguido que se apunte una celebridad. Ha accedido a ayudarnos con la sesión, si te parece bien. Hablamos pronto. Grayson.

Grayson Ward, copropietario del King's Gym, en Midtown, y entrenador de boxeo de las estrellas. Solo hemos hablado unas cuantas veces por teléfono. Es verdad que se le dan muy bien las mujeres. Parece que para él flirtear es obligatorio en todas las conversaciones que tiene con el sexo opuesto. A mí me da igual, aunque me imagino por su voz profunda llena de coquetería que debe de ser guapo.

Escribo una respuesta rápida y procuro que suene lo más profesional posible.

Sienna Anderson: Hola, Grayson.
Sí, sigue en pie lo de mañana.
Muchas gracias por toda tu ayuda.
Nos viene muy bien. Los niños van a estar encantados de conocer a un boxeador famoso.

Me llega su respuesta enseguida.

Grayson: Genial. Nos vemos mañana;)

Me río. No puede evitarlo. Seguro que toda su cadena de mensajes está llena de caritas con guiños, sonrisas y esas cosas.

Empecé a hablar con Grayson hace un par de semanas. Me presenté voluntaria para ir dos fines de semana al mes a una organización benéfica local que acaban de fundar (Young Minds), que se dedica a darles herramientas educativas a niños de familias

con pocos recursos que no podrían conseguirlas de otra forma. Algunos de los niños vienen de hogares llenos de amor, pero que tienen problemas para llegar a fin de mes. No se pueden permitir lujos como clubes infantiles o aficiones. Para otros niños esto es un salvavidas. Sus padres han elegido, igual que mi madre, refugiarse en el alcohol en vez de cuidar a sus hijos. Me rompe el corazón. Ver iluminarse las caras de los niños con el más mínimo acto de generosidad indica que no es algo normal en su vida. «Me pregunto si yo estaría menos traumatizada si hubiera tenido algo así cuando era pequeña».

He organizado, con la ayuda de Grayson, un entrenamiento de boxeo para los niños en el King's Gym. Se van a volver locos de contentos si además pueden conocer a esa celebridad de la que me habla Grayson. Cada fin de semana los llevamos a probar un deporte o un hobby nuevo. Si les gusta, intentamos ayudarlos a seguir con ello regularmente.

Trabajar con esos niños ha reforzado lo que ya sabía. Necesito perseguir mis sueños; tengo que encontrar una forma de poder dedicarme al trabajo social, construirme una carrera en ese campo. Suspiro. Por ahora no es posible. Tengo que pagar facturas. Al menos los fines de semana siento que hago algo que sirve y marca la diferencia.

No puedo evitar que mi mente vuelva a Keller, con tanto hablar de boxeo. Dios, lo que daría por verlo en acción en el ring. Tal vez debería ver alguna de sus peleas.

Cuando estoy a punto de quedarme dormida, la pantalla del teléfono ilumina mi habitación. Lo cojo para apagarlo y veo un número desconocido. El miedo se instala en mi estómago.

Desconocido: ¿Crees que vas a poder evitarme siempre, Sienna? He intentado ser agradable

para que volvieras
por tu propia voluntad. Pero parece que vamos a
tener que hacerlo por
las malas. Nunca me pones nada
fácil, ¿eh? Te veré pronto, cariño. J.

Parpadeo y me quedo mirando fijamente el teléfono durante mucho rato. Un estremecimiento me recorre la espalda. A Keller le alarmó lo descontrolado que parecía Jamie por teléfono anoche. ¿Y ahora esto?

No es el Jamie que conozco. Nunca antes me había dado miedo. Era el hombre siempre tranquilo y sereno. El prototipo de abogado corporativo estadounidense. Llevaba trajes de diseño hechos a medida, con camisas blancas impecables. Cuando nos conocimos, en una cita en una cafetería que organizó David, era el perfecto caballero.

Las cosas no cambiaron hasta hace poco. Empezó a hacer comentarios sobre lo que me ponía o adónde iba. Se cabreaba y dejaba de hablarme durante días si no le gustaban mis respuestas. Después me enviaba esas horrendas rosas rojas como disculpa y me llevaba a cenar. Un círculo vicioso.

El Jamie que me está escribiendo ahora se está comportando como un psicópata. Está claro que no me quería lo suficiente para mantenerla guardadita en sus pantalones. Tiro el teléfono a un lado y cierro los ojos mientras mi mente vuelve a la noche explosiva con Keller, y con eso en la cabeza me voy quedando dormida.



La lluvia que golpea la ventana me despierta. «Mierda, ¿qué hora es?».

He quedado con Paula, la fundadora de Young Minds, y con los niños en el King's Gym a las nueve de la mañana. Cojo el teléfono y me horrorizo al comprobar que ya son las 8:30. Salto de la cama y voy corriendo a la ducha.

Me pongo unos *leggings* negros y una sudadera amplia de color burdeos. Voy a un gimnasio de boxeo, no a una cita, así que supongo que la ropa deportiva cómoda es lo más aconsejable. Miro por la ventana del dormitorio y veo que sigue lloviendo a mares. El cielo está gris. Sí, sin duda he elegido bien la ropa.

Como no puede parecer que me acabo de levantar de la cama (no es el modelo de conducta que necesitan esos niños ahora), me cepillo el pelo y me pongo una fina capa de base de maquillaje para iluminarme un poco la piel. Acabo con un *gloss* de color burdeos en los labios, los frunzo un segundo y ya estoy lista. De vagabunda a tía deportista glamurosa en quince minutos.

Me pongo las zapatillas de deporte, cojo el abrigo de plumas y voy corriendo hacia la puerta. Bajo a la carrera las escaleras y salgo a la lluvia incesante. Genial, para cuando llegue allí voy a parecer una rata mojada.

Paro un taxi, abro la puerta y entro corriendo.

—Al King's Gym, por favor —pido jadeante mientras me gotea agua de la nariz.

Si sigo saliendo tarde para ir a todas partes y me veo obligada a coger taxis, me voy a quedar sin dinero enseguida.

Las 8:50 de la mañana. Creo que llegaré justo a la hora, menos mal.

Sienna

Cuando el taxi para en la puerta del gimnasio, la adrenalina corre por mis venas, pero no tengo ni idea de por qué. Tal vez es la anticipación porque voy a pasar toda la mañana rodeada de testosterona. O tal vez un poco, solo un poquito, porque ese lugar me recuerda a Keller.

Voy corriendo hacia las puertas y las cruzo a toda prisa para huir del clima. El olor a sudor y cuero me asalta nada más entrar, y lo siguiente que me llega es el eco de los puños al estrellarse contra los sacos. Paf, paf, paf. Hago una mueca de dolor. Todo el espacio está abierto. Hay un ring de boxeo en el centro y, alrededor, varias colchonetas y sacos. En el rincón más alejado se ve una zona de máquinas completamente equipada. Me enderezo y muestro una gran sonrisa. Voy hasta el ruidoso grupo de niños, todos muy emocionados. A la primera que veo es a Paula; la saludo con la mano y sonrío.

Es la mujer más dulce que existe. Tiene el pelo largo y blanco y lleva pintalabios rojo intenso. Nadie se creería que tiene más de sesenta. Siempre va muy arreglada y con la manicura perfecta. Ojalá yo esté así de estupenda cuando llegue a su edad.

—Sienna, cariño —saluda, y me da un fuerte abrazo. Yo me relajo al instante.

—Hola, Paula. Hola, niños —respondo con alegría, y los niños vienen corriendo para abrazarme también.

Max, que me ha abrazado con fuerza, parece que no quiere soltarme nunca. Sé que no debería tener favoritos, pero ese niño es mi debilidad, así que le alboroto la mata de pelo rubio. Tiene un corazón de oro, pero ningún filtro cuando habla, y siempre me hace reír. Sus comienzos no han sido fáciles, está claro, pero va mejorando. Cada semana ha ido ganando un poco más de seguridad.

Lo aparto con cuidado y lo miro a los ojos.

—¿Estás bien, amiguito? —le pregunto. Él evita mi mirada y cambia el peso de un pie a otro.

—Estoy nervioso. La señorita Paula nos ha dicho que, si se nos da bien, puede que nos permitan entrenar. Pero ¿y si se me da mal, señorita? ¿Y si no sé hacerlo?

«Ay, pobrecillo».

Le envuelvo las manos con una de las mías. Solo tiene diez años y parece que lleve el peso del mundo entero sobre los hombros.

—Max, escúchame. Puedes hacer cualquier cosa si te lo propones. Las personas que ves aquí están para ayudarte, no para juzgarte, ¿vale? Tú diviértete —lo animo, y él me responde con una sonrisa grande y perfecta.

—Vale —dice feliz, y entonces se gira y vuelve con el grupo de niños que hay alrededor del ring de boxeo.

De repente me quedo petrificada y oigo como la sangre me martillea en los oídos. No, no puede ser. Pero, por la forma en que reacciona mi cuerpo, sé al instante de quién se trata.

Me está dando la espalda ancha y musculosa y veo que sus tatuajes brillan por el sudor. Cada puñetazo que da resuena en toda la sala. Sus gruñidos me llegan a lo más profundo. Es una verdadera

bestia. La energía le sale por todos los poros. Realiza los movimientos con total serenidad y los músculos se tensan con cada golpe. A pesar de su altura y su cuerpo musculoso, se mueve de forma delicada. Es el amo del ring. «Claro que sí».

El pobre chico que está recibiendo los puñetazos parece, por raro que resulte, estar disfrutando de provocar a Keller. Se ríe cada vez que un puñetazo alcanza su objetivo. Como un animal enloquecido, vuelve siempre a por más a pesar de que le está dando una buena tunda.

—¿Eso es todo lo que tienes ahí dentro, grandullón?

—Que te den, Luca. Ya sabes que me estoy conteniendo para no destrozarte ese cuerpo debilucho.

—¡Pero dame bien! —grita, y su voz resuena en el gimnasio.

Luca... Lo reconozco. El tío que nos interrumpió cuando entró en el despacho de Keller hace un par de semanas. Él le está dando lo suyo, pero la verdad es que de debilucho no tiene nada. No es tan poderoso como Keller, pero está en forma. Aunque no a los niveles de un boxeador. Cualquiera que se ponga al lado de Keller parece poca cosa.

Aprieto las piernas. Dios, Keller siempre está buenísimo, pero verlo dominar el ring solo sirve para mejorarlo. Noto un calor por toda la piel. Gracias a Dios que está demasiado ocupado para verme. Estoy prácticamente babeando.

Oigo que alguien grita mi nombre a lo lejos. No importa. Estoy tan concentrada en observar cada movimiento de Keller que no me doy cuenta de que la voz se va haciendo cada vez más alta hasta que un amplio torso se planta delante de mí para bloquearme la vista. Levanto la mirada hacia la mole que se acaba de poner delante de mí. «Dios, ¿es que aquí no hay más que gigantes?». Unos ojos muy azules observan fijamente los míos con una sonrisa pícara.

—¿Hay algo que te haya llamado la atención? —dice entre risas.

—Ay, hola —contesto con el ceño fruncido. Qué distracción tan inoportuna.

Extiende la mano para que se la estreche. Lo único que veo son las venas que sobresalen de sus antebrazos. Eso siempre me llama la atención.

—Grayson. Hemos hablado por teléfono —se presenta.

¡Mierda, Grayson! Le sonrío un poco, le estrecho la mano y él se lo toma como una invitación para tirar de mí y darme un abrazo amistoso. Es como abrazar una pared de ladrillos, de verdad. Lo suelto enseguida y me separo. No sé por qué, pero no quiero que lo vea Keller y se cabree. Aunque eso sería suponiendo que le importara, cosa que dudo.

—Muchas gracias por ayudarme a organizar esto. Los niños están como locos —digo señalándolos. Todos están embelesados con la pelea de Keller y gritan de emoción con cada puñetazo. Están totalmente alucinados.

Grayson mira al mismo lugar que yo.

—Ah, sí. He traído al pez gordo para impresionarte. —Carraspea—. Bueno, a todos —corrige con un guiño.

Ese hombre es un seductor empedernido.

—¿Pez gordo?

—¿No me digas que no has oído hablar de Keller Russo, el Asesino?

Me quedo pasmada de verdad.

—¿Debería?

Sí que lo conozco, pero no por la razón que él cree.

—Es el campeón del mundo de los pesos pesados. Vamos, te lo presentaré. Pero te lo advierto: no tiene habilidades sociales, ninguna. Está más acostumbrado a pegarle a la gente que a

conversar con ella. Aunque en el fondo es un trozo de pan. La mayor parte del tiempo.

Y a continuación me rodea los hombros con el brazo y me lleva hacia el ring con una gran sonrisa en la cara.

«Mierda, esto va a acabar en desastre».

Pongo mi mejor sonrisa cariñosa e intento no mirar a Keller. Sé que solo con verlo un momento así, sin camiseta y todo sudado, me derretiré.

—¡Keller! ¡Luca! Dejadlo ya. Aquí tengo a alguien a quien quiero que conozcáis —grita Grayson para llamar su atención.

Keller tiene la respiración trabajosa y sus costillas suben y bajan rápido. Luca me ve primero. Una sonrisa cómplice aparece en su cara mientras se lame el labio inferior para retirar la sangre que le gotea por la cara. Igual que Keller, a Luca se le ve una profunda oscuridad en los ojos. E irradia energía. Pero, a diferencia de él, Luca me provoca miedo, mientras que Keller hace que se enciendan todas las células de mi cuerpo.

Keller gira la cabeza y su mirada se encuentra con la mía. Sus ojos se iluminan cuando lo saludo con una mano tímida. Después su atención pasa inmediatamente a la mano de Grayson, que me aprieta el hombro. Veo un destello de dolor en sus ojos, pero al instante siguiente su cara se vuelve imperturbable, solo lo delata la mandíbula apretada.

No consigo apartar la vista de él. Por alguna razón absurda, creo que puedo decirle solo con los ojos que soy suya. Que quiero que sean sus manos las que me recorran el cuerpo, y no las de Grayson. Pero no sirve de nada. Keller ni me mira.

Luca se apoya en las cuerdas y observa la reacción de Keller con suspicacia, pero sin decir nada. Su mirada pasa alternativamente de Keller a mí.

Grayson entrelaza mis dedos con los suyos, me lleva hasta los escalones y después me suelta la mano para abrir las cuerdas rojas. Entonces me hace un gesto para que pase y me pone la otra mano en la parte baja de la espalda para ayudarme.

Noto desde aquí que la mirada asesina de Keller no se aparta de nosotros mientras suelta maldiciones entre dientes. Me yergo. Que le den, no sé por qué cree que soy su posesión. ¿Por qué no me puede tocar Grayson? No soy de su propiedad y nunca lo seré. Elevo la barbilla un poco más. No voy a dejar que me afecte. La mano de Grayson no se mueve de mi espalda.

—Keller, te presento a Sienna. Ella se ha encargado de la sesión de hoy para los niños de la organización benéfica. Sienna, este es nuestro campeón, Keller. Amigo, por favor, pórtate bien.

Keller dice algo entre gruñidos que no logro distinguir. Luca se queda a un lado, observando toda la interacción. Espero que no me haya reconocido, pero la sonrisita que tiene y el brillo divertido de sus ojos, sin duda provocados por mi incomodidad, me revelan que sí que sabe quién soy.

Los segundos pasan despacio. Nuestras miradas se encuentran, pero los dos nos negamos a dar el primer paso. Se está volviendo todo cada vez más incómodo. La habitación se ha quedado en silencio. Lo único que oigo es la lluvia que golpea el cristal y el tictac del reloj de la pared. Ahora, precisamente, los niños han decidido dejar de alborotar.

—Señorita, ¿por qué estás tan roja? —pregunta Max, y el resto del grupo se deshace en risitas.

Tengo que estar del color de la remolacha. Noto el calor que me sube por el pecho y me alcanza las mejillas. Keller debe de estar disfrutando al ver mi sufrimiento, porque se le escapa una risa gutural.

Extiendo la mano.

—Hola, encantada de conocerte, Keller. Muchas gracias por sacar tiempo de tu llenísima agenda para entrenar con los niños. —Y le dedico una sonrisa sarcástica.

Él reacciona enseguida y me coge la mano entre los guantes. El cuero se me pega a la piel cuando levanta despacio mi mano hasta sus labios, sin apartar sus ojos oscuros de mí, y la besa muy suavemente. Yo me retuerzo un poco y aprieto las piernas. Dios, este hombre es insaciable. Después me hace una breve reverencia. ¿Cómo puede un hombre tan alto y musculoso hacer una reverencia? No lo sé, pero lo consigue.

—Un placer volver a verla, *milady* —dice con acento británico pijo.

Siento que Grayson se tensa a mi lado. ¿Podría haber sido más obvio? Solo le ha faltado decir a gritos, para que lo oyeran todos los que estaban allí: «Ya me la he follado, no le pongáis las manos encima».

Aparto la mano y después miro a Grayson.

—Genial. ¿Qué os parece si dejamos que los niños empiecen la sesión? No tardarán ni dos minutos en ponerse a pelear entre ellos si no. Los adoro, pero no tengo energía suficiente para lidiar con algo así ahora mismo.

—¡Muy bien! Formad parejas y poneos en las colchonetas. Sienna, tú irás de pareja conmigo. —La voz dominante de Keller se oye por encima de las conversaciones y la sala se queda en silencio.

«Joder».

La furia me llena el pecho.

¿Por qué coño Grayson le ha puesto las manazas encima? Estoy seguro de que se la imagina inclinada sobre la mesa del despacho. Ese hombre se gana a todas las mujeres a las que les dedica esa sonrisa de conquistador.

Sienna parece ajena a sus encantos, y eso me calma un poco. Pero tampoco hace ningún esfuerzo para quitárselo de encima.

No debería molestarme. Acordamos que solo una noche.

Pero que ella decidiera acabarla de forma brusca con su numerito de «Cenicienta abandonando el baile» ha hecho que no hayamos podido terminar de liberarnos de todo eso.

Una noche no ha sido bastante. Empiezo a pensar que no me quedan noches suficientes en la vida para cansarme de ella.

Cuando salí de la ducha y me encontré el ático vacío fue como si me hubieran hecho un agujero en el pecho. Y no solo me hirió el ego, sino que además sentí el corazón vacío. Mi vida volvió inmediatamente a su nube de oscuridad. Sienna parece aportar luz a mi mundo con su risa contagiosa y su actitud sexy.

Verla con Grayson solo ha servido para confirmar mis miedos. Se me ha clavado muy adentro y no tengo intención de arrancármela de ahí por ahora. Quiero mantenerla, poseerla y adorarla de todas las formas posibles. Ella no es consciente de que cuando yo quiero algo,

no paro hasta que lo consigo. Y ahora ese algo es ella y no tengo intención de perderla de vista. No sabe lo que le espera.

Parece incómoda. Se da golpecitos con el índice en las muñecas y contempla cómo los niños se emparejan y comienzan a pelear.

Grayson los tiene calentando para empezar. Ahora que está distraído, aprovecho para rodearle los hombros a Sienna, la llevo al despacho y cierro la puerta.

Ella no dice nada, ni siquiera me mira. Y, joder, duele. Tiene la espalda pegada a la puerta del despacho, sigue con el golpeteo en las muñecas y se muerde el labio inferior mientras examina la habitación.

Me acerco a ella, apoyo las manos con las vendas en la puerta, una a cada lado de su cabeza, y la madera se estremece. Ella da un respingo y sus ojos penetrantes conectan con los míos. Veo cruzar por ellos un destello de deseo. Irradia calor y se ruboriza. Me hace falta hasta el último gramo de autocontrol para no devorarle la boca.

Por mucho que lo intento, no puedo dejar ir a esa mujer. Pero meterla en mi mundo es un acto egoísta, provocado por lo que me dice la entrepierna.

Acerco los labios a su oído mientras le acaricio la clavícula. En cuanto mis dedos entran en contacto con su piel, una corriente eléctrica se genera en mis yemas y va directa hasta mi miembro.

—Te fuiste sin despedirte. Estoy muy dolido —digo mirándola con una ceja levantada.

Ella suelta el aire despacio.

—Creía que habíamos acordado que solo sería una noche, Keller. No dijiste nada de compartir un momento romántico en el desayuno. Pensé que era mejor cortar de raíz cuanto antes e irme. No habría podido soportar una despedida.

Me sorprende oír tanta tristeza en su voz.

—No hace falta que te despidas.

—Esto que hay entre nosotros es arrollador. No estoy preparada para tener una relación. Joder, la verdad es que a estas alturas creo que mi vida amorosa está maldita. Pero no puedo negar que mi cuerpo se muere por ti, Keller.

Lo dice en un susurro, y un estremecimiento me recorre la espalda.

—Era imposible que una noche fuera suficiente para nosotros —reconozco—. No puedo mantener las distancias y tampoco quiero. Te deseo de todas las formas posibles. Ni siquiera soy capaz de explicarlo. No te puedo ofrecer el felicidad para siempre de los cuentos, yo nunca he tenido esa opción, pero sí puedo darte los mejores orgasmos de tu vida. Deja que siga siendo tu dueño en el sexo, Sienna.

Las palabras salen de mi boca antes de que me dé cuenta de lo que estoy diciendo.

Una llama de deseo se enciende en sus ojos. Se lame el labio inferior, cubierto de *gloss* de color oscuro.

—Sí —contesta en un jadeo—. Hazme tuya.

No dudo ni un segundo antes de estampar mis labios contra los suyos, como un hombre poseído. Pongo en ese beso todo lo que tengo. Cuando la levanto agarrándola por el culo, ella me envuelve la cintura con sus piernas delgadas y me clava los dedos en la espalda. Noto que sus uñas me atraviesan la piel, y eso solo me anima a profundizar mi asalto a su boca. La giro y tiro todo lo que hay en la mesa de un manotazo; todas las tonterías que tenía Grayson encima de la mesa se desperdigan por la habitación. Pero ahora mismo no me puedo fijar en eso. Le apoyo el culo en la mesa. Parece tan desesperada por mí como estoy yo por ella.

No puedo esperar más. Lleva demasiada ropa. Me mira con una sonrisa cómplice y levanta los brazos, invitándome a quitarle la sudadera y dejando al aire su vientre tonificado. Tiene los pechos cubiertos por un sujetador deportivo negro. Tiro la sudadera al suelo y entierro la cabeza entre sus tetas perfectas. Tiene el tamaño justo para que me quepan en la mano y pueda apretarlas, como si estuvieran hechas solo para mí.

Sienna suelta un gemido ahogado, consciente de que a unos pocos metros hay un grupo de niños que seguro que ya se estarán dando puñetazos. Le tapo la boca con la mano.

—No hagas ruido, cariño. Si haces el más mínimo, paro. ¿Entendido? —ordeno.

Abre mucho los ojos y asiente rápido. Joder, es que es perfecta.

—Buena chica —gruño.

Sé que eso le pone. Inspira hondo debajo de mi mano. La diosa traviesa tiene un punto pervertido que estoy deseando explotar. Le recorro el torso con la mano, la introduzco unos centímetros bajo su tanga de encaje y deslizo el dedo corazón en su sexo empapado.

—Estás chorreando, preciosa. ¿Todo esto es para mí?

Asiente despacio, con los ojos llenos de deseo.

Subo la mano de nuevo hasta su vientre. Su ropa interior vuelve a pegársele a la piel y yo me llevo el dedo a la boca. Estoy deseando probar su dulce néctar.

Ella me mira con tanta intensidad como yo a ella y noto su sabor en la lengua. No es suficiente. Necesito enterrar la cara entre sus piernas. La empujo hacia atrás para que quede tumbada sobre la mesa, con una pierna a cada lado de mi cadera, y le quito los *leggings* de un tirón.

Ella suelta una exclamación ahogada.

—Ni un ruidito. Recuerda las reglas —repito.

Agarro el tanga de encaje entre los dientes e inhalo su olor exquisito. Joder, estoy obsesionado. Sienna me mira, con el cuerpo un poco incorporado y apoyado en los codos. En su cara se ve una gran necesidad.

Le bajo el tanga por las piernas delgadas tirando con los dientes, se lo quito y me lo guardo en el bolsillo de los pantalones cortos. Ella eleva una ceja y abre la boca para decir algo, pero enseguida la cierra al recordar las normas. Entonces le paso la lengua por todo el interior de la pierna. Después me dirijo a su centro, lamo su entrada hasta el clítoris y a continuación me meto la pequeña protuberancia en la boca y succiono.

Está deliciosa.

Un fuerte golpe en la puerta aparta mi atención de ella. Sin pensar, me tiro encima de Sienna. No quiero que nadie vea ni un centímetro de su piel.

—Hostia puta —gruño.

Estoy muy cabreado, pero ahora tengo la durísima erección justo en su sexo y eso ocupa todos mis pensamientos. El cuerpo de Sienna está rígido como una tabla debajo de mí.

Entra Grayson. Supongo que me está bien empleado por ser yo siempre el que invade su privacidad. Abre mucho los ojos al instante en cuanto se da cuenta de qué (o más bien a quién) estoy tapando con mi cuerpo, y después se percata de todos los objetos tirados por el suelo.

—¡Joder, Keller, ¿estás de coña?! —grita—. Lárgate de mi despacho y límpiate un poco. Necesito que salgas ahí fuera. Seguro que puedes esperar unas cuantas horas para echar un polvo.

Tiene la cara contorsionada por el enfado y los puños apretados contra los costados. Entonces se da la vuelta y cierra de un portazo.

Sé que no puedo cabrearlo más ahora.

Apoyo la cabeza en la frente de Sienna y el olor a coco de su pelo me llena la nariz.

—Joder, lo siento. No debería haber hecho esto aquí. Es que no me puedo controlar cuando estás cerca —murmuro, y espero que ella lo entienda.

Se tapa la cara con las manos para ocultar la cara de horror, seguro. Me levanto para darle un poco de espacio. Ella se baja de la mesa y recorre a toda prisa la habitación, recogiendo su ropa. Cada vez que se inclina, me da una vista espectacular de su culo perfecto y tengo mi sexo a punto de explotar. La veo ponerse la sudadera y después agacharse para pasar las piernas por los *leggings*. Me acerco, me coloco detrás de ella, le agarro las caderas y me la froto durísima contra su trasero.

—Keller, no podemos. Tienes que salir para entrenar a esos niños. Tienen muchas ganas de verte. No puedo arrebatárselos ese momento de felicidad hoy.

Se me escapa un gruñido irritado y me paso las manos por el pelo para recuperar algo de compostura. Siempre que la tengo cerca, pierdo la cabeza por completo.

Se sube los pantalones, se gira para mirarme y me pone la mano en la mejilla. Los momentos íntimos como estos normalmente me quitan las ganas de todo al instante. Pero, cuando lo hace ella, me ocurre lo contrario. Es como si supiera domarme sin querer, peor, sin conocer en realidad el alcance del monstruo cuya mejilla está acariciando.

Su expresión se suaviza cuando se pone de puntillas y me da un besito en los labios.

—Seguiré por aquí cuando ellos se vayan. Podemos acabar lo que hemos empezado luego —promete con un guiño.

Después se gira y sale con paso alegre, y yo me quedo mirándola con la boca abierta.

Joder, no sé qué es el amor ni cómo amar, pero, si quisiera aprender, seguro que ella podría enseñármelo.



Tres horas. La sesión de entrenamiento dura tres putas horas. Tres horas de contenerme, con la sangre llenándome la entrepierna cada vez que Sienna me lanzaba un puñetazo a la cara. Mi chica sabe darlos, está claro, y disfruta de cada segundo del tiempo que me dirige los puños. Además, se le ilumina la cara cada vez que uno de los niños hace bien una combinación. Todo su cuerpo parece vibrar con esos niños, se nota que siente pasión y amor por ellos. Es realmente su vocación.

Hay un niño en particular que está claro que tiene problemas de autoconfianza. Se ha pasado toda la sesión dudando al repetir las combinaciones que le enseñamos. Sienna sabe por instinto lo que necesita y cómo ayudarlo. Yo le dedico una atención especial, explicándole cómo hacer bien cada combinación, trabajando solo con él, aunque eso signifique que tenga que pasarme todo el rato de rodillas, para que el niño llegue a las manoplas.

Por nuestros encuentros sé que, bajo toda esa compasión, ella es una bomba que no deja títere con cabeza. La he visto darle una buena patada en los huevos a su ex. Es una guerrera con un cuerpo menudo y adorable. Supongo que se parece a mí, incluso en lo de haber tenido una infancia de mierda. «Tal vez por eso me siento tan atraído por ella».

Los niños se han puesto a pelear entre ellos, algo que seguramente es una idea desastrosa, pero Sienna confía en ellos, así que nosotros lo hacemos también. Me quedan unas semanas para ser campeón del mundo, imagino que podré lidiar con unos cuantos niños peleones, ¿no?

Yo he estado en su situación. Por lo que me ha dicho Grayson, estos niños lo han pasado muy mal en la vida. Entonces se me ocurre una idea brillante. Cuando todos los niños ya están recogiendo para irse, voy hacia donde se encuentran Paula y Sienna, charlando. Las interrumpo con un carraspeo.

—Hola, Keller —saluda Paula, y me pone una mano en el antebrazo.

Me contengo para no hacer una mueca, le dedico una sonrisa tensa y miro a Sienna con las cejas levantadas cuando veo que se pone a beber de una botella para ocultar una sonrisa.

«Ah, dentro de nada no te reirás tanto, princesa».

—Se me ha ocurrido una cosa —digo, y me separo un poco de Paula. Sienna, divertida, sigue contemplando la escena—. Hago sesiones nocturnas cada dos semanas para mi fundación, Street Champs. El objetivo es evitar que los chicos peleen en la calle, y en vez de eso enseñarles a boxear. Creo que podríamos colaborar con vuestra organización e incluir a alguno de vuestros niños que tenga interés en participar. Obviamente sin ningún coste, y los niños pueden seguir con el entrenamiento todo el tiempo que quieran. No tengo problema con que utilicen este gimnasio como segunda casa si quieren. Cualquier cosa que podamos hacer para ayudar, comunicádnoslo. Grayson se ocupará de arreglarlo si os interesa colaborar.

Paula chilla de emoción, un sonido que me taladra el tímpano, y pongo una mueca. Un segundo más tarde me rodea el torso con los

brazos. Yo me quedo parado como una estatua, mirando su cabeza de pelo blanco, y después a Sienna, suplicándole con los ojos que me quite de encima a esa mujer. Carraspeo de nuevo para que Paula me atienda. Solo quiero a una mujer pegada a mí, y la tengo justo delante, sonriendo y sin intención de prestarme ninguna ayuda.

Paula se aparta de un salto y se recoloca el pelo.

—Perdón, me ha podido el entusiasmo. ¡Sí, claro! Suenan fantástico. Sienna, ¿te viene bien hablar con Grayson para ocuparte de los detalles?

—No, no hay problema, Paula. Sienna puede hablar conmigo directamente. Es mi fundación, al fin y al cabo. Yo le haré un hueco siempre que quiera —ofrezco.

Paula se gira hacia Sienna, pero ella no para de mirarnos con la boca abierta, como si la mujer y yo tuviéramos dos cabezas. La mujer mayor se va y se pone a gritarles a los niños para que se den prisa.

Yo me acerco a Sienna.

—Keller, yo... No sé cómo agradecerte tu ayuda. Últimamente nos está costando ayudarlos a crear una rutina. Esto va a ser un cambio radical para algunos de esos niños.

—Es un placer. —Bajo la cabeza—. No te muevas de ahí. Tenemos que hablar —le susurro al oído. Oigo que su respiración se acelera al oírme.

Veinte minutos después, el gimnasio está vacío. Grayson se ha ido sin dirigirme la palabra. Está cabreado, así que es mejor dejar que se calme. Luca se ha marchado mientras yo estaba entretenido en el despacho con Sienna. Así que estamos solos, por fin.

Es tarde, y la única luz es la de los focos. No hay nada mejor que un gimnasio vacío para descargar tensiones. Sin distracciones, sin

ruido, solo yo y un saco de boxeo. Pero ahora va a adquirir un significado muy diferente.

Sienna está tumbada en una colchoneta, mirando el teléfono. Ha estado empujando el saco que tiene encima de la cabeza con un ritmo lento para que se balancee de un lado a otro encima de ella, como un péndulo. Siempre parece muy nerviosa. Estaría bien verla relajada por una vez. Me quedo oculto entre las sombras, detrás del ring, observándola. Irradia belleza y tiene una leve capa de sudor que le cubre la piel por el entrenamiento. Cuando voy hacia ella, nuestras miradas se encuentran, pero ella no hace ademán de moverse. El saco sigue balanceándose sobre su cabeza.

—Ponte de rodillas —le ordeno.

Ya tengo una erección impresionante solo con mirarla, y llevo toda la tarde necesitando urgentemente una liberación. Si consigo aguantar más de cinco minutos será un milagro. No duda. Se aparta el saco de la cara y se pone de rodillas. Se humedece el labio con la lengua y no se mueve mientras el saco sigue balanceándose detrás de ella.

«Joder, igual son tres minutos».

Me entran ganas de follarme esos labios brillantes, todavía pintados con ese *gloss* oscuro que me encantaría tener manchando mi miembro. Me arranco los pantalones, me agarro el pene que no deja de latir y lo acaricio.

—Quítate la sudadera, cariño. Quiero verlo todo bien mientras me tienes en la boca.

Ella se la quita, y también el sujetador, y sus tetas firmes rebotan, con los pezones rosas ya duros. Me quedo donde estoy, con las manos en las caderas y el pene erecto con semen en la punta.

—Ven hacia mí a cuatro patas.

—¿En serio? —Pone los ojos en blanco. Sí, eso es lo que ha hecho.

La atravieso con la mirada en respuesta. Lo digo muy en serio. Como si acabara de darse cuenta de lo que estamos haciendo, y todavía de rodillas, se apoya en la cadera izquierda y se baja los *leggings*, abriendo las piernas, para que tenga unas vistas privilegiadas de su entrepierna perfecta, que ya brilla por la excitación. Gira, completamente desnuda, y viene a cuatro patas despacio hacia mí, relamiéndose. Mi diosa perversa. Se sienta, todavía de rodillas, al llegar a mi lado y no aparta la vista de mi pene.

—Buena chica —digo con voz ronca, y le acaricio la cara. Cuando le paso el pulgar por el labio inferior, ella me lo lame—. Chupa.

Hay un brillo de deseo en sus ojos. No intercambiamos ni una palabra más. Ella abre la boca y se mete la punta, succionando y recorriéndola con la lengua. «Dios, esto es la gloria».

Sigue introduciéndosela cada vez más profundo, hasta la base. Tiene los ojos llenos de lágrimas, pero continúa, rodeándome y acariciándome los testículos con los dedos ágiles mientras aumenta el ritmo. Tengo todos los nervios del cuerpo de punta y me sobresalen las venas en el cuello por la tensión.

—Joder, Sienna, eres magnífica —digo con voz ahogada e intentando contener un gemido.

No quiero correrme en su boca. Me envuelvo la mano con su coleta y le aparto la cabeza de un tirón.

—Keller, te necesito dentro de mí —suplica.

No espero ni un segundo más. Veo el saco de boxeo detrás, encadenado al techo, y eso me da una idea: mi fantasía definitiva.

—Gírate, abraza el saco y acércame el culo —pido.

Ella obedece al instante y su trasero me provoca aún más. Me aproximo, acaricio su sexo con la punta de pene, subiendo y bajando, y después la penetro. Ella suelta una exclamación cuando

lo hago. Está muy tensa, perfecta. No aguanto más. Ella grita cuando entro y salgo con todas mis ganas, agarrándole con fuerza las nalgas perfectas.

—Aguanta, princesa.

Este es su castigo por irse sin despedirse, por dejar que Grayson le pusiera las manos encima y por los días de mi vida en que no he podido tirármela. No sé cuánto tiempo sigo perdido en esa sensación, dentro de ella, con mi miembro llenando su sexo que me aprieta implacablemente. Me va a dejar seco.

—Keller, por favor. —Casi ni la oigo por encima de los fuertes golpes de las caderas de ambos al estrellarse, las respiraciones trabajosas y mis gruñidos.

—¿Keller? ¡Keller!

La agarro más fuerte. Cuando consigo recuperar un poco de consciencia y abro los ojos, veo que tiene los suyos llenos de lágrimas y que hace muecas de dolor. Ni siquiera puede respirar.

—Córrete para mí, cariño —rujo.

La forma de apretarme y latir alrededor de mí es casi violenta. Pero no paro. Le tiembla todo el cuerpo. No puedo parar.

Dios, está espectacular así. Tengo que agarrarla para sostenerla.

—Keller, Dios, por favor, señor —susurra, porque ya casi no le quedan fuerzas.

En cuanto dice «señor», me derramo dentro de ella. Noto un hormigueo por todo el cuerpo. No puedo hacer más que sentir cómo su respiración empieza a volver a la normalidad. Nuestros cuerpos resbalan, empapados en sudor.

Esta mujer va a acabar conmigo, lo juro.

—Joder, Keller, si así les gusta follar a los boxeadores, quiero que me lo hagan cinco —bromea aún jadeando.

—Ni lo pienses. Yo no comparto. A ti no, nunca. ¿Entendido?

La aparto de mí. Ella levanta la cara enrojecida y veo un brillo en sus ojos.

—Sí, señor.

Tiro de ella para acercar su cuerpo al mío.

—Si no quieres que te vuelva a follar ahora mismo, será mejor que dejes de llamarme así.

Ella suelta una risita y se aparta. Cuando lo hace, noto frío en el pecho. Ella se agacha y se pone a recorrer el suelo a cuatro patas para recoger su ropa.

—¿En serio, Sienna? ¿No puedes darme un par de minutos de descanso antes de volver a ponerme ese culo perfecto en la cara?

Me va a volver loco. Cuando los dos nos vestimos, ella va hasta la ventana para mirar afuera, a la noche.

—Oye, Keller, ¿te importaría llevarme a casa en coche? Está demasiado oscuro.

Frunzo el ceño y me acerco.

—¿Te ha vuelto a molestar?

Ella no aparta la vista de la ventana y juguetea con la manga de la sudadera.

—No —responde enseguida.

—Prométemelo, Sienna.

—No, es que...

La abrazo y la acerco hacia mí. Ella se relaja entre mis brazos.

—A veces me da la sensación de que alguien me vigila. No sé, tal vez sea algo que solo está en mi cabeza.

«Joder».

—Yo me ocupo. Me cambio y vamos al coche. No te puedo prometer que no vaya a volver a hacer que te abras de piernas en el asiento, pero es un riesgo que tienes que correr. —Le doy un beso

en la coronilla y voy al vestuario para ponerme los pantalones de chándal grises y la sudadera.

Tengo una hora antes de que Luca me necesite; tiempo suficiente para dejarla en casa y centrarme un poco.

Pero no soy capaz de centrarme en el trabajo de esta noche. No paro de pensar en las implicaciones de lo que acabamos de hacer. Hemos abierto la caja de Pandora. Hay algo en el fondo de mi mente que no me deja en paz y me recuerda una y otra vez que no puedo seguir con ella. Que no puedo arrastrarla a mi vida. Pero mi corazón no hace ni el más mínimo caso.

Estoy bien jodido.

Me detengo delante del apartamento de Sienna, apago el motor y dejo que la oscuridad nos envuelva. La calle Cincuenta y Siete está tranquilísima a esa hora de la noche. Pero me fijo en la figura encapuchada que está apoyada en el edificio de al lado. No se ha movido desde que he girado para entrar en la calle; todo vestido de negro, se confunde en la oscuridad.

Podría estar esperando a alguien... Poco probable. Es raro que alguien se esconda entre las sombras en Nueva York a estas horas de la noche. Es el momento en el que salen a la calle los monstruos.

Es alto y delgado. No distingo más detalles y me obligo a dejar de mirarlo porque no quiero asustar a Sienna. Ya está bastante nerviosa después de lo que le hizo Jamie. Ahora mismo está entretenida jugando con los anillos que lleva en el pulgar y no se fija. Está intranquila, lo veo. Da pequeñas sacudidas con la pierna arriba y abajo, pero lo más evidente es que no para de mover las manos sin darse cuenta. Le agarro ambas con una de las mías y ella suspira.

—¿Quieres...? ¿Quieres subir? —pregunta sin mirarme.

La cojo por la barbilla para que me mire. Su expresión es indiferente. ¿De verdad creerá que la voy a rechazar sin motivo? «¿No le he dejado claro todavía que estoy prácticamente obsesionado con ella?».

—Tengo que trabajar esta noche. He quedado con Luca. —Suspiro cuando intenta apartar la cara. Le sujeto la barbilla más fuerte para volver a girarle la cara—. No es que no quiera. Joder, no hay nada que me apetezca más. Pasar la noche pegado a tu cuerpo me parece la gloria. Lo que te he dicho antes era en serio. Esto —nos señalo a los dos— no ha terminado. Ni me imagino el día en que podamos dejarlo. Así que acostúmbrate a mí, cariño.

Veo el alivio en su cara y aparece también una sonrisa de oreja a oreja.

—Venga, espero a que llegues a casa. Descansa. Vete ya o te volveré a hacer lo que te hice el otro día en el coche. —La miro con una sonrisa pícaro y la beso en los labios para demostrarle que lo digo en serio—. Buenas noches —susurro con la frente pegada a la suya, y le doy otro beso rápido.

—Buenas noches, Keller —contesta, y abre la puerta.

Entra un aire helado en el coche, pero no tan frío como el que me deja a mí cuando se va. Se despide con la mano y accede al edificio. Observo al hombre de la capucha, que la mira cuando pasa por delante. No se mueve, pero está colocado para mirar hacia donde está mi coche.

Algo dentro de mí me está gritando. Estoy casi seguro de que es Jamie el que la vigila. Estaba convencido de que no iba a parar con esa última llamada. Si no le doy un susto, puede que acabe haciendo algo grave. No me pareció muy fuerte ni dado a pelear, lo cual significa que es peor de lo que creía. Peor, porque eso quiere decir que está desesperado.

En cualquier pelea, tienes que saberlo todo sobre tu rival. Pero no hay forma de que le deje acercarse a Sienna. Tengo que saber todo lo necesario para protegerla y lograr que ese cabrón la deje en paz.

Estoy deseando coger la pistola que tengo en la guantera y ponérsela en la cabeza a Jamie. Pero no puedo arriesgarme ahora que queda tan poco para la pelea de unificación. Estoy que exploto por la irritación. Lo que hago es buscar el teléfono de Luca. Si alguien puede descubrir cuál es el problema de Jamie, es él: el mismísimo jefe de la mafia.

Responde al primer tono.

—Hola, hermano, ¿vienes de camino ya?

Su voz resuena en el coche. Oigo que suelta el humo mientras habla. Bajo el volumen. No hace falta que toda la calle se entere de lo que estamos hablando.

—Sí, acabo de dejar a Sienna en su apartamento. Llego dentro de veinte minutos.

—La mujer del club... Lo sabía. Es especial.

Resoplo, porque entiendo que ya no tiene sentido seguir ocultándolo. Y como necesito su ayuda, se lo confieso.

—Sí, Luca. —Suspiro—. Pero no puedo tenerla. No puedo meterla en este mundo. No me merezco a alguien tan puro.

—Keller, hay que hacer algo con esa acumulación de ira que tienes dentro. Ya no eres el niño de la calle que se peleaba para reivindicarse. Lo has superado. Te mereces amor. Te la mereces a ella.

No hago caso de sus palabras y vuelvo a la razón por la que le he llamado.

—Oye, necesito un favor. Su ex, Jamie, la agredió la semana pasada. Los encontré en un callejón al lado del club. Y parece que la ha estado acosando desde que lo dejaron. Incluso ha amenazado con secuestrarla. Estoy seguro de que está apostado delante de su apartamento, encapuchado, ahora mismo. Por lo que he entendido, esto no es propio de él. Está muy desesperado. Y sospecho que tras

ese tipo de comportamiento se esconde algo más que querer recuperarla. Es abogado, joder, no un matón de la mafia.

—Parece que ya está envuelta en algo malo. ¿Por qué no puede entrar en nuestro mundo? Al menos aquí nosotros nos protegemos. No sufrirá ningún daño. Lo sabes. Mándame en un mensaje la información que tienes de él y preguntaré por ahí. Que se pase la vida con traje no significa que no tenga algo oscuro que ocultar. Tú lo sabes bien.

—Yo soy peor. Soy un monstruo, Luca. Uno que sale por la noche a cazar gente. Puedo dispararle a un hombre entre los ojos y ver cómo se le escapa la vida sin sentir nada. ¿Cómo puede merecer felicidad un hombre así?

—Eres un luchador, Keller, dentro y fuera del ring. Todo lo que has hecho hasta ahora ha sido por necesidad. Tú no eres así. No dejes que eso te defina. Llevas una máscara, pero debajo de ella eres un buen tío.

Se calla un momento. Casi oigo a su cerebro pensar. No creía que se fuera a mostrar tan contundente con este tema. La verdad es que imaginaba que me iba a hacer entrar en razón diciéndome que no me dejara llevar por la lujuria y siguiera con mi vida.

—¿Qué sentido tiene ser multimillonario si no tienes a nadie con quien compartirlo? Hemos peleado para construir un imperio. Crea también una familia que lo merezca y no te separes de ella.

«Mierda, tiene razón».

—¿Y si me abandona, Luca? ¿Y si no puedo controlar el demonio que tengo dentro? —pregunto mientras me froto la cara con la mano, con la respiración temblorosa.

Él suelta una carcajada.

—Entonces será mejor que se prepare el mundo para lo que le espera, hermano. Pero ¿y si no lo hace? ¿Y si es la indicada para

sacarte de la oscuridad y llevarte a la luz? Tú conoces tu verdadera personalidad. Pregúntale al hombre que hay bajo la máscara si él se la merece. Ahí tienes tu respuesta.

«¿Quién se iba a imaginar que Luca tenía esa parte filosófica?».

Noto tristeza en su voz.

—Investigaré a ese Jamie. Supongo que amenazar a tu ex con secuestrarla por dejarte es un poco extremo. Al menos para alguien que no pertenece a la mafia. Sabemos que nunca se puede subestimar a alguien de la calle. —Se le escapa una risita—. Te diré algo lo antes posible. Ahora ve para allá, métele una bala en la cabeza a ese cabrón y después ve a por tu chica de una vez por todas. No puedo permitir que mi mejor boxeador se distraiga por una tía cualquiera.

—Que te den, Luca.

El sonido de una carcajada llena el coche. Capullo.

—Sabía que te iba a cabrear con eso. Lo digo en broma. Me gusta verte tan pillado. Es mejor que tu agradable personalidad habitual.

—Vale, te dejo ya. —Me callo un momento—. Gracias.

Cuelgo y me golpeo la cabeza con el volante varias veces, como si eso fuera a servirme para recuperar la cordura.



Aparco delante de un almacén abandonado de la Primera Avenida. Los muros grises que hay alrededor están cubiertos de grafitis y hay óxido por todas partes. El lugar perfecto para una reunión de la mafia en plena noche. La zona está poco iluminada; ¿quién va a pagar para iluminar un vertedero como ese?

Veo el Bentley de Luca, aparco al lado y apago el motor. Luca está en el asiento del conductor, con las manos en el volante. Cierro la puerta y me acerco. «Acabemos con esto de una vez».

Luca sale del Bentley y se estira el traje negro de Armani. Nunca va vestido con nada menos elegante. Todo en ese hombre lo identifica como el jefe de la mafia.

—Jefe —le saludo con un gesto de la cabeza.

—Ah, Keller; ¿listo para ponerte la máscara y crear el infierno ahí dentro? —Tiene un brillo malévolo en los ojos.

La reunión es con Carlo y su banda, la organización con la que tenemos un acuerdo para los envíos de cocaína. Carlo es un chef italiano bajito por el día y un camello por la noche. Hace poco ha empezado a correr el rumor por ahí de que Carlo también está trabajando con los Falcone, a los que encima les han robado el cargamento, lo que nos ha cabreado a Carlo y a nosotros. Él sabe que nos necesita. No puede permitirse perder su contacto con la mayor organización mafiosa de Nueva York. Los Falcone nunca nos han superado en nada, por mucho que lo han intentado, y nunca lo harán.

Esta noche hemos venido a enseñarle que es mejor no jugar con los Russo. Saco una semiautomática del maletero del coche de Luca. La noche está muy tranquila y nos rodea la oscuridad. Igual que cuando entro en el ring, estoy extrañamente calmado, a pesar de la adrenalina que me corre por las venas. Pero esta noche tengo una vocecilla en la cabeza que no me deja en paz. «¿Qué pensaría Sienna si viera al monstruo que eres ahora mismo?».

Niego con la cabeza. No puedo permitirme que eso me distraiga. «La vida de Luca y la mía dependen de que salga el monstruo que hay detrás de la máscara», pienso cuando me pongo el pasamontañas negro que se ha convertido en mi seña de identidad.

Vamos hacia el almacén y sigo las indicaciones de Luca, que abre de una patada la puerta de hierro, que cuelga de la bisagra de arriba, y entramos. Veo de inmediato a Carlo y a dos guardaespaldas en el centro del espacio. Los dos tíos son enormes, más o menos de mi altura. Treinta y muchos, probablemente, con las cabezas rapadas. Seguro que entre los dos no juntan ni una sola neurona.

Apunto despacio el arma a la cabeza de Carlo mientras nos vamos acercando. Él levanta ambas manos enseguida. Hay miedo en sus ojos inyectados en sangre.

Todo el mundo sabe que, si Luca va acompañado de su mano derecha enmascarada, es que alguien va a morir. Aunque ellos no son conscientes de que Luca está tan trastornado como yo, porque no han tenido el placer de conocer esa faceta suya todavía.

—Luca, por favor. Te lo puedo explicar. Hemos metido la pata, pero no va a volver a pasar. Tienes mi palabra —dice Carlo con tono suplicante.

Una risa malvada sale de los labios de Luca cuando llega junto a Carlo. Lo está atravesando con una mirada letal.

—¿Que habéis metido la pata? ¿En serio? Me estás diciendo que les has dado mi cargamento a otros mafiosos rivales, para que encima se lo roben, ¿y llamas a eso «metedura de pata»? ¿Sabes lo que significa esto?

—No, no, Luca, por favor. Te lo compensaré. Puedes quedarte con el siguiente cargamento gratis. Por favor, déjame ir. Tengo hijos, una familia. ¡No puedo morir hoy! —Le tiembla la voz y todo lo demás. Sus guardaespaldas inútiles nos miran inescrutables. Saben que, si se mueven, les dispararé entre los ojos sin el más mínimo remordimiento.

Pero las palabras de Carlo me afectan. Tiene hijos y familia. ¿Y por qué coño se mete en envíos de drogas para la mafia si tiene todo

eso en su casa? ¿Cómo puede estar tan desesperado para poner eso en peligro? Puto capullo egoísta.

Luca lo agarra por la garganta y Carlo suelta un grito, que me hace volver al presente. Luca lo ha levantado como si no pesara nada.

—Los dos siguientes cargamentos serán gratis. Y si me entero de que les has dirigido la palabra a los Falcone, ese hombre de ahí —me señala— os encontrará a ti, a tu mujer y a tus hijos y te hará mirar mientras les rebana el cuello uno a uno. ¿Me has entendido?! —brama, y la saliva que se le escapa aterriza en la cara de Carlo.

¿Sería capaz de disparar a Carlo? Sí, sin dudarlo. ¿Mataría a su familia y lo haría mirar? Seguramente no. Es un poco extremo, incluso para mí. Veo que Carlo se moja los pantalones mientras Luca sigue sosteniéndolo en el aire y entiendo que su amenaza ha surtido el efecto deseado.

Luca lo suelta y Carlo cae con un golpe seco sobre el suelo de cemento. Sin levantar la cabeza para mirar a Luca, contesta:

—Está bien.

Evidentemente satisfecho con su respuesta, Luca hace un gesto con la cabeza a los dos hombres inservibles que iban con Carlo, y después hace lo mismo cuando me mira a mí y pasa a mi lado. Yo voy caminando hacia atrás hasta la salida, todavía apuntando con el arma a Carlo, que está hecho una bola en el suelo.

Luca abre la puerta del coche, y cuando está a punto de entrar le digo entre risas:

—¿Cortarle la garganta a su mujer y sus hijos? Dios, Luca.

—¿Qué? ¿No ha sido de tu gusto? —pregunta mirándome con una ceja levantada antes de reírse—. Malditos imbéciles. ¿Has visto cómo se ha puesto los pantalones? Por Dios..., que se dedica a mover cargamentos de cocaína que valen millones de dólares.

—Me largo de aquí. Ya he tenido suficiente diversión por una noche. —Me despido con un gesto de la cabeza y voy a cerrarle la puerta.

—¿Vas a por tu chica ahora? —pregunta Luca con verdadero interés.

—Mañana —es lo único que le digo.

Necesito darme una ducha y dormir. Pero las palabras de Carlo no dejan de repetirse en mi cabeza. ¿Desde cuándo me he vuelto tan susceptible con lo de arrastrar a otras personas a este mundo? Sienna me está haciendo ver la vida desde una perspectiva completamente diferente. Sé que es peligroso, pero no puedo dejarla ir. Ahora no, ni nunca.

«¿Qué haría yo si alguien amenazara con rebanarle el cuello delante de mí? Bueno, no me mearía encima, eso seguro. Lo mataría antes de que tuviera tiempo de terminar la frase».

Aparece en la pantalla del coche un texto encabezado por el nombre de «Sexy Sienna». Lo abro.

Sexy Sienna: Como me has pedido,
ya estoy metida en la cama. Desnuda.

Imágenes de su cuerpo perfecto y sedoso desnudo, tirado en la cama, me llenan el cerebro. Cierro el mensaje y enciendo el motor. Si espero hasta la pelea por el campeonato del mundo, entonces tal vez pueda tenerla. Ya no habrá mafia, ni peligro real. Me paso la mano por la cara y niego con la cabeza. Mierda. No creo que pueda mantenerme alejado durante otras seis semanas. Me parece una tortura solo pensarlo.

Sienna

Los últimos dos días han pasado volando; solo he ido al trabajo y luego directa a casa. Y al día siguiente otra vez. No hago más que mirar el teléfono, pero nada. Tal vez lo de no haber vuelto a mi apartamento ha sido su manera de cortar conmigo. La forma en que sus ojos me devoraban, el deseo que veía en su cara cuando estaba cerca... De verdad creía que sentía lo mismo. «¿Y por qué no me ha dicho nada desde entonces?».

Le envié un mensaje después del entrenamiento para darle las buenas noches y avisarle del detalle de que estaba desnuda en la cama. Pero no me contestó. Maddie ha intentado razonar conmigo. Al final cedí y le conté toda la historia y ella la disfrutó muchísimo, se notaba el entusiasmo que sentía. De verdad que es una adicta al amor. Ojalá encuentre a alguien que esté a su altura pronto, alguien que bese el suelo que pisa. Dios sabe que se lo merece.

En el bufete David se da cuenta enseguida de mi pésimo estado de ánimo. Ni siquiera el chocolate caliente con cereza negra que me ha traído me ha cambiado el humor. Estoy loca por un hombre, y no uno cualquiera, sino uno que me adora cuando está conmigo, pero se olvida de mí en cuanto no me tiene delante. No lo entiendo. «Tal vez tenía razón mi madre y no soy lo bastante buena para que la gente se quede a mi lado».

Últimamente me ha quedado muy claro que la seguridad económica no es una parte importante de mi sueño. Tengo que intentar dedicarme a mi pasión, que no ha hecho más que crecer desde el día del entrenamiento en el gimnasio de Keller. Debo hablar con Paula y ver si hay alguna forma de que pueda dedicarme a ella a jornada completa. Ya tengo bastante dinero para ir tirando un tiempo.

Estoy escribiendo en el ordenador y leyendo unas notas de una sesión de mediación aburridísimas. De un tiempo a esta parte parece que hago siempre lo mismo, una y otra vez. Ahora representamos a la esposa pobre, furiosa y traicionada que quiere obtener el dinero que le corresponde después de descubrir que la estaban engañando. La mayor parte de las veces las parejas no son capaces de ser civilizadas. Alguno de ellos sale de la sala de reuniones con la cara enrojecida, gritando exabruptos y quejándose del otro. Creo que el derecho familiar debería centrarse más en la parte de la familia, en preocuparse por los niños y por no destruir la unidad familiar. Pero la realidad es que todo se centra en el dinero: quién puede conseguir o conservar la mayor parte y cuánto daño se le puede hacer a la otra persona. Una razón más de la larga lista por la que no voy a participar de todo este paripé del matrimonio. Yo he sido una niña en medio de la separación de una familia, y en la actualidad lo veo todos los días. La gente es egoísta.

O tal vez solo es que estoy amargada porque nunca me he casado y tampoco es que sea capaz de mantener el interés de un hombre más allá del sexo. Bastante duro para la autoestima de una chica.

—¿Podrías teclear más fuerte, Sienna? Estoy seguro de que te están oyendo en el piso de abajo —comenta David con una risita, y me da un leve codazo en el brazo.

—Perdón, es que estoy taaan enfrascada en mi trabajo que tengo prisa por escribir las palabras —bromeo.

Él sabe perfectamente que esto no es mi vocación. Pero eso no significa que no se me dé muy bien lo que hago.

—Ja, ja. No, algo te tiene cabreada. Se te olvida lo bien que te conozco. ¿Y si nos vamos a tomar el aire? No hemos tenido tiempo de hablar desde que me dejaste tirado en el club la semana pasada —comenta. Sé que lo dice de buenas.

Miro la hora en la esquina del ordenador y veo que ya es la una. Una hora perfecta para ir a comer. Cojo el abrigo que tengo colgado del respaldo de la silla y le hago un gesto a David para que se dé prisa, porque no quiero encontrarme con nuestro jefe y que nos fastidie el descanso para comer pidiéndome unas actualizaciones de algo que ya le he mandado. Se le da fatal la tecnología y no lee sus correos.

Cuando salimos, David entrelaza mi brazo con el suyo y me mira con una gran sonrisa. Estar con él es fácil, pero no sé si estoy preparada para contarle la verdadera razón de mi tristeza. Va a pensar que estoy loca por pasar de algo malo a algo peor tan rápido.

El aire fresco del otoño me azota la cara y hace que se me enrojeczan las mejillas, pero el sol brilla. Hace un día precioso. Paseamos cogidos del brazo durante unos minutos, disfrutando del aire libre. El ambiente es agradable y tranquilo. Justo lo que necesito para aclararme la cabeza.

David entra en el Starbucks de la esquina para pedir un par de *lattes*, algo ideal para calentarme las manos. El bufete solo está a diez minutos a pie de Sheep Meadow, en Central Park, nuestro lugar favorito para ir a la hora de comer. Aunque queda poco para Navidad, está lleno de turistas, así que conseguir un banco libre no siempre es tarea fácil.

Yo ya no celebro la Navidad. Tener una madre que estaba borracha todo el tiempo, quemaba el pavo y después tenía una crisis y tiraba los regalos a la basura me estropeaba mucho las fiestas. Pero he de reconocer que Nueva York en Navidad es espectacular. Las lucecitas, el árbol del Rockefeller Center y la cantidad imposible de fiestas. Aquí saben cómo celebrarla. Si yo no odiara tanto estas fiestas, me parecería increíble. Tal vez algún día.

—Vamos a ver, ¿me vas a contar qué te tiene así? ¿Tiene algo que ver con cierto hombre con el que desapareciste después de que me mirara con ojos asesinos por estar tocándote? —Sube y baja las cejas.

Dejo escapar un suspiro resignado. Será mejor que se lo cuente.

—Sé que pensarás que es una locura por mi parte tener algo con alguien cuando ha pasado tan poco tiempo desde lo de Jamie. La verdad es que creía que había algo entre nosotros. No sé qué exactamente, pero el sexo era impresionante. Creo que no voy a experimentar nada como eso en la vida. —De repente hago una mueca al darme cuenta de que le estoy contando detalles de mi vida sexual a David.

—Vamos, chica, ahí fuera hay un montón de tíos que saben muy bien qué hacer con sus pollas, ¿sabes? No te bajes del tren tan pronto.

Le doy un puñetazo suave en el brazo.

—Pero lo cierto es que parecía que ese tío estaba muy pillado por ti. Dios, pero si me metió el miedo en el cuerpo. ¿Y a quién le importa cuánto tiempo haya pasado después de Jamie? Tienes que sacarte a ese tío de la cabeza lo antes posible, ¿y qué mejor forma de hacerlo que esta? —bromea—. ¿Por qué no le envías un mensajito? Los tíos no tenemos que ir siempre detrás de vosotras,

¿vale? Si necesitas que te dé una ración de esas cosas que me cuentas, díselo. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

A ver, no le falta razón.

—La verdad es que, siendo del todo sincera, la conexión con Keller...

Aparta bruscamente su brazo del mío y se para en seco, mirándome con la boca abierta.

—No. Me. Jodas. ¿Te estás tirando a Keller Russo? ¿Al campeón del mundo Keller Russo, el Asesino? No puede ser.

—Dios, ¿quieres que te dé su número o algo? Sí, es de quien estoy hablando —reconozco con un resoplido.

—Pues saca el teléfono ahora mismo y escríbele. Joder, ¿cómo puede ser que no lo reconociera el viernes? —Se queda callado un momento—. Tuvo que ser porque estaba distraído intentando evitar que me matara allí mismo.

Me echo a reír.

—No da tanto miedo.

—¿Estás de broma? Aunque tal vez tengas razón en lo que has dicho antes: casi seguro que no hay por ahí muchos hombres que se puedan comparar con él. Pero si quieres sigue enfadada un poco más. Te lo permito —dice entre risas dándome un codazo en el costado.

Continuamos paseando y charlando un poco más, de nuevo con los brazos entrelazados, riéndonos y hablando de los detalles de la próxima noche de juerga. David insiste mucho en que volvamos al End Zone, a ver si puedo colarlos en la zona vip otra vez. Qué listillo.

Noto una vibración incesante contra las costillas cuando mi móvil empieza a cobrar vida dentro de mi americana negra entallada. Me bajo la cremallera del abrigo rápidamente y lo saco para que pare.

Veo que la pantalla se ilumina con varios mensajes.

Keller Dios del Sexo: Estás impresionante hoy, cariño.

Keller Dios del Sexo: Dile que será mejor que te quite las manos de encima antes de que se las arranque.

Keller Dios del Sexo: En serio, Sienna. No decía en broma eso de que eres mía.

Keller Dios del Sexo: Pero como tú quieras.

Siento que un estremecimiento me recorre la espalda y reviso la zona. No creo que me haya seguido, pero está claro que me está viendo. Si no, ¿cómo iba a saber que voy del brazo con David? Aunque lo nuestro sea solo platónico, él no lo sabe.

Mierda.

Empieza a martillearme el corazón. Sé que está cerca, lo noto. Ni siquiera sé cómo puede ser posible, pero mi cuerpo reacciona a su cercanía involuntariamente. Es como si fuéramos imanes que no pueden permanecer separados. La atracción es demasiado fuerte y salvaje. No tiene sentido huir de él. Tengo la sensación de que me encontrará siempre. O cuando él quiera, supongo.

Pero, si cree que puede decirme con quién puedo pasar mi descanso para comer, lo tiene claro. Le permito que sea mi dueño en la cama, pero fuera de ella yo solo me obedezco a mí misma, sobre todo teniendo en cuenta que me ha estado ignorando, otra vez, durante los últimos días.

Oigo unos pasos pesados que se acercan corriendo desde detrás y David me mira con desconfianza. Frunzo el ceño y niego levemente

con la cabeza. David es alto y musculoso, pero no tiene nada que hacer contra Keller.

Los pasos se paran y oigo una respiración trabajosa. El olor de su *after shave* me llena la nariz. Despacio separo mi brazo del de David y giro ciento ochenta grados. Le rozo el pecho con la nariz. Dios, qué bien huele.

Doy un paso atrás para mirarlo.

Al pantalón de chándal gris, que se ajusta por completo a sus caderas, lo acompaña una camiseta negra ceñida que le resalta los músculos y delinea perfectamente sus abdominales. Tiene todos los músculos marcados y su imagen es poderosa, aún mejor por el brillo que le da el sudor.

Cierro la boca cuando me doy cuenta de que estoy a punto de babear mientras miro su cuerpo. Sus ojos negros no se separan de los míos. Es la primera vez que lo estoy viendo bien, a plena luz. Tiene una pequeña cicatriz, de un centímetro más o menos, que le cruza en vertical la ceja izquierda. «¿Cómo puede ser que no me haya fijado antes? Supongo que porque casi siempre tiene la cabeza metida entre mis piernas».

Los recuerdos envían corrientes eléctricas por todo mi cuerpo y yo me estremezco. Aprieta la mandíbula mientras me observa y sus ojos van de David a mí.

—¡Hola! Soy muy fan tuyo —saluda David interrumpiendo ese duelo de miradas.

—Encantado de conocerte —contesta con los dientes apretados, y le tiende la mano.

—Soy David. Yo, eh..., trabajo con Sienna. Estaba con ella el otro día, en el club —explica, y le estrecha con fuerza la mano a Keller.

Él asiente y vuelve a mirarme, ignorando a David, que está solo a dos pasos de nosotros.

—Bueno, me alegro de haberme encontrado contigo, pero...

Antes de que me dé tiempo a terminar la frase, Keller me coge la cara entre las manos y funde sus labios con los míos. Después, con la misma velocidad, se aparta y me mira con los ojos entornados y una sonrisa torcida que me hace olvidar inmediatamente por qué estoy enfadada con él.

De repente tengo mucho calor. Me encantaría arrancarme el abrigo y dejar que el aire frío me refrescara la piel.

—Iré a buscarte a la salida del trabajo, a las cinco.

Salgo del aturdimiento que me ha provocado el beso y lo miro parpadeando.

—Espera, ¿cómo sabes...?

—Soy un hombre con muchos recursos.

—Bueno, si me hubieras hablado durante esta semana, te lo podría haber dicho yo. —Disipado el efecto del beso, regresa mi mal humor.

—Vamos, princesa, no seas así. He tenido que ocuparme de unos asuntos. Pero no te preocupes, que no pienso pasar tanto tiempo sin ti nunca más.

Ya me ha vuelto a confundir del todo. «¿Me querrá de verdad?».

—Te veo a las cinco, ¿vale? Creo que tengo cosas que compensarte, cariño.

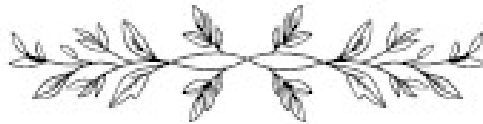
Me guiña un ojo, cómplice, me da un besito en la frente y se va corriendo sin decirme adiós.

Me quedo allí, petrificada, mirando cómo corre en dirección a los rascacielos de Nueva York. «Pero ¿qué coño ha pasado?».

—Estás como un tomate. —El comentario de David me saca de mi ensimismamiento.

Entrelazo de nuevo su brazo con el mío y los dos volvemos al bufete. Ahora voy a estar contando las horas hasta que pueda

retomar ese beso. Maldito seas, Keller, por ponerme cachonda cuando tengo que trabajar. Aunque seguro que pasar la tarde oyendo las discusiones de parejas en trámites de divorcio apagará cualquier fuego que tenga dentro.



La tarde pasa demasiado despacio. Cuento los segundos. Las paredes de un blanco roto y las luces frías me están dando dolor de cabeza. Sigo enfadada con Keller por ignorarme, pero no puedo pensar en otra cosa más que en que me penetre hasta hacerme perder totalmente la cabeza. Me he pasado todo el día apretando las piernas bajo la mesa solo con imaginármelo. Ocupa todos mis pensamientos. «Tengo que andarme con cuidado de no engancharme mucho. No puedo dejar que me rompa el corazón».

En cuanto dan las cinco, salgo como una exhalación por la puerta. Me despido a toda prisa de David, me pongo el abrigo y bajo corriendo las escaleras.

La planta baja está llena de ejecutivos que salen del edificio. Yo voy directa a las puertas giratorias. Lo veo desde muy lejos, con una sudadera negra, la capucha puesta y esos pantalones de chándal grises increíbles, apoyado en el Aston Martin metalizado.

Veó envidia en los ojos de los ejecutivos al mirar el coche. Yo pongo los ojos en blanco. «Los hombres y sus juguetitos».

La cara de Keller se ilumina y percibo alivio en ella cuando se da cuenta de que me estoy acercando a él. Acelero el paso y voy casi corriendo. Todo lo que tengo alrededor está borroso; solo lo veo a él, es lo único en lo que puedo centrarme.

Al llegar a su lado, salto a sus brazos, le rodeo la cintura con las piernas y pego mis labios a los suyos inmediatamente. Es que no puedo contenerme.

—Vaya saludo más alucinante, cariño —dice con su voz grave—. Me la has puesto dura en medio de la calle y a plena luz del día.

Muevo un poco las caderas y noto su durísima erección contra mi entrepierna. No era broma. Es una suerte que lleve pantalones anchos; ninguna otra prenda podría ocultar el bulto enorme que tiene ahora.

Todo lo que hace provoca que se encienda un fuego en mi interior. Saber que este hombre me desea tanto me hace sentir más viva que nunca.

Bajo las piernas por sus costados y él me cambia de postura cuando mis tacones bajos tocan el suelo.

—Gracias por venir para llevarme a casa —digo al abrir la puerta del coche.

La mano de Keller se estrella contra el hierro frío y su cuerpo se cierne sobre mí.

—Solo te voy a llevar a tu casa para que hagas una maleta con tus cosas para llevarlas a mi piso. Te quiero en mi cama todas las noches. No es negociable. No han pasado más que un par de días y no puedo funcionar sin ti. No voy a seguir así ni un segundo más.

Ostras.

Le examino la expresión. Esto va muy rápido. No he tenido tiempo para enfadarme con él por haber desaparecido, y ahora... «¿Cómo le voy a poner pegos a esto?». Se parece peligrosamente a una relación «normal», lo sé, pero que me adore todas las noches mi dios del sexo particular, aunque solo sea un tiempo, es algo que no me quiero negar. Me lo merezco, pese a que después me haga añicos el corazón.

—Un periodo de prueba de una semana —indico señalándolo con un dedo—. Pero volveré a mi casa si Maddie me necesita.

—Me parece bien —accede; coge la manilla del coche, me hace un gesto para que entre y se agacha para ponerme el cinturón. Y estoy segura de que me roza los pechos a propósito al hacerlo.



No puedo evitar admirar el puro lujo que se ve en todos los rincones de su ático. El tamaño, la elegancia y la belleza de ese sitio me hacen sentir completamente fuera de mi elemento. Keller podría tener a la mujer que quisiera sin el más mínimo esfuerzo. «¿Por qué yo?».

El piso es un buen reflejo de Keller. Los muebles oscuros contrastan con la luz natural y el mármol blanco. Es como él, oscuro y duro, pero debajo de todo eso hay luz. Yo la veo, aunque él no lo haga.

Pero todavía no he visto ninguna fotografía, ni tampoco detalles personales, ni siquiera trofeos de boxeo. Parece un cascarón vacío esperando a que alguien lo llene para darle vida.

—Este sitio es magnífico, Keller.

—Acostúmbrate, cariño. Si consigo lo que quiero, no te vas a marchar de aquí —asegura, y se coloca detrás de mí para rodearme la cintura con los brazos.

Yo me acomodo en su abrazo y disfruto de él. Estoy muy a gusto. Con sus brazos rodeándome me siento capaz de comerme el mundo.

—Tal vez este sea un buen momento para decirte que no sé cocinar nada de nada. Pasé toda mi infancia comiendo platos

precocinados y comida para llevar. Maddie ha llegado a prohibirme que prepare nada en la cocina que no sea el café. Si esperas una esposa dedicada a las tareas del hogar, creo que vas a sufrir una enorme decepción.

—¿Esposa? Me gusta cómo suena esa palabra —murmura contra mi cuello.

Noto que sus labios se deslizan por mi piel mientras sonrío y no puedo evitar hacer lo mismo. «Tal vez ser esposa de alguien no sea tan malo».

—Es una suerte que mamá, quiero decir la señora Russo, le enseñara a este chico a cocinar. No te preocupes. Ya me aseguraré yo de que los dos estemos perfectamente alimentados. Tu dulce entrepierna me servirá de postre todas las noches.

Eso sí que suena perfecto.

—De hecho, creo que me apetece algo dulce antes de cenar —dice antes de cogerme en brazos y dejarme caer en el fresco sofá de cuero.

Me arranca los vaqueros y el tanga negro diminuto de un tirón y me deja con todo al aire. Sin perder ni un segundo, mete la cabeza entre mis piernas, me lame entera y me succiona el clítoris mientras empieza a meter y sacar los dedos hasta que me produce un orgasmo a velocidad récord. Está claro que sabe pulsar todos los botones correctos. Se limpia mis fluidos de la boca y me da un beso apasionado. Noto mi sabor en sus labios. Es muy excitante. Su erección es un gran bulto bajo esos pantalones de chándal tan sexis. Quiero más e intento llevar la mano a su cintura, pero me la aparta de un manotazo.

—Paciencia, cariño. Primero comer y después follar. ¿Trato hecho?

—Vale —contesto con un resoplido. A pesar de que he tenido un orgasmo hace un momento, necesito más. Lo necesito a él. Pero lo

de la comida suena bien.

Keller se mueve en la cocina como un profesional. Todavía no he encontrado algo que no se le dé bien.

Boxea. Sabe dónde está el clítoris. Cocina. No puede ser tan perfecto.

El aroma del pollo con salsa cremosa de ajo hace que me ruja el estómago. La cocina se llena de vapor mientras Keller pasa de una sartén a otra, con una espátula en la mano y la cara seria por la concentración.

Me siento en un taburete y contemplo embelesada la escena que se desarrolla delante de mí. Me podría acostumbrar a esto.

—¿Necesitas ayuda? Seguro que soy capaz de poner cosas en el plato, si quieres —ofrezco.

—No, tú quédate ahí sentada. Deja que te enseñe cómo cocina un hombre de verdad.

Pongo los ojos en blanco. Por mí, no hay problema.

La cena es, con diferencia, una de las comidas más increíbles que me he llevado a la boca. Aparte de su miembro, pero eso no cuenta.

Cada bocado es una explosión de sabores que bailotean en mi lengua. Cierro los ojos y suelto un gemido de apreciación cada vez que me meto el tenedor en la boca. Mientras comemos, Keller agarra con más y más fuerza el tenedor hasta que lo estrella contra la encimera y me sobresalta.

—Joder, princesa, si gimes otra vez no voy a poder evitar ponerte contra la encimera y penetrarte hasta que chilles.

—Perdón. —Aprieto los labios y noto el calor en mis mejillas—. Es que está delicioso, no lo puedo evitar. No estoy acostumbrada a comer más que pizza y sándwiches a la plancha —explico mientras doy otro bocado, y se me escapa otro gemido, aunque hago todo lo posible por contenerlo.

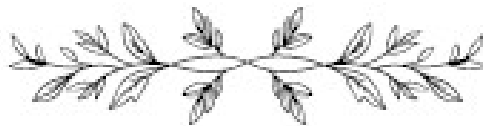
Su mirada ardiente me atraviesa. Se baja del taburete y viene hacia mí.

Aprieto las piernas y me revuelvo en el asiento, aparto el plato casi vacío y me giro en el taburete hacia él.

No me da tiempo a decir nada antes de que apriete sus labios contra los míos, provocándome un nuevo gemido. Dios, este hombre hace que sea muy ruidosa.

—Esa bendita boca —murmura entre dientes.

Lo miro con una sonrisita cómplice, mojo el dedo en la salsa y se lo meto entre los labios. Abre mucho los ojos. Hago todo lo posible por no partirme de risa al ver el shock en su cara. Esa imagen es impagable.



La semana siguiente pasa volando mientras nos vamos acomodando a nuestra nueva rutina. No recuerdo la última vez que sonreí tanto, ni cuándo me sentí tan segura y tranquila. Cada día me siento más querida, nunca antes en mi vida había experimentado algo así. No quiero que esta burbuja estalle.

Todas las mañanas nos sentamos juntos a tomar café antes de que Keller me lleve en coche al trabajo y me dé un beso intenso de despedida que me tiene cachonda todo el día. A las cinco en punto de la tarde lo encuentro aparcado delante del bufete, con sus ojos llenos de deseo que me observan mientras voy de la puerta hasta el coche.

Después pasamos las noches acurrucados en el sofá viendo documentales sobre crímenes y retándonos a ver quién los resuelve

primero. Hasta ahora no he ganado nunca.

Su cara cambia cuando hablamos de su carrera como boxeador y de la pelea de unificación, que es dentro de pocas semanas. Se está machacando hasta la extenuación en el gimnasio todos los días. Está claro que tiene la férrea determinación de conseguirlo.

Y no puedo olvidar los asaltos interminables de sexo apasionado. Dios, sabía que este hombre estaba en forma, pero ya puedo confirmar que va a poder aguantar los doce asaltos de su combate de sobra. No creo que quede ninguna superficie en ese ático ridículamente grande que no hayamos bautizado.

Todo empieza a parecerme casi perfecto.

Pero cada mañana, cuando me despierto, encuentro la cama vacía. Su lado casi no está ni arrugado, como si no hubiera dormido ahí.

Al llegar el viernes, me duele todo el cuerpo y estoy agotada, pero nunca me he sentido más viva. Keller no está en el piso esta mañana cuando me levanto, ni tampoco aparece para tomar café y llevarme al trabajo. Lo he llamado un par de veces, pero no me ha respondido. Como no quiero parecer una novia pesada y dependiente, me conformo y decido que iré caminando hasta el metro. Aunque no tengo muchas ganas. No puedo evitar la sensación de que alguien me vigila. David no ha venido a trabajar esta semana porque está enfermo, así que he intentado salir a pasear sola a la hora de comer. Pero la ansiedad me ha podido y me ha hecho acelerar el paso y volver al bufete enseguida. Solo lo he hecho dos veces y no he querido seguir. «Tal vez sean todas imaginaciones mías». Suspiro.

Tengo que recordarme que no debería dejarme llevar y confiar otra vez en un hombre. He llegado hasta aquí contando solo conmigo misma y no voy a cambiar ahora. Aunque cada vez siento

más cosas por Keller. Sé que no debería, pero mi corazón no puede evitarlo.

Los dos teníamos claro que no queremos una relación, pero esto se parece cada vez más a una. Cuando no estoy con él, no puedo pensar en otra cosa. Cuando estoy con él, solo quiero arrancarme la ropa y dejar que me devore entera. Los dos arrojamos luz sobre la oscuridad del otro.

Estoy en la cocina, dando golpecitos con el pie en el suelo mientras la cafetera cobra vida y empieza a zumbiar. El líquido oscuro llena mi taza para llevar. Solo su olor ya sirve para despertarme.

Abro la lavadora para meter más ropa interior. Creía que había traído suficiente, pero esa tendencia troglodita de Keller de arrancarme todo lo que me pongo ha hecho que solo me queden un par de tangas negros de satén. Saco el montón de ropa que Keller ha metido y lo tiro al suelo para separarla por colores. Arrugo la nariz cuando un olor metálico me asalta.

Cojo todas las prendas negras y las vuelvo a meter en el tambor, y entonces me fijo en que tengo algo rojo en los dedos. «Pero ¿qué coño...?». Intento contener la bilis que me sube por la garganta. Un líquido rojo oscuro está goteando sobre el mármol blanco. Con las manos temblorosas y cubiertas de sangre, meto la sudadera con capucha negra empapada en la lavadora y siento que me inunda el pánico. Voy al fregadero, abro el agua caliente y me froto con fuerza los dedos para quitarme las manchas rojas.

Mierda, ¿y si está herido? ¿Y si lo han llevado al hospital? «Mierda, mierda, mierda. Por favor, que esté bien». Inspiro hondo, cierro el agua casi hirviendo y agarro el bolso que está en la encimera. Lo vuelco para sacar todo lo que hay dentro, cojo el teléfono y lo llamo.

Responde al primer tono y su voz profunda resuena por el altavoz.

—Buenos días, preciosa. ¿Estás bien? —pregunta con voz tierna, ajeno al pánico que siento yo.

—¿Buenos días? ¿Lo dices en serio, Keller? ¡Creía que estabas muerto, joder! —grito con la respiración acelerada. Me tiemblan las manos.

—¿Estás preocupada por mí, cariño? Me he levantado pronto para venir a entrenar. Te he dejado una nota en el plato de fruta que hay en la nevera. —Se ríe como si esto fuera divertido.

—Keller, he encontrado una prenda tuya en la lavadora que está empapada en sangre. He pensado que te había pasado algo. ¿Por qué no me has llamado como una persona normal? Ya sabes que no puedo comer nada por la mañana. —Ahora susurro por el teléfono, como si alguien pudiera oírme y darse cuenta de que he tenido una reacción superexagerada de histérica.

Hay un largo silencio. Noto que su respiración se vuelve trabajosa.

—No es nada, Sienna, tranquilízate. Estoy bien, te lo prometo. Estuve entrenando hasta tarde ayer con Grayson y me dio unos cuantos golpes fuertes. —Cambia enseguida de tema—. Vuelvo ahora mismo y te llevo a trabajar.

De repente todo me resulta demasiado. Es como si las paredes se acercaran para asfixiarme. «¿Por qué tengo la sensación de que me está mintiendo?».

—No, no, de verdad, no pasa nada. Ya voy tarde y tú tienes que entrenar. No se puede conseguir el título mundial sin mucho trabajo duro. Te hacen falta todas esas sesiones de entrenamiento nocturno que estás haciendo. —Estoy hablando demasiado porque mi cerebro va a mil. Él no responde, así que continúo—: Yo... Les he prometido a Maddie y a David que saldría con ellos esta noche, así que creo que me voy a quedar a dormir en mi casa. Mi amiga me echa de

menos. Y nos vendría bien tener un poco de espacio durante unos días. —Me tiembla la voz.

—No. ¿Y si Grayson y yo nos reunimos luego con vosotros en el club y después volvemos a casa juntos?

—Te veo allí a las ocho. Que pases un buen día. —Intento sonar alegre y cuelgo enseguida antes de que tenga tiempo de decir nada más.

Me llega inmediatamente un mensaje.

Keller Dios del Sexo: Como me vuelvas a colgar así, no te va a gustar el castigo. Te veo esta noche, mi diosa.

Con dedos temblorosos, meto de nuevo todas las cosas que hay tiradas por la encimera en el bolso y me voy a trabajar. No puedo evitar la sensación de que todo se desmorona a mi alrededor. «Sabía que esto era demasiado bueno para ser cierto. Pero eso no hace que duela menos».

Inspiro hondo y llamo al ascensor mientras me froto las palmas sudorosas en el pantalón. «Joder, no puedo hacerlo. No sin él».

Suspiro y me dirijo a las escaleras. Parece que hoy me va a tocar bajar otra vez ochenta y seis pisos a pata. Genial.

Sienna

Subo las escaleras a mi apartamento. El día se me ha hecho larguísimo. He ignorado todas las llamadas de Keller. Cuanto más lo pienso, más enfadada estoy por que me haya mentido.

Es verdad que no tenemos una relación oficial, pero creía que íbamos por buen camino. Ahora, con todo esto (sus salidas en plena noche, lo de encontrar ropa empapada en sangre), tengo la mente a mil y me pregunto si todo estará basado en una mentira. No debería sorprenderme. Hasta ahora ninguno de los hombres que he conocido han demostrado ser diferentes.

Cuando llego a mi puerta, me encuentro un paquete marrón y me paro en seco. Parece que lo han zarandeado bastante en la parte de atrás de un camión. Lo cojo y veo que, escritos con una letra negra y temblorosa, están mi dirección y mi nombre. Un fuerte olor a papel quemado hace que tenga que contener la respiración.

Me pongo el paquete bajo el brazo y abro la puerta. El olor fresco a eucalipto me llena la nariz. El apartamento está immaculado. Madre mía, Maddie se ha debido de aburrir mucho sin mí si se ha puesto a hacer limpieza general.

—¡Por fin estás en casa! —Maddie viene corriendo a toda velocidad y casi se estrella contra mí cuando se abalanza para abrazarme con tanta fuerza que casi no puedo respirar.

—¿Me has echado de menos? —pregunto riendo. Esta es la bienvenida que necesito después de un mal día como el de hoy.

—Claro que sí. ¿No ves que el piso está resplandeciente? ¿Qué tal tu semana guarra con el mismísimo dios del sexo? —me interroga subiendo y bajando las cejas.

—Bien —respondo muy brevemente.

No puedo ocultarle mis emociones a Maddie, nunca he sido capaz. Siempre ha visto enseguida lo que hay en mi interior.

Frunce el ceño y me mira de arriba abajo, como para evaluar la situación. Me coge la mano, me lleva al salón, se deja caer en el sofá y le da unas palmaditas al asiento de al lado para que haga lo mismo.

—Espera, necesitamos vino —interrumpe, y va a buscar unas copas enormes de rosado muy frío. Juro que mi amiga me lee la mente.

Nos pasamos una hora tratando mis dudas y mis frustraciones. Mientras Maddie escucha y asiente, me doy cuenta de que su cerebro no para.

—¿Soy yo? ¿El problema lo tengo yo? —pregunto con un suspiro de frustración.

—Tal vez deberías dejar atrás el pasado, Sienna. Estoy segura de que habrá una explicación razonable. Un hombre no puede estar tan obsesionado contigo y a la vez no tener verdadero interés. Has huido en cuanto has visto la primera señal de problemas. Ya verás como se arregla. Este chico me da buena espina. —Se acaba el vino y deja la copa en la mesa—. ¿Y qué demonios hay en ese paquete horroroso? Lo huelo desde aquí. ¿Se está quemando lo que hay dentro o algo? —dice arrugando la nariz.

Lo cojo, arranco el papel marrón y aparece una caja de cuero negra pequeña y llena de arañazos. «Igual es un regalo de Navidad

anticipado de mi madre... ¡Ja! Seguro. Sería la primera vez en su vida».

Levanto la tapa y el olor a quemado lo inunda todo. La caja está llena hasta arriba de cenizas grises y pétalos de rosa a medio quemar. Encima hay un sobrecito blanco. Lo abro y saco una tarjeta del mismo color que dice:

Sienna, me duele que tiraras las rosas que te envié. Por eso quiero transmitirte un mensaje: voy a quemar todo lo que se interponga en mi camino. Vas a volver conmigo. Con todo mi amor. J.

Con los dedos temblorosos meto la nota de nuevo en la caja y la cierro. Desde la noche en que Keller lo amenazó, no había vuelto a saber de él. Creía que me había dejado en paz ya.

Maddie no dice nada, solo mira la caja con los ojos como platos.

Este no es el Jamie al que creía que quería, con el que me iba a casar. No se me ocurre por qué sigue aferrándose a mí y no pasa página.

—Sienna, creo que tienes que ir a la policía. Esto se está volviendo muy raro. Primero te ataca en un callejón. Lo he visto por la ventana del apartamento al menos dos veces esta semana. Y ahora se ha puesto a rebuscar en nuestra basura y te ha enviado rosas quemadas. ¿Y si no es como piensas? ¿Y si es peligroso, Sienna?

No puedo responder a mi amiga. Siempre he creído que era capaz de cuidarme sola. Pero ya no estoy tan segura. Me pongo muy nerviosa y se me caen lágrimas por las mejillas.

Un fuerte golpe en la puerta nos sobresalta a las dos. Antes de que me dé tiempo a reaccionar, Maddie salta del sofá y va hasta la entrada, armada con un paraguas de golf que coge del paragüero.

—¡Jamie, te juro por Dios que si pones un pie en este apartamento te saco los ojos, puto tarado! —grita hacia el otro lado de la puerta.

—Soy Keller. —Solo de oír su voz se me acelera el corazón.

Maddie me mira con una ceja levantada.

—Déjalo entrar —digo con un suspiro.

Maddie descorre el cerrojo y la puerta se abre bruscamente, empujándola contra la pared.

—¡Oye! ¿Quién te crees que eres para entrar aquí así? —Pero se calla enseguida cuando Keller se acerca a ella con su enorme cuerpo.

Sin saludar a Maddie, viene directo hacia mí con cara de preocupación.

Si las miradas mataran, Jamie ya estaría a tres metros bajo tierra.

Cuando llega a mi lado, se arrodilla, me coge las manos y me examina el rostro.

—¿Qué ha pasado, Sienna? ¿Te ha hecho daño? —Hay furia en su tono, pero contrasta con la suavidad de su contacto.

Miro la caja. Él sigue mi mirada y ve el paquete. Se aproxima, lo abre y lee la nota. Levanta una ceja. Vuelve a tirar la nota en la caja, la cierra y la lanza al sofá con un gruñido. Me coge la cara entre sus manos enormes y acerca la frente a la mía.

—Sienna, te lo prometo. No voy a permitir que te haga daño ni que tenga la oportunidad de tocarte otra vez. Cariño, mírame —susurra, y me acaricia la cara con el pulgar.

Yo parpadeo para evitar las lágrimas. Lo miro, pero de verdad. No tiene que decir nada más, porque irradia amor y su protección es justo lo que necesito ahora mismo. Solo puedo asentir y enterrar la cabeza en su pecho. Su olor me calma mientras él me abraza.

El corazón le late con fuerza. Lo noto contra mi cara. Este hombre tiene la capacidad de matar con sus propias manos, y es evidente que puede hacerlo. Está hecho para ser una verdadera máquina. Todos los demás le tienen miedo, pero yo no. Me encanta esta

faceta suya, la de protector feroz. En este momento entiendo que no quiero estar sin él. Ni un día más. No quiero luchar contra lo que siento más tiempo.

—Llévame a casa, Keller. Haz que me sienta segura. Hazme tuya —murmuro contra su pecho.

Se queda sin aliento al oír mis palabras y acerca su boca a la mía. Cuando nuestros labios se unen, surge una chispa, mi miedo desaparece y me siento viva de nuevo.

—Tengo que ocuparme de una cosa. Quédate con Maddie aquí. No salgáis del apartamento. Grayson vendrá a buscarte dentro de una hora. Te veré en el club y te llevaré a casa, donde debes estar. Te lo prometo. Pero necesito que tú también me prometas algo: no vuelvas a huir, ¿vale? Tenemos que dejar de negar lo que hay entre nosotros. Ocupas todos mis pensamientos, lo eres todo para mí. Nunca me había puesto de rodillas ante nadie. Yo soy el monstruo ante el que se arrodillan los demás. Pero siempre lo haré frente a ti, mi diosa. Te adoraré con cada fibra de mi ser. No puedo prometerte una relación normal, porque nunca he tenido una, pero quiero intentarlo. Joder, quiero hacer todo lo posible por estar a tu altura. Solo pensar en que podías abandonarme hoy ha sido como si alguien me arrancara el corazón y lo pisoteara. Sé mía. Deja que yo sea el dueño de tu corazón, como tú ya lo eres del mío. —Oigo el nerviosismo en su voz mientras sigue arrodillado delante de mí, abriéndome su corazón.

Sus ojos no se apartan de los míos, esperando una respuesta.

—Soy tuya, campeón, siempre. Y lo seguiré siendo mientras quieras tenerme a tu lado.

—No te voy a dejar nunca. Ahora que te tengo, vas a ser mía para siempre —asegura, y se acerca para darme un beso que hace

temblar la tierra y que refuerza lo que los dos sabemos: es esto. Estamos hechos el uno para el otro, y yo por fin me siento completa.

Miro detrás de él y veo a Maddie con la espalda apoyada en la puerta y una sonrisa contagiosa que ilumina la habitación. A esta chica le encanta el amor. Nuestras miradas se encuentran y me guiña un ojo.

—Vale, voy a prepararme. Si me vuelves a besar, te agarraré de la capucha para llevarte al dormitorio y aprovecharme de ti de todas las formas posibles encima de todos mis cojines peludos —aseguro con una risita.

—Pues yo voy a salir de aquí con una erección tremenda. Así que no me suena nada mal ese plan de utilizarme para tu placer —responde.

Yo le doy un golpe con la mano en el pecho mientras intento contener otra risita.

—¡Lárgate! No quiero echar un polvo rápido. Te quiero a ti, y quiero tu boca y tu polla toda la noche para mí —replico, y él gruñe bajito.

—Esa boca tan sucia que tienes va a acabar conmigo.

Se levanta y, efectivamente, su pene durísimo forma una tienda de campaña bajo esos pantalones de chándal tan sexis. Se mete la mano en el bolsillo, saca dos entradas blancas y me las da. Enarco una ceja, se las cojo y lo miro curiosa.

—Uno de los chicos del gimnasio, Luke, va a pelear mañana en una velada benéfica en el Madison Square Garden. Grayson y yo le hemos estado entrenando. Son dos entradas, por si Maddie y tú queréis venir.

Siento que me nace en el pecho una sensación difusa y cálida y en mi cara aparece una sonrisa.

—¡Ay, sí! ¡Suenan genial! Nos encantará ir. Gracias. —Me levanto del sofá de un salto y le doy un besito en los labios antes de acompañarlo a la puerta, aunque no quiero que se vaya.

Jugueteo con mi pelo, como si fuera una adolescente enamorada, y me apoyo en el umbral de la puerta.

—Te veo dentro de un par de horas, campeón. —Le guiño un ojo.

Él me abraza y yo me derribo contra su cuerpo.

—Ponte algo corto y sexy para mí. Estoy deseando que frotes el culo contra mí —dice con un tono que transmite puro sexo.

Cierro la puerta y oigo el eco de sus pasos por el pasillo. Apoyo la espalda en la madera, intentando recuperar la compostura. Estoy tan cachonda que apenas puedo controlarme. No tengo ni idea de cómo voy a aguantar esta noche.

—Lo sabía. Estaba segura de que no tardaría en venir a por ti. Joder, esa forma de mirarte, como si quisiera comerte entera, es supersexy. —Maddie está encantada cuando sale de su habitación.

—Tengo miedo, Maddie. He perdido total y absolutamente la cabeza por este hombre. ¿Y si es igual que los demás? Si me deja, creo que se llevará mi corazón con él. Soy fuerte, pero no tanto.

Ella me abraza con cariño y eso me consuela al instante.

—¿Y si no lo hace, Sienna? ¿Y si es tu llama gemela y estáis destinados a encenderos el uno al otro durante el resto de la eternidad? Lo que tenéis vosotros dos hay mucha gente que no lo ve en su vida. Así que aférrate a ello y consévalo. Es tuyo. Ha llegado tu momento de ser feliz. —Su voz es firme, pero en su tono hay adoración.

Asiento con la cabeza contra su hombro, porque sé que tiene razón. Lo siento en el fondo de mi alma. Keller es y siempre será el indicado para mí. No importa qué secretos oculte, lo elegiré a él pase lo que pase.

Me visto en tiempo récord antes de que aparezca Grayson. He elegido un vestido negro de satén muy ceñido que se ajusta a cada una de mis curvas y me llega hasta la mitad del muslo. Lo complemento con tacones rojos y pintalabios del mismo color. No he tenido tiempo de lavarme y peinarme el pelo con el secador, así que lo voy a llevar muy liso. El alisado destaca los tonos caramelo que tengo en la punta de la melena. Un toque de rímel y ya estoy preparada, diez minutos antes de la hora prevista.

Oigo un golpe en la puerta y salgo corriendo de mi habitación para abrirle a Grayson. Seguro que Maddie va tarde. La belleza lleva tiempo, y ella se toma ese mantra muy en serio. Mierda, la última vez que Grayson me vio, tenía el culo al aire y pegado a su mesa. Pero no me da vergüenza. Fue tremendamente excitante. Abro la puerta de par en par y lo recibo con una gran sonrisa. Está apoyado en el marco de la puerta y me mira de arriba abajo, pero esta vez no con aire de coqueteo, sino más bien como diciendo «conque esto es lo que tiene tan enganchado a Keller».

—Vaya, me alegro de verte totalmente vestida esta noche, Sienna.

—Me guiña un ojo y entra.

«Menudo comienzo». Todavía tengo la boca abierta cuando lo veo acomodarse en el sofá.

—¿Puedes venir a subirme la cremallera?! —grita Maddie desde su habitación.

Antes de que me dé tiempo a ir, ella sale con los pechos al aire y el vestido dorado de lentejuelas enrollado en la cintura. Abre los ojos como platos cuando se da cuenta de que tenemos compañía y se queda blanca.

Grayson no aparta la vista de Maddie y le aparece una sonrisa divertida en los labios.

—Estoy encantadísimo de hacer lo que me pides, guapa. ¿Por qué no vienes y te sientas aquí? —dice, y se da unas palmaditas en el regazo.

—Anda y que te den, Grayson. Todos sabemos que no tengo la intención de acercarte este culo estupendo. —Lo mira con el ceño fruncido, pero veo que se le ha enrojecido el pecho. «Vaya, qué interesante».

Grayson no es el tipo habitual de Maddie. Le gustan los ejecutivos altos y delgados, no los boxeadores grandes y corpulentos cubiertos de tatuajes con bocas bastante sucias. No, al parecer ese es más bien mi tipo.

Recuerdo que mi mejor amiga sigue medio desnuda en el pasillo mientras el mejor amigo de Keller la mira con la boca abierta, así que corro para colocarle el vestido y subirle la cremallera, intentando contener la risa.

—Creo que le gustas, Maddie —susurro.

Ella frunce el ceño de nuevo, vuelve a su habitación y cierra con un portazo.

—Daos prisa, chicas. Tenemos que irnos dentro de cinco minutos. Coged vuestras cosas y vamos saliendo —ordena Grayson, y cada una de sus palabras tiene un aire militar. De hecho, sirven para darme el empujón que necesito para terminar de prepararme. Cuanto antes lleguemos, antes volveré a estar con Keller. Aunque no sé si dejar a Maddie y a Grayson juntos; puede que se maten antes de que acabe la noche.

Grayson nos acompaña al salir del apartamento y nos lleva a su Audi blanco brillante que está aparcado bajo nuestra farola. Entonces se fija en una figura encapuchada que espera junto al bloque de apartamentos que hay al lado del nuestro. Nos está observando, pero no hace amago de acercarse. Es curioso, porque

nunca he visto a nadie delante de ese bloque, mucho menos a esta hora de la noche. Vivimos en un barrio lleno de gente mayor y familias, así que un hombre encapuchado apoyado en una pared es algo que está muy fuera de lugar. Grayson parece que ni pestañea. Sin apartar la vista del hombre, abre las puertas del coche para nosotras y nos invita a entrar.

Cuando lo hacemos, veo que ha cogido el teléfono y lo oigo murmurar algo entre dientes. No distingo la mayoría de las palabras, solo: «Sí, estoy seguro, joder». Pero enseguida deja el teléfono, se sienta tras el volante y cierra la puerta. Arranca el coche y sale a toda velocidad, tan rápido que mi cabeza se da contra el reposacabezas.

—¿Tienes que conducir como un loco, Grayson?! —le grita Maddie desde el asiento de atrás.

En respuesta, Grayson se limita a subir el volumen de la música al máximo. Estos dos son agotadores.



Es viernes por la noche y el End Zone ya está a rebosar de neoyorquinos con ganas de quitarse el estrés de la semana bailando y bebiendo.

Parece que esta noche está dedicada al R&B clásico, un estilo que a mí me encanta. Grayson nos acompaña cuando pasamos ante los porteros y nos lleva más allá de la pista de baile para cruzar un segundo control, que supongo que da acceso a la zona vip.

—Invitadas de Keller —le dice Grayson a un hombre que se está quedando calvo y que lleva un traje negro. Nos mira de arriba abajo

y asiente.

La sala vip es impresionante, como el resto del club. Todas las paredes están pintadas de un negro mate y los muebles son de oro. Es como me imagino que sería el club de estriptis ideal de un multimillonario. Las camareras llevan todas shorts elásticos diminutos y tops cortos, y van de acá para allá con botellas enormes de champán. Cuando se agachan para rellenar las copas que hay en las mesas de oro, les ofrecen a los hombres unas buenas vistas de su escote.

Grayson nos lleva a un reservado al fondo. En la mesa ya hay tres botellas mágnun y una bandeja de chupitos de tequila. Es genial, pero yo lo único que quiero es a Keller.

Me siento en el reservado. Grayson lo hace al lado de Maddie y se aprieta contra ella.

—Tócame otra vez y te juro que te clavo el tacón en el ojo izquierdo.

—Por el amor de Dios, Maddie. Soy un tío bastante grande intentando caber en un reservado bastante pequeño. No pretendía tocarte, créeme —contesta, y ella gira la cabeza bruscamente, en shock.

Sí, será mejor que Keller se dé prisa y venga a ayudarme a manejar esta situación.

—Venga. Portaos bien —pido con una risita mientras sirvo tres copas de champán.

Las burbujas me hacen cosquillas en la lengua. Por lo general no me llama demasiado la atención el champán. Me gustan las bebidas dulces y empalagosas. Pero no puedo negar que este es para morirse.

El ambiente de la sala cambia y todos los ojos se fijan en la puerta de la zona vip. Sé por el estremecimiento que me recorre la espalda

que ha llegado él.

Saluda a los porteros con un gesto de la cabeza y cruza la sala como si fuera el dueño del local (bueno, es que lo es). Todo en él transmite poder y riqueza, y, Dios, da gusto mirarlo. La chaqueta negra del traje y la camisa blanca impecable, con los dos botones de arriba desabrochados, resaltan los tatuajes que tiene en el cuello. Tal vez por eso no puedo apartar los ojos de él. Ni tampoco ninguna otra de las mujeres que hay allí. Pero sus ojos negros no se alejan de los míos en todo el camino hasta aquí. Todo el mundo lo mira hasta que llega. No he pensado demasiado en lo que implica su parte de celebridad. Mierda. ¿Y si quiere ocultarme al mundo? ¿Debería guardar las apariencias con él en público? Estoy totalmente fuera de mi elemento.

Cuando llega a mi lado, apoya la mano en la mesa. Unas venas supersexis le sobresalen bajo la piel. Lo miro con una sonrisita, porque todavía no he decidido cuál es la forma correcta de saludarlo cuando estamos en público. Keller se decide enseguida, se agacha y me da un beso apasionado. Siento su sonrisa contra mis labios. Creo que acabo de destrozar los sueños de todas las mujeres que hay aquí y que, cuando ha entrado, imaginaban que tenían posibilidades con él. Pero es mío.

—No pienses nunca que quiero ocultarte, Sienna. He visto lo que estabas pensando en cuanto he entrado. Quiero que el mundo sepa que me perteneces y que yo soy todo tuyo —murmura con su voz profunda, acercando la nariz a la mía.

Estoy a punto de derretirme aquí mismo. Estoy segura de que ya estoy empapada. No sé cómo es posible estar tan excitada siempre solo con que alguien comparta el espacio contigo.

Se mete como puede en el reservado a mi lado. Veo que Maddie está observando nuestra interacción. Se la ve muy feliz por mí. Me

pregunto si Keller tendrá algún amigo decente que le pueda presentar a Maddie. Me envuelve los hombros con el brazo, me aprieta contra él y yo me dejo abrazar, encantada. Siento una gran paz. Se inclina, coge una copa de champán y la vacía de un trago, echando atrás la cabeza. Veo que su nuez sube y baja cuando el líquido se desliza por su garganta. Dios, hasta su forma de beber es deliciosa.

—Maddie —saluda Keller con la cabeza, e incluso sonrío.

—¡Hola! —Ella se ruboriza y lo saluda con la mano. No hay nadie que sea inmune al encanto de Keller.

—Ah, hola, Grayson. Hola, Keller. Gracias por recoger a mi novia y a su amiga irritante y traerlas al club —dice Grayson con tono de burla.

Keller enarca una ceja, se inclina sobre la mesa y lo agarra por el antebrazo.

—Cállate, anda.

Lo miro fijamente cuando vuelve a acomodarse.

—Llevan así desde que ha llegado él. Creo que en el fondo se gustan —le susurro al oído.

Él se ríe entre dientes y le da otro sorbo al champán.

—Es una mujer. A Grayson le gustan todas —responde Keller, y me cubre la mano con la suya sobre la mesa.

Noto una corriente eléctrica que va de mis dedos a mi entrepierna. Saco la mano de debajo de la suya y le acaricio con ella el costado, bajándola hasta su grueso muslo para después subir y bajar por él por encima de la resistente tela de los vaqueros. Su respiración se acelera a medida que me acerco a su entrepierna, y yo noto un cosquilleo en los dedos mientras sigo provocándole. Él no me detiene. Solo mira con cara inescrutable a la pista de baile.

«¿Puedo? ¿De verdad? ¿Aquí? No sé qué me pasa. Yo no me comporto así. Parece que me he convertido en un putón cachondo cada vez que estoy cerca de Keller».

Como si hubiera detectado mi vacilación, me besa en el cuello y me roza esa piel tan sensible.

—No te atrevas a parar ahora, joder. ¿Hasta dónde puedes llegar?

—Hay deseo en su voz, y se pone a mordisquearme el cuello.

La zona vip está poco iluminada y no se ve qué hace el resto de la gente en los reservados. Maddie y Grayson están demasiado ocupados discutiendo y bebiendo champán para darse cuenta. «A la mierda».

Subo la mano un poco más arriba, le bajo despacio la cremallera de los vaqueros y suelto el botón, sin mover la parte superior de mi cuerpo. Su pene ya está apretado bajo la tela. Cómo no, Keller no lleva calzoncillos. Su cuerpo enorme domina el reservado y la mesa nos tapa completamente. Un gemido suave se escapa de sus labios carnosos perfectos y veo un deseo salvaje en sus ojos. Solo con eso consigo reunir la confianza para agarrarle la base del pene y empezar a frotarlo, arriba y abajo.

—Mi chica ansiosa, que no puede esperar un par de horas para tener mi polla en sus manos, ¿eh? ¿Qué me dices?

«Nunca he tenido el valor para hacer esto antes». Pero pensar en que nos pillen solo aviva el fuego que siento en mi interior.

—Es tuya, cariño, puedes tenerla cuando quieras —dice mientras yo sigo subiendo y bajando la mano. Estoy tan enfrascada en el momento, con las piernas muy apretadas y mirando a los ojos ardientes de Keller, que me devoran, que no oigo que Maddie me está gritando por encima de la música para llamar mi atención. Un carraspeo de Keller me saca de mi trance y entonces la miro.

—Ay, por fin has vuelto a la tierra. Nos vamos a bailar y a por unos chupitos. ¿Os quedáis o estáis preparados para venir?

—Yo estoy a punto —contesta Keller, y me mira con una sonrisa maliciosa.

—Sí —respondo yo, tal vez con demasiada prisa—. Nos vemos allí dentro de un momento.

Maddie y Grayson se van a la barra y nos dejan a Keller y a mí en el reservado. Mi mano no ha soltado en ningún momento el miembro de Keller.

—Joder, cariño, eres insaciable —murmura, y me da un beso.

—Solo cuando estoy contigo —afirmo, y lo digo completamente en serio.

Apoyo la cabeza en su pecho y suelto un suspiro de satisfacción. Este hombre se está convirtiendo en mi lugar feliz. El mundo se calma cuando está conmigo.

De repente percibo el inconfundible olor a gasolina.

—Keller, ¿por qué hueles a gasolina? —Dejo de acariciarle el miembro mientras espero su respuesta y veo irritación en su cara.

—He incendiado el coche de tu ex cuando venía de camino. —Lo dice con total tranquilidad y con un encogimiento de hombros. En su cara no hay ninguna emoción, pero sus ojos me miran fijamente, esperando una reacción.

Le doy un golpe en el pecho y me echo a reír.

—No me lo creo.

Él sigue sin reaccionar, solo se queda muy quieto, observándome, todavía con el pene latiendo en mi mano.

Cuando consigo contener la risa, me incorporo un poco para mirarlo. No es broma. Ni mucho menos.

—¿Por qué? —pregunto con tono controlado.

Aparto la mano de él y pongo un poco de distancia entre los dos. «¿De verdad haría algo así por mí?». No estoy nada enfadada por lo que ha hecho. Lo cierto es que me pone un poco que haya llegado a ese punto para protegerme. Además, Jamie es un capullo, así que se lo ha buscado.

—Sienna, ya te lo advertí cuando nos conocimos. No soy un buen hombre. Hay una oscuridad en mi interior. Ahora esa oscuridad está aquí para protegerte. No me voy a disculpar por hacer nada que sirva para eso. No puedo perderte y no hay forma de que vaya a permitir que nadie te amenace. Incendiaría el mundo entero para protegerte, pero no dejaría que ni una sola llama rozara tu hermosa piel.

Joder. Sus palabras hacen que todo mi cuerpo se estremezca y el estómago me dé un vuelco extraño.

Se la vuelvo a meter dentro de los vaqueros y se los abrocho consciente de su decepción por la forma en que aprieta la mandíbula, y después le cubro las mejillas con las manos.

—Gracias. —Sonrío y le doy un beso para demostrarle mi agradecimiento. Él me mira con los ojos como platos. Si necesitara (no, si quisiera) a alguien que luchara por mí, no desearía que fuera otro. Me encanta ese lado protector que tiene.

—¿No te importa que vaya por ahí quemando coches? —pregunta con una ceja levantada.

—Puedes seguir intentando asustarme, Keller, pero a mí me da igual. Créeme, no crecí teniendo una vida tranquila y acomodada. No quiero solo tu parte buena, las quiero todas: las buenas, las malas y las más feas. Y tú vas a tener que aceptar esas partes de mí también.

Una sonrisa traviesa aparece en sus labios cuando asalta la mía.

—Joder, Sienna, eres perfecta —dice junto a mi oído.

Estoy a punto de saltar a su regazo y dejarle que haga conmigo lo que quiera. Pero interrumpo el beso a regañadientes. Ya tengo la respiración acelerada.

—Será mejor que vayamos con nuestros amigos a bailar un rato. Después necesito que me lleves a casa para enseñarme hasta qué punto eres mi dueño. —Le cojo la mano y lo saco de la zona vip para ir a la barra.

Cuando llegamos, no es difícil ver a Grayson, cuya cabeza sobresale por encima de los demás. Él no nos ve. Está muy ocupado fulminando con los ojos a alguien en la pista de baile. Tras fijarme en su ceño fruncido, sigo su mirada y veo a Maddie restregándose contra un tío cualquiera, que le acaricia los costados mientras ella echa atrás la cabeza y se ríe como una loca. Parece feliz y libre, como debería ser. Pero es curiosa la reacción de Grayson. Me guardo esa información para después. Ahora mismo lo único que quiero es sentir a Keller dentro de mí.

Como si me hubiera leído la mente, me agarra por la cintura y noto su aliento en el cuello.

—Tengo que llevarte a casa. No puedo soportar esto ni un segundo más, cariño.

—Gracias a Dios, isí! Si he de seguir apretando las piernas, me va a salir un sarpullido.

Siento su risa contra mi espalda.

—Grayson, ¿puedes llevar a Maddie a casa? —La señala mientras ella sigue en la pista de baile.

—Sí, claro —dice con un gruñido mientras bebe un whisky. Me sorprende que el cristal no se haga añicos en su mano, porque lo está apretando con una fuerza descomunal.

Me muerdo el labio inferior y miro a Keller sin entender nada. Él se encoge de hombros.

—Voy a despedirme de Maddie. Mientras me esperas, ¿por qué no descubres qué le pasa a Grayson? Parece a punto de estrangular a alguien. —Me pongo de puntillas para darle un besito y me meto entre la multitud de desconocidos que bailan para llegar hasta Maddie.

En cuanto me ve, suelta un grito agudo que indica que está un poco borracha, aparta al pobre hombre con el que bailaba de un empujón y me da un abrazo de oso.

—Nos vamos a casa, Maddie. ¿Quieres que te llevemos? Si no, Grayson se ha ofrecido a hacerlo.

—Ah, que me lleve Grayson. Me gusta sacarle de quicio. —Se ríe, mirándolo con el rabillo del ojo. Lo está haciendo de maravilla, porque parece que está a punto de matarla ahora mismo.

—Baila conmigo un poco —suplica, y me mira batiendo las pestañas. «¿Cómo me voy a negar?».

Me coge la mano antes de que me dé tiempo a responder y me hace girar bajo su brazo levantado al tiempo que las dos nos movemos al ritmo de la música. Durante la canción, la pista se llena aún más. Siento que me tocan los brazos mientras muevo las caderas. El contacto es muy leve, pero de repente se aleja de mí bruscamente y dos manos fuertes se me clavan en las caderas. En cuanto noto sus manos, sé que es él. Mi cuerpo reacciona al instante. Todas y cada una de las veces que me toca.

—Creo que necesitas que te recuerde cuáles son las únicas manos que tienen derecho a tocarte, princesa —dice con voz grave mientras me coge en brazos, como si no pesara nada, y después me cuelga de su hombro, como un verdadero troglodita.

—¡Bájame, Keller, esto es ridículo! —le grito por encima de la música, golpeándole la espalda dura como una piedra con tanta

fuerza que me hago daño en las manos. Todo mi cuerpo vibra con su risa.

—Cuando termine contigo, no vas a necesitar que te lo recuerde nunca más —asegura, y me da un azote en el culo. El impacto reverbera en mi entrepierna y mi ropa interior vuelve a estar empapada.

Noto el aire frío en la piel cuando salimos al callejón. Oigo el clic de la llave y las luces del coche al abrirse. Keller me deja con cuidado en el asiento del acompañante, todavía con una mirada asesina en la cara.

No dice nada en el trayecto hasta casa, pero aprieta las manos sobre el volante hasta que sus nudillos se ponen blancos. Es como si estuviera a punto de explotar.

—Keller, si crees que me voy a disculpar por bailar con un desconocido, te aviso de que puedes esperar sentado —digo elevando la voz. Me encanta que sea protector y que esté obsesionado conmigo, pero no quiero saber nada si se pone celoso y posesivo—. Ya te he dicho que soy tuya y lo digo en serio. Así que supéralo y céntrate. Ha sido algo inofensivo. Yo nunca, repito, nunca, haré nada para hacerte daño. Las únicas manos que quiero en mi cuerpo son las tuyas —le explico con total sinceridad, y espero que el mensaje cale.

—Lo siento, Sienna. Es que con solo ver que te toca otro hombre me vuelvo loco. No puedo evitarlo contigo. No puedo perderte, joder. Nunca he tenido a nadie a quien me importara perder. Creo que no lo soportaría. —Suspira.

Le pongo la mano en el muslo y lo acaricio para intentar calmarlo.

—Te prometo que no me voy a ir a ninguna parte. Solo te quiero a ti, siempre.

—Buena chica.

—Ahora date prisa para que pueda quitarme cuanto antes este vestido y dejar que me folles. No he podido pensar en otra cosa durante toda la noche —confieso.

—Créeme cuando te digo que esta noche vamos a superar todos los límites. Vas a ver las estrellas para cuando acabe contigo, cariño.

—No sabes lo bien que suena eso.

Es la primera persona en mi vida por la que me pongo así, pero no podría estar más feliz.

Somos inevitables. No creo en el destino y toda esa mierda, pero alguna otra fuerza de la naturaleza ha tenido que haber intervenido para que esta mujer acabara en mi regazo.

Tengo a mi propia diosa perfecta desnuda y arrodillada delante de mí. Su piel resplandece iluminada por las luces de los edificios de Nueva York que se cuelan en el dormitorio. Está lista, esperando a que yo la reclame, a que la posea.

No hay nada en esta tierra capaz de evitar que me haga su dueño, no solo ahora, sino para siempre. Ya la he probado y no puedo dejarla ir. A la mierda las consecuencias. Nada ha servido nunca para que no luche por lo que quiero, y esta vez voy a enfrentarme a todo lo que surja para poder mantenerla a mi lado.

Puedo estar a su altura. No la merezco, pero puedo intentarlo. Ella calma al monstruo que hay en mi interior. Si logro ganar el combate me libraré de mis vínculos con la mafia, y no solo podré mantenerla a salvo, sino que además podré quitarme la máscara para siempre. Podré ser quien ella necesita. Una sonrisa en su cara es suficiente para acabar con mi furia interna.

Joder, cuando me ha mirado de esa forma, viendo mi alma, y me ha dado las gracias por incendiar el coche de su ex, no ha hecho

sino confirmar que ella es para mí. No solo acepta mi oscuridad, es que le encanta. Mi princesita sucia quiere que el monstruo la proteja, que la posea, que devore cada centímetro de su cuerpo. Así que pretendo hacer justo eso. Durante el resto de los días que me queden en la tierra, me voy a dedicar a adorarla como ella se merece.

—¿Por dónde quieres que empiece? —Le acaricio la cara con un dedo y le abro un poco la boca. Se le escapa un gemido entre los labios y eso hace que la sangre se me acumule en la entrepierna—. ¿Quieres que te lo haga solo con los dedos o mi chica ansiosa prefiere que le devore el sexo entero también? —digo con voz jadeante, y le levanto la barbilla con el dedo índice. Poco a poco se le van enrojeciendo las mejillas y se ve un deseo ardiente en sus ojos.

—Lo quiero todo, Keller. Enséñame todo lo que tienes dentro. No te escondas de mí nunca más. Tus necesidades más profundas y oscuras. Muéstramelas. Por favor, señor.

Joder, menuda mujer... Uno mis labios con los suyos y le doy un beso suave. Necesito recordarle a ella (y a mí) que esto es más que sexo duro y sucio.

—Vamos a dejar clara una cosa. Yo te trataré siempre como la princesa que eres cuando estemos fuera del dormitorio, pero cuando estemos dentro te voy a follar como a una puta.

Sus labios carnosos forman una sonrisa maliciosa y sus ojos brillan. Escucha mis palabras y noto que se queda sin aliento. Sé que ella lo quiere también. Lo sentí en el mismo momento en que cayó en mi regazo. Es mi bomba perfecta.

Asiente despacio.

—Hazlo. —Sus ojos resplandecen.

La agarro por el cuello y tiro de ella para que se levante, apoyando parte de su peso en la otra mano, con la que la sujeto por la cintura. Tengo la boca a solo centímetros de la suya mientras voy acercando mi cuerpo. Su respiración caliente y errática me roza la cara y me llega el olor del champán caro que invade su aliento.

—Te voy a atar las muñecas. Sé que te gusta mucho tocar, pero hoy no lo harás. Esta noche se centra todo en ti. Te llevaré al límite para después volver a empezar, una y otra vez, hasta que te retuerzas de dolor. Y no te penetraré hasta entonces. ¿Eso es lo que quieres, cariño? ¿Quieres estar total y absolutamente a mi merced? ¿Que todo tu placer esté en mis manos?

Pasan unos segundos y solo se oye el sonido de nuestras respiraciones en la habitación.

—Sí... Sí, Keller. Lo quiero todo —dice en un susurro apenas audible.

Sin poder contener mi pasión ni un segundo más, estrello mis labios contra los suyos y la obligo a dármele todo. Meto la lengua en su boca y disfruto del sabor del champán mientras la recorro. Hay algo sexy en su cuerpo desnudo frotándose conmigo, aún vestido. Está totalmente expuesta, con una confianza absoluta en mí. Tengo todo el poder en las manos. Estas manos que uso para infligir dolor son las mismas que le van a proporcionar el placer definitivo.

Interrumpo el beso con brusquedad, porque no puedo soportarlo más. Me cuesta controlarme cuando estoy cerca de ella.

—Tumbate bocarriba en la cama, con las piernas abiertas —le ordeno con voz profunda y exigente.

Responde de inmediato, bamboleando las caderas cuando da los pocos pasos que la separan de la cama, y se sube al colchón con movimientos sensuales, con su sexo expuesto delante de mis ojos. Mi diosa sabe muy bien lo que hace.

Cuando está en posición, yo abro el cajón de arriba de la cómoda y rebusco hasta encontrar la venda de algodón blanco. Es lo primero que se me ocurre usar para atarle las muñecas. Me muero de ganas de ponerme esta misma venda en las manos en mi siguiente combate; va a ser mi nuevo amuleto de buena suerte. Sonrío y cierro el cajón.

Vuelvo adonde está Sienna, tumbada de forma deliciosa en la cama, con el pelo desparramado sobre la almohada y creando un halo a su alrededor. Observo como sus tetas firmes se elevan con cada inspiración. Subo a la cama, me pongo encima de ella, con una rodilla a cada lado de su cadera mientras desenredo la venda blanca y me envuelvo las manos con ella. Le sujeto las muñecas con una mano y se las rodeo con la tela, apretando con cada vuelta, y después la meto entre sus manos y ato los dos extremos.

—Buena chica.

—Keller, por favor, haz algo. Estoy a punto de explotar. Tócame. Hazme algo, cualquier cosa. —Hay desesperación en su voz.

—Paciencia, cariño.

Empiezo a darle besos suaves en la muñeca y después voy recorriendo su brazo, subiendo poco a poco. Cuando llego al cuello, ese punto delicado que tiene bajo la oreja me tienta y se lo mordisqueo y lo succiono, dejándole chupetones a mi paso.

Ella gimotea.

Joder, ver las marcas que le dejo en el cuerpo tiene un potente efecto en mí.

Sigo bajando por su cuerpo, intercalando los besos tiernos con mordiscos, para aumentar el contraste entre el placer y el dolor.

—Estoy seguro de que, si meto la cabeza entre tus piernas, vas a estar chorreando. ¿Lo comprobamos?

Noto que asiente contra el colchón. Pero eso no es suficiente.

—Habla, Sienna —ordeno.

—Joder, Keller. ¡Mete la cabeza entre mis piernas ya! —dice prácticamente gritando.

Me río entre dientes. No hemos hecho más que empezar y ya está al límite. Debo recordarle quién manda aquí. Me aparto de ella. No quiero, pero debe tenerlo claro.

Me quedo de pie a su lado y ella relaja el cuerpo, derrotada, e intenta cerrar un poco las piernas. Extiendo la mano en un movimiento rápido y se las sujeto de nuevo contra el colchón.

—No tienes permiso para exigirme nada, cariño, y mucho menos para ocultarme lo que tienes entre las piernas. Aquí dentro, es todo mío. —La observo durante un instante, dudando—. Quédate quieta como una buena chica y mantén la boca cerrada. ¿Vale? —Veo que sus labios forman una O perfecta y después cierra la boca y asiente.

Me pongo de rodillas junto a la cama, agarrándole los muslos con las manos, y rozo con la lengua muy suavemente la piel que hay entre su entrada y el clítoris. Ella se arquea al instante y se separa de la cama, pero yo le pongo una mano sobre el estómago plano y la obligo a apoyarse de nuevo y la mantengo quieta ahí. Ella resopla por la frustración. Sigo rozándola con la punta de la lengua, arriba y abajo, hasta que noto que intenta cerrar las piernas y a través de la lengua me llega una leve vibración que indica que está temblando. Entonces me aparto de inmediato y me siento sobre los talones.

—No te puedes correr hasta que yo lo diga, ¿vale, cariño? —le recuerdo, y le doy un poco de tiempo para recuperar el aliento.

Veo que se muerde el labio inferior con los dientes blancos. Apoyado en los talones, me vuelvo a arrodillar delante de ella, y disfruto mirando su belleza impecable, su sexo rosa y perfecto brillando delante de mí, empapado por sus fluidos. «Si me muriera ahora mismo, al menos moriría feliz», pienso, y me relamo mientras

elijo qué hacer ahora para volver a llevarla al límite. Sé que yo no voy a aguantar mucho más. Necesito enterrarme en ella pronto. La entrepierna me late tanto que no me puedo concentrar. Me pongo de pie y me arranco la camisa. Todos los botones salen volando. No tengo tiempo para empezar a desabrocharlos. Me agacho para quitarme los vaqueros que me han estado conteniendo y por fin estoy igual que Sienna, completamente expuesto.

Me devora con los ojos mientras me recorre con ellos de arriba abajo y por fin se posan en mi miembro. «Mi princesa ansiosa». Sonríe. Voy hasta el borde de la cama, y la hago ponerse bocabajo. Ella chilla y aterriza con la cara en el colchón, todavía con las manos atadas por encima de la cabeza. Me inclino hacia delante, la agarro por las caderas y la acerco de manera que quede con el culo en pompa, como en la postura del gato que tanto le gusta a Grayson que haga para estirar después del entrenamiento. Estoy seguro de que yo no estoy tan sexy en esa misma postura.

—Joder, cariño, eres preciosa. Tu sexo lo han hecho para mí. No te preocupes, no tardaré en llenártelo. No voy a aguantar mucho más.

Ella responde llevando las caderas atrás y meneando el trasero, pensando que con eso puede provocarme.

Le doy un azote fuerte en la nalga izquierda. Su grito resuena en la habitación y se encoge. Enseguida aparece una marca roja en su piel pálida.

—Dios mío, Keller —lloriquea, y sus fluidos empiezan a resbalar por la parte interior de los muslos. Su respiración es trabajosa, pero al poco vuelve a acercarme el culo. «¡Lo sabía! A mi chica ansiosa le encanta».

Le agarro la nalga roja y acerco un dedo de mi otra mano a su sexo empapado y lo deslizo por él.

—Estás literalmente chorreando, cariño. ¿Te has puesto así por el azote que te he dado? —Respiro despacio mientras sigo recorriendo toda su piel húmeda con el dedo. Ella gime, y suena como música para mis oídos—. ¿Quieres que lo haga de nuevo, princesa? ¿Más fuerte esta vez?

—¿Qué? No.

Su voz suena ahogada, pero me hace reír porque aprieta el culo contra mí.

Le doy otro azote y al instante le meto dos dedos. Su espalda se arquea y se le escapa un grito primitivo.

—Joder, Keller, no aguanto más —suplica mientras meto y saco los dedos.

—Mi chica ansiosa, parece que voy a tener que ponerme más creativo contigo.

Ella da un respingo cuando pego la boca a la nalga que le he azotado y se la muerdo. Sienna está a punto de perder el control debajo de mí; tiembla alrededor de mis dedos y grita mi nombre.

No necesito más indicaciones. Me pongo de rodillas en el borde de la cama y pego mi cuerpo al suyo. Su piel sedosa me acaricia el pecho. Meto el brazo entre sus piernas, mis dedos encuentran el clítoris y se lo pellizco. Ella empuja hacia delante y entierra la cara en el edredón para ahogar los gritos.

Vuelvo a llevar los dedos hasta su entrada, introduzco el índice nada más para tentarla, y eso provoca un gruñido grave y que sus paredes se cierran a mi alrededor. Solo de pensar en sentirlas envolviéndome hace que acelere el ritmo. Añado dos dedos más, aumento la velocidad y su respiración se acompasa con mi movimiento. Siento la presión de su interior. Tengo los dedos empapados.

Responde de forma perfecta, todas y cada una de las veces. Sus caderas siguen mi ritmo, un movimiento tras otro. Estamos hechos el uno para el otro de todas las maneras posibles.

Continúo cada vez más lento, hasta que saco los dedos, y después sigo con el recorrido de su columna y de ese tatuaje tan sexy. Cuando llego a la nuca, la agarro con fuerza y la obligo a echar atrás la cabeza. Ella gime. Ese gemido gutural es el sonido más seductor del mundo. Casi me hace correrme sin que haya tenido ni que tocarme. Con solo verla así, totalmente a mi merced, estoy a punto de explotar.

—Keller, por favor. Te necesito dentro. Necesito que me penetres. No puedo aguantarlo más. —Lo dice casi sollozando y con un hilo de voz.

Apenas la oigo con el estruendo de la sangre en mis oídos, pero sus palabras me atraviesan el corazón. No puedo negarle nada a mi diosa y, ahora mismo, yo estoy tan desesperado como ella.

Así que no pierdo un segundo más y vuelvo a girarla. Nunca en mi vida había tenido estas ganas de mirar a los ojos a alguien mientras follamos. Quiero verla expuesta. No, deseo con todas mis fuerzas esa intimidad. Ella necesita ver y sentir lo que siento por ella. Abre las piernas aún más, invitándome. El colchón cede bajo mi peso y yo acerco el miembro a su entrada empapada.

Entro despacio, centímetro a centímetro, para que pueda ir adaptándose a mi tamaño.

—Joder, Keller —gime, con la voz grave y gutural—. Más.

Me tumbo sobre ella, con cuidado de no aplastarla; apoyo parte de mi peso en la mano que tengo por encima de su cabeza.

—Es una maravilla sentirte tan apretada envolviendo mi polla. Es perfecto. Eres el puto cielo en la tierra, Sienna. No creo que pueda renunciar a esto.

—Mejor, porque no tienes que renunciar a nada. Vamos, date prisa y fóllame. Hazlo como si fueras mi dueño, como la puta guarra que soy.

La poca contención que me quedaba salta por los aires cuando empiezo a entrar y salir. El sonido de nuestros cuerpos al estrellarse hace vibrar la habitación, aunque queda ahogado por los gritos de Sienna.

No me he sentido tan bien nunca en mi vida, ni siquiera cuando gané mi primer título mundial. Esto supera a todos los cinturones.

El corazón está a punto de salirse del pecho y siento la liberación a un paso. Me falta poquísimo. Acerco mis labios a los suyos y me hago con su boca mientras sigo embistiendo. Con la mano libre encuentro su clítoris y la empapo bien en sus fluidos. Estoy al borde de un precipicio, a punto de saltar. Me da la sensación de que me van a reventar todas las venas del cuerpo. No aguanto más.

—Ahora, Sienna. Córrrete para mí, diosa.

Ella no necesita más y se pone a gritar mi nombre y a retorcerse debajo de mí al tiempo que sus paredes me aprietan con todas sus fuerzas, ordeñándome para provocar mi orgasmo. Un segundo después me dejo llevar también y descargo todo lo que tengo en su interior. Nuestros cuerpos sudorosos están entrelazados, las respiraciones aceleradas como si hubiéramos corrido un maratón, y siento euforia.

—Joder, Sienna, eso ha sido... Joder, no sé ni cómo describirlo. — Suspiro y acerco mi frente a la suya.

—Lo sé —consigue decir abriendo despacio los párpados. Sus enormes ojos azules llegan al fondo de mi alma.

Nos quedamos inmóviles, recuperando el aliento. Acabo de tener el orgasmo más intenso de mi vida. Me inclino hacia delante

despacio, le suelto las muñecas y se las masajeo. Después me las llevo a los labios y las cubro de besos delicados en el lugar donde estaban atadas. Su expresión se vuelve tierna mientras me mira.

—Esto va a ser mi nuevo amuleto. —Le guiño un ojo y le doy un beso rápido.

Voy a por una toalla al baño y la mojo con agua templada. Me veo en el espejo; estoy desaliñado, pero sorprendentemente libre. Ya no tengo ni por asomo mi expresión hosca habitual. Ese es el efecto que tiene en mí.

Vuelvo a la cama y le paso la toalla por el interior de las piernas y entre ellas. Ella está apoyada en los antebrazos, observando todos mis movimientos. Casi veo funcionar los engranajes de su cerebro.

—¿En qué piensas, cariño?

—¿Es así con las otras mujeres?

—No, nunca —respondo tajante.

Sus labios forman una sonrisa.

Intenta empujarme con la palma de su delicada mano. Aunque aplique toda su fuerza, no es capaz de moverme un centímetro, pero me hace gracia que lo intente. Le doy un beso, le rodeo la cintura con los brazos, la hago rodar para ponernos de costado y le levanto la cabeza despacio para ponérsela en la mullida almohada con funda de algodón egipcio. Cuando pega su cuerpo al mío es perfecto; su espalda encaja a la perfección en mi pecho.

—Duerme, princesa —le susurro contra el pelo, apartándole unos mechones que le caen sobre la mejilla y que le coloco detrás de la oreja.

Tengo dos palabras en la punta de la lengua, pero algo me impide decirlas. Nunca antes se las he dicho a una mujer, ni a nadie. Pero no puedo negar cómo me siento. Ella lo es todo para mí.

Su respiración se relaja y oigo un leve silbido cada vez que exhala. Cierro los ojos, apoyo la cabeza en la almohada e inhalo su delicioso olor a melocotón, que invade todos mis sentidos. Tengo el cerebro totalmente en paz, otra cosa que solo ella consigue. No es solo un faro de luz en mi oscuridad, sino también la calma de mi tormenta. No me cuesta conciliar el sueño con ella entre mis brazos.

Sienna

Ya estamos en plena Navidad, Nueva York está cubierto de lucecitas y, al parecer, mi apartamento también. Maddie se ha dedicado a convertir nuestra casa en un escaparate navideño, con un cartel rojo en el que pone SCROOGE pegado en mi puerta incluido.

Pero no puedo mentir. El olor de la canela, que sale del cazo hirviendo lleno de vino caliente especiado y que inunda la habitación, es delicioso. Algo de la Navidad de lo que nunca me he quejado es la copiosa cantidad de comida y bebida exquisitas.

Maddie se toma la Navidad muy en serio. Las dos primeras que pasamos juntas, sufrió por lo «aguafiestas» (así lo califica ella) que soy, mientras que ella es prácticamente un elfo con forma de mujer, a la que solo le falta engancharse a las guirnaldas que cuelgan del techo. Se pasa entusiasmada todo el mes de diciembre.

Yo nunca he tenido una Navidad como las suyas. Después de que mi padre nos abandonara, ni siquiera era consciente de que era Navidad. Todos los demás niños volvían corriendo al colegio enseñando su ropa nueva y hartos de comer cosas deliciosas. Yo me sentaba al fondo de la clase y los observaba, con los ojos llenos de lágrimas, porque no tenía nada que enseñar, ni razones para estar emocionada.

Entonces apareció Maddie. Esta mujer busca la felicidad a toda costa. Y eso es contagioso. Ahora puedo decir con sinceridad que no

me molesta la Navidad. Pero mi límite está en escuchar esa maldita canción de Slade en bucle; por ahí no paso.

Este año Maddie ha ido un paso más allá en su afán por transmitir el espíritu navideño. Creo que le preocupa que la cambie por Keller estas fiestas, y solo de pensar en tener que ir a casa de sus padres, todavía soltera y sin novio, se le ponen los pelos de punta.

—¡Maddie! —la llamo a gritos desde el pasillo.

—¡Aquí! —Casi no oigo su voz por culpa de la lista de canciones navideñas que tiene puestas a un volumen demasiado alto.

Cuando llego a su lado, la veo ocupada con un rodillo y una bola de masa, con la encimera cubierta de harina y manchándole la cara. Me sonrío, feliz.

—¡Estoy haciendo galletas navideñas!

—Lo he deducido —contesto riendo; dejo el bolso y entro en la cocina para ayudar, antes de que parezca que tenemos escondidos a un puñado de narcotraficantes.

—¿Estás bien, Maddie? La casa está preciosa. Pero es un poco extremo, incluso para ti, que eres la mismísima señora Claus. —Le doy un golpecito con la cadera para intentar sonsacarle.

Se limpia el sudor de la frente con el dorso de la mano y suspira.

—Es que me sentía muy sola. Estaba segura de que tendría a alguien con quien pasar las Navidades este año. —Se queda mirando fijamente la bola de masa que ha amasado de más, hasta dejarla fina como una tortita.

Hago una mueca al oír sus palabras y me siento mal por no haber estado con ella estas últimas semanas.

—Maddie, ya sabes que yo siempre paso las Navidades contigo. Voy a estar siempre que me necesites.

La abrazo fuerte. Ella se esfuerza siempre mucho para que todos los que la rodean estén felices, pero se olvida de sí misma.

—No me refería a ti, boba. Ya sé que estás ahí. Ya hicimos el pacto de pasar las Navidades juntas hasta que nos quedemos sin ellas. Quería decir que me gustaría haber encontrado a alguien que me quisiera. Como te pasa a ti con Keller.

La estrecho un poco más para que suelte el rodillo, que está sujetando con demasiada fuerza.

—Te prometo que llegará. El universo está esperando para enviarte al hombre perfecto en el momento adecuado para que tus estrellas y las suyas acaben alineándose.

Levanta bruscamente la cabeza y se zafa de mis brazos.

—¡Ja! Acabas de admitir que Keller y tú estáis enamorados —bromea, y a mí no me queda más remedio que poner los ojos en blanco de una forma muy dramática.

—Yo no he dicho eso. No pongas palabras en mi boca.

—Keller y Sienna se gustan... —canturrea.

—Vale ya, Maddie —advierto, y le doy un golpe en el brazo.

Ella suelta una carcajada contagiosa. No puedo evitar echarme a reír también.

Cuando los doce hombrecillos de jengibre mal cortados están metidos en el horno, Maddie me da instrucciones claras de sacarlos a los once minutos exactos mientras ella va a prepararse para la pelea benéfica de Keller, que es esta noche.

—Ah, Sienna, ha llegado un paquete para ti antes —dice asomando la cabeza por la puerta—. Te lo he dejado en la cama. He mirado la etiqueta y parece una empresa de transporte de verdad. Y parece superpijo. Nada que ver con la mierda quemada de parte de Jamie. —Vuelve a entrar en su habitación y grita desde dentro—: ¡No te olvides de las galletas!

—Lo intentaré —contesto. No tiene ninguna fe en mis habilidades domésticas.

Yo no he pedido nada, así que estoy intrigada por ese paquete. Voy corriendo a mi habitación para ver qué es.

En mi cama hay una caja negra grande, brillante y rectangular. Lleva una cinta dorada suave atada con un lazo perfecto encima. Tiro del lazo con la mano temblorosa y levanto la tapa, que dejo en la cama. Veo varias capas de papel de seda negro. Encima hay un sobre dorado.

Lo cojo, lo abro y saco la tarjeta.

UN VESTIDO PERFECTO PARA UNA DIOSA. TÚ ERES MI DIOSA, SIENNA. PÓNTELO ESTA NOCHE PARA QUE TE LO PUEDA ARRANCAR LUEGO. CON TODO MI AMOR, KELLER.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras aparto el papel de seda. Debajo aparece una tela dorada y cubierta de lentejuelas impresionante. Saco el vestido de la caja, lo levanto y admiro lo bonito que es. Unos tirantes finos dorados se unen a un vestido con un escote profundo, que es más largo por un lado que por el otro. Me llegará justo por encima de la rodilla. Lo cuelgo detrás de mi puerta y las lentejuelas reflejan la luz y lanzan destellos por toda la habitación.

Dentro del paquete también hay una caja de terciopelo negra, larga y rectangular. No puede ser. El vestido ya brilla bastante. No me parece que Keller sea el tipo de tío que va a comprar joyas cuando sale del gimnasio.

Dentro de la caja hay un collar de oro muy fino con un colgante que tiene un diamante tallado en corte princesa. Por la forma en que refleja la luz y la claridad de la piedra, no hay manera de que se trate de una circonita. Es un diamante de verdad. Impresionante y elegante, el complemento perfecto para el vestido. Debe de haberle costado más de lo que yo gano en un mes. Mierda, conociendo a Keller, seguro que ha sido mucho más que eso. Ese hombre no se corta a la hora de comprar cosas lujosas.

Cierro la cajita, la dejo en la cómoda y cojo el teléfono. No tengo notificaciones, pero no me sorprende. Keller va a estar todo el día entrenando con Grayson y después se pasará por su casa para arreglarse para esta noche. Irán los dos antes que los demás para ayudar a Luke, el boxeador al que han estado entrenando en el King's Gym, a prepararse para el combate. Por lo visto, asistirán al combate unos patrocinadores importantes que podrían impulsar su carrera, si gana. Seguro que, si Keller está con él, no tendrá problemas para lograrlo.

A Maddie y a mí nos va a recoger el chófer de Keller a las siete. Me parece bien, aunque lo echo de menos. Solo llevamos separados unas horas, pero ya soy como un cachorrito abandonado. Repaso los chats y abro la conversación con Keller, que en su mayor parte se compone de mensajes subidos de tono.

Sienna Anderson: Me encanta el vestido. ¿Debería preocuparme que tengas tan buen gusto para comprar ropa de mujer? ¿Es que es algo que haces a menudo?

Vale, no era eso lo que quería decir. Mierda.

Sienna Anderson: Creo que me ha quedado un poco raro, pero lo que quería decir era: gracias. PD: Estoy deseando ver cómo resplandece en medio de tu dormitorio. PD2: Ese collar es DEMASIADO, Keller. No necesito regalos extravagantes. Solo a ti.

Vale, eso suena mejor, menos pasivo-agresivo. Es culpa de mis tendencias de escorpio. Está claro que no es fácil controlar mi parte celosa.

Mientras me estoy secando el pelo, veo que se ilumina la pantalla del teléfono.

Keller Dios del Sexo: Si no veo ese collar alrededor de tu bonito cuello, voy a tener que castigarte, pero bien. Tu precioso culo acabará como un tomate.

Me ruborizo al recordarlo haciéndome eso anoche. Dios, no podía ser más excitante. Él conoce mis deseos más ocultos. Sabe cómo pulsar todas las teclas. Ha encendido un fuego en mi interior que no tengo intención de apagar.

Otro pitido me distrae.

Keller Dios del Sexo: Aunque los azotes no son ningún castigo para mi diosa ansiosa. Debería ponerme más creativo contigo. Vas a ser la mujer más impresionante de toda la sala esta noche. No sé si podré mantener las manos lejos de ti.

Noto que la entrepierna me empieza a palpar con solo leer sus palabras. Estoy apartando la toalla con los dedos cuando aparece otro mensaje.

Keller Dios del Sexo: Si se te ha OCURRIDO siquiera acercar esos dedos a tu sexo perfecto, te sugiero que no lo hagas. Sé una buena chica y no te olvides de quién es el dueño de tu cuerpo.

¿Cómo demonios sabe lo que estaba pensando hacer?

Keller Dios del Sexo: Ponte el puto collar. Te prometo que no va a ser

el único que te pongas esta noche.
Te veo dentro de nada, princesa.

Abro con cuidado el cierre del collar y me lo pongo en el cuello. Cae delicadamente por encima de mis clavículas y me ilumina la piel. Me alegro de haberme puesto autobronceador en el escote. Me quito la toalla con la que me envolvía, me tapo los pechos con el brazo y los aprieto para que sobresalgan. Me hago una foto y se la envío a Keller.

Sienna Anderson: Hecho, jefe.
Llevo el collar puesto... ¿Lo ves?

La respuesta es instantánea.

Keller Dios del Sexo: Joder,
Sienna, ahora voy a tener que
darme una ducha fría.

Me río para mis adentros, dejo el teléfono y salgo corriendo a sacar las galletas antes de que se queme la casa. Cumplida mi misión, sigo preparándome. Voy a maquillarme de forma que complemente el vestido, así que me pongo una sombra de ojos dorada con brillo y una raya de *eyeliner* negro. ¿Quiere una diosa? Pues esta noche va a ver a una.

Después de peinarme para hacerme unos rizos perfectos que caen sobre uno de mis hombros, lo completo todo con un pintalabios mate de tono *nude*. Ese vestido ya destaca más que suficiente.

Busco por los cajones para sacar la lencería más sexy que tengo y me decido por un tanga rojo de encaje con la parte de la entrepierna abierta que queda perfecto sobre mi piel un poco morena. Decido que mejor no llevar sujetador, porque parece que el vestido no quedaría bien con uno.

Me lo pongo. Me queda como un guante y resalta mi figura en los lugares correctos. El escote pronunciado hace que mis tetas se vean espectaculares, y los pliegues que tiene en un lado me hacen una figura de reloj de arena. Resplandezco. Soy de pies a cabeza la diosa que sé que Keller va a devorar entera. Y yo lo estoy deseando.

Las siete llegan antes de lo que esperaba. Miro por la ventana del salón y veo un Mercedes con los cristales tintados que aparca delante del edificio. Le grito a Maddie que se dé prisa. Todavía no ha salido de su habitación, porque seguro que se está cambiando el peinado por enésima vez. Por fin aparece. Abre los ojos como platos y se queda con la boca abierta al verme.

—¡Madre mía, Sienna! Estás impresionante. Menudo vestido. Ya veo que el paquete era de Keller. Dios, iese hombre tiene buen gusto! —Se nota el entusiasmo en todas sus palabras.

Maddie se ha puesto un vestido negro sencillo ceñido, unos zapatos de tacón plateados impresionantes y una chaqueta de cuero. Lleva el pelo rubio peinado con un recogido discreto pero elegante, y al lado de la cara le caen unas gruesas ondas. La verdad es que podría ir con un saco, que seguiría pareciendo una modelo.

—Gracias, Maddie. Tú también estás guapísima. ¿Es que quieres impresionar a cierto entrenador? —pregunto subiendo y bajando las cejas.

Veo que se le enrojece el pecho y aparta la mirada.

—No, es la última persona a la que quiero impresionar —responde enseguida.

—Vale, vale. —Levanto las manos en señal de rendición y lo dejo estar, sin parar de reírme. Es que a veces es muy fácil provocarla.

Cuando enseñamos las entradas en la puerta, dos guardas de seguridad enormes nos acompañan. Cruzamos el edificio hasta un pasillo lateral, lejos de la gente. No nos dan ninguna explicación, así

que los seguimos, pero andar a su paso con tacones no es nada fácil.

A pesar de que ese pasillo está casi vacío, el ruido de conversaciones de miles de personas se cuela desde el otro lado de la pared y me provoca una oleada de emoción.

Nunca he ido a un combate de boxeo. No me esperaba que a un evento benéfico fuera tanta gente como para llenar el recinto. Aunque no debería subestimar a Keller. Se me olvida siempre que es famoso; cuando estamos solos, eso ni siquiera entra en la ecuación. Para mí es mi Keller, con esa boca sucia y la sonrisa maliciosa, que besa el suelo que piso. Para el resto del mundo es un famoso boxeador de los pesos pesados que lleva una vida glamurosa y va de flor en flor.

Lo que nadie sabe es que se pasa las noches acurrucado conmigo, viendo Netflix. El número de periodistas que lo siguen es mínimo; supongo que eso es cosa suya y que no habrá nadie a quien le apetezca enfurecerlo.

En el club, la otra noche, me dejó claro que no quería ocultarme ante el mundo, lo cual me hace sentir muy bien. No me gustaría complicarle las cosas. Tiene una pelea importante en el futuro próximo. Podría convertirse en el campeón mundial indiscutible de los pesos pesados. Con la concentración y la dedicación que le está poniendo al entrenamiento, y por la poca información que ha compartido conmigo, no tengo ninguna duda de que Keller va a ganar. No creo que haya ningún rival a su altura.

Los guardas nos sacan al recinto principal por unas puertas dobles. La música está a todo volumen y las luces bajas, pero basta para ver que hay miles de personas llenando el espacio, cantando y coreando.

No dejamos de caminar, el ring cada vez está más cerca, y por fin llegamos a una primera fila vacía. Estamos a apenas unos metros del cuadrilátero. Uno de ellos nos indica que nos sentemos. Después asiente y le habla al auricular que lleva. Entonces nos dice: «Que disfruten de la velada, señoritas» y se va.

En la primera fila que tenemos a nuestra derecha hay una hilera de hombres con expresiones muy serias, que me imagino que son los jueces. En cuanto mi trasero toca el asiento, una chica joven con una sonrisa falsa, que viste shorts blancos y negros y top corto, nos da a Maddie y a mí unas copas de champán y desaparece.

Miro a mi izquierda y veo a Maddie bloquear el teléfono y guardarlo en el bolso. Cuando se da cuenta de que la estoy mirando, abre mucho los ojos.

—¿Todo bien?

Ella se revuelve en el asiento y evita mi pregunta. ¿Qué demonios le pasa para que esté tan rara?

—Solo estaba respondiendo un mensaje. Nadie importante.

—Pues no lo parece. Da la impresión de que te va a reventar una vena en cualquier momento.

Se apagan las luces y sube la música en el recinto. Se me pone la piel de gallina. Unos focos azules iluminan el ring. En la pantalla aparece la imagen de Luke, con la cara tapada por la bata azul, la cabeza gacha al entrar en el ring. Otra máquina de pelear que se lo toma muy en serio. Pero yo no puedo apartar los ojos del hombre que va justo detrás de él. Mi Keller. Tiene una expresión inescrutable y está para comérselo con un esmoquin negro. Sus ojos oscuros atraviesan la pantalla. Entra detrás de Luke en el ring, rodeado de una horda de guardas de seguridad con trajes negros.

Recorre la pasarela con aire poderoso. Le da a Luke una palmada en la espalda, le acerca la cabeza para que la apoye en su hombro y

le susurra algo al oído. Luke asiente y entra en el ring con Grayson. Después de que haga su entrada el contrincante de Luke, vuelven a subir las luces y la multitud se calla para oír las presentaciones de los boxeadores. Se nota cierta electricidad en el ambiente. Yo estoy sentada en el borde de la silla, anticipando el inicio de la pelea.

En el séptimo asalto, se ve que Luke tiene ventaja. Está claro, incluso para mí. Su contrincante parece torpe. Los gritos de Keller y Grayson se oyen en todo el recinto. El otro boxeador se tambalea y no consigue que ninguno de sus puñetazos dé en el blanco. «De verdad, a ese tío podría darle una paliza hasta yo».

No tengo ni idea de boxeo, pero he visto a Keller entrenar, así que sé más o menos cómo debe de ser. El rival se tira contra las cuerdas y le da un puñetazo bastante flojo al torso de Luke, que solo sirve para abrir un hueco y que este pueda lanzarle un gancho de derecha que lo arroja por los aires. Es como si todo sucediera a cámara lenta cuando su cara se arruga, la sangre sale despedida de su ceja y cae pesadamente al suelo. La multitud estalla y Maddie y yo nos ponemos de pie de un salto, chillando. El árbitro cuenta hasta ocho y el boxeador no se levanta. Luke alza el guante en señal de victoria y Keller y Grayson atraviesan el cordón para ir corriendo a subirse a Luke sobre los hombros. Sus caras muestran un gran orgullo, como si acabaran de ver a uno de sus hijos entrar en clase en su primer día de colegio.

Keller me mira fijamente y aparece una sonrisa en su boca. Se lleva la mano libre a los labios, me tira un beso y me guiña un ojo, que hace que un estremecimiento me recorra la espalda. Aprieto las piernas para intentar contrarrestar la presión.

No era el combate de Keller, pero todo el mundo está pendiente de él. Recorre el ring como si fueran sus dominios. Es su hábitat

natural. Todos los ojos lo siguen. Lo comprendo: esta noche está especialmente atractivo.

Se agacha para pasar entre las cuerdas rojas, baja de un salto y veo determinación en su cara cuando fija la mirada en mí. Las cámaras siguen cada uno de sus movimientos y veo la imagen de sus ojos llenando todas las pantallas que nos rodean. Viene directo hacia mí. El recinto se llena de murmullos, pero ahora solo puedo centrarme en él. La anticipación me tiene casi salivando mientras acorta cada vez más la distancia.

—Estás impresionante, cariño —dice con voz grave cuando llega a mi lado y se agacha para quedar a mi altura.

—Tú tampoco estás mal, campeón —contesto, y me muerdo el labio inferior.

Y antes de que me dé cuenta, me agarra ambas mejillas con la mano y me da un beso lleno de fuego y deseo. Cierro los ojos y me dejo llevar, olvidándome de dónde estamos y del hecho de que nuestro arrebatado de pasión, que yo no diría que es para todos los públicos, se está transmitiendo por todas las pantallas.

—Dios, llevo horas esperando para hacer esto —dice tras un gemido.

—Keller, las cámaras. Todo el mundo nos mira —aviso mientras me revuelvo incómoda en el asiento. Este es su mundo, no el mío.

Keller se gira hacia una de las cámaras que nos apuntan desde un lado del ring y guiña un ojo antes de volver a centrarse en mí. Se hace de nuevo con mis labios y le muestra el dedo corazón a la cámara. Yo sonrío contra sus labios. Creo que ha transmitido su mensaje. Cuando vuelvo a mirar a la pantalla grande que hay encima del ring, la imagen es de Luke celebrando la victoria.

—Quiero que el mundo sepa que eres mía, cariño. Pero si eso te hace sentir incómoda, dímelo y haré que desaparezcan, ¿vale? Ese

es uno de los peores aspectos de mi vida. Pero intento mantener a esos buitres gilipollas y sus cámaras a raya en la medida de lo posible —explica con total sinceridad.

Yo no he dudado nunca de que Keller los tiene amenazados. Probablemente por eso no hay gran cosa sobre él en internet. Deben de tener un miedo atroz a enfadarlo. No me gustaría ser el objetivo de su rabia.

—No pasa nada. Es que no quiero que llames más la atención por esto.

Se me ha olvidado por completo que Maddie está sentada a mi lado, pero Keller la mira con una sonrisa cariñosa y la saluda con la cabeza. Veo que ella le dedica su típica sonrisa de labios apretados, que quiere decir «que te den», y vuelve a mirar al ring. ¿Qué ha hecho para cabrearla así?

Frunzo el ceño y me giro hacia Keller.

—No sé qué mosca le ha picado —murmuro.

Él asiente sin más.

—Tengo que volver con Luke y Grayson. No te muevas de ahí. Vendremos a buscaros para salir de aquí juntos.

—Me parece bien —respondo con un ronroneo, y le doy un besito en los labios. Se da la vuelta para irse y yo añado, lo bastante alto para que me oiga—: No me hagas esperar mucho. —Y lo miro subiendo y bajando las cejas. Me ha entendido perfectamente.

Niega con la cabeza con una risita y vuelve al ring corriendo.

—Maddie, ¿me explicas de qué coño iba eso? —le pregunto muy seria, porque estoy empezando a perder la paciencia con ella. Está muy rara desde que le ha llegado ese mensaje antes.

Suspira, saca el teléfono de su bolsito plateado y abre un artículo, mirándome preocupada.

—Sienna, no quiero estropear la noche. Creía que era un malentendido o una imagen antigua, pero lleva el mismo esmoquin, la misma barba de un día y el pelo peinado hacia atrás. Es de esta noche. Lo siento mucho. —Noto una gran tristeza en su voz mientras agarra con fuerza el teléfono, apretándolo contra su pecho.

—¿De qué me hablas? ¿Esta noche? ¿Y por qué lo sientes? Joder, Maddie, explícate. ¡Me va a dar un ataque de pánico!

El corazón se me ha acelerado en el pecho y me sudan las manos. Para que Maddie esté así de rara, tiene que ser algo muy malo. No aguanto más. Extiendo la mano y le arrebató el teléfono.

Miro la pantalla, pero mi mente no acaba de entender lo que veo. «¿Es esta la mujer misteriosa que tiene a Keller Russo fuera del mercado?», pone al inicio de la página. Siento náuseas. Con la mano temblorosa avanzo para ver el artículo. En la primera foto aparece un Keller sonriente ayudando a salir del coche a una mujer espectacular de pelo castaño. Ella tiene los dedos largos de manicura perfecta en su antebrazo, lo mira y le sonríe. Sus piernas torneadas se ven en primer plano.

Siento que me lleno de furia. Me pitan los oídos mientras paso a la siguiente foto. Tengo los ojos llenos de lágrimas a punto de caer.

«No, Sienna, no vas a volver a llorar por un hombre. Nunca más».

En la siguiente se los ve entrar en el recinto juntos, del brazo. Parecen la pareja de celebridades que todo el mundo espera ver.

—¿Nos vamos, por favor? —le digo respirando como puedo.

Maddie asiente, con expresión seria, me coge la mano y nos unimos a la marea de gente que va hacia la salida. Ni siquiera miro atrás para volver a ver a Keller antes de salir.



En el apartamento, me quito el vestido sin ningún cuidado y lo dejo tirado en el suelo. Mi teléfono está apagado en la mesilla. Después de ponerme el primer pijama que encuentro, me voy a la habitación de Maddie. No quiero estar sola esta noche, dándole vueltas a la cabeza. Ella me sonríe con cariño, se desplaza hacia la pared para hacerme sitio y aparta el edredón para que me meta en la cama con ella. Yo hundo la cabeza en las mullidas almohadas de plumas de ganso.

—Algún día podrás dejar de consolarme cuando me rompan el corazón. —Intento bromear para quitarle hierro a la situación, pero ella siempre sabe lo que me pasa en el fondo. Me acaricia el pelo.

—No seas tonta. Para eso están las amigas. Duérmete. Tal vez por la mañana veas las cosas de forma diferente, nunca se sabe.

Siempre ha sido una optimista. Ruedo para darle la espalda, suspiro y apago la luz. No duermo tranquila; me paso la noche revolviéndome y dando vueltas, porque las imágenes de Keller con esa mujer no hacen más que rondarme por la cabeza.

De verdad pensaba que él era diferente.

Sienna

Una serie de golpes agresivos en la puerta me despiertan de la siesta. El ruido me machaca los oídos. He ignorado todas las llamadas de Keller desde la catástrofe de anoche. He tenido todo el día para pensar en ello. Estoy cabreada, pero sé que debería haberle dado una oportunidad de explicarse. Me dejé llevar por el pánico y salí huyendo de esa forma tan típica mía, solo que esta vez se trata de un hombre que no está dispuesto a rendirse.

—¡Por Dios, ya voy! —grito; saco las piernas por un lado de la cama y bajo de un salto. Será mejor que sea importante o quien sea se va a enterar.

No me molesto en ponerme nada y salgo de la habitación de Maddie con el fino top tipo chaleco y los pantalones cortos rosas que casi no me tapan el culo para dirigirme a la puerta y ese ruido irritante.

Cuanto más me acerco, más ruido me llena los oídos. Mierda, ¿es que han venido a detenerme? No, ya habrían tirado la puerta abajo, ¿no?

Dios mío, ¿y si es Jamie?

—Abre, princesa.

Me tapo la boca con la mano para ocultar un bostezo. Tengo la cabeza un poco aturdida por ese despertar tan brusco. Abro la cerradura y entorno un poco la puerta.

Al otro lado está Keller, con el pelo peinado como anoche. Tiene unas leves ojeras, como si no hubiera dormido. Bajo la sudadera con capucha negra destacan sus enormes bíceps. Y se ha puesto esos pantalones de chándal grises... Si no estuviera tan enfadada, ya estaría salivando solo con verlos.

—¿Qué quieres, Keller? —pregunto con brusquedad.

—¿No me vas a dejar entrar, cariño? —Su tono grave envía una corriente eléctrica directamente a mi entrepierna. Todavía no le ha dado tiempo a ponerse en el mismo estado que mi cerebro.

No tengo energías para pelear con él ahora mismo. Si sus insistentes golpes en la puerta han servido para algo ha sido para que me quede claro que no se va a largar hasta que lo deje entrar.

Sin decir nada, le abro la puerta y le hago un gesto para que entre con la sonrisa más sarcástica que consigo poner. Él pasa a mi lado, me mira de arriba abajo y el capullo creído se humedece los labios antes de entrar en el salón.

Entro en la habitación y me quedo junto a la puerta, con las manos en las caderas, fulminándolo con la mirada.

—¿Has estado muy ocupado esta noche? —Se notan los celos en mi tono de voz. No puedo evitarlo. Las tendencias de escorpio, ellas tienen la culpa.

—Joder, cariño, me pone como una moto verte así de posesiva.

Se me sube la sangre a la cabeza.

—¿Lo dices en serio, Keller? ¿Quién es esa mujer? —pregunto, ya sin contenerme, apretando los pies contra el suelo para no lanzarme a por él.

—Si te refieres a ese artículo que un pajarito me ha dicho que has estado leyendo, esa mujer es quien se encarga de mis relaciones públicas, Stacey. Necesitaba que alguien la llevara en coche, así que fui a recogerla. No hay más que eso.

Me lo creo, a pesar de mis arraigados problemas de confianza. Cada fibra de mi cuerpo cree lo que dice.

—¿Quieres explicarme por qué te largaste sin preguntarme por eso siquiera? Joder, no es que sea un experto en relaciones, pero no creo que esa sea la mejor forma de gestionar esas cosas. Tienes un ex que te acosa, Sienna. Casi pierdo la cabeza por lo preocupado que estaba por ti. No huyas de mí, no tiene sentido. Te encontraré siempre.

Dice esa última parte mientras se acerca, y mi corazón se va arreglando con cada paso que da. Yo retrocedo hasta que choco con la pared. Keller apoya con un golpe fuerte las manos en ella, encerrándome con su cuerpo. Su aliento caliente me acaricia la cara.

—No debería haberme ido así. Vi las fotos y se me rompió el corazón. Después de lo que me pasó con Jamie, es como si hubiera estado esperando todo el tiempo que lo que tenemos estallara en cualquier momento. —Me cae una lágrima por la mejilla.

Maddie carraspea detrás de nosotros y yo me sobresalto. Nos mira con una sonrisa y saluda con la mano, de camino a la cocina, para poner a hervir agua para el té. Intenta que parezca que está haciendo algo, pero sé perfectamente que nos está espiando.

—Tengo algo que enseñarte, princesa —dice, y empieza a bajarse los pantalones.

Suelto una exclamación y le agarro las manos para detenerlo, porque sé que Maddie está a solo unos metros, observándonos. Me lo llevo al dormitorio, todavía con esos pantalones grises deliciosos por debajo del culo. Oigo la risa de Maddie que resuena en el apartamento.

Hay un brillo travieso en los ojos de Keller cuando se baja los calzoncillos en cuanto cierro la puerta.

Lo agarro del brazo para que pare.

—Por Dios, Keller. ¿De verdad crees que estoy de humor para eso ahora mismo? Estoy tan cabreada que no quiero ni mirarte, ¡mucho menos follar contigo! —Intento evitar por todos los medios fijar los ojos en su entrepierna.

Se le escapa una risita, se zafa de mi mano sin esfuerzo y sigue bajándose los calzoncillos, sin apartar sus ojos de los míos.

Dios, no importa cuánto intente resistirme, este hombre me pone demasiado, incluso cuando lo que más deseo es darle un buen puñetazo en la cara. Está ahí plantado en toda su gloria. Solo cuando consigo dejar de admirar su pene me doy cuenta de que tiene un fino plástico cubriéndole una zona justo por encima del hueso púbico.

Retira despacio el adhesivo que rodea el plástico. Este hombre está obsesionado con los tatuajes.

Doy un paso atrás y miro fijamente la tinta negra con los ojos a punto de salirse de las órbitas. No me puedo creer lo que veo. Justo encima del miembro, con letras elegantes pone: PROPIEDAD DE SIENNA. Es delicado y hermoso, lo que hace que destaque entre todos sus demás tatuajes, tan agresivos.

—Pero ¿por qué te has hecho eso? Sabes que es permanente, ¿no? Después de lo de anoche, ni siquiera sabíamos si íbamos a seguir juntos —digo intentando que el deseo no se vea en mi cara. Soy un libro abierto para este hombre. Pero quiero vacilarle un poco.

—¿Es que marcarme con tu nombre no es suficiente? —Eleva una ceja—. Lo tengo ahí, escrito con tinta. Te pertenezco. Para siempre. Enfádate todo lo que quieras, por mí mejor... ¿Qué te parece si me follas como si me odiaras y luego te lo hago yo como si te quisiera? Suena bien, ¿no?

«¿Acaba de decir que me quiere?».

—No me quieres, Keller. —Las palabras me arden en la garganta al pronunciarlas. «¿Él también lo siente?».

—¿Te casarías conmigo? —susurra.

Lo miro. Todo lo que veo en sus ojos es adoración, y el corazón me da un vuelco.

—¿Qué? —balbuceo. No lo dirá en serio...

—Lo digo completamente en serio, Sienna. Algún día serás mía para siempre. La expresión de tu cara me dice que tengo que hacer algo más para que lo entiendas. —Se frota la mandíbula mientras me examina.

¿Estoy preparada? ¿Puedo casarme con él? La verdad es que no me imagino estar ni un día sin él.

—Vente a vivir conmigo —me pide—. Quiero que ocupes toda mi vida: mi cabeza, mi corazón y mi casa. ¿Te demuestra eso lo comprometido que estoy con lo nuestro? Eres la mujer indicada para mí, Sienna. No hay nadie más, ni ahora, ni nunca.

Sonrío. El matrimonio es demasiado para mí por ahora, pero vivir con él es algo que creo que nos puede ayudar a seguir construyendo nuestra relación.

—Sí —respondo enseguida. No tengo dudas en lo que respecta a él, estoy dispuesta a tirarme de cabeza. A la mierda las consecuencias. Lo quiero a él.

Una sonrisa torcida aparece en su cara y viene hacia mí, devorándome con los ojos.

—Estoy deseando despertarme y poder comerte entera para desayunar. Todos los putos días.

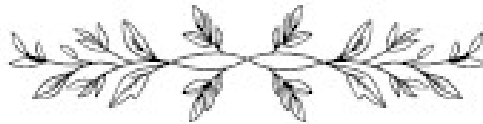
Me derrito.

Keller recorre la distancia que nos separa, me coge en brazos y yo le envuelvo la cintura con las piernas. Su pene durísimo me roza ese punto donde se acumulan los nervios y suelto un gemido

involuntario cuando los dos caemos sobre la cama. Me atrapa los labios y murmura:

—Llevas demasiada ropa, cariño.

No podría estar más de acuerdo.



Me despierto sobresaltada cuando oigo el zumbido de mi teléfono al lado de mi cabeza. Contengo un bostezo y lo cojo rápido porque no quiero interrumpir el sueño tranquilo de Keller, aunque parece que está muy incómodo en mi cama diminuta.

Se me tensa todo el cuerpo cuando veo el nombre que sale en la pantalla.

«Mamá».

Con dedos temblorosos, deslizo el botón para responder a la llamada. Inspiro hondo y me preparo para las barbaridades que seguro que me va a decir.

—Hola, mamá —saludo en un susurro.

—Qué bien ver a mi hija zorreando con un boxeador rico en Nueva York. Viviendo el sueño americano mientras yo estoy aquí, en un piso miserable sin calefacción. Hace meses que ya ni te molestas en mandarme dinero. —Mientras habla arrastrando las palabras, yo me aprieto el puente de la nariz y cierro los ojos—. Seguro que estás muy orgullosa de ti misma. Por fin has cazado a un hombre con dinero para que se ocupe de ti, como la princesita engreída que eres. Tú eres la razón por la que tu padre me dejó. Tú has destrozado nuestras vidas.

Empiezan a caerme las lágrimas al escucharla.

—Buena suerte para conservar a ese. Se aburrirá enseguida, como los demás. Tú, Sienna, eres mi mayor arrepentimiento, no mereces ni el espacio que ocupas. Nadie te va a querer nunca, igual que a mí.

—¡Cállate! —exclamo por fin—. Eres mi madre, ¿por qué me haces esto? ¿Por qué no puedes alegrarte por mí? He estado toda mi vida cuidando de las dos.

«Y lo único que pretendía era que tú me quisieras y te preocuparas por mí».

Su risa malévola sale por el altavoz.

—Yo renuncié a todo por ti, Sienna —dice con tono venenoso.

—No es verdad. Has tirado tu vida por la borda por el alcohol. Yo no puedo seguir así, mamá —sollozo. ¿Por qué no puede quererme? «¿De verdad soy tan difícil de amar?».

—Ay, deja de compadecerte. Eres patética. Escucha, necesito dinero. Ese hombre tiene de sobra. Envíame algo. Es lo menos que puedes hacer para compensarme.

La cama se hunde a mi lado cuando Keller se inclina sobre mí y me arranca el teléfono de la oreja con una sonrisa, pero con los ojos llenos de furia.

—Le sugiero que deje de llamar a Sienna. No se merece ni tener su número. Su hija es la mujer más impresionante que he conocido, aunque seguro que no es gracias a usted. Tengo la intención de darle la vida más increíble posible, llena de amor y felicidad, mientras usted sigue pudriéndose. No va a recibir ni un dólar por nuestra parte. Y si se le pasa por la cabeza volver a ponerse en contacto con ella, me ocuparé de dejarla sin lo poco que tiene. Acabaré con usted. No subestime lo que soy capaz de hacer por ella. Y si no tiene nada más que decir, le sugiero que se vaya a la mierda.

No puedo ocultar el shock cuando cuelga y tira el móvil al pie de la cama. Me rodea con sus brazos musculosos y me calma con su abrazo. Su fuerza genera tranquilidad en mi interior. Casi me sirve para olvidarme de las desagradables palabras de mi madre. Pero solo casi.

—Joder, cariño, creo que prefiero no tener padres a verme con una madre como esa. Lo siento mucho. Mereces algo mucho mejor.

Entonces entiendo algo de repente. No necesito a nadie más que a él. Keller me ha hecho sentir más adorada, amada y protegida en estas pocas semanas que nadie en mi vida. Es la familia que elijo. Me fundo con su cuerpo y dejo que caigan las lágrimas. Su calor penetra en mi pecho cuando nos quedamos así, acurrucados, y él me susurra al oído palabras dulces.

«Tal vez no necesito a nadie más. Tal vez Keller y Maddie están destinados a ser mi familia».

Tras unos minutos, dejo de llorar. Acerco la cara a la de Keller y le doy un beso suave en los labios.

—Gracias. Me he pasado muchos años haciéndome la valiente. No quiero ser como ella, nunca. Quiero ser feliz y tú me haces sentir así, Keller.

Él sonríe.

—Cariño, tú traes luz a mi vida. Antes de ti, solo había oscuridad, literalmente. Nunca he tenido familia, así que no sé lo que has tenido que soportar, pero no olvides jamás que me tienes a mí, princesa.

—Cuéntame cómo fue tu infancia —le pido, y noto que su cuerpo se tensa—. No lo hagas si no quieres, solo es que me gustaría saberlo —añado.

Él suspira, apoya la cabeza en mi coronilla y me aprieta más contra él.

—No puedo mentirte. Fue dura, sobre todo antes de conocer a Luca. Estaba perdido. Furioso. Enfadado con mis padres biológicos, con el mundo y conmigo mismo por no encontrar la manera de conseguir que una familia me quisiera lo bastante para quedarse conmigo. Entonces fue cuando me metí en las peleas callejeras. Era lo único que me hacía sentir vivo y además se me daba muy bien. Cuando cumplí catorce, hacía todo lo posible por pelear. Quería sentir el dolor para al menos sentir algo. —Inspira hondo, como si recordar el pasado le produjera un verdadero dolor físico—. Entonces conocí a Luca, un chico que era tan parecido a mí que se forjó entre nosotros un vínculo instantáneo. Nos cuidábamos el uno al otro y pusimos patas arriba la escena del boxeo clandestino. Nadie nos quería, así que pasábamos la mayoría de las noches en sitios abandonados, tras escaparnos de las casas de acogida, robando para sobrevivir. Al final apareció la señora Russo en nuestras vidas y nos metió en vereda. La única madre que he tenido. Vino demasiado tarde para librarme de mis demonios, pero me mantuvo con vida. Si no hubiera sido por Luca y ella, nunca habría llegado a profesional.

—Ay, Keller. —Suspiro y le acaricio la cara. Veo que está conteniendo las lágrimas—. Ojalá hubieras tenido una vida mejor. Ningún niño se merece pasar por eso. Pero has conseguido superarlo todo. Estoy muy orgullosa de ti. Mira todo lo que has logrado. Es increíble. Tú eres increíble.

Me mira con una sonrisa triste, como si no se creyera lo que le digo con total sinceridad. Le cojo la cara y le doy un beso en la nariz.

—Lo digo de verdad, Keller. Hay oscuridad, pero siempre hay luz también. Algún día te lo demostraré. Tal vez estábamos destinados a encontrarnos para sanar de nuestros pasados y crear algo impresionante.

—No lo dudo, cariño. Tú y yo somos inevitables.

Hasta ahora he llevado una vida que no tiene nada de normal. Cuando meto la última caja de pertenencias de Sienna en el SUV, la observo mientras baja corriendo el último tramo de escaleras, con el moño desaliñado rebotándole en la coronilla. Tengo que admitir que no me he sentido tan normal en mi vida.

Solo pensar en volver a casa todos los días y dormir acostado junto a ella me produce un sentimiento extraño en el pecho, algo cálido y confuso. Es una sensación completamente desconocida, pero no puedo mentir: me encanta. Si eso me convierte en un blandengue, me da igual.

Su sonrisa es contagiosa. Me hace querer hacer todo lo que esté en mi mano para que sonría. Amo esa sonrisa. Mierda. La amo a ella.

Amor. Joder, no sé ni cómo es ese sentimiento, pero apostaría todo el dinero que tengo a que es esto. ¿Por qué, si no, la sola idea de que ella me deje me hace sentir tan mal?

Sentado aquí, mirando por el parabrisas, no me puedo creer que le haya pedido que se case conmigo. Ella ha pensado que era broma, pero no lo era. Si encuentro una forma de hacerla mía para toda la eternidad, la llevaré a cabo cueste lo que cueste. El pánico que sentí cuando no la encontré después de la pelea hizo que me decidiera.

En cuanto acabé de felicitar a Luke, volví adonde había dejado a Sienna, pero encontré su asiento vacío. La llamé muchas veces, desesperado, pero el teléfono me mandaba directamente al buzón de voz. El corazón estaba a punto de salirse del pecho y regresé corriendo adonde estaba Grayson, a punto de dejarme llevar por el pánico.



—¡Joder! ¿Has visto a Sienna y a Maddie? ¡No están! —le grito, y llamo la atención del resto del grupo, que me mira como si estuviera loco.

¿Y si Jamie le ha hecho algo? Estoy empezando a temerme lo peor.

Grayson me agarra por los hombros y me sacude para que vuelva a la realidad.

—Mierda, Keller, cálmate. Le voy a mandar un mensaje a Maddie.

El miedo visceral me embarga y siento una gran desesperación por llevarla a casa, porque regrese a mi lado.

—Escucha, está bien. Han vuelto a casa —me dice con mucha calma, y me pone el teléfono delante de la cara para que vea el mensaje de Maddie.

Pero ¿qué coño...?



Así que me conformo con vivir juntos. Por ahora.

Ella ha establecido un periodo de prueba de un mes, suficiente para que Maddie vea cómo se las va a arreglar y encuentre otra compañera. De hecho, me ha preguntado a cuánto ascienden la mitad de mis facturas. Creo que no se da cuenta de cuánto dinero tengo. Mierda, incluso me estoy planteando comprarle a Maddie el apartamento para que Sienna deje de preocuparse. De hecho, ¿qué coño? Eso es justo lo que voy a hacer.

Solo quedan cuatro semanas para el combate de unificación; un mes y seré libre. En este momento me parece que todo está encajando de forma perfecta. Y la última pieza del puzle está a punto de encontrar su sitio. Pero no sé por qué, no puedo evitar la sensación de que todo está a punto de saltar por los aires.

—¿Todo bien? —pregunta Sienna examinándome la cara cuando se sienta a mi lado en el coche y me pone la mano en el muslo—. Oye, si has cambiado de opinión ahora que has visto todo lo que voy a llevar para llenar tu vida de cosas, dímelo. —Se revuelve en el asiento, incómoda.

Eso hace que centre la atención en lo que tengo delante. Quiero matar a todo el que haya hecho que esta bomba de mujer sienta que es menos de lo que merece, a quien le haya inducido a tener esos momentos de duda pasajera de que tal vez no la quiera en mi vida. No sabe lo que está diciendo.

Le levanto la barbilla con el dedo índice y acerco los labios a los suyos. Nunca en mi vida ninguna mujer había tenido tanto poder sobre mí. Pero con ella no puedo evitarlo, es lo que me provoca. Tal vez sean esos malditos cristales que ha guardado en las cajas.

—Mía —murmuro, y noto una sonrisa en sus labios.

Arranco el motor del Escalade, pongo la marcha y conduzco hasta casa. Es la primera vez que siento que de verdad tengo una.

—¡No me puedo creer que ahora viva aquí! —exclama, y levanta los brazos.

Tengo que reírme al verla y observarla. Le encanta el ático. La cara se le ilumina cuando está aquí, y eso me hace enamorarme de este sitio otra vez.

Cuatro agotadoras horas después, mi paleta de colores negra, blanca y gris ha dejado de existir. Todas las habitaciones tienen un toque propio de ella y la cama está cubierta de sus cojines rosas peludos. El único sitio que sigue intacto es mi cocina. Nuestra cocina. Algo que no es de extrañar, porque ya me ha dicho que ella es capaz de quemar cualquier cosa, incluso la pasta.

Ahora estamos tumbados en el sofá de cuero, ella con la cabeza apoyada en un cojín en mi regazo, viendo una serie nueva de misterio, mientras yo le acaricio despacio el pelo suave.

—No sé qué tipo de monstruo le puede quitar la vida a alguien sin el más mínimo remordimiento —comenta, y todo mi cuerpo se tensa. Es una suerte que no pueda verme la cara ahora mismo.

Está hablando de un monstruo como yo.

Esa frase me recuerda que esta felicidad no puede durar. No hay forma de que pueda amar a un monstruo como yo.

Respondo con un ruidito que no me compromete, cojo el mando y cambio a la primera película navideña que encuentro: *Love Actually*. El ruido de masticar palomitas se detiene y su cuerpo se estremece, como si estuviera haciendo todo lo posible por contener un sollozo. No tengo ni idea de qué ocurre.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Estás llorando?

Ella niega con la cabeza, que aún tiene en mi regazo, y se tapa la cara con las manos para que no la vea.

—Tranquila, no pasa nada. Sea lo que sea, puedes contármelo —susurro, y le aparto las manos de la cara.

—No, es una tontería. Estoy bien, de verdad.

Levanto su cuerpecito menudo y la coloco sobre mí, con una pierna a cada lado de mi cadera. Le cojo la cara entre las manos y veo que tiene los ojos rojos, llenos de lágrimas, y que sorbe por la nariz. Se le escapa una risita con la nariz taponada mientras intenta ocultarme sus sentimientos.

—No me importa si te parece una tontería. Dime qué es lo que te ha puesto así y deja que yo lo arregle —prometo, y le limpio una lágrima de la mejilla.

Ella suspira, derrotada, todavía evitando mi mirada.

—Es que lo paso muy mal con todo lo que tiene que ver con la Navidad. No recuerdo haberla celebrado nunca con mis padres, ni siquiera cuando aún estaban juntos. Los únicos recuerdos que tengo son de mi madre emborrachándose y rompiendo los regalos que me habían dado. Ahora, todos los años, la Navidad me recuerda lo solitaria que fue mi infancia y que no tengo familia. Aunque Maddie y su locura navideña me han ayudado mucho, sigo sin poder librarme de esa tristeza.

Mi pobre chica está tan rota como yo. Los dos tenemos un vacío dentro. Hasta que llegó la señora Russo yo, igual que Sienna, nunca había celebrado ni una Navidad ni un cumpleaños. Sé cómo es sentirse rechazado y poco querido. Yo elegí llenar ese vacío con la oscuridad. La señora Russo apareció demasiado tarde para salvarme de eso.

—Cariño, créeme, sé cómo te sientes. Yo esperaba todos los años que fuera diferente, que ese por fin tuviera una familia que me cuidara. Eso era lo único que quería por Navidad, sinceramente. Pero

nunca ocurrió. Ni siquiera cuando la señora Russo nos encontró, ya era demasiado tarde. Yo ya me había convertido en un monstruo.

—Ay, Keller, lo siento mucho. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes para ti. Joder, ojalá la vida hubiera sido diferente para los dos.

Entierro la cabeza en su cuello y respiro despacio varias veces para recuperar la compostura.

—Bueno, ¿y por qué no iniciamos nuestras propias tradiciones navideñas? ¿Y si nos sentamos todos los años a hacer un maratón de películas con palomitas? Me pondré un sombrero de Papá Noel si eso te hace feliz. Los dos hemos tenido infancias de mierda, pero tal vez juntos podamos olvidar todo eso, aunque solo sea por un tiempo.

En sus labios aparece una sonrisa y une su nariz con la mía.

—¿Lo harías por mí?

—Haría cualquier cosa por ti, cariño. Te prometo que este año vas a tener una Navidad que te haga sonreír. Y así serán todas las que vengan después también. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

No tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Lo único que sé es que quiero hacer todo lo que haga falta para conseguir que mi diosa sonría.

—Por ahora, si quieres ver esta película, será mejor que apartes tu entrepierna de la mía, porque si no te advierto que no vamos a ver nada.

Se sonroja y suelta una risita. Se levanta de mi regazo, coge las palomitas que había dejado en el suelo y va a sentarse en el otro extremo del sofá. Veo un brillo travieso en sus ojos cuando mete la mano en la caja y empieza a tirarme palomitas a la cabeza. Su risa alegre resuena en el salón.

Yo me río también y niego con la cabeza. Cojo una palomita que tengo en el regazo y me meto esa bolita con sabor a mantequilla en la boca. «¿Quién es capaz de comer esta mierda empalagosa?».

—Vale, conque a esto es a lo que quieres jugar, ¿eh? —contesto; me tiro hacia el otro lado del sofá y la atrapo bajo mi cuerpo. Ella se revuelve para zafarse y le caen lágrimas de la risa por la cara mientras estalla en carcajadas. Le hago cosquillas en los costados. La escena es tan divertida que yo tampoco puedo parar de reír. Nos estamos comportando como niños, pero nunca he estado más feliz.

—¡Keller, por favor! ¡Para, Dios mío, me duele la tripa! —consigue decir en medio de un ataque de risa.

Acerco los labios para besar esa boca que sabe a palomitas, le muerdo el labio inferior y la miro con una sonrisa. Pero de repente me vibra el teléfono en el bolsillo y eso me saca de ese aturdimiento romántico. Lo cojo y veo el nombre de Luca en la pantalla. A regañadientes me aparto de Sienna y le doy un besito en la frente.

—No tardo, cariño. Tengo que cogerlo —le digo, y pulso la tecla para responder mientras voy hacia mi despacho—. Luca —saludo a mi hermano.

—Keller, ¿puedes hablar?

Oigo el chasquido de la puerta al cerrarse y voy hasta la silla reclinable. Al hacerlo veo un nuevo sobre blanco colocado en medio de mi mesa de roble oscuro.

—Sí, estoy en mi despacho.

—Tenemos un problema, hermano.

Mierda.

—Los Falcone no ceden. A pesar de que Carlo se ha negado a venderles más drogas, han hecho un intento de atacar nuestro puerto. Uno muy mal planeado, tengo que decir, pero lo han intentado.

—Vale, ¿quieres que me ocupe de ellos? —Me rasco la barba incipiente de la mandíbula.

—No —responde enseguida—. Hay más.

—Pues cuéntamelo todo, Luca —exijo con los dientes apretados. Estoy empezando a perder la paciencia.

—Mandé a Rico a vigilar la mansión de Marco Falcone anoche, para ver si alguno de los nuestros estaba trabajando con ellos. Y no te lo vas a creer: vio al ex de Sienna aparecer, meter el código de seguridad en las puertas y pasar por delante de los guardas tan tranquilo. Estuvo dentro dos horas y se fue con las manos vacías.

Me quedo callado mientras mi cerebro analiza la información.

¿Qué coño estaría haciendo Jamie con la mafia? No me parece alguien que pudiera resultarles útil.

—¿Has descubierto algo sobre él? —pregunto.

—Nada raro todavía. Un historial limpio. El típico abogado corporativo estadounidense. Pero hay algo que se nos escapa.

Es evidente que sí.

—Que los chicos sigan indagando. Necesitamos saberlo todo. No puedo permitir que se mezcle con los Falcone y ponga en peligro a Sienna.

—Tienes mi palabra. La protegeremos, cueste lo que cueste. Pongo a los chicos a ello ahora mismo y ya te aviso cuando haya alguna novedad. Mientras, ten vigilada a Sienna. Por si hay algo importante de su ex que no sabemos. Mi instinto me dice que aquí hay algo raro, solo tenemos que descubrir qué es.

—De acuerdo.

Esta nueva información no deja de darme vueltas en la cabeza. Pero sé que necesito mantenerme alerta para proteger a Sienna.

—La señora Russo viene a cenar esta noche.

—¿Ah, sí? —pregunta.

—Para conocer a Sienna. Sé que tú la has visto ya un par de veces, pero me gustaría que la conocieras mejor, preferiblemente cuando yo tenga la polla metida en los pantalones —digo riendo.

—Claro, pues iré. Será mejor que no te la saques de ahí mientras yo esté en tu casa o te vas a enterar —amenaza con tono divertido.

—¿Y qué me vas a hacer?

Una risa grave se oye al otro lado de la línea.

—Tú ponme a prueba, hermano.

Como me puede la curiosidad, me apoyo el teléfono en el hombro, voy hasta la mesa y cojo el sobre. Saco el contenido y me encuentro con una foto de veinte por veinticinco centímetros de Sienna y yo besándonos en el combate. Hay dibujada una gran X roja sobre la cara de Sienna.

«Pero ¿qué coño...?».

—Keller, ¿estás ahí?

—Joder, Luca, espera un momento.

También hay algo escrito con un grueso rotulador negro:

TIENES UNA DEBILIDAD.

SIENNA ANDERSON.

Dejo caer el papel sobre la mesa, agarro la silla de oficina y la tiro al otro lado de la habitación. Al estrellarse contra la pared, destroza unos cuadros enmarcados, que caen al suelo hechos pedazos.

—¡Keller! ¿Qué demonios pasa?

Cuando recupero el aliento, me froto la cara con las manos y mi barba de un día me araña las palmas. Después me agacho para coger el teléfono que he dejado caer al suelo. Noto el calor creciendo en mi pecho y el corazón acelerado.

—Saben quién es ella, Luca. Lo saben, joder, y también lo que significa para mí. —Estoy lleno de furia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me han enviado una foto de nosotros besándonos en la pelea con una equis roja sobre su cara. Saben quién soy.

—¡Joder! —exclama Luca.

Eso mismo digo yo.

—No hagas ninguna estupidez, Keller. Contén a la bestia hasta que tengamos un plan. Y no dejes sola a Sienna.

—Hasta ahí llegaba yo solo, Luca —replico.

—Cálmate, Keller. Alertaré a mis hombres y te veremos en el ático. Estaremos allí dentro de treinta minutos. Mientras, mantén la cabeza fría, ¿vale?

Estoy agarrando el teléfono con todas mis fuerzas. Siento que la furia está ganando la batalla.

—Háblame, Keller. No pierdas el control. Ahora no. Sienna está ahí contigo.

Sus palabras me hacen volver a la realidad. Sienna.

—Vale.

Es lo único que puedo decir ahora mismo. Cuelgo y vuelvo a la luz, a la única persona capaz de darme calma y controlar al monstruo: mi diosa.

Cuando entro en el salón, veo asomar su cabeza por encima del respaldo del sofá. Sus enormes ojos azules consiguen que se me baje la tensión al instante. Me recuerdo que ella está aquí, es mía y está a salvo.

Me dejo caer en el sofá de cuero y doy unas palmaditas en mi regazo. Ella se coloca ahí a horcajadas sin vacilar. Yo entierro la cabeza en su cuello e inhalo con fuerza para disfrutar de su olor dulce. Su efecto es mejor que el de ninguna droga del planeta. Ella se echa atrás, me pone las palmas suaves en las mejillas y me gira la cara para que la mire. Me estudia atentamente y levanta una ceja.

—¿Va todo bien, campeón? He oído que se rompía un cristal y tienes esa mirada, que parece que quieras matar a alguien.

Suelto una carcajada involuntaria. Ha dado justo en el clavo, pero no es consciente de la verdad que hay en sus palabras.

Acerco la nariz a la suya y nuestras frentes se unen. No quiero que mire dentro de mí y vea al monstruo que está a punto de explotar y salir a la superficie.

—Todo se arreglará, te lo prometo —me dice ella.

Suelto un suspiro de irritación. Es ahora o nunca. Luca y sus hombres, la bendita mafia, vienen de camino al ático, así que tengo que darle alguna explicación.

—Cuéntamelo, Keller, por favor —me pide con ojos suplicantes.

—Alguien te ha amenazado. Pero tienes que confiar en mí cuando te digo que nadie te va a tocar ni un pelo de la cabeza.

Ella se tensa y me mira fijamente con expresión preocupada.

—¿Qué tipo de amenaza, Keller? ¿Ha sido Jamie? —murmura con voz temblorosa.

—Ahora mismo no lo sé. Luca y sus hombres vienen de camino. Sabré más cuando lleguen.

—¿Luca y sus hombres? Pero ¿qué es, el cabecilla de una banda o algo así? —pregunta en broma, aunque quiere una respuesta.

Yo me quedo callado. Pero no puedo mentirle.

—Es el capo de la mafia, cariño.

—No digas tonterías, Keller. ¿Cómo va a ser tu hermano de la mafia? —dice sarcástica.

—No podría hablar más en serio, Sienna. Él es el líder de la mayor organización mafiosa de Nueva York. Te prometo que nunca te hará daño. De hecho, viene para ayudarme a protegerte.

Frunce el ceño mientras analiza esa información. Está sentada en el regazo de alguien que es la mano derecha y sicario particular del

líder de la mafia. Pero no le voy a revelar ese detalle hoy, y no sé si lo haré alguna vez.

—Entonces me estás diciendo que el jefe de una organización despiadada que asesina a gente va a venir aquí ahora, pero que no me va a hacer nada. Ya.

—No voy a dejar jamás que nadie, absolutamente nadie, te haga daño, Sienna. Lo sabes. Ya te he dicho que no soy un santo, tampoco he fingido serlo. Ahora mismo lo único que me importa es mantenerte a salvo, ¿vale, cariño?

Joder, necesito que lo entienda.

—Está bien, confío en ti. ¿Estás seguro de que estás bien? —vuelve a preguntar, y me da un beso suave en los labios. Mi cuerpo se relaja un poco con su contacto.

Sienna confía en mí.

Abrazo su cuerpo delicado con fuerza para recordarme que es mía. La mayoría de las mujeres huirían lo más lejos posible al enterarse de algo así, pero la mía no. Lo que está es preocupada por mí. Nunca nadie se había preocupado por cómo estoy. Jamás he sentido este tipo de amor.

—¿Qué vas a hacer con esa amenaza? —pregunta contra mi pecho. Su voz se oye ahogada.

«Cazar a todos y cada uno de los Falcone y rebanarles el cuello», pienso cuando oigo el pitido del ascensor.

—Voy a hacer pasar a los chicos al despacho y te presentaré a Luca. No te olvides de que, por encima de todo, es un buen hombre y mi hermano. Hará lo que sea necesario para protegerte.

De verdad que espero que lo entienda.

Ella asiente, se baja de mi regazo y me tiende la mano para ayudarme a levantarme del sofá. Yo me parto de risa. Si tirara de ella, Sienna acabaría cayendo encima de mí otra vez. Es fuerte para

tener ese cuerpo tan menudo, pero dudo que pueda levantar mis más de cien kilos. Aun así, le cojo la mano y levanto todo mi peso gracias a la fuerza de mis glúteos. Vamos los dos hacia el ascensor justo cuando llega Luca, que me mira a los ojos y asiente.

Que ella me apoye y esté preocupada por mí me produce sentimientos profundos en el pecho.

Nos apartamos a un lado para que entren seis hombres de Luca, todos vestidos con trajes negros y mocasines de cuero, y con el característico pelo peinado hacia atrás. Luca debe de haberles avisado de que no hablen conmigo delante de Sienna, porque se quedan de pie, impassibles y con las caras inescrutables.

Excepto uno, que no aparta los ojos de Sienna. Él no ha entendido la situación. No lo reconozco. Siempre me muevo entre las sombras, pero conozco a los hombres de Luca. Su mirada recorre todo el cuerpo de Sienna deteniéndose unos segundos de más en las tetas.

Se me dispara el instinto protector.

—A la oficina, ¡ya! —bramo.

Los hombres de Luca abren los ojos como platos antes de desaparecer de mi vista. El capullo me mira con una sonrisita antes de irse. De repente, mi espíritu posesivo me puede. Me vuelvo hacia Sienna y le levanto la barbilla con el índice.

—Confía en mí, ¿vale? —le pido.

Ella responde con un asentimiento.

Entonces me doy la vuelta, voy hasta donde está ese capullo y lo detengo en seco. Lo agarro por la garganta con una mano. Él abre mucho los ojos por la sorpresa mientras le aprieto la tráquea.

—Si te vuelvo a ver mirar en su dirección, te rajo el cuello y te dejo desangrándote en el suelo. Fuera de mi vista. —Mi voz destila violencia.

Esboza una sonrisita de nuevo y asiente. Lo suelto y lo aparto de un empujón. Él me esquivo para seguir al resto de los hombres. Me giro hacia Sienna, que continúa donde la he dejado, mirándonos alternativamente a Luca y a mí con una ceja levantada.

La risa de Luca interrumpe el silencio.

—Siempre ha sido igual de impulsivo —comenta señalándome y guiñándole un ojo a Sienna.

—¿De qué vas? —digo con el ceño fruncido.

Luca se acerca a ella y le tiende la mano. Ella se la coge y él se la lleva a los labios para darle un beso rápido.

—Disculpa todo esto. Soy Luca Russo. Me alegro de conocerte formalmente por fin y de poder hablar con la mujer que ha domado a la bestia. —Me mira a mí y me guiña un ojo también.

Uy, no sabe hasta qué punto.

Ella le sonríe y le suelta la mano en cuanto puede, sin apartar los ojos de mí.

Buena chica.

—Yo también me alegro de conocerte, Luca —dice con dulzura. No hay ni un gramo de miedo en su voz.

Le doy una palmada a Luca en el hombro y recupero el habla.

—Bien, vamos al despacho antes de que esos gilipollas empiecen a pelearse. —Luca asiente y echa a andar.

Me acerco a Sienna y agacho la cabeza para hablarle.

—Gracias, cariño. Gracias por confiar en mí —susurro.

Ella se pone de puntillas y me da un beso lento. Joder, da igual dónde estemos, siempre tiene el mismo efecto sobre mí.

—Quédate en el salón. No tardaré. Después podemos volver a concentrarnos en cosas más divertidas —aseguro con un guiño.

—Estaré preparada y esperándote —contesta con una sonrisa tentadora. Tras otro beso rápido, la dejo a regañadientes y voy al

despacho.

Los añicos de cristal crujen bajo mis pies cuando entro. Luca está sentado en la silla, que se encuentra de nuevo detrás de la mesa.

—Veo que ha habido un pequeño incidente aquí, Keller —dice sonriendo.

—Era desahogarme con eso o con los Falcone, así que la silla se ha llevado la peor parte. Por ahora.

Luca carraspea, coge la foto en la que estamos Sienna y yo, hace una bola y la tira a la papelera.

—Keller, tengo un plan. No puedo ponerte en peligro antes del combate. No voy a permitir que pierdas la cabeza y hagas más mal que bien, tanto a ti, como a Sienna y a nosotros. Estamos vigilando de cerca a Jamie y a los Falcone. Son un grupo débil. Aprovecharemos eso y acabaremos con ellos. Mientras, Enzo vigilará a Sienna cuando tú no estés con ella —dice señalando al capullo que antes ha mirado demasiado a mi chica.

Aprieto los puños.

—Ni de coña, Luca.

Paso por delante de los hombres y me pongo a mirar por la ventana el horizonte de Nueva York para intentar calmar la rabia que acumulo. Normalmente cuando hago eso me siento poderoso, como si fuera capaz de conquistar el mundo. Pero hoy no me sirve. Parece que solo soy un mero espectador mientras el mundo pasa por delante de mí. Sé que Luca tiene razón y que no puedo arriesgarme. Saben quién soy; me han quitado la máscara. Imágenes de Sienna llenan mi cerebro. Y entonces sé al instante lo que tengo que hacer. Todo lo que haga de hoy en adelante es por ella y por nuestro futuro.

Todos guardan silencio. El único ruido que se oye son los irritantes golpecitos que da Luca con su mechero Zippo en la mesa.

—Vale —acepto—. Pero quiero dos hombres protegiendo a Sienna, y te aseguro que ninguno va a ser ese imbécil —digo señalando al idiota que se ha atrevido a mirar así a Sienna, a quien fulmino con la mirada. Él ni se inmuta. Tal vez no sea tan imbécil como parecía.

—Enzo se queda. Tiene el mejor servicio de seguridad del país. Te doy mi palabra. ¡Enzo! —grita Luca. El hombre mira a Luca y asiente despacio—. Que no se te ocurra volver a mirar a la mujer de Keller otra vez, o no podré evitar que te mate, ¿está claro? —advierte intentando mantener la expresión impassible.

—Entendido —responde, y me mira y asiente.

Resoplo y asiento también. A la mierda. Como no voy a separarme de ella hasta que esto acabe, acepto. Por ahora.

—Vale, decidido, Keller. Confío en que lo tienes todo controlado aquí. No voy a poder venir a cenar... Tengo cosas que hacer, guerras que empezar, ya sabes. Te dejo a Enzo apostado en el edificio y te enviaré a Nico. Hablamos luego.

Y dicho eso se levanta, me pone una mano en el hombro, me da un apretón y sale del despacho. Sus hombres lo siguen y me quedo lleno de rabia en medio de un despacho cubierto de cristales rotos. Vuelvo a la ventana y contemplo la puesta de sol tras los edificios. Pero no veo los colores, porque ya todo en mí es oscuridad.

Un suave golpe en la puerta llama mi atención y me giro. Sienna asoma la cabeza por una rendija.

—¿Puedo entrar? —pregunta con voz suave.

—Sí, cariño. —La realidad se impone—. Mierda, ten cuidado con los cristales.

Doy un salto para llegar a la puerta antes de que ella entre. La abro del todo, la cojo por las axilas y ella me rodea con las piernas. No hace falta que diga nada. Me calmo solo con sentir su corazón contra mi pecho.

—Sienna. —Suspiro.

—Calla —murmura, y me pone el índice sobre los labios.

En los veintinueve años que llevo en este mundo, nadie ha tenido agallas suficientes para mandarme callar. Y ahora ella, una diosa en la vida real, enroscada alrededor de mí como una serpiente, me dice tan tranquila que cierre la boca.

No sé cómo he llegado a este punto, pero estoy encantado de que así sea. Veo un brillo travieso en sus ojos y que sonrío.

Mi diosa cachonda ha venido a buscarme para jugar.

Me conoce demasiado bien.

Prefiero estar hundido en su dulce interior a andar por ahí cortando cuellos de los Falcone.

—Te conozco, Keller. Follamos ahora y hablamos después —me susurra al oído.

No sé si es por cómo me entiende o porque estoy totalmente loco por ella, pero de repente se despiertan todos los nervios de mi cuerpo. Es difícil contener la necesidad primitiva de empotrarla contra la pared y penetrarla hasta que se nos olvide todo lo demás. Pero vacilo, porque quiero darle más, mucho más que un polvo. Quiero dárselo todo.

Le agarro el labio inferior entre los dientes, se lo muerdo y me la noto apretada en los pantalones.

—Quiero que tú tengas el control ahora, cariño. Estoy a tu merced, mi reina. Haz lo que quieras conmigo. Disfruta.

Ella es sumisa por naturaleza, pero su lado más salvaje me dice que tiene algo más, algo que puedo despertar. ¿Y qué mejor forma de demostrarle que es mi dueña que entregándole todo mi ser para que haga lo que quiera con él?

Sienna

Una chispa se enciende dentro de mí al oírlo.

Control total.

Este hombre poderoso está dispuesto a cederme lo que más necesita. El control.

—¿Vas a hacer todo lo que te diga?

—Todo —confirma.

Dudo un segundo. ¿Puedo hacerlo? ¿Puedo ejercer el control?

—Tú tienes todo el poder aquí, cariño. Siempre lo has tenido. Ahora asúmelo y enséñame lo que tienes dentro. Libera tus deseos.

Joder.

Estoy tan excitada ahora mismo que casi no puedo pensar.

—Vale.

Él me lleva al dormitorio, abre la puerta de una patada y me deja en el suelo. Tiene una sonrisa de oreja a oreja. Este hombre nunca deja de sorprenderme.

—A la cama. —Hago un esfuerzo por sonar firme, pero estoy temblando con una mezcla de emoción y nervios.

Él obedece. Va hacia la cama y se gira para sentarse en el borde.

—¡Espera! —Me asalta el pánico y grito.

Él se detiene enseguida.

—Necesito que me quites la ropa —digo mordiéndome el pulgar.

Él no me hace esperar. Se acerca y me baja despacio los *leggings*. Levanto los brazos y me quita el jersey. Cuando mi cabeza sale de la prenda, me encuentro su cara con una gran sonrisa.

—Ahora tú —continúo.

Él se arranca la ropa, la deja tirada en el suelo y se vuelve. Su espalda musculosa tatuada y su trasero firme y apretado me tientan mientras lo veo caminar hacia la cama. Da un salto para tirarse bocarriba sobre el colchón con los brazos abiertos.

Ya tiene una buena erección y se ven sobresalir las venas en su pene. También me doy cuenta de que hay unas gotitas de semen en la punta. Me relamo.

—No puedes tocarme, en ninguna parte, hasta que yo te lo diga —ordeno intentando poner el tono más autoritario que puedo.

Él gruñe y asiente, clavando los dedos en el edredón. Ya lo está pasando mal. Empiezo a disfrutar de ese poder.

—Necesito algo para taparte los ojos.

—Una corbata. Hay muchas en el armario —dice con los dientes apretados.

Cojo la primera corbata negra que encuentro y acaricio el material sedoso entre los dedos. Keller sigue en la cama y su pecho sube y baja rápido mientras me espera. Vuelvo a su lado, me pongo a horcajadas sobre él y rozo intencionadamente mi sexo empapado contra su miembro. Solo ese leve contacto me provoca oleadas de placer.

—Levanta la cabeza.

Sus ojos, casi negros en este momento, se encuentran con los míos y veo que se está mordiendo el labio inferior con tanta fuerza que me sorprende que no se haya hecho sangre. Le tapo los ojos con la corbata y le doy un beso breve en los labios.

—Dios, cariño, te falta muy poco para acabar conmigo —dice con voz ronca.

Yo sonrío.

Voy bajando por su cuerpo perfecto, dándole besos por el camino. Le beso también todos y cada uno de sus durísimos abdominales. Hasta que llego al tatuaje que dice «Propiedad de Sienna». No puedo evitar ronronear por lo orgullosa que estoy de su gesto. Me pone muchísimo ver mi nombre escrito ahí con tinta negra.

Es mío. Me encanta.

Lamo despacio la piel que hay justo encima del tatuaje. Él sabe lo que estoy haciendo y un profundo gemido resuena en la habitación. Desciendo un poco más despacio, me pongo de rodillas entre sus piernas y noto como su miembro late bajo mi mano. Le doy un lametón a las gotitas que hay en la punta y todo su cuerpo vibra.

—Joder —murmura, y yo vuelvo a sonreír.

Cuando me lo meto entre los labios, su sabor salado me llena la boca y choca con el fondo de mi garganta. Lo envuelvo con la lengua y empiezo a subir y bajar. Cierro los ojos y siento el placer que va creciendo dentro de mí. No puedo evitar que se me escapen unos gemidos amortiguados mientras disfruto de tener la boca llenísima con él.

Cuando empiezo a acariciarle los testículos, él se pone a subir y bajar las caderas para acompañar mi movimiento. Lo empujo con fuerza hacia abajo para indicarle que pare. Este momento es solo mío. Tengo sus testículos en la mano y sé que está cerca. Su respiración es muy rápida y lo siento palpar dentro de mi boca.

Con una última succión, me aparto y me bajo de la cama. Veo que tiene los nudillos blancos por el esfuerzo de controlarse. Es una imagen perfecta, pero yo también necesito liberación.

Tengo una idea.

Vuelvo a colocarme sobre él a cuatro patas hasta que le rozo la cara con los pechos y sigo subiendo hasta que me quedo sentada, con mi sexo justo sobre su boca.

—Cariño, por favor —suplica, y empuja la cabeza contra la cama para intentar llegar hasta mí.

No puedo evitar soltar una risita al verlo. Bajo despacio hasta pegarme a su cara, apoyando el peso en los antebrazos para no asfixiar al hombre con los ojos vendados y lleno de deseo que tengo debajo.

Su lengua conecta inmediatamente con mi clítoris y todo mi cuerpo se estremece de intenso placer. Suelto un gemido en respuesta. Joder, incluso a ciegas es capaz de encontrar mi clítoris. Es perfecto.

Me lame como un loco, como un muerto de hambre. Me muevo sobre su boca para seguir el ritmo de su lengua y los dedos de los pies se me encogen mientras se me sube la sangre a la cabeza.

—Siéntate en mi cara, cariño. Necesito más. Pégate a mi cara. No me importa si me asfixias.

Eso enciende la llama y me hace perder el control. Lo necesito. Así que bajo el trasero todo lo que puedo hasta que su nariz queda encerrada en la zona del pubis y empieza a succionar y morderme. Pongo los ojos en blanco mientras él me devora como si fuera su última comida.

—Méteme los dedos —pido entre gemidos.

Me queda muy poco y solo necesito una pequeña ayuda para liberarme. Noto dos dedos entrar en mi interior y no necesito más. Tengo un orgasmo como no he tenido jamás. Casi ni veo mientras sigo moviéndome contra su cara y sus dedos, disfrutando completamente del placer que me ha incendiado por dentro. Me

inclino hacia delante, para dejarle un poco de espacio para respirar mientras yo recupero el aliento, jadeando encima de él.

—Joder, ha sido perfecto.

Me tiemblan las extremidades cuando me deslizo sobre su cuerpo y le quito la venda. Quiero verlo entero. Sus ojos me atraviesan y me llegan al corazón. En ellos hay puro amor. No puedo evitarlo, así que pego mi boca a la suya y noto mi dulce sabor, que todavía le empapa los labios. Mientras tanto, no paro de frotar mi sexo contra su erección.

—Deja que te folle, cariño. Ya no puedo más. —El dolor de su voz hace que casi sienta pena por él.

Me incorporo y él cierra los ojos con fuerza. Le coloco la punta en mi entrada y voy bajando sobre él, que me llena del todo mientras mis paredes se expanden para recibirlo. Noto que me llena por completo. Suelto una exclamación por la sensación; todavía está todo muy sensible por mi último orgasmo.

—Joder —dice él, y su boca busca la mía.

—Quiero que me aprietes la garganta —pido.

Sus ojos se encuentran con los míos y me mira con una ceja levantada. Sigo subiendo y bajando despacio, cabalgando sobre su miembro, mientras él me observa con la boca abierta.

—No solo eso. Lo único que quiero sentir es a ti dentro de mí, cómo me tienes y me posees. Desconéctame el cerebro para que no haya nada más que tú. ¿Puedes hacerlo por mí?

Noto que se me forma un nudo en el estómago mientras espero su respuesta. Cuando se lo propuse a Jamie, no reaccionó bien.

—Joder, sí. Joder. —Se pasa una mano por la cara con fuerza.

Yo me sonrojo.

—Si es demasiado o te parece que te vas a desmayar, dame un golpe en el pecho, ¿vale?

—Sí —respondo con total confianza.

Me pone la mano en el cuello y me acaricia las clavículas antes de rodearme la garganta y apretar. Mi cuerpo reacciona intentando respirar por la boca. Pero el aire no me llega a los pulmones y abro mucho los ojos. Todo mi cuerpo me pide aire a gritos. Él acelera el ritmo de las embestidas, que ahora son casi violentas. La sangre me retumba en los oídos cuando él aprieta más.

—Relájate, cariño —me susurra al oído.

El sonido calmante de su voz hace que los músculos se me relajen un poco y el pánico se reduzca. Él afloja la presión.

—Respira un poco, princesa —murmura.

Lo hago, y un poco de oxígeno me llega a los pulmones. Pero en cuanto su mano me vuelve a apretar no siento nada más que su sexo golpeándome en el sitio adecuado y la mano que me oprime la tráquea. Estoy en equilibrio entre las dos sensaciones, luchando porque una supere a la otra.

Su mano encuentra mi clítoris y le da un buen pellizco. La electricidad me recorre las venas y creo que estoy en plena sobrecarga sensorial. Mis pulmones suplican aire. Le agarro la mano que tiene en mi cuello. Necesito aire. Es demasiado. Estoy a punto de correrme y desmayarme al mismo tiempo. Joder.

La presión de mi cuello desaparece y caigo hacia delante, boqueando para respirar. Keller me da un beso suave junto a los labios y me aprieta las nalgas con las manos, tirando de ellas hacia él mientras sigue embistiéndome.

—Córrete para mí.

Esas palabras me desencadenan el orgasmo. Todo se vuelve negro y veo las estrellas. Keller suelta una maldición junto a mi oído y da la embestida definitiva. Un líquido caliente rebosa de mi interior y

resbala por mis muslos. Mi respiración es errática. Me arden los pulmones. Qué digo los pulmones, todo el cuerpo.

—Cariño, mírame.

Tenemos los cuerpos sudorosos pegados. Le miro a los ojos y lo veo preocupado. Me está observando para ver si estoy bien.

—Ha sido perfecto, gracias —digo con una sonrisa.

Él me aparta un mechón de pelo de la cara y me pone la mano en la mejilla.

—Tú sí que eres perfecta. Eso es lo más excitante que he experimentado en mi vida. Estoy sin palabras.

Yo me río, le doy un beso y me quedo tumbada encima de él, porque no quiero interrumpir ese momento.

*Sienna**Tres semanas después*

Los rayos del sol se cuelan por la ventana e iluminan el dormitorio. Ya llevo viviendo con Keller casi un maravilloso mes entero. Sonrío cuando pienso en lo segura, amada y satisfecha que me siento en todos los aspectos de mi vida.

Presentar la dimisión en el bufete ha sido un momento especialmente grato. Otra cosa que tengo que agradecerle a Keller. David está cabreado porque ya no me va a tener allí a diario para distraerlo, pero también contento de que pueda hacer realidad mi sueño, algo que no habría sido posible sin Keller y la larga lista de cosas que ha hecho para que sea feliz.

Primero, compró el apartamento de Maddie para que ya no tuviera que preocuparme de que ella encontrara una nueva compañera o, según sus palabras, de que «tuviera que convivir con algún bicho raro». Además, hizo una donación considerable a la organización benéfica de Paula. Eso le proporcionó más presupuesto para organizar actividades para los niños, y para llevarlo todo a cabo necesitaba otro par de manos a jornada completa y con trabajo remunerado.

Cuando me llamó, estaba emocionadísima, y me ofreció el puesto de directora de actividades. Solo dudé porque el sueldo era mucho

más bajo que el que ganaba en el bufete. Pero Keller, que es como es, me aseguró, a pesar de mis reservas, que tiene suficiente dinero para vivir diez vidas. Y además ahora ya no necesito dinero para pagar la mitad del alquiler del apartamento de Maddie, y él tampoco acepta que le dé nada por vivir con él. Sé que si lo necesito siempre tendré una habitación en el piso de Maddie. Aunque no tengo intención de dejar a Keller. Ni por un segundo.

Nuestra conexión crece cada día. Creo que puedo decir que incluso he disfrutado de las Navidades este año. Keller mantuvo su promesa. Invitamos a Maddie, a Grayson, a Luca y a la señora Russo a la cena de Navidad. La señora Russo es la mujer más maravillosa y con el corazón más grande que he conocido. Sus ojos se iluminan cuando habla con Keller y Luca, y ellos están siempre pendientes de ella. Al verlos interactuar, nadie adivinaría que no son parientes de sangre.

Luca ha empezado a caerme bien. Hay más cosas en su interior que lo que se ve desde fuera, como ocurre con Keller. Los dos muestran un exterior duro que no es más que una máscara, pero en el fondo tienen el corazón de oro. Hay luz tras su oscuridad. Solo necesitan algo que logre sacarla al exterior, como cuando están con la señora Russo.

¿Me encanta el hecho de que el hermano de Keller sea un capo de la mafia? Pues no. Pero yo no soy quién para juzgar. Gracias a Keller y Luca, nunca me he sentido más segura y más parte de una familia. Tal vez debería echar a correr sin mirar atrás, pero mi instinto me dice que este es mi sitio.

Maddie y Grayson se pasaron todo el rato metiéndose el uno con el otro, con la consecuencia de que ella siempre acababa roja y él con una sonrisa burlona, o simplemente ignorándose. Habría que verlos cuando la llevó a casa. Ojalá se acostaran de una vez para

terminar con tanta tontería. Todo el mundo tiene más que claro que hay química entre los dos, pero ellos no lo admiten.

El día de Navidad estuvo lleno de comida fantástica, risas y familia. Fue perfecto. Todo estaba encajando, salvo por esos detallitos insignificantes de la amenaza de muerte y de Jamie. Keller no revela gran cosa, solo me dice que me protegerá con su vida y que se está ocupando de ello. Y lo cierto es que confío en él. Todavía no me ha dado razones para no hacerlo, y sé que nadie debería cabrear a Keller y a Luca. Soy consciente de que hay algo más que me está ocultando, pero lo dejo todo en sus manos y ya me contará la verdad cuando lo crea conveniente.

Tal vez mi pensamiento está nublado por el gran amor y la adoración que siento por ese hombre.

Solo me queda una semana más en el trabajo. Después nos iremos a Las Vegas para el combate de unificación de Keller. Entrena todos los días religiosamente, o en el King's Gym o en el gimnasio que tiene en casa. Los días que yo trabajo desde casa él prefiere entrenar allí también, así que tengo unas vistas impresionantes en horario laboral. En el poco tiempo que ha pasado desde que nos conocemos juraría que tiene los músculos aún más definidos. Se le ve más grande y más fuerte, si es que eso es posible. Estamos llevando una dieta alta en proteínas muy estricta, aunque él come cuatro veces más que yo; es impresionante la cantidad de comida que ingiere antes de un combate.

Ha empezado a darme lecciones de defensa personal de vez en cuando, pero suelen acabar conmigo tirada en la colchoneta y él penetrándome hasta que se me olvida todo lo que me rodea. Así acaban también la mayoría de las noches. La Sienna que solo podía tener un orgasmo ya no existe. Ahora tengo por lo menos cinco. Son extraordinarias las cosas que este hombre, mi hombre, puede hacer

con los dedos, la lengua y el pene. Y también es increíble que te empotren contra unos ventanales que van del suelo al techo en un piso ochenta y seis con el horizonte iluminado de Nueva York de fondo. Es un sueño. Pero no puedo evitar la sensación de que algún día me voy a despertar y me daré cuenta de que es solo eso: una fantasía.

Keller se revuelve a mi lado. A pesar de que tenemos la cama más grande en la que he dormido en mi vida, él no se separa de mí en toda la noche. Ahora me está dibujando delicados círculos en el abdomen con un dedo, y yo me retuerzo porque me hace cosquillas. Al moverme, le rozo la erección con el culo y se me pone toda la piel de gallina.

—Buenos días, cariño —murmura contra mi espalda con su voz profunda y áspera.

—Buenos días —respondo con una sonrisa, y me acurruco mejor contra él.

—Me encanta despertarme con la polla pegada a tu culo.

Él gruñe y me da besitos entre los omóplatos. Su barba incipiente me araña la piel. Se me escapa un leve gemido y echo atrás la cabeza para apoyarla en su hombro musculoso.

—¿No quieres decir que te gusta despertarte a mi lado? Espero ser para ti algo más que un buen culo. —Intento mantener el tono neutro. Él no me ve la cara, pero estoy haciendo un verdadero esfuerzo para contener la risa.

—Si no sabes la respuesta a esa pregunta ya, es que no lo estoy haciendo bien. —Suspira.

A veces se me olvida que, bajo su exterior de piedra, debajo de la máscara que lleva, hay un alma perdida, un hombre al que nunca ha querido nadie. Yo he tenido una familia de mierda y una sucesión de novios horribles, pero Keller no ha tenido nada, ni unos padres

horribles. No quiero ni pensar en las cosas que ha necesitado hacer para sobrevivir y convertirse en el hombre que es hoy, que tiene todo lo que merece y más.

Me giro para mirarlo.

—Lo eres todo —le digo, y le agarro la cara entre las manos. Veo una sonrisa en sus labios—. Mi campeón. Mi rey. Mi todo. Siempre —susurro, y lo beso en los labios, transmitiéndole todo mi amor de esa forma.

Él se aparta y mira en el fondo de mi alma con sus ojos oscuros.

—Mi diosa. Mi reina. Mi mundo. Siempre.

—Te quiero, Keller. —Se me escapan las palabras sin darme cuenta.

Enseguida aprieto los labios. Las he tenido en la punta de la lengua durante semanas. Pero no soportaría un rechazo. Él ya me ha dicho que no puede darme un final de cuento de hadas. ¿Cómo podría corresponderme?

Pasan unos segundos que me parecen toda una vida. Su expresión es inescrutable.

Noto que se me llenan los ojos de lágrimas porque sé que me va a rechazar. Y volveré a ser la chica que era hace unos meses, la que no era nunca suficiente.

—Sienna, cariño. —Suspira y mete los dedos entre mi pelo.

Mierda, aquí viene. Bajo la vista y me preparo para el golpe. Él me levanta la barbilla con un dedo y lo miro a los ojos oscuros, que brillan llenos de admiración.

—Te quiero. Te quiero tanto que casi me produce dolor. Y te voy a querer hasta el día que me muera.

Las lágrimas que estaba conteniendo caen sin control por mis mejillas y sollozo.

—No llores, cariño —me pide con tono preocupado.

—Es que estoy tan feliz, Keller... —confieso entre hipo.

—Somos tú y yo contra el mundo. Siempre.

Me dedica su mejor sonrisa torcida y me lame despacio las lágrimas que me caen por las mejillas, primero en un lado y después en otro. Me consume el corazón y estoy deseando que haga lo mismo con mi cuerpo.

—Te necesito —digo con un jadeo.

—Como el aire que respiro. ¿Cómo te voy a negar nada?

Antes de que me dé tiempo a darme cuenta de lo que pasa, tengo a Keller encima, que me sujeta las manos por encima de la cabeza y examina mi alma con esos ojos llenos de deseo. Baja la cabeza y me besa. Su lengua explora toda mi boca y profundiza en el beso, encendiendo ese fuego en mi interior.

—Más, Keller.

Sonríe contra mi boca.

—Mi reina está muy exigente esta mañana —bromea cubriéndome la mejilla de besos.

Me aprieta las muñecas con una mano y con la otra baja despacio, muy lento, por encima de mis pechos y por el abdomen, acercándose al lugar donde necesito sus dedos. Abro más las piernas y le doy todo el acceso posible. Solo me roza con los dedos la entrepierna y sigue bajando por el interior del muslo. Yo gimo. Todo mi cuerpo está desesperado porque me toque. Sube los dedos por el interior del otro muslo y por fin recorre con ellos mi sexo empapado.

—Estás chorreando para mí, cariño.

Arqueo la espalda cuando acerca la cabeza y coge un pezón con la boca, lo succiona, lo muerde y después me lame entre los pechos.

—Preparada para mí, perfecta.

Me recorre la entrada con un dedo y entra despacio. Yo suelto otro gemido.

—Más, necesito más —suplico.

Él se ríe contra mi cuello, mete otro dedo y empieza a entrar y salir a un ritmo constante. Ya estoy a punto de explotar solo con sus dedos, pero él los saca y tengo que dejar caer el cuerpo, con una frustración creciente. Como si sintiera mi confusión interna, me levanta la barbilla con un dedo para que lo mire. En sus ojos hay deseo. Y amor.

—Esto no es solo un polvo, Sienna. Quiero venerar tu cuerpo. Quiero demostrarte lo loco que estoy por ti. Cuánto te quiero.

Me quedo sin palabras.

Estoy acostumbrada al Keller poderoso y que tiene todo el control.

Pero el hombre que tengo encima de mí es tierno, cariñoso y todo mío.

—Te quiero. —Son las únicas palabras que mi cerebro puede formar ahora mismo.

Como si esa fuera la señal que estaba esperando, estrella sus labios contra los míos para darme el beso más impresionante que he experimentado. Recorre con la punta del pene todo mi sexo, para empaparse con mis fluidos. Después se coloca en mi entrada y me penetra despacio. Un éxtasis incomparable corre por mis venas cuando por fin lo noto en mi interior. Estoy llenísima. Me da un segundo para recuperarme un poco antes de salir y volver a enterrarse en mí, lo que me hace perder la cabeza.

—Dios, Sienna, es como si estuvieras hecha especialmente para mí —confiesa con los dientes apretados.

—Fóllame como si me quisieras. Demuéstramelo.

Abre los ojos de golpe. Está tan a punto como yo.

Pero, sin perder un segundo, aumenta el ritmo. El ruido de nuestros cuerpos al estrellarse llena la habitación.

—Te... quiero..., joder... —consigue decir jadeando entre embestidas.

Me atrapa los labios, me muerde el inferior y sigue embistiéndome. Me agarra las piernas por detrás de la rodilla y las empuja para que las doble contra el pecho y así tener mejor acceso. Ahora su sexo me da en ese punto tan especial que enseguida me provocará la liberación.

—Me falta muy poco, Keller —aviso con voz suave y temblorosa.

Él no dice nada, solo logra gruñir. Estamos los dos al límite. Yo cierro los párpados con fuerza porque la presión es casi demasiado.

—Mírame, cariño —exige con voz áspera.

Abro los ojos para mirarlo y veo el tormento que hay en el fondo de los suyos.

No puedo contenerme más. Todo mi cuerpo arde y tengo la frente cubierta de sudor.

—Ahora. Córrete ya —pide aún apretando los dientes.

No necesito más. Dejo que llegue la erupción y todo mi cuerpo se incendia cuando el orgasmo me recorre de arriba abajo y yo grito su nombre con todas mis fuerzas.

Después lo oigo de lejos, por encima del estruendo de la sangre en mis oídos, decir el mío en un rugido mientras se vacía dentro de mí.

Nos quedamos los dos tumbados, con la respiración acelerada y las frentes sudadas unidas. Keller me suelta las muñecas. Los brazos me pesan como si fueran de plomo.

—Eso ha sido...

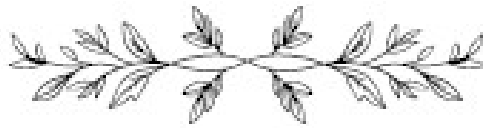
Ni siquiera encuentro la palabra adecuada para describir lo que acaba de pasar. Tiene razón; esto no ha sido un polvo. Ha sido la

consolidación de nuestro amor, una forma de unirnos de por vida. La perfección.

—Mi todo —dice él.

Noto su amor en todo mi ser. Le rodeo el cuello con los brazos, que me hormiguean, y lo acerco más a mí. Me aplasta contra el colchón con su peso. Su olor característico se mezcla con el de mi placer e invade mis sentidos. Cierro los ojos y disfruto del momento, deseando que esa sensación dure para siempre.

Por fin me siento en casa.



Ruedo en la cama, en busca de Keller. Echo de menos su contacto.

Lo he oído salir de la cama hace un rato. En cuanto se ha ido, he sentido un enorme vacío. «Dios, sí que me ha dado fuerte».

Las últimas noches han sido todas así. Da vueltas y cambia de postura hasta que al final gruñe y sale de la cama. Pero siempre me da un beso en la parte de atrás de la cabeza antes de irse.

El combate de unificación se acerca. Necesita dormir.

Aparto el edredón y miro la hora en el móvil.

Las tres de la madrugada. «Mierda, todavía estamos en plena noche».

Me pongo una de sus camisetas. Me queda como un vestido. Salgo del dormitorio para buscarlo y llevarlo de nuevo a la cama.

Cuando abro la puerta, oigo la risa de Keller resonando en el apartamento. «¿Qué demonios le estará haciendo reír a esta hora?».

La curiosidad puede conmigo y voy hasta el salón sin hacer ruido.

Asomo la cabeza por una esquina y descubro a Keller tirado en el sofá, con un libro en la mano. Su pecho se agita por la risa que le provoca lo que sea que está leyendo. «Pero ¿Keller lee? Un momento, reconozco ese libro...».

Abro los ojos como platos y me tapo la boca para ahogar una exclamación.

El libro negro que tiene en la mano es mío y es de los más picantes.

Mierda, mierda, mierda. «Qué vergüenza».

—Cariño, ¡¿qué coño es una *protuberancia*?! —grita sin dejar de partirse de risa.

Entro en tromba, con las mejillas rojísimas, y le arranco el libro de las manos. Bueno, al menos lo intento, pero Keller no lo suelta; lo agarra con más fuerza y se lo apoya en el pecho. Está llorando de la risa.

Y yo no puedo hacer otra cosa que imitarlo.

No sé cuánto tiempo estamos así, los dos riendo y él abrazado al libro. Recupero el aliento e intento de nuevo quitárselo. Va sobre un matrimonio concertado dentro de la mafia, y no le faltan escenas picantes que digamos.

Me coge la muñeca y esconde el libro detrás de él.

—No, no me lo quites, que estoy llegando a la parte buena. Él está atado en el sótano. ¿Esas cosas te gustan, diosa traviesilla?

—No, pero no me importa que me aten en el dormitorio —respondo, y noto un calor en mi interior. Ver a Keller tan relajado y feliz me ablanda el corazón.

—Ven aquí. —Tira de mí para ponerme en su regazo, saca el libro y lo abre delante de los dos. Yo me acurruco contra su pecho.

—«Le muerdo esa protuberancia y lamo todos sus fluidos» —empieza a leer con voz profunda, y un estremecimiento me recorre

la espalda.

—Es el clítoris, Keller. A ti tampoco te cuesta mucho encontrar el mío.

Su pecho se agita otra vez por la risa, que resuena en la habitación.

—Me alegro de que me lo hayas aclarado, cariño. ¿Quieres que me ocupe de tu «protuberancia» ahora? —murmura con un destello travieso en los ojos.

—Pero léeme al mismo tiempo —susurro, y aprieto las piernas.

Me levanta el borde de la camiseta con los dedos. Yo le pongo una pierna a cada lado y aprieto la espalda contra su pecho. Su dedo índice no tarda nada en encontrarme el clítoris y empieza a trazar círculos suaves.

—¿Qué tal se me da? —musita en mi oído.

Gimo en respuesta y entierro la cabeza en su cuello. Su olor masculino me invade los sentidos.

—Perfecto, como siempre.

Vuelve a leer, pero no puedo concentrarme en nada que no sea la vibración de su voz profunda junto a mi oído. Hasta que mete dos dedos en mi interior, y arqueo la espalda contra él. Le arrebató el libro de las manos y lo lanzo al otro lado de la habitación.

—¡Oye, que lo estaba leyendo! —finge quejarse.

Me giro entre sus brazos para mirarlo, me pongo a horcajadas en su regazo y su erección me roza el sexo desde debajo de los pantalones de chándal. Él hace un mohín y yo acerco los labios para besarlo.

—Basta de leer. Concentrémonos en follar. Por favor. Y después te vuelves a la cama conmigo.

—Tus deseos son órdenes. Ahora ponme esa «protuberancia» en la cara y deja que me dé un banquete, por favor.

No puedo parar de reír cuando desliza su cuerpo bajo el mío mientras yo me sujeto en el sofá. No tarda ni un segundo en ponerse a lamerme entera y mordirme el clítoris. Yo me muevo contra su cara hasta que empiezo a ver las estrellas. Él me está agarrando con fuerza las nalgas. El éxtasis embarga mi cuerpo y el clímax me desgarras. Tiemblo alrededor de su lengua. Él sigue succionándome el clítoris, como para demostrar que sabe dónde está.

«Joder, quiero muchísimo a este hombre».

Joder, no me acuerdo de la última vez que me reí tanto como anoche. Leer el libro erótico sobre la mafia de Sienna fue algo muy revelador. Pero esta noche quiero hacer algo especial. Quiero mimar a mi chica.

Le cojo la mano y la llevo al ascensor. Está impresionante con un vestido negro corto y una chaqueta de cuero. Mi miembro se despierta mientras admiro su belleza. La voy a invitar a su restaurante italiano favorito. Ya ha tenido bastante de dieta proteica previa al combate. He pasado tanto tiempo entrenando estas últimas semanas que ya va siendo hora de malcriar un poco a mi mujer.

Noto el temblor de su mano cuando nos acercamos al ascensor. A pesar de haber estado usándolo durante el último mes, todavía le da miedo. No dejo de preguntarle por qué y ella le quita importancia diciendo que tiene un poco de claustrofobia y le asusta quedarse atrapada.

Pero hay algo más que eso, lo sé. El temor que inunda sus ojos cada vez me hace preguntarme qué pasó. Supongo que cree que oculta bien sus traumas, pero yo la conozco y veo lo que hay en su interior.

Algo no está bien. Quiero ayudarla, pero no puedo si no sé a lo que me enfrento. Las puertas del ascensor se abren y entramos. Repito nuestra rutina habitual de envolverle los hombros con un

brazo y llevarla hasta un rincón, esta vez el que hay en el lado contrario al de los botones. Aparto las manos y le doy un beso en la frente. La dejo allí, voy hasta los botones y pulso el de la planta baja.

La veo jugar nerviosa con los dedos y advierto que su respiración se acelera. Me está observando, pero me doy cuenta de que está concentrada en su respiración. No es capaz de hacerlo sin mí. Odio verla así.

El ascensor empieza a bajar y en la pantalla marca el piso ochenta. Le doy la espalda a la botonera para mirarla y discretamente me llevo la mano a la espalda y pulso dos botones a la vez: el de parada de emergencia y el de las luces.

Nos detenemos con brusquedad. Su cara se llena de miedo y abre los ojos como platos. Eso es lo último que veo antes de que nos envuelva la oscuridad. Yo me quedo inmóvil. Su respiración se vuelve cada vez más frenética, como si no le llegara el aire a los pulmones. Quiero correr hacia ella y ayudarla, pero esto es lo que necesita. Tiene que darse cuenta de la fuerza que tiene.

El sonido agobiante de sus esfuerzos por respirar llena el reducido espacio y me atraviesa el pecho. No la veo, pero percibo su terror.

—¿Mamá? No, por favor. Lo siento. Lo siento mucho. No lo volveré a hacer. Déjame salir. No me dejes aquí. Lo odio —dice sollozando llevada por el pánico. Unos golpes resuenan en medio de la oscuridad cuando empieza a dar puñetazos a las paredes, como si fuera un animal enjaulado, desesperado por escapar.

Pero ¿qué coño...? Me embarga la culpa y pulso el botón de las luces otra vez. Sigo pulsándolo como un loco, pero no pasa nada. Mierda.

Necesito ir a consolarla primero. Cruzo la oscuridad con los brazos extendidos, esperando toparme con ella.

—No, por favor. No hagas esto. Lo siento. Me portaré mejor — continúa suplicando, entre sollozos, con la voz teñida de dolor.

Mi pie choca con algo y me detengo. Tiene que ser ella. Me inclino para intentar tocarla, pero me topo con el espejo. Entonces me agacho y palpo para guiarme. Por fin acabo encontrando ambos lados de su cabeza. Después le acaricio los suaves rizos y bajo por su cuerpo hasta sus brazos.

—Cariño, soy yo. No pasa nada, está bien. Todo va a salir bien, te lo prometo —le susurro al oído, esperando y deseando que mi voz conecte con ella y la saque de ese estado.

No responde, solo sigue sollozando. Su cuerpo se estremece bajo mis manos. Trago la bilis que me sube por la garganta al pensar en lo que acabo de hacer. No me esperaba esto, ni mucho menos. Mi pobre diosa. Le aprieto los brazos y la obligo a levantarse.

—¡No, no! ¡No me metas ahí! No puedo hacerlo. No puedo. Lo siento.

Con cada palabra que pronuncia, mi corazón se rompe un poco más y me hierve la sangre. Quiero matar a la hija de puta de su madre. La hago girar y la apoyo contra mi cuerpo. Es como una muñeca de trapo que no deja de gritar, clavándome las uñas en el pecho. Me arde la piel cuando me araña el cuello.

—Cariño, soy yo, Keller. Estoy contigo. —Pero ella continúa resistiéndose entre mis brazos.

Voy con ella hasta los botones, sin dejar de apretarla contra mi pecho para calmarla un poco, para conseguir que regrese conmigo y salga del infierno en el que está atrapada. Vuelvo a pulsar el botón insistentemente. Por fin las fuertes luces del ascensor se encienden. Parpadeo varias veces para acostumbrarme a la luz repentina y enseguida miro hacia abajo. Tiene la cara tan apretada contra mí

que me sorprende que pueda respirar. Me agarra la camisa con todas sus fuerzas.

—Sienna, cariño, mírame. No pasa nada. Vamos a empezar a movernos ahora —le susurro.

Ella aparta la cara de mi pecho y me mira con ojos hinchados e inyectados en sangre. Tiene el maquillaje negro corrido por las mejillas. Hay sangre saliendo de las marcas de arañazos que se ha hecho en el cuello.

—Lo siento mucho, Sienna. Siento que te haya pasado esto y que tu madre te hiciera algo así —consigo decir con voz ahogada. Tengo los ojos llenos de lágrimas.

Su pecho sube y baja erráticamente contra mi cuerpo. Me mira, pero está muy lejos de aquí. Tiene los ojos vidriosos. Pulso el botón para volver al piso ochenta y seis. Necesito llevarla al ático y traerla a la realidad de nuevo.

La puerta pita y se abre en pocos segundos y entro en el apartamento, todavía con ella pegada a mí. El corazón está a punto de salirse del pecho cuando voy hacia el dormitorio, aparto el edredón, la tumbo con cuidado en la cama y la arropo, tapándola hasta el cuello. Ella está totalmente petrificada todo el tiempo. Yo me meto también y la abrazo, la aprieto contra mí, le acaricio el pelo y le susurro cuánto la quiero. Una y otra vez. Estamos envueltos en la oscuridad. Sus lágrimas calientes me caen en el antebrazo.

—Duerme, cariño. Yo estoy contigo. No voy a dejar que esa mujer vuelva a hacerte daño. Eres muy fuerte. Eres increíble.

Hasta que no noto que su respiración se calma y su cuerpo empieza a relajarse, no me siento capaz de volver a respirar.

A la mierda el ático. Voy a comprar una mansión para los dos. Sin ascensor.

Si hace un año alguien me hubiera dicho que le iba a declarar mi amor incondicional a una bomba de mujer británica como esta, me habría reído en su cara. Pero ahora resulta que estoy buscando una casa para los dos, para salir de ese ático. Un lugar donde podamos formar una familia y evitar los ascensores para siempre. El recuerdo de lo que ha ocurrido me va a atormentar el resto de mi vida.

Yo, el sicario enmascarado de la mafia que había renegado del amor. Creía que había venido a esta tierra para pelear, nada más y nada menos. Pero nunca se me había pasado por la cabeza la idea de tener mi propia familia. Hasta que llegó ella.

La oscuridad sigue estando ahí, bajo la superficie, esperando a que la libere. Cociéndose a fuego lento desde la amenaza de muerte a Sienna. Dicen que un hombre que no tiene nada que perder es peligroso. Pues ya verán cuando se topen con un hombre que se arriesga a perderlo todo.

Le he dado tiempo a Luca para hacer las cosas a su manera. Los Falcone se han retirado. No han vuelto a hacer ningún intento por invadir el territorio de Luca. Todo está tranquilo, demasiado. ¿Creo de verdad que solo unas amenazas van a evitar que un grupo mafioso rival intente hacerse con el poder? Ni por un segundo.

Los Falcone son despiadados, no tienen moral. Y eso, en cierta forma, es su debilidad: son demasiado temerarios. Pero eso también

los vuelve peligrosos. Hay que conocer al rival a la perfección para vencerlo. Igual que en el boxeo.

Me he pasado las últimas semanas viendo los combates del que va a ser mi contrincante. Conozco sus combinaciones favoritas, su zurdazo. Su preferencia por empezar sacando toda la artillería, que provoca que se vaya cansando poco a poco. Tengo un plan definido para vencerlo. Nunca he prestado tanta atención a los detalles para ganar un combate. Pero esto no es solo una pelea de unificación, es una lucha por mi libertad. Me subo al ring con todo lo que tengo para llegar a merecerme a Sienna. Para conservarla a mi lado.

Grayson me ha dado un día libre hoy. Tengo que descansar antes de coger el jet que me llevará a Las Vegas mañana.

Empiezo a pesar y cortar espinacas y una mezcla de frutas para meterlas en la batidora y prepararme una de esas comidas líquidas verdes que tienen una pinta asquerosa. Después de la pelea podré hincarle el diente a una hamburguesa grasienta con patatas y tomarme una cerveza helada. Tengo que convencer a Sienna de que se tome su batido. Lleva varios días casi sin comer. Ya me he fijado en que ha perdido peso. Tiene la cara demacrada. El ruido repentino de la batidora la sobresalta y la despierta de su siesta; estaba tirada en el sofá, tapada con una manta peluda blanca, casi tanto como su cara.

Lleva tres días en que solo vomita y duerme. Ayer tuve que llevarla en brazos a la cama porque estaba demasiado mareada para caminar. Al principio creí que era un efecto secundario de lo que ocurrió en el ascensor. Pero ella me prometió que no era eso, que se le había pasado todo con muchos mimos y tras dormir toda la noche del tirón. Aunque sus palabras no sirvieron para aliviarme la culpa por haber creado esa situación. Entré en pánico, llamé al médico y me dijo que seguramente solo sería un virus que se le pasaría. Eso

tampoco calmó mi preocupación, porque sé que tengo que irme a Las Vegas mañana y veo que no mejora. Lo último que quiero hacer ahora mismo es dejarla. Y más así.

No importa cuántas veces me asegure que se pondrá bien. Ni siquiera saber que va a venir Maddie a cuidarla me calma. ¿Y si pasa algo y no puedo estar con ella? ¿Y si me necesita? Sé que es fuerte, pero no consigo librarme del terror que se ha instalado en la boca de mi estómago.

—¿Qué tal te encuentras, cariño?

—Estoy bien, Keller. Deja de preocuparte —dice con un hilo de voz mientras bosteza, con la cabeza todavía en el cojín.

Sirvo el contenido de la batidora en un vaso alto y se lo llevo. Se apoya en mi brazo para incorporarse y le acerco el vaso a los labios. Me mira con una sonrisa triste, acerca la boca al vaso y arruga la nariz.

—No... No puedo —balbucea, y le da una arcada. Después aparta el vaso de su cara.

—Cariño, tienes que comer algo. Llevas días sin comer ni beber nada. —Intento que mi tono suene tranquilo, no muy firme. Estoy preocupado.

—Voy a dormir otro rato y luego lo intento de nuevo. Te lo prometo. —Me sonrío para tranquilizarme.

Antes de que pueda responderle, deja caer la cabeza en el cojín otra vez.

Le levanto la cabeza despacio, me siento a su lado y pongo el cojín y su cabeza en mi regazo. Le acaricio el pelo y ella sonrío. Su respiración se relaja y se duerme de nuevo.

—Te quiero, cariño —susurro.

—Hmmm —es su respuesta.

Solo son cuatro días. Puedo pasar cuatro días sin ella. He aguantado veintinueve años solo, pero ahora, si pienso en separarme de ella cuatro miserables noches, se me hace un nudo en el estómago.

Luca me ha asegurado que Enzo montará guardia todos los días a todas horas para protegerla. El resto de sus hombres están ocupados vigilando el territorio. Se avecina una guerra. Lo siento en los huesos. Pero todavía no sé cuál va a ser el catalizador que la inicie.

Sienna

Dios, me encuentro fatal.

Me duelen todos los músculos del cuerpo y todos los olores me dan arcadas.

—Sienna, te he preparado un batido. Keller me ha dejado la receta y me ha dado instrucciones estrictas de que intente que te lo tomes. Le he puesto fresas de más para que no te sepa mal —me explica Maddie, y me da un brebaje grumoso, denso, marrón verdoso con una pinta asquerosa. Tiene incluso peor pinta que el que me hace Keller. «Genial».

Trago la bilis que me sube por la garganta con solo mirarlo, pero he de taparme la boca y negar con la cabeza. Si abro la boca para responderle, estoy segura de que voy a vomitarle encima lo poco que tengo en el estómago.

Me mira con una sonrisa triste, deja el zumo asqueroso en el suelo y se agacha para ponerse a mi altura y poder acariciarme el pelo.

—Sienna, nunca te he visto tan enferma. ¿Cuánto hace que tienes ese virus?

—No sé, a mí me parece una eternidad —confieso con un hilo de voz.

Arruga la cara. Casi oigo los engranajes de su cerebro cuando se queda pensando.

—¿Cuándo fue la última vez que te vino la regla? Jenny, del trabajo, estaba igual que tú en los primeros meses de embarazo del pequeño Bobby. No podía beber ni agua sin vomitar.

Me quedo pálida y me pongo a recordar cuándo fue la última vez. Tomo la píldora, aunque es cierto que se me ha olvidado tomarme alguna que otra en los últimos meses. Pero no le he dado importancia: solo me tomaba dos al día siguiente y contaba con que sería suficiente. Normalmente tengo unos dolores horribles durante días antes de que me venga, pero no recuerdo, por mucho que lo intento, cuándo fue la última vez que tuve que ponerme la bolsa de agua caliente.

Mierda.

—No... no lo sé. Mierda, Maddie, no lo sé.

Se me acelera el corazón y de repente parece que en la habitación hace cuarenta grados.

Ni siquiera sé si Keller quiere tener hijos. Joder, ¿y si se cree que pretendo cazarlo? Le dije que no hacía falta usar preservativo. Joder, joder, joder.

La habitación empieza a dar vueltas a mi alrededor.

—Maddie, no me encuentro bien.

Se levanta de un salto para ayudarme a incorporarme con expresión preocupada.

—Respira conmigo despacio, Sienna. Es un ataque de pánico. Estás bien, te lo prometo. Respira. Céntrate en la respiración: inhalar, exhalar.

Cierro los ojos con fuerza e inhalo durante cuatro segundos y exhalo el mismo tiempo con la ayuda de Maddie. Después de un par de minutos, mi cuerpo se relaja un poco. Ella me ofrece un vaso de agua fría y yo se lo cojo con manos temblorosas y dejo que el líquido fresco resbale por mi garganta.

—Creo que voy a ir a comprarte unas pruebas de embarazo. Pero, salga lo que salga, no pasa nada, ¿vale? Necesitas saberlo de todas formas.

Tiene razón, soy adulta. Puedo hacer pis en un palito. Es fácil.

—Vale.

—¿Estás segura de que vas a estar bien si te dejo sola diez minutos? Voy a la farmacia y vuelvo corriendo. Llámame si me necesitas.

Asiento y me dejo caer de nuevo en el sofá. Enzo ha tenido que irse para ocuparse de una emergencia personal, pero Nico está de camino para continuar la vigilancia. «Seguro que no me pasa nada».

Maddie me tapa con la manta peluda y me da el mando de la televisión después de ponerme un canal de noticias.

—Mira, van a emitir un programa especial sobre el combate de Keller. Puedes quedarte viéndolo y babear un rato mientras estoy fuera.

Suelto una carcajada. Me duele un poco, pero no puedo evitarlo.

—¿Por qué voy a necesitar babear por él viéndolo en la pantalla cuando lo tengo metido en mi cama todas las noches? —pregunto con un guiño.

—Al menos el virus este no ha podido con ese sentido del humor tuyo tan sucio, Sienna.

Coge el abrigo y el bolso y sale. El ascensor pita y yo me acomodo y miro al hombre de la pantalla.

Keller, ese trozo de pan, ha estado encima de mí todos estos días como una madre. Está claro que está preocupado por mí. Dudo que haya tenido que cuidar nunca de nadie más que de sí mismo.

He tenido que arrancarme de sus brazos esta mañana para que pudiera salir a tiempo para coger el avión a Las Vegas. Estoy desolada por perderme su gran combate. Le prometí estar despierta

para verlo por la tele y animarlo desde aquí. Pero él sabe que con él está mi corazón, aunque no pueda estar el resto.

Desde que se ha ido, hace dos horas, ya me ha mandado diez mensajes y me ha llamado una vez. Me encanta que esté tan obsesionado conmigo, no puedo mentir. Es agradable sentirte deseada y amada total y absolutamente por ser quien eres.

Escribo una respuesta rápida al último mensaje que me ha enviado Keller para preguntarme cómo estoy.

Sienna Anderson: Estoy viendo una promo de tu combate, acurrucada en el sofá. Sales INCREÍBLE en estos vídeos, campeón.

Keller Dios del Sexo: Increíble es mi segundo nombre, cariño.

Mierda, ¿cuál será su segundo nombre?
Aparece otro mensaje al instante.

Keller Dios del Sexo: No tengo segundo nombre, por si te lo estabas preguntando.

Sienna Anderson: Vaya, ya estaba entrando en pánico al pensar que no te conozco en absoluto.

Keller Dios del Sexo: Tú eres la única que me conoce de verdad.

Sienna Anderson: Bien, pues que siga siendo así.

Keller Dios del Sexo: Veo que ese virus no ha podido con tu descaro. Ya te echo de menos.

Sienna Anderson: Oooh,
mi novio boxeador grandote
y malote me echa de menos.

Keller Dios del Sexo: Creo que marido boxeador
grandote y malote suena mejor, ¿no te parece?

Sienna Anderson: Si estás pensando en volver
a pedirme matrimonio, espero que se te ocurra
algo mejor que hacerlo por mensaje.

La verdad es que le diría que sí sin dudarlo, aunque ni siquiera
tuviera un anillo. Pero una pedida de mano por mensaje no es
aceptable. Joder, hasta la última vez que me lo pidió fue mejor.
Desde que me vine a vivir con él, me ha quedado claro que no
quiero pasar ni un día sin él en mi vida. Así que sí, me casaría con él
ahora mismo.

Keller Dios del Sexo: Cariño, no te preocupes,
que te vas a enterar cuando te pida matrimonio
de verdad. Vamos
a entrar en la pista de despegue.
Te quiero por y para siempre.
Te llamo cuando aterricemos.

Sienna Anderson: No me hagas esperar
mucho... Yo también te quiero, mi todo, siempre.
Que tengas
buen vuelo.

No hay nada que pueda evitar la sonrisa que se forma en mi cara
y las mariposas que revolotean en mi estómago. El ascensor pita.
Pongo los ojos en blanco. Maddie se habrá olvidado algo, como
siempre.

—¿Qué te has dejado esta vez?! ¡Te olvidarías la cabeza si no la
tuvieras pegada! —grito.

Qué raro, no me responde.

Me incorporo y voy hacia la entrada y el ascensor.

Me quedo sin aire cuando me topo de frente con él.

Es Jamie.

Tiene una mirada asesina en los ojos inyectados en sangre, la cara delgada y cenicienta y los ojos hundidos en las cuencas. Ha desaparecido el abogado siempre bien arreglado; lo que tengo delante es a un drogadicto descontrolado. Sus labios finos forman una sonrisa sádica, y un estremecimiento me recorre la espalda. El miedo me hiela la sangre. No puedo moverme, ni hablar. Solo puedo quedarme mirando a la criatura en la que se ha convertido mi exprometido. Está ahí inmóvil, con los brazos caídos junto a los costados, observándome. Pero su expresión es despiadada.

—Te dije que volvería a por ti, Sienna —dice con una voz áspera que casi ni reconozco.

—¿Qué... qué es lo que quieres? ¿Cómo has entrado aquí? —pregunto intentando sonar valiente. Me meto las manos en el bolsillo de la sudadera con capucha y presiono con el dedo el botón para desbloquear el teléfono.

Los ojos desorbitados de Jamie se fijan en el movimiento y se lanza a por mí sorprendentemente rápido. Yo ando hacia atrás para apartarme de él hasta que me chocan los hombros con la pared. «Mierda». Lo tengo casi encima. Su olor a sudor mezclado con un fuerte *aftershave* me asalta la nariz y me da náuseas. Cuando llega a mi lado, me recorre el cuello con la nariz e inhala hondo. Yo contengo la respiración y no me muevo. El corazón está a punto de salirse del pecho.

—Dios, Sienna, cuánto te he echado de menos. Estoy deseando tenerte de nuevo. Y esta vez no me volverás a dejar.

Ha perdido la cabeza del todo.

Intento recordar las palabras que me decía Keller en nuestras clases de defensa personal. Ojalá hubiera pasado más tiempo practicando los movimientos y menos follando.

No, lo retiro. No me arrepiento de nada.

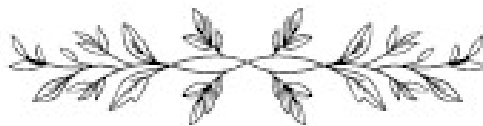
Reúno toda la fuerza que tengo, levanto la rodilla y la estrello contra sus testículos. Él se dobla por la mitad y yo aprovecho la oportunidad para huir. Me cuesta introducir aire en los pulmones. Mis pies descalzos resbalan sobre el suelo de baldosas cuando giro la esquina y corro hacia el baño. Estiro el brazo para coger el picaporte redondo, pero mis dedos solo llegan a rozar el metal porque siento un tirón del pelo que me arrastra la cabeza hacia atrás.

—Deja de huir de mí, Sienna. —Está de nuevo pegado a mi espalda y su olor me da arcadas—. Necesitamos que le hagas llegar un mensaje a tu novio y su hermano.

«¿Necesitamos? ¿Quiénes?».

Me tiene sujeta por la parte de atrás de la cabeza y yo hago todo lo posible por zafarme. Le clavo las uñas en los brazos. Él estampa mi frente contra el marco de la puerta. El dolor estalla en mi cabeza y veo estrellas brillantes mientras la oscuridad se cierra sobre mí.

—Duerme, mi Sienna. Hablamos más tarde. —Casi no lo oigo. Las palabras dan vueltas en una espiral en mi cerebro y siento que caigo al suelo.



Tengo la visión borrosa, como si alguien me hubiera echado el humo en la cara. Noto un dolor agudo que me late en la frente y se irradia hacia las sienes. El impacto repentino de un líquido helado en

la cara me hace recuperar la consciencia e instintivamente boqueo para respirar.

Aparece una figura oscura delante de mis ojos y parpadeo rápido para enfocarlos, pero no puedo. En ese momento soy consciente del fuerte dolor que siento en las muñecas y que me sube por los brazos. Se me eriza el vello de la nuca.

Llevada por el pánico, intento quitarme las ligaduras de las muñecas y casi caigo de la silla. Estoy helada y con la piel al aire. «Joder, ¡estoy casi desnuda!». Tengo la piel de gallina y aprieto los párpados tratando de controlar el pánico que sube por mi cuerpo como si fuera bilis, pero no lo consigo.

En mi cerebro aparece el recuerdo de Jamie golpeándome la cabeza contra el marco de una puerta en el apartamento de Keller y empiezo a temblar.

«No, no, por favor, no».

Me niego a llorar, pero el miedo me puede. Me encojo y me aparto cuando siento sus dedos ásperos y helados que me colocan un mechón detrás de la oreja.

—Vaya, vaya. Por fin has decidido unirme a la fiesta —dice Jamie con una voz cargada de malicia.

Mi vista empieza a aclararse y veo su cara a centímetros de la mía. El olor a tabaco rancio casi me asfixia cuando acerca la boca a mi nariz. Miro detrás de él y reconozco el lugar en el que estoy. Es la misma encimera de la cocina blanca donde lo pillé poniéndome los cuernos. Estoy atada a la misma silla de comedor en la que me sentaba muchas noches con él. Examino la habitación y veo, por lo menos, a otros siete hombres vestidos de negro, con el pelo peinado hacia atrás. Podrían ser todos parientes, porque se parecen mucho. Nos observan a Jamie y a mí con cara impasible. Se parecen a los hombres que trajo Luca a casa de Keller hace poco.

Más mafiosos.

Miro a Jamie a los ojos y busco algo, cualquier cosa del antiguo Jamie a la que pueda apelar; tiene que estar ahí, en alguna parte. Pero el tío que está agachado delante de mí no es más que un fantasma del hombre con el que estuve. Tiene los ojos desorbitados y las pupilas dilatadas. Parece no darse cuenta de que tiene un tic en la sien. Está ahí, en cucullas, mirándome con una sonrisa sádica en la cara.

—Jamie, por favor. —Intento sonar sincera, aunque en el fondo quiero decirle que se vaya a la mierda. Pero no me interesa cabrearlo. Es muy impredecible. Ya lo he subestimado una vez. No sé hasta dónde es capaz de llegar.

Él no responde, solo sigue mirándome con esos ojos de loco. Como en una escena sacada de *Insidious*.

—¿Por qué me haces esto, Jamie?

Un objeto brillante me llama la atención y le miro la mano. Entonces me doy cuenta de algo aterrador. Es un cuchillo. El lunático que está delante de mí tiene un cuchillo en la mano. Como si percibiera mi miedo, me acaricia con el metal la parte interior de la pantorrilla. Siento que la bilis me vuelve a subir por la garganta.

—Oigo tu corazón desde aquí, Sienna. No eres tan valiente si no está aquí ese novio tuyo para protegerte. Maldita zorra. —Suelta una carcajada y se limpia la nariz con el dorso de la mano—. No eres consciente de lo que le vas a costar, ¿verdad?

No puede estar ocurriendo esto. Noto los ojos llenos de lágrimas y niego con la cabeza porque no me lo puedo creer.

—¿Por qué le haces esto a él? ¿Qué te ha hecho él a ti? —pregunto con la voz quebrada.

—No ha sido a mí. Tu novio y su hermano han puesto de muy mal humor a los Falcone. —Levanta la barbilla y suelta otra carcajada

maliciosa.

—¿Los Falcone? —Me tiembla el labio. Tengo tanto frío que me cuesta hablar.

—Uy, no te hagas la tonta, Sienna. No te pega. Son los rivales de tu novio, ya sabes, el sicario. Vaya elemento has escogido esta vez. —En su voz solo hay ira.

—No lo entiendo. ¿Y tú qué tienes que ver en todo eso? Eres abogado corporativo, por Dios, no un mafioso.

Él se revuelve incómodo al oír mi pregunta y gira la cabeza de golpe a la izquierda. Está claro que ese es un tema delicado.

—Es que tengo una pequeña deuda con Marco Falcone —confiesa dándome golpecitos con el cuchillo en la parte interior del muslo, lo cual me hace inhalar bruscamente—. Me encontré por casualidad con unas sustancias ilegales que es posible que me llevara a mi casa. Y resulta que a la mafia no le gusta que le roben. Cuando me reuní con ellos, los oí hablar de Keller y, como sabía que te lo estabas tirando, se me ocurrió una idea brillante.

—¿Por eso me has estado acosando, enviándome rosas quemadas y toda esa sarta de mensajes?

Tiene los ojos fijos en el lugar donde la punta del cuchillo me roza la piel delicada.

—Para empezar, eso era solo para asustarte. Lo bastante para conseguir que Keller me diera dinero para pagarle mi deuda a Marco. Pero entonces a Marco se le ocurrió un trato mejor: que te raptara y te matara. Eso acabará con Keller y destrozará a toda la organización que rodea a Luca. A cambio, mi deuda quedará saldada y yo tendré un suministro gratuito de droga de por vida.

La habitación me da vueltas mientras digiero las palabras de Jamie.

Me va a matar.

—¡No tienes que hacerlo, Jamie! —sollozo con el pecho subiendo y bajando como loco—. ¿Qué he hecho yo para merecerme esto? —Sé que sueno desesperada, pero es que lo estoy. Keller está en la otra punta del país. No tengo a mi protector.

No voy a volver a verlo. Eso es peor que cualquier dolor físico que esté experimentando.

Jamie no responde. Solo se ríe y recorre con la punta afilada y fría mi abdomen. Noto un dolor ardiente por donde pasa el cuchillo, cortándome la piel. Veo con horror la hilera de gotas de sangre caliente que aparece. Dios, no puedo mirar y a la vez no soy capaz de apartar la vista.

Esto no es real. «¡Despierta, Sienna, joder!».

—Dios, estás para comerte con esa ropa interior de encaje. ¿Por qué no te pusiste nada así para mí? —Se notan los celos en su voz cuando su lengua recorre torpemente el reguero que ha dejado el cuchillo, lamiendo la sangre.

Está mal de la cabeza. Y me va a matar. El horror está a punto de arrastrarme, pero niego con fuerza.

—Keller te matará por esto —le aseguro mostrándole asco. Si va a acabar conmigo, no le daré la satisfacción de que vea mi dolor. No soy la Sienna débil a la que podía manipular. Ahora soy más fuerte.

—Le va a costar hacerlo desde Las Vegas, ¿no crees, Sienna? ¿Te piensas que todo esto no está planeado? Llevo dos días esperando delante del ático a que ese gilipollas se largara. Aun así, ¿en serio te parece que podría con todos ellos? —Señala a los hombres que hay en la habitación, mirándolos.

Me sonrío con los dientes manchados de rojo por la sangre. Mi sangre. Saca el teléfono del bolsillo y me acerca la cámara a la cara.

—Sonríe, preciosa. Tu amorcito tiene que ver mi obra de arte.

Me pilla por sorpresa y me quedo mirando las tres lentes negras de la parte de atrás del teléfono. Oigo el clic de la cámara y Jamie se ríe para sus adentros mientras escribe algo, y después vuelve a guardarse el teléfono en el bolsillo del pantalón del chándal suelto.

Centra la atención de nuevo en mí y veo un destello asesino en sus ojos cuando baja la cabeza hasta la altura de la mía e inspira de forma audible.

—¿Qué te pasa, Sienna? Nunca te he visto tan callada —dice mientras me atraviesa con la mirada.

—¡Vete a la mierda! —le grito, y le escupo a la cara, que se limpia asqueado.

—¡Putra zorra imbécil! —chilla; levanta la pierna y estrella su bota contra mis costillas.

El dolor me desgarras mientras caigo de espaldas con la silla y reboto contra el suelo de baldosas hasta aterrizar sobre el costado izquierdo. Chillo por el golpe y siento un dolor punzante en todo el cuerpo. Me pitan los oídos y apenas puedo pensar. Solo veo unas botas con punta de acero frente a mí mientras estoy tumbada en el suelo, indefensa. Intento con todas mis fuerzas liberarme las muñecas y los tobillos, pero no puedo. Las ligaduras no ceden.

Me parece que todo va a cámara lenta cuando lo veo levantar el pie izquierdo y llevarlo atrás para coger impulso.

—¡NOOOO! —chillo tan fuerte que me arden los pulmones. Igual alguien me oye y pide ayuda.

El pie se estrella contra mis costillas otra vez, solo siento dolor por todo el cuerpo y no puedo respirar. Lo único que quiero es ponerme las manos sobre la tripa para proteger a nuestro bebé, pero no puedo. No soy capaz de soltármelas, y eso me está matando.

La bota se estrella contra mis costillas otra vez y me falta el aire. Pero solo puedo pensar en el bebé. Habría sido mejor madre que la

mía. Lo habría querido más que a la vida misma. Pero no voy a tener la oportunidad.

—¡Jamie, para, por favor! —logro decir sin dejar de toser.

Cada palabra es como si me desgarrara el pecho. Tengo que hacer lo que haga falta para salir de aquí.

—¡Cierra la puta boca! —grita, y vuelve a levantar la bota, esta vez justo delante de mi cara. La patada impacta en mi mejilla.

El dolor lo inunda todo y consume todo mi cuerpo hasta que ya no puedo soportarlo más. Siento que se me va la vida allí mismo, sobre ese suelo frío.

Solo pienso en una cosa en ese momento: en Keller.

Él me da el calor y el amor que necesito para olvidarme del dolor. Noto que sonrío antes de perder la consciencia.

Espero que sepa cuánto lo quiero.

Me imagino en sus brazos hasta que por fin ya no siento nada.

La mirada seria que veo en la cara de Luca enseguida se convierte en pura rabia y estrella el teléfono contra la pared metálica del avión. Trozos de cristal salen despedidos por todas partes.

—¡Joder! —grita, y se pasa las manos por el pelo.

No se atreve a mirarme. El terror se me instala en la boca del estómago. Luca es muy racional y sabe controlar sus emociones. Ese arrebato significa que algo va muy mal.

—Cuéntamelo, Luca.

Por fin levanta la vista, pero no le salen las palabras. Solo se queda así, mirándome con una expresión de dolor.

—Joder, Luca, sea lo que sea, lo afrontaremos juntos. Abre la puta boca y háblame antes de que pierda la poca paciencia que me queda.

—La tienen, Keller. Lo siento mucho, joder.

Durante un segundo me parece que no he podido oír bien. Al instante siguiente, es como si ese lugar se hubiera quedado sin oxígeno.

Esas palabras se me clavan como un cuchillo en la garganta.

No puede ser. No pueden tenerla, joder. No está pasando esto. La cabeza me da vueltas.

Una bilis amarga me sube por la garganta. Soy consciente de que estamos delante del resto de los hombres y de que todos tienen los

ojos fijos en mí. Me observan, esperando que explote. Cada célula de mi cuerpo quiere crear un infierno y quemar toda la ciudad de Nueva York hasta los cimientos.

En este momento todo lo que he amado en mi vida está a punto de convertirse en todo lo que he perdido. Mi vida no tiene sentido sin ella.

—¿Qué ha pasado con el trato que has hecho? —le pregunto con los dientes apretados, intentando contener la ira.

—No tengo ni idea, ¿vale? ¡Joder! La recuperaremos, hermano. Aunque sea lo último que haga, te devolveré tu luz —responde, y se vuelve a pasar la mano por el pelo.

Me desabrocho el cinturón y me levanto de un salto.

—Dile al piloto que abra la puta puerta YA —exijo.

La adrenalina me corre por las venas cuando me dirijo a la salida. Grayson se planta delante de la puerta del avión, bloqueándome el camino, y me agarra el jersey con ambas manos.

Tiene agallas, hay que reconocérselo.

—Keller, siéntate ahora mismo. Luca tiene hombres que la traerán de vuelta. Debes quedarte en el puto avión. Todo lo que has trabajado ha sido para este combate. No pierdas la cabeza. Si no te presentas, se acabó, estarás atrapado. Quieres ser un hombre mejor, uno a la altura de Sienna. Pues esta es tu oportunidad.

—No te atrevas a tocarme. —Lo agarro por las muñecas y arranco sus manos de mi jersey.

Él no se mueve ni un milímetro.

—Apártate, Grayson. Que le den al combate. Mi vida no tiene sentido sin ella. Así que te sugiero que vengas conmigo y me ayudes a descuartizar a todos y cada uno de esos cabrones que la han raptado o que cierres la puta boca y vuelvas a sentarte. Tú eliges.

Lo entiendo. Él jamás ha estado enamorado. Nunca le ha importado nadie lo suficiente para renunciar a su vida por la de la otra persona. Siento una mano en el hombro. Cuando me giro, me encuentro cara a cara con Luca, que asiente despacio, pasa a mi lado, coge la palanca de la puerta y tira.

—¡Traed unas putas escaleras ahora mismo, inútiles! —les grita a los hombres que hay abajo, lleno de furia.

Supongo que le obedecen, porque un minuto después están conectando unas escaleras metálicas a la puerta y podemos bajar a la pista, donde la lluvia me azota la cara. En medio del aguacero, aparece un Mercedes negro y el chófer nos abre la puerta para que subamos.

Mi teléfono pita por la llegada de un mensaje cuando nos dirigimos al ático. Los hombres de Luca están buscándola por toda la ciudad o de camino a reunirse conmigo. Todos los hombres de Luca van tras ella. Mi hermano no deja de mirar su teléfono mientras yo abro la notificación. Es de un número desconocido.

Aparece una imagen en la pantalla.

Sienna.

Solo lleva la ropa interior negra, tiene los brazos detrás del respaldo de una silla, probablemente atados, igual que los tobillos. Tiene los ojos rojos, las mejillas manchadas de lágrimas y le cae sangre de la frente, justo encima de la ceja izquierda. Veo la súplica en sus ojos. En su abdomen distingo varias líneas ensangrentadas que están a punto de hacerme vomitar. Sus penetrantes ojos azules, en los que siempre se ven sus emociones con toda claridad, están llenos de terror. Reconozco esa mirada. Es la misma que yo solía disfrutar provocando en los demás.

Lo único que evita que vomite todo el desayuno es comprobar que sigue viva.

—Envíasela a Nico enseguida. A ver qué puede sacar de esa foto. Asiento y la reenvío. Aparece otra notificación.

Desconocido: Te dije que volvería a por ella. Esto es lo que pasa cuando subestimas a tu rival. Voy a disfrutar de cada segundo que pase con ella.

Jamie.

El puto Jamie.

—Es su ex. La tiene él. ¡Joder! —grito, y estrello los puños contra el reposacabezas que tengo delante.

—La recuperaremos, hermano. Aunque sea lo último que haga, te la devolveré. Tienes mi palabra. Los Falcone no están nada coordinados en comparación con nosotros. Están utilizando a ese lunático para que les haga el trabajo sucio, por el amor de Dios.

Sé que lo conseguiremos porque no voy a parar hasta que esté conmigo otra vez. Pienso provocar el caos en esta ciudad hasta que vuelva a estar en casa conmigo.

Nadie en este planeta puede detenerme.

Otro mensaje me aparta de mis pensamientos asesinos.

Nico: Está en el apartamento de Jamie. He bloqueado las cámaras de seguridad y he avisado a nuestros hombres para que vayan para allá. Tengo al equipo de limpieza a la espera.

Y a continuación me envía una dirección de West Street. Se la grito al conductor, que pisa a fondo.

—¿Estamos armados? —le pregunto a Luca.

—Claro. Tengo una colección completa en el maletero. Ya te he dicho que no iban a saber hacer esto en condiciones.

—Todavía no está a salvo, Luca.

Pero lo estará. Aunque sea lo último que haga, me aseguraré de que esté a salvo.



Un grito que hiela la sangre resuena en el pasillo. Es ella; lo sé sin atisbo de duda. Sin tiempo para pensar, salgo corriendo hacia la puerta del apartamento. Me imagino que Luca y Grayson querrán gritarme que pare, pero no me importa. Sus gritos cada vez son más fuertes y yo no puedo pensar en otra cosa. «Al menos sigue viva», me digo.

—¡Keller, para de una puta vez! —me ordena Grayson con los dientes apretados, y me agarra del brazo para frenarme—. No sabes lo que hay ahí dentro. ¡Y muerto a ella no le sirves de nada!

Pero soy demasiado fuerte para él. Además, con la rabia que me arde dentro, no tiene ni la más mínima posibilidad de sujetarme. Nada en este mundo podría evitar que llegue hasta ella.

Me da igual todo. No soporto esos gritos que me atraviesan el corazón ni un segundo más. Apunto el arma hacia la puerta, la abro de una patada, pero entonces se hace el silencio. Veo inmediatamente el cuerpo inerte de Sienna enroscado en el suelo y un charco de sangre formándose a su lado. Ni siquiera me fijo en todas las armas que me apuntan a la cabeza. Cruzo el espacio a la carrera para ir a por ella.

—¡Pero ¿qué coño has hecho?! —rujo.

Grayson y Luca me gritan que me detenga, pero no lo hago. Abro fuego y la mitad de los hombres se tiran al suelo para protegerse, lo que me da los segundos que necesito para llegar adonde está ella. Tengo la visión borrosa cuando caigo de rodillas delante de Sienna. Al instante saco el cuchillo que llevo en la bota y le corto las ligaduras. Su respiración es lenta y poco profunda. Con las manos temblorosas, cubiertas de sangre, la cojo y la acerco a mi cuerpo. El suyo está inmóvil.

—Sienna, cariño, ¿me oyes? —Me cuesta que no se note el pánico en mi voz. Me parece que toda mi vida se me escapa entre los dedos sin que pueda hacer nada para evitarlo. Esto no puede estar pasando. No puedo perderla—. Cariño, por favor. Me prometiste que no me dejarías nunca. Lo prometiste, Sienna. —Se me escapa un sollozo mientras le acaricio el pelo pegajoso y cubierto de sangre.

Durante un momento el mundo que me rodea desaparece. Solo veo a esa mujer perfecta inmóvil, ensangrentada y magullada en mis brazos. Acerco la cabeza a la suya, la entierro en su pelo y unas lágrimas calientes me caen por la cara.

Unos disparos resuenan en mis oídos y después unos golpes. Me tumbo sobre ella para usar mi cuerpo como escudo y miro con los ojos entornados. Cualquier cosa. Haría lo que fuera por protegerla. Ella puede vivir sin mí, pero yo no podría hacerlo sin ella.

—¡Sal de aquí, Keller! —consigo oír, y levanto la vista.

Hay sangre cubriendo todas las paredes blancas y cuerpos sin vida tirados. Joder, debía de haber como diez hombres de Falcone allí. Reviso el lugar y veo a Jamie. Ese cabrón es mío. Entonces oigo que sale de debajo de mí una tos muy leve, apenas audible, que atrae mi atención.

—¿Keller?

Tiene solo un hilo de voz y le cuesta respirar. Le doy un beso en la frente y siento una oleada de alivio.

—Soy yo, cariño. Estás a salvo. Agárrate a mi cuello, ¿podrás hacerlo? —Tengo que sacarla de aquí. No voy a dejar que se aparte de mi lado nunca más. De eso estoy segurísimo.

Ella asiente despacio y yo la ayudo a hacerlo. Después la cojo en brazos y la sujeto con firmeza contra mi torso.

—Aguanta cinco minutos más, ¿vale, cariño? —Su cuerpo, que noto contra el mío, se estremece por los sollozos—. Tranquila, ya ha pasado. Te vas a poner bien, lo prometo. Nadie volverá a hacerte daño. —Le acaricio la cabeza, que tiene enterrada en mi cuello, con el dorso de la mano para no tocarla con el arma.

Estoy haciendo todo lo que puedo para tranquilizarla, aunque por dentro quiero matar a todos los putos Falcone que hay en la habitación. Nada me produciría más felicidad que ver en sus ojos cómo se les escapa la vida. Pero tengo en brazos algo que me impide hacer lo que desearía, lo único que le da sentido a mi vida.

Un disparo la sobresalta y me recuerdo que ella no pertenece a este mundo, así que la aprieto más contra mí.

—No pasa nada, cariño. Son los hombres de Luca —le susurro, y miro a ver qué está pasando.

Grayson, con la cara inexpresiva, le ha disparado a bocajarro entre los ojos a uno de los Falcone. Él ni se inmuta cuando el cuerpo cae al suelo a sus pies. La señal de un verdadero psicópata: quitarle la vida a alguien no nos afecta. Pasa por encima del cuerpo como si fuera una porquería tirada en una acera y apunta al siguiente Falcone. Más allá, en la cocina, Luca tiene a otro hombre tumbado sobre la encimera y le abre el cuello con un largo cuchillo de cocina con un solo movimiento rápido. Yo salgo hacia el pasillo y me dirijo a

las escaleras. El coche de Luca está aparcado delante, con el chófer esperando.

—Solo unos minutos más para llegar al hospital, cariño. Aguanta, quédate conmigo hasta que lleguemos.

Bajo el último tramo de escaleras y una figura me llama la atención. Giro el cuerpo instintivamente para mantener a Sienna fuera de la línea de fuego. Pero, cuando me acerco, la sonrisa psicótica de Jamie hace que me pare en seco.

—Quítate de mi camino o te meto una bala en el cerebro.

—Es verdad que eres capaz de dejarlo todo por ella. Eres tan gilipollas como ellos creen —dice con asco, y señala a Sienna.

No tiene ni idea de hasta dónde puedo llegar para proteger a la mujer que amo.

Palidece cuando levanto el arma y le apunto.

—Te equivocas en una cosa, Jamie —le digo mientras me acerco cada vez más—. No voy a renunciar a nada por ella, porque ella lo es todo para mí. Y no hay nada que pueda interponerse en mi camino para protegerla. —Tengo el arma apoyada en su frente—. ¿Crees que te tengo miedo? Mato a hombres mucho más grandes e imponentes que tú todas las noches. Puedo arrancarle la vida a alguien sin pestañear. Obtengo placer de ver a los hombres morir de miedo mientras me tomo mi tiempo para torturarlos. ¿De verdad crees que no voy a iniciar una carnicería que ponga patas arriba toda la ciudad después de lo que has hecho? ¡¿Lo crees?! —le grito con un tono cargado de malicia.

Siento que Sienna se tensa al oír mis palabras. Joder.

La espalda de Jamie choca contra una pared, todavía con el cañón del arma entre los ojos. Todo mi ser me grita que acabe con esto, que apriete el gatillo. Pero dudo cuando Sienna se revuelve entre mis brazos, porque sé que, si aprieto el gatillo y ella lo ve, no querrá

quedarse a mi lado. Ella no quiere amar a un monstruo. ¿Quién querría?

Aprieto la culata de la pistola tanto que parece que me van a reventar las venas de la mano bajo la piel en cualquier momento. Jamie me mira a los ojos sin moverse ni un milímetro. He subestimado a este cerdo por completo. Una de las reglas fundamentales del boxeo es conocer perfectamente a tu rival. ¿Cómo he podido equivocarme tanto con él? He bajado la guardia y he estado a punto de perder a Sienna.

Tal vez solo estoy destinado a ser un monstruo.

—Hazlo. Acaba con esto, por favor —me susurra Sienna junto a mi oído. Y sé que lo dice en serio. A Jamie están a punto de salirse los ojos de las órbitas. Se la queda mirando, envuelta en mis brazos.

—No escuches a esa zorra imbécil. ¿Quieres ir a la cárcel por esa mujer? Yo la conozco bien, he estado con ella antes que tú. Y no merece la pena.

Pierdo el control. La furia intrínseca que he estado manteniendo a raya estalla. No podría haberlo evitado aunque hubiera querido. Una bala en la sien es una forma fácil de morir. Demasiado rápida. Dejo que el arma caiga al suelo y veo alivio en la cara de Jamie: sus mejillas recuperan el color. Pero sin dudarlo ni un segundo lo agarro por el cuello y aprieto lo bastante para que no le llegue el aire. Él se sacude contra la pared, agitando las extremidades mientras trata de respirar. Verlo me anima a apretarle la garganta aún más. Noto como el pulso me martillea en el cuello. Me da golpes en el brazo en un intento vano por conseguir que lo suelte.

—Te dije que si la tocabas acabaría contigo. Y yo no hago amenazas que no tengo intención de cumplir, puto drogata. —Su resistencia se va debilitando y los ojos le sobresalen. Un poco más

de fuerza sobre su tráquea y por fin se queda inerte en mi mano. Ha perdido la vida a manos de un monstruo.

Lo suelto y cae al suelo como un saco de mierda. En cualquier otro momento habría seguido con mi vida como si nada hubiera pasado, pero esta vez Sienna me ha visto quitarle la vida a ese hombre. No puedo escapar de ello, ni negarlo. Al menos ahora está a salvo. Es lo único que importa. Puede odiarme durante el resto de la eternidad, pero he conseguido protegerla.

—Cariño, lo siento. Lo siento mucho. Quería ser mejor. Por ti. Por nosotros. —Le pongo la mano libre sobre el cuerpo diminuto y frágil y entierro la cabeza en su cuello. Su olor dulce a melocotón me llena la nariz. Sé que seguramente es la última vez que la voy a tener así, entre mis brazos. Los monstruos como yo no se quedan con la chica. Puedo acabar con la vida de alguien sin pestañear, pero solo pensar en perderla es superior a mí.

—No... no pasa nada, Keller —balbucea, e intenta abrir los ojos. Pero tose con un sonido preocupante y unas diminutas gotas de sangre me manchan la camisa.

—Sienna, quédate conmigo, ¿vale? Te llevaré adonde puedan ayudarte. Te lo prometo.

Cuando abro la puerta, la oscuridad me envuelve. La calle está extrañamente silenciosa. Nadie podría adivinar que se está produciendo una masacre unos pisos más arriba.

Oigo que arranca un motor y unas luces fuertes iluminan el asfalto. Corro hacia el coche, y abro la puerta de atrás de un tirón justo cuando un italiano de mediana edad salta del asiento del conductor y me ayuda a tumbar a Sienna en el asiento. Lo miro y hago un gesto con la cabeza.

—Al hospital. Enseguida.

Él asiente también. Voy al otro lado del Mercedes, me siento y le pongo la cabeza en mi regazo. Ella no reacciona cuando la muevo. Nos alejamos, y veo con el rabillo del ojo a Luca y Grayson que salen del edificio, con las armas en la mano, para meterse en el Audi, que sale detrás de nosotros. Los dos tienen las caras cubiertas de sangre. Grayson se frota la cara con el dorso de la mano, lo que solo sirve para extender más la sangre. Dos depredadores justo después de la caza.

El miedo me consume cuando el chófer se dirige a toda velocidad hacia el hospital. Estoy sentado muy quieto, acariciándole el pelo lleno de sangre a Sienna.

—Te quiero, princesa —le susurro una y otra vez, esperando con todas mis fuerzas que pueda oírme, sentirme.

Me doy cuenta de algo y se me forma un nudo en el estómago. Sé lo que tengo que hacer, aunque eso suponga partirme el corazón.

Sienna

Abro los ojos despacio y necesito un momento para enfocar la habitación de un blanco impoluto. Un pitido irritante y persistente resuena en mis oídos. Me da la sensación de que estoy flotando entre las nubes. No siento el cuerpo, solo un calor en la mano izquierda y un cosquilleo. Me cuesta tragar porque tengo la garganta muy seca. Toso un poco, pero eso me produce un dolor imposible en las costillas.

«Dios, ¿es que me ha atropellado un autobús?».

El pecho se me llena de pánico. Pestañeo varias veces para aclarar la visión. Necesito ver algo para poder calmarme. En mi mente aparecen imágenes de Jamie cerniéndose sobre mí, sonriendo sarcástico. Recuerdo las cuerdas que me ataban las muñecas y los brazos detrás de la espalda. El cuchillo frío. «No, no, no. Por favor, que no esté aquí».

—Cariño. ¡Sienna! —Una voz áspera que reconozco al instante se oye a mi izquierda. No tengo que mirar para comprobar que él está aquí. Sé que es la fuente de calor que noto en la mano—. Se ha despertado. ¡Que venga alguien! ¡Vengan a ayudarla, joder! —grita.

Mi protector siempre.

Consigo girar la cabeza y veo que me mira con los ojos inyectados en sangre. Tiene una expresión de pánico y culpa, pero su cara me

da un respiro de esas fuertes luces clínicas que prácticamente me queman los ojos.

—¿Keller? —logro decir con voz quebrada.

—Calla, cariño. Todo está bien. Estás bien. —Le tiembla la voz.

Saber que está aquí me da paz al instante. Las paredes blancas, los pitidos, el pánico de su cara: estoy en el hospital.

—Ah, Sienna, has vuelto con nosotros. ¿Qué tal te encuentras? ¿Te duele algo? —Una voz femenina neutra me hace esas preguntas mientras yo miro por la habitación para ver quién habla. Junto a la puerta de cristal, veo a una mujer pequeñita de mediana edad con unas gafas de pasta gruesas y una melena corta negra con un corte perfecto. Tiene un estetoscopio colgado del cuello encima de la bata blanca. Me sonríe y se acerca.

—Yo... yo... —Toso y vuelvo a intentar hablar—. No siento nada —digo con un hilo de voz—. ¿Qué me ha pasado?

—Te trajeron hace dos noches después de que te atacaran. Tenías una herida muy fea en la cabeza, que te había provocado un leve edema cerebral. Te trajimos a cuidados intensivos para vigilar esa inflamación, y puedo decirte que se ha reducido considerablemente. Pero tienes dos costillas rotas y varios hematomas en los brazos y las piernas. Y los cortes del abdomen han necesitado puntos.

Oigo las palabras, pero no puedo procesar lo que dice.

—¿Me voy a recuperar?

—Queremos mantenerte aquí unos cuantos días más para vigilar el edema cerebral, porque has perdido el conocimiento varias veces. También te administraremos analgésicos para aliviar algo el dolor. Además, tenemos que hacerte análisis de sangre para comprobar los niveles antes de considerar darte el alta. —No aparta la mirada de mi historial mientras habla—. Por ahora tienes que descansar y permanecer aquí para recuperarte. Pero a tu caballero de brillante

armadura le vendrá bien descansar un poco. No se ha apartado de tu lado desde que te ingresamos. —Sonríe y señala a Keller con la cabeza, que está a mi lado, apretándome mucho la mano, como si creyera que me va a perder si me suelta.

—Gracias, doctora.

—Muy bien. Descansa. Volveré dentro de una hora para ver cómo sigues. —Retira el historial de su cara, me sonríe con amabilidad y se va.

Miro hacia la puerta mientras le doy vueltas a la cabeza para recordar qué ha ocurrido. La voz de Jamie resuena en mi cerebro.

Recuerdo que salí despedida hacia el otro lado de la habitación, como una muñeca de trapo, mientras los hombres le gritaban que parara, pero él seguía dándome patadas en el torso, una y otra vez. Con cada golpe, sentía dolor por todo el cuerpo. Recuerdo que quería salvar a mi bebé y no poder hacerlo me estaba matando.

—¿Sienna? ¿Cómo estás, cariño? —La voz suave de Keller me trae de nuevo a la realidad.

Consigo girar la cabeza lo suficiente para mirarlo. Parece un hombre derrotado, y verlo así me rompe el corazón. Tiene el pelo negro despeinado y una barba de varios días. Sus ojos oscuros y enrojecidos se ven aún más negros por la oscuridad que encierran. Está como roto. He destrozado al hombre más fuerte del planeta.

Me acaricia la mejilla con las manos ásperas y yo disfruto de la sensación. Incluso en esta situación su contacto envía corrientes eléctricas por todo mi cuerpo y me da vida.

Entonces un recuerdo me golpea como una tonelada de ladrillos.

Mató a Jamie con sus propias manos.

Es un sicario de la mafia.

Luca es el líder de la mafia.

Yo le pedí que matara a Jamie.

Ese hombre roto que tengo delante, con las mejillas manchadas por las lágrimas, mató a un hombre para protegerme.

Pero no siento ni una pizca de miedo. Sé en el fondo de mi alma que este hombre nunca me haría daño. Es mi protector.

—Si quieres que me vaya, lo haré. Estoy seguro de que estarás aterrorizada. Te he ocultado muchas cosas. Tienes todo el derecho a estar enfadada conmigo. Aunque debes saber algo, Sienna: lo volvería a hacer todo sin dudarlo, por ti. Este soy yo, ya lo has visto todo. Ya me he quitado la máscara para siempre. —Se le quiebra la voz y le cae una sola lágrima por la cara.

Este hombre lleva un enorme peso sobre los hombros y nunca ha tenido a nadie con quien compartir esa carga, ni nadie que lo acepte como es en realidad. No me importa quién sea ni lo que haya hecho, sigue siendo mi Keller. Mi campeón. Lo amo, a pesar de sus defectos, o precisamente por ellos. Sin él no habría vida. Me ha salvado. Ahora yo tengo que salvarlo de sí mismo.

—Keller, necesito que me escuches bien. No eres una mala persona. Sí, has hecho cosas horrendas, pero ese no es quien eres en realidad, en el fondo. Te dije que lo quería todo, no solo una parte de ti. Te voy a querer siempre, pase lo que pase —digo, pero tengo que interrumpirme por culpa de un sollozo.

Su cara sigue impasible, no muestra ninguna emoción mientras reflexiona sobre mis palabras. Cada segundo que transcurre sin que responda me parece una eternidad.

—Joder, Sienna. —Hace una mueca, se pasa las manos por el pelo, me envuelve la mía con las suyas y acerca la cabeza a ella para ocultarme su expresión.

Siento como si estuviera intentando alejarme. ¿Por qué no me ha dicho que también me quiere?

—Keller, háblame. —Mi voz está llena de desesperación.

No puedo perderlo. No puedo vivir sin él. ¿Por qué no dice nada?

—Me estás asustando, Keller. Di algo, por favor. Te necesito.

Me mira con los ojos anegados en lágrimas y veo en ellos pura agonía. Se inclina hacia mí, me da un suave beso en los labios, como los que se dan para despedirse de alguien sin decirle que le quieres.

—Eres mi reina, Sienna. Beso el suelo que pisas todos los putos días. Pero no merezco ser tu rey. Has estado a punto de morir por mí y casi no llego a tiempo para evitarlo. No puedo vivir mi vida sabiendo que estoy poniendo la tuya en peligro. Mientras tú estés viva y a salvo, yo estaré bien. Sabía que no podía mantenerte a mi lado, pero lo he intentado. Lo siento mucho, Sienna. Me has sacado de la oscuridad. Te prometo que me esforzaré día y noche para, tal vez algún día, llegar a ser el hombre que merece tu amor. Tienes que saber que te quiero, más que a mi vida. Te quiero lo bastante para saber que debo dejarte. Es como si me arrancara el corazón y luego lo pisoteara, pero lo aceptaré solo para que puedas vivir tu vida libre y feliz.

—No, no, no, Keller, no lo hagas. No nos hagas esto a los dos. ¡Por favor, te lo suplico! —Las lágrimas me caen sin parar por la cara y me siento como si me hubieran clavado un cuchillo en el pecho.

Él solloza y después continúa.

—De verdad que lo siento. Espero que algún día puedas perdonarme. Siempre serás la única dueña de mi corazón, no lo olvides. Y nunca dejarás de ser mi mujer perfecta.

Se levanta, con las mejillas mojadas por las lágrimas, se agacha y me da un beso en la frente.

Me cuesta respirar. No me llega el aire a los pulmones. Parece que me han arrancado el corazón. Me siento vacía. Sola.

—¿Es que no soy suficiente para ti? ¿Por qué no puedes quererme y ser el hombre que se quede conmigo? Deja de fingir que no

mereces mi amor, porque no es así. ¿Cómo voy a seguir con mi vida sin ti? Tú eres tan dueño de mi corazón como yo del tuyo. Estás tirando la toalla en el combate que te podría dar todo lo que necesitas en el mundo. —Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano y sorbo por la nariz.

Siento que la bilis asciende por mi garganta. No se atreve a mirarme. Ese hombre, que puede estrangular a alguien con una sola mano hasta matarlo, no tiene las agallas para dejarme mirándome a la cara.

—Al menos podrías mirarme a los ojos y decirme que no quieres estar conmigo. Sé un hombre y dímelo. Dime que hemos terminado. —Voy alzando la voz con cada palabra.

—No te atrevas a decir que no eres suficiente —replica—. Soy yo el que no es suficiente para ti. Te lo mereces todo. Por eso tenemos que acabar con esto, Sienna.

Suspiro derrotada.

—Vete, Keller. Únete al grupo de hombres que ha habido en mi vida y que también me han dejado tirada. Estoy harta de ser la chica que no es lo bastante buena. —Aparto la vista. Cuanto más miro el dolor que hay en su cara, más sufrimiento acumulo yo en el pecho.

Oigo sus pasos pesados que van hasta la puerta, que después se abre y se cierra. Cuando sale, dejo escapar el aire que había estado reteniendo y cierro los ojos. Las lágrimas caen en cascada y suelto un grito que hiela la sangre al darme cuenta de que me ha dejado sin nada, ni siquiera un corazón que funcione. Me abrazo la tripa y me inclino sobre ella mientras me balanceo, permitiendo que salga todo el dolor.

El grito se ha oído en todo el pasillo y la doctora viene corriendo y entra, asustada.

—¿Qué ocurre? —pregunta con urgencia, y viene corriendo hasta mi cama.

Cuando se da cuenta de que el problema no es físico, se sienta a mi lado y me abraza con cariño. No siento nada. Estoy muerta por dentro.

—Tranquila, Sienna. Todo se va a arreglar —intenta calmarme mientras me acaricia el pelo. Después me pone una mano en el brazo, con el que sigo abrazándome la tripa.

Las lágrimas no dejan de caer hasta que mi cuerpo ya no puede más y dejo que me envuelva la oscuridad.

—El bebé está bien. Tenemos que hacerte más pruebas, pero por ahora parece que todo está en orden.

La miro, me quedo pálida, aunque sigo con la mano sobre la tripa.

«Nuestro bebé».

Ese es mi último pensamiento antes de que el mundo se suma en la total oscuridad.

Dejo mi alma en ese hospital, con ella. Lo que cruza esas puertas no es más que un fantasma que solo tiene una cosa en la cabeza. Venganza.

Cada marca, cada magulladura y cada hueso roto que ella tiene va a costar una vida. Tendrán que ser al menos veintitrés, los he contado.

Vuelvo a perderme en la oscuridad para hacer lo que mejor se me da, lo que nací para hacer.

Cazar.

El amor de mi vida, el combate por el título, mi libertad... Lo he perdido todo. La lluvia cae a mares y me resbala por la cara. Saco el teléfono y llamo a Luca. Me contesta al primer tono.

—Ha empezado la guerra. Enzo se quedará ahí para proteger a Sienna. Tienes mi palabra de que no volverá a sufrir ningún daño.

Solo oír su nombre hace que una punzada de dolor me atraviese el pecho.

—Grayson va de camino al hospital a recogerte. Te pondré al día cuando llegues aquí. No quiero hablar por teléfono. —Su voz está llena de ira.

—La guerra es lo que necesito. Estoy preparado para reducir a cenizas la ciudad.

Cuelgo antes de que le dé tiempo a decir nada más. No estoy de humor para charlar. Lo único que tengo ganas de hacer es matar a todos y cada uno de los Falcone.

Ya no hay salida para mí. No hay Sienna para sacarme de la oscuridad, ni combate en el que centrarme. Solo me queda el monstruo sanguinario. Solo tengo una imagen en la mente: Sienna tirada en el suelo, inerte, en medio de un charco de sangre.

Si la hubiera dejado en paz, habría estado a salvo. Los Falcone iban a por mí y a por Luca y aprovecharon la adicción de Jamie. Por eso tengo que dejarla. Nada se puede comparar con el dolor que he sentido al romper con ella y después oír ese grito desesperado cuando me iba. He necesitado toda la fuerza que me queda para no darme la vuelta y envolverla con mis brazos. Es lo único que me gustaría hacer durante el resto de mi vida.

Debería haber sabido que no merecía amor en esta vida. Lo encontré, pero solo para acabar perdiéndolo.

Han pasado veintiún días desde la última vez que la tuve en mis brazos.

Veintiún días desde la última vez que sentí algo.

Enzo me tiene al día sobre su recuperación. Me dice que está mejorando físicamente, pero que sigue vomitando mucho. Y que en el plano emocional está destrozada. Me duele saber que soy yo quien le está causando ese sufrimiento.

Cuando Maddie me llamó ayer, histérica, amenazándome con cortarme los huevos si no arreglaba las cosas, estuve a punto de marcar su número. «Pero solo a punto».

—Te necesita, Keller. Me da mucho miedo que acabemos perdiéndola.

Sus palabras no han dejado de resonar en mi mente desde entonces. Sabía que lo estaba pasando mal, pero no tanto.

Aprieto los dedos alrededor de la hoja del cuchillo que tengo en la mano. Cuando me la clavo en la carne, un líquido caliente se desliza entre mis dedos.

—Eres un puto psicópata.

Giro la cabeza bruscamente para mirar al imbécil que está atado a una silla metálica en medio del sótano de Luca. Es el número quince: no sé su nombre, ni tampoco me importa. A estas alturas

todos los hombres de Falcone solo son números en mi lista de asesinatos.

No sé por qué no he matado aún a este capullo que habla demasiado. Creía que vengarme me haría sentir algo, que calmaría al monstruo y me distraería de los gritos que oigo recurrentemente en mi cabeza, como el que resonó en el pasillo del hospital cuando le di la espalda al amor de mi vida.

Pero la venganza solo ha servido para que esos gritos empeoren. Cada vez que torturo a uno de los hombres de los Falcone, lo único que veo es la cara de Sienna cuando le destrocé el corazón. Fueron ellos los que le hicieron daño, pero yo soy el culpable de todo. Soy yo quien ha acabado con su luz. Soy peor que cualquiera de ellos.

Esa bomba de mujer es muy fuerte. Sé que con el tiempo conseguirá superarlo. Solo pensar en que otro hombre la toque, vea su sonrisa y se acurruque con ella para dormir hace que me suba la bilis por la garganta.

«Tú elegiste esto, gilipollas». Niego con la cabeza y vuelvo a centrar la atención en mi última presa.

Tiene la cara hinchada y le sangra un corte en la ceja. Pero sigue ahí sentado, con una sonrisa sarcástica, como si estuviera disfrutando del dolor.

—Joder, ¿eres capaz de callarte alguna vez? —pregunto mientras me acerco a él otra vez.

Doy una patada a las patas de la silla y él cae hacia atrás. Su cabeza rebota contra el suelo de hormigón. Pasan unos cuantos segundos y veo que no se mueve. Gracias a Dios, un poco de paz.

Vuelvo a mi estación de tortura, como yo la llamo, y examino la brillante bandeja metálica, que parece quirúrgica, colocada sobre una mesa plegable. En ella hay una colección de hojas letales ordenadas por tamaños. A su lado, un par de pinzas para la

extracción de dientes, todavía con sangre seca pegada, esperando al lado de una bonita exposición de molares.

Tal vez si le saco el resto de los dientes conseguiré que deje de hablar permanentemente.

Lo oigo revolverse en el suelo a solo unos metros. Gruñe bajito. Cojo el instrumento frío y me decido. No le voy a dejar ni un diente.

En el sótano de Luca hace una temperatura gélida. Las nubes de vapor que forma mi aliento se ven claramente en el aire. Nueva York está cubierto de una capa de nieve. Sé que a Sienna le habría encantado arrastrarme a Central Park y hacer una batalla de bolas de nieve. Me contó que en Londres casi nunca nieva y que, cuando ocurre, es muy poca cantidad y enseguida se convierte en una masa informe. Me gustaría mucho volver a ver su sonrisa contagiosa.

Mi teléfono vibra sobre la bandeja de metal y me aparta de mis pensamientos. Suspiro y lo cojo. Todos los días espero que ella se ponga en contacto conmigo, que me dé una razón para no sumergirme en la oscuridad por completo. Pero, hasta ahora, nada.

Es su nombre el que aparece en la pantalla. Parpadeo unas cuantas veces para asegurarme de que no estoy alucinando. Hace mucho tiempo que no duermo en condiciones. Dudo con el dedo sobre el botón verde. Mi corazón está deseando cogerlo, decirle que me equivoqué y suplicarle que vuelva a aceptar a este gilipollas arrepentido. Pero recuerdo por qué estoy haciendo esto. Prefiero que siga viva sin mí a que esté muerta conmigo.

La llamada se corta y suspiro de alivio. Aunque solo tengo un segundo de respiro, porque el teléfono empieza a vibrar en mi mano de nuevo. Solo con ver su nombre en la pantalla noto un calor en el pecho.

«A la mierda».

Lo cojo.

—Sienna, ¿estás bien? —pregunto, y contengo la respiración mientras espero una respuesta.

—¿Qué? Sí, claro que estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo? No es que me hayan raptado y después me haya dejado tirada en el hospital el hombre que creía que era el amor de mi vida. O, espera, tal vez sí que me ha pasado eso. —Su voz destila sarcasmo. Nunca se le ha dado bien ocultar sus emociones—. Pero no, te llamaba porque tengo que hacerte una pregunta.

—Vale, bien, pero que sea rápido. Estoy liado —contesto. Sé que me estoy comportando como un gilipollas, pero no puedo darle esperanzas.

Hay un silencio. El corazón se me acelera mientras espero a que pregunte de una vez.

—¿Enzo está soltero?

Aprieto el teléfono con todas mis fuerzas y también la mandíbula, tanto que me sorprende no haberme partido una muela. Cierro los ojos y respiro hondo.

Esa mujer va a acabar conmigo.

—¿Hola? ¿Keller? ¿Sigues ahí?

—Ni se te ocurra, princesa... —consigo pronunciar con dificultad mientras la cabeza me da vueltas como loca.

—No te atrevas a llamarme «princesa» nunca más, capullo cobarde. Solo respóndeme a la puta pregunta. ¿Está soltero o no? Tengo una necesidad que debo atender, y esa cicatriz que tiene en la mejilla y el pelo tan negro me parecen sexis. Estoy deseando enterrar los dedos en él mientras...

—¡Basta! —la interrumpo—. Me perteneces a mí. Si quieres que Enzo siga respirando, mejor que no te acerques a él.

—No me has resultado de gran ayuda, Keller. Venga, que he de irme a buscar a alguien que se ocupe de mis necesidades. Que

tengas una buena vida, cabrón. Ah, por cierto, te habría aceptado a pesar de tu otro..., ¿cómo llamarlo?..., pasatiempo. Me avisaste de que estar contigo era peligroso, pero me has dejado aquí sola, sin tu protección. Ni siquiera me preguntaste qué quería yo. Los dos sabemos que Enzo no te llega a la suela de los zapatos. Tengo una diana en la cabeza, tanto si estoy contigo como si no. Lo quería todo contigo, Keller. Te quería con todas las fibras de mi ser. Pero está claro que no era lo bastante buena para que te quedaras a mi lado. Me puedo imaginar lo que has estado haciendo, Keller. Espero que merezca la pena y que eso te haga sentir completo.

Y cuelga. Tengo la boca tan abierta que la mandíbula casi me llega al suelo.

«Quería».

Ha dicho «te quería», no «te quiero».

Tiene razón. Se suponía que debía ser su protector. He dejado que mis dudas se interpusieran en lo que era realmente importante.

Y ahora la he perdido.

No puedo seguir viviendo así. Este no soy yo, al menos no la persona que quiero ser. Tiro la herramienta para arrancar dientes, que repiquetea sobre la bandeja metálica y me da la sensación de que me ha hecho un agujero en la palma. Tal vez no sea demasiado tarde, es posible que pueda arreglarlo. Por completo. Sienna ha visto todo lo que hay en mí y aun así me quería y yo lo he tirado por la borda por miedo. Estuve muy cerca de tenerlo todo hace solo tres semanas. Quiero recuperarlo y eso es lo que voy a hacer. Empezando por volver a programar el combate y romper todos mis vínculos con la mafia.

Me meto el teléfono en el bolsillo y voy hacia la puerta del sótano. El imbécil que hay en el suelo me pregunta adónde voy cuando paso a su lado. Tengo una energía renovada al dirigirme al despacho de

Luca. Está recostado en su silla de escritorio de cuero, escribiendo sin parar en su teléfono con el ceño fruncido. Aparta la vista de la pantalla.

—Ya me estaba preguntando cuánto ibas a tardar —dice con tono divertido.

No soy idiota. Sé que lo ha estado viendo todo en tiempo real por la cámara de seguridad. Me dejo caer en el sofá de terciopelo verde esmeralda colocado entre dos estanterías de roble. Apoyo el pie en la rodilla y me reclino hacia atrás, esperando a oír lo que tiene que decir.

—No te preocupes, he hablado con Enzo. Sienna no ha intentado nada con él en todo este tiempo. Lo único que ha hecho ella hasta ahora ha sido mirarlo con el ceño fruncido. Te quiere provocar, hermano —explica riendo.

Me alegro de que todo esto le parezca divertido.

—Quiero dejarlo, Luca. No puedo seguir haciendo esto. Me está matando.

Veo tristeza en su cara cuando asiente despacio. Después apoya los codos en los muslos.

—Necesito ser... No, quiero ser el hombre que merece —continúa—. Quiero unificar mis cinturones y recuperar a mi chica para hacerla mía hasta el día de mi muerte. Y no puedo hacer nada de eso si sigo trabajando para ti.

Aparece una sonrisa en su cara y quedan al descubierto sus dientes blancos y perfectos.

—No me puedo creer que hayas tardado tanto en darte cuenta. Lo he pasado mal viéndote hacerte esto. Pensaba que te habíamos perdido para siempre después de que apartaras así a la persona que tira de ti hacia la luz. Ya he hablado con el resto de los hombres y todos estamos de acuerdo en dejarte ir. He buscado un sustituto.

Sienna y tú siempre tendréis mi protección. Estamos en plena guerra. Llevas quince años luchando por mí. Creo que ya ha llegado la hora de que yo te devuelva el favor.

El alivio me invade todo el cuerpo. Siento como si me acabara de quitar un peso enorme de los hombros. Por fin veo un futuro lejos de las sombras, con mi reina.

—Pero tienes que hacer un par de cosas por mí. Primero, el combate de unificación de los cinturones. Canaliza la ira en eso para lo que has nacido: ser el campeón del mundo indiscutible de los pesos pesados. Y después recupera a tu chica. Arrástrate como no lo ha hecho nunca nadie, pero no renuncies a ella.

Me levanto, me acerco a Luca y le doy un abrazo. Estoy sobrepasado por mis emociones. «Por fin soy libre».

—No puedo decirte cuánto significa esto para mí. Te prometo que no te voy a decepcionar. —Le doy una fuerte palmada en el hombro—. Te juro por Dios que, si me necesitas, solo tienes que llamarme. Siempre estaré cubriéndote las espaldas. —No somos hermanos de sangre, pero lo quiero como si lo fuéramos.

—Vamos, Keller. Los dos sabemos que tendré que arreglármelas solo ahora. Debo tomar las riendas y acabar con esto. Confía en mí, tengo un plan. He aprendido del mejor cómo cuidarme. Ahora lárgate de aquí y ve a por tu chica.

—He de organizar un combate y planear una buena disculpa.

—No creo que una disculpa vaya a servir de nada con esa mujer. La persistencia es la clave. No dejes que se olvide de lo perfectos que sois el uno para el otro.

Asiento, me giro y le doy la espalda a la mafia para dirigirme a mi nueva vida.

No hay nada en el mundo que pueda detenerme ahora.

—¡Avísame cuando tenga que empezar a escribir mi discurso de padrino! —grita Luca mientras recorro el pasillo para irme.

Niego con la cabeza y suelto una risita, la primera que sale de entre mis labios desde hace semanas.

«Sienna, cariño, voy a por ti».

Sienna

Estoy bastante segura de que estoy al borde de la muerte.

La única razón por la que sigo respirando en este momento es la pequeña chispa de esperanza que queda en mi vida destrozada.

Mi bebé.

Cada sorbo de agua y trozo de tostada que Maddie me obliga a comer, lo acepto por el bebé, no por mí.

No quiero seguir viva.

Mi madre tenía razón. No valgo nada y nadie me va a querer. Ni siquiera me merezco este bebé.

Desde que me vine abajo en el hospital, no he derramado ni una lágrima más. Ni una.

No siento nada.

Me hago una bola y me abrazo la tripa, aferrándome a la única parte de mi vida que todavía quiero. El colchón cede cuando Maddie se encarama y me abraza. Sus lágrimas calientes me caen en el hombro.

—Sienna, ya sé que no quieres, pero necesito que hables conmigo. Me está destrozando ver cómo te consumes. No has demostrado ni la más mínima emoción desde que te recogí en el hospital. Por favor, Sienna, dame algo a lo que agarrarme. Déjame ver que aún queda algo de ti en alguna parte.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—No sé qué hacer, Maddie. ¿Cómo voy a vivir sin él? ¿Cómo ha podido hacerme esto? —Ahora que he empezado a hablar, no puedo parar. Las emociones reprimidas salen a borbotones al exterior—. ¿Cómo voy a cuidar a un bebé si no puedo levantarme de la cama? ¿Cómo voy a vivir el resto de mi vida sin él? ¿Cómo voy a volver a lograr ser feliz? Dímelo. Ayúdame. ¿Qué hago?

Me pongo a temblar. Maddie me abraza más fuerte y apoya las manos en la mía, que tengo colocada sobre el vientre.

—Siempre me tendrás a mí, Sienna. Te lo prometo. Yo no me voy a ir a ninguna parte. Te ayudaré en cada paso del camino, pero tienes que poner de tu parte también. Te quiero, pero no puedo seguir aquí sentada, viendo cómo te vas abandonando.

Un sollozo me sacude el cuerpo y por fin caen las lágrimas. Casi no puedo respirar mientras mi pecho sube y baja sin parar.

—Lo siento mucho, Maddie. Lo siento muchísimo.

—No pasa nada, Sienna. Todo se arreglará.

Sigue susurrándome palabras reconfortantes mientras me acaricia el pelo, y me deja llorar hasta la extenuación en sus brazos.

Lloro y lloro hasta que ya no queda nada. Entonces me envuelve la oscuridad y me sumo en un sueño profundo.



Cuando por fin despierto, tengo la acuciante sensación de que necesito ducharme. He de hacer algo, así que decido que es una buena idea. Aunque me duele todo el cuerpo, llego a la ducha y dejo que el agua caliente me queme la piel para apartarme del dolor que

siento por dentro. Llora de nuevo hasta que ya no hay forma de que salgan más lágrimas de mis ojos.

Ni me molesto en mirarme en el espejo. Sé que no me va a servir para nada.

Después de ducharme y ponerme unos *leggings* y un jersey, reúno el valor para salir de mi dormitorio. Con paso lento voy a la cocina y pongo el hervidor de agua.

—Maddie, ¿quieres un café?! —grito, y me arrepiento enseguida, porque eso me provoca una punzada de dolor en las costillas que me obliga a doblarme.

—Oye, no te esfuerces. Siéntate y ya lo preparo yo —dice Maddie, que me rodea la cintura con el brazo para sostener parte de mi peso y me lleva al sofá.

El olor del café me llena la nariz cuando inhalo y el vapor me la despeja.

—¿Qué tal te encuentras, Sienna? —pregunta Maddie con cautela, por si vuelvo a tener otra crisis.

—Bueno, he salido de la habitación, eso ya es un avance. — Suspiro y miro fijamente el café.

—¿Has pensado en lo que vas a hacer?

—¿Con qué?

—Con el bebé. ¿Lo vas a tener? ¿Se lo vas a decir a Keller?

Noto que la bilis me sube por la garganta y me llega a la boca.

—Claro que lo voy a tener. Y no, Keller no necesita saberlo. No le voy a permitir que abandone a nuestro hijo también. Ya sé qué efectos tiene eso en un niño por experiencia propia.

—Vale, pues tienes una revisión la semana que viene. ¡Con suerte pronto podremos ver a esa cosita en la pantalla!

Su entusiasmo me hace sonreír. Supongo que voy a tener que ir dando pequeños pasos hasta que me recupere. Pero no sé cómo

lograré que mi corazón sane después de esto.

—David me ha preguntado si puede venir a verte luego. ¿Le digo que sí?

«No, no tengo ganas de ver a nadie».

—Bueno... —me fuerzo a decir.

—Vale, voy a escribirle. Te vendrá bien tener a tus amigos cerca. Solo queremos ayudarte, Sienna.

Me limito a asentir.

Unas horas después aparece David, que viene corriendo hasta el sofá y me da un enorme abrazo.

—Cómo me alegro de verte. Te he echado de menos, amiga —dice con su mejor sonrisa.

—Yo a ti también —miento. No puedo echar de menos a nadie porque no siento nada de nada.

Se deja caer en el sofá entre Maddie y yo, me rodea los hombros con un brazo y tira de mí para que me apoye en su costado.

«Como hacía Keller».

Es demasiado. La habitación empieza a darme vueltas y es como si me quedara sin aire.

«No puedo seguir con esto».

—Vete.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Dímelo, cariño.

«Cariño».

Me pongo de pie de un salto y lo miro fijamente con los ojos llenos de dolor. No ha hecho falta más que esa palabra para volverme loca. Siento una furia enorme en mi interior porque oigo la voz de Keller en mi cabeza diciéndomela.

—¡He dicho que te vayas! —chillo, y caigo de rodillas sin poder respirar.

—Tranquila, Sienna, estoy aquí —me susurra Maddie.

—No puedo, Maddie. No puedo vivir así.

Me lleva de nuevo a mi habitación, me mete en la cama, me arropa y apaga las luces.

—Descansa un poco. Luego vendré a ver cómo estás.

Es lo último que oigo antes de que mi mente se desconecte. Supongo que lo único que puede curarme es el tiempo.

*Sienna**Un mes después*

Mi primer día de trabajo no podía tener otro escenario que el King's Gym. La trágica historia de mi vida no podría suceder de otra forma.

Me pongo mis *leggings* de deporte favoritos, los que hacen que me quede el culo perfecto, como decía Keller. Completo el conjunto con una sudadera corta negra y me recojo el pelo en una coleta alta. Después me pongo un *gloss* con brillo en los labios y ya estoy lista. Por suerte hoy me encuentro bien. No he vomitado todavía.

Siento mariposas en el estómago por la anticipación de lo que va a pasar hoy. ¿Estará él allí? ¿Cómo me sentiré cuando lo vea? Un millón de preguntas me inundan el cerebro.

«Las hormonas me están volviendo loca».

Claro que estará allí. Últimamente ocupa todos los titulares: «Keller Russo, el Asesino, ha reprogramado su combate de unificación». Los tabloides están llenos de especulaciones sobre por qué canceló el anterior, pero nunca sabrán que lo que dicen ni siquiera se acerca a la realidad.

Me miro en el espejo. Todo ha sanado bien, teniendo en cuenta que solo han pasado unas pocas semanas.

Por fuera parece que no ha cambiado nada. Sigo siendo la misma Sienna, solo que estoy más delgada y más pálida. Pero por dentro

todo es peor. Soy un desastre. Estoy agotada de ocultarles mi dolor a todos los que me rodean y me quieren, sobre todo a Maddie y a David. No puedo soportar su lástima ni sus sonrisas tristes, ni que vayan siempre con cautela cuando están conmigo. Así que pongo mi mejor sonrisa falsa y hago las cosas cotidianas. Me obligo a seguir adelante, pero por dentro estoy muerta.

Keller me arrancó el corazón y se lo llevó con él cuando se fue sin mirar atrás. Ahora es como si fuera insensible. He recuperado mi vida normal, estoy empezando en el trabajo de mis sueños, estoy viviendo otra vez con mi mejor amiga, que además es quien me ha salvado la vida. Me ha sacado del abismo otra vez. Sin ella estoy segura de que la oscuridad me habría devorado.

Solo de pensar en ver a Keller me pongo nerviosa. He pasado el luto por nuestra relación y, en mi cabeza, ya lo he relegado al pasado. Sin embargo, sé que en cuanto lo vea, volverán todos los recuerdos.

Él era el dueño de todas las fibras de mi ser, y lo seguirá siendo. Solo necesito aceptar que nuestra historia de amor no era un cuento de hadas, sino una puta pesadilla, pero ahora vuelvo a ser libre. Estoy muy triste, pero soy libre y estoy a salvo. Tengo cosas más importantes en las que concentrarme ahora.

Cojo la mochila que he dejado en la encimera y Maddie se gira con una de sus enormes sonrisas en la cara. Entonces viene corriendo para darme un abrazo.

—Buena suerte hoy, Sienna —me susurra al oído. Me apoya las manos en los hombros y se echa un poco atrás para mirarme a los ojos—. Sé fuerte. Has sobrevivido a todo esto sin él. Estoy muy orgullosa de ti.

Veo que le brillan los ojos. La miro y asiento.

—Gracias, Maddie. No podría haberlo hecho sin ti.

Le doy un besito en la mejilla y me voy.

Enzo se apresura a seguirme cuando salgo del edificio. Giro la cabeza y lo miro con el ceño fruncido, nuestra interacción habitual de cada día.

Él tiene tantas ganas de hacerme de niñera como yo de que lo haga, pero ninguno de los dos queremos discutir con Luca ni con Keller en este momento, así que nos aguantamos. Siempre se comporta como un caballero. Me abre la puerta del acompañante y me hace un gesto con la cabeza cuando entro para después ir al asiento del conductor.

Giro la cabeza para mirarlo y abro la boca para decir algo, pero no me sale nada.

Levanta una ceja cuando arranca el Jeep.

—Me han contado que tienes una necesidad de la que quieres que yo me ocupe, Sienna —dice con un fuerte acento italiano.

La verdad es que es mi tipo. Alto, musculoso y con el pelo muy negro, alborotado por arriba, donde lo lleva más largo. Tiene unos ojos azules bonitos, como yo, que contrastan con su piel morena perfecta. Muestra sus dientes blancos cuando sonríe; es la primera vez que le veo hacerlo. «Debería sonreír más a menudo», pienso.

—Ay, Dios, lo siento. No sé en qué estaba pensando. Quería cabrear a Keller y fue lo primero que se me ocurrió. —Me sonrojo por la vergüenza.

—¿Y lo primero que te vino a la cabeza fue decirle que querías follar conmigo? Bueno es saberlo. —Me guiña un ojo.

Le doy un golpe suave en el brazo y suelto una carcajada. Es agradable volver a reír.

—Lo siento si te he metido en problemas. De hecho, quiero pedirte perdón por haber sido una gilipollas colérica desde que has

empezado a hacerme de niñera. No soy tan imbécil normalmente, te lo prometo.

Veo tristeza en sus ojos, pero la aparta rápido.

—Sé lo que es perder a la única persona a la que amas en este mundo, Sienna. Te deja vacío. Pero la tuya sigue en este planeta. Nunca se sabe, tal vez todavía haya esperanza para tu corazón, aunque para el mío sea demasiado tarde. —Se revuelve en el asiento y coge el volante con tanta fuerza que se le ven los nudillos blancos—. Keller ha cometido un error, uno muy grande, sí. Pero lo hizo por las razones correctas. Se ha sacrificado por tu seguridad. Yo habría hecho lo mismo. Duele, claro, pero ten en cuenta por qué lo ha hecho. Sabes que te quiere con toda su alma, tal vez demasiado. Los dos necesitáis sanar por separado para volver a luchar juntos siendo más fuertes. No renuncies a él tan pronto. —No aparta la mirada del parabrisas, pero en su tono hay cierto cariño.

—Puede que tengas razón. Gracias por comprenderme. ¿Podemos establecer una tregua? —pido, y pongo la mano suavemente sobre la suya.

—Por mí bien.

Hacemos el resto del trayecto hasta el King's Gym en silencio. La mente me va a mil mientras me imagino cómo va a ir el día.

La cháchara llena de entusiasmo de los niños resuena en el gimnasio cuando entro y cuelgo el abrigo en el perchero. Grayson me ve al instante y viene enseguida y me da un abrazo de oso. Yo le rodeo los hombros fuertes con los brazos y él me levanta en el aire y me hace girar. No sé por qué está tan contento hoy, pero no me puedo quejar del recibimiento. Ha servido para tranquilizarme bastante. Cuando me baja de nuevo con cuidado, me habla con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Estás bien? Te veo un poco pálida. —Me mira de arriba abajo, como si quisiera ver qué ha pasado con mis heridas.

—Estoy bien —miento con una leve sonrisa mientras juego con el borde de la sudadera—. ¿Ha venido él? —pregunto casi en un susurro, y me atrevo a mirar a la sala con cautela, como si fuera a aparecer por sorpresa en cualquier momento. No estoy preparada para verlo.

Grayson asiente y se muerde el labio inferior.

—Creo que deberías oír lo que tiene que decirte. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Pues que podría destrozarme definitivamente.

Paula viene corriendo a saludarme. Lleva el pelo blanco en una coleta, que se bambolea cuando se mueve. Se ha puesto su pintalabios rojo característico.

—Sienna, querida, qué bien que hayas podido venir —dice, y me da un abrazo.

Hoy la gente tiene muchas ganas de abrazarme. Ni que hubiera estado al borde de la muerte. Oh, pero sí que lo he estado.

—Deja que te vea. —Me agarra por los antebrazos, se echa un poco atrás y me examina de arriba abajo. A menos que pueda leerme la mente, no va a encontrar nada raro.

—Estoy muy contenta de volver al trabajo —miento.

Me alegro de trabajar de nuevo con los niños. Lo que no me gusta es la elección del lugar para la actividad.

—Vamos. Tenemos que ir a ver a Keller, que está en el despacho, para aclarar la parte formal de esta sesión, y para eso necesito a mi directora de actividades. —Me guiña un ojo, me coge la mano y tira de mí para que cruce el gimnasio.

«Joder».

El corazón está a punto de salirse del pecho. «¿Esta es la sensación que tiene alguien cuando está a punto de darle un ataque al corazón?».

—¡Adelante! —oigo que dice cuando llamamos a la puerta.

Paula la abre y ahí está él, sentado a la mesa. Sus ojos oscuros me atraviesan el alma.

Es como si los pulmones se me quedaran sin oxígeno, y solo oigo un pitido agudo. Me limpio las palmas sudadas en los muslos y me inclino un poco para recuperar el aliento. Estoy al borde de perder la cabeza porque el poco control de la realidad que tengo se me está escapando.

Noto una corriente eléctrica que surge de mi hombro. Es él. Me está tocando.

—¡No me toques! —chillo, a punto de hiperventilar.

Antes de que me dé cuenta de lo que está ocurriendo, siento que estoy en el aire y oigo que se cierra la puerta. Después noto el cuero fresco del sofá contra la piel cuando mi espalda se hunde en él. Cierro los ojos con fuerza, aprieto los puños y me centro en la respiración, igual que hemos practicado tantas veces Maddie y yo.

Abro los ojos despacio y solo veo la cara preocupada de Keller.

—Cariño, soy yo. ¿Estás bien? —Oigo la inquietud en su voz grave mientras me acaricia el pelo y me lo aparta de la cara.

Me siento bruscamente para librarme de su contacto. Es demasiado, él es demasiado.

—Paula, ¿nos dejas un momento?

—Sí, sí, claro. Sienna, espero fuera. —Me mira con los ojos muy abiertos, se da la vuelta y sale.

—¿Qué ha pasado, Sienna? ¿Sigues enferma?

—Ya no tienes que preocuparte por mí, Keller —replico. El pánico ha desaparecido y lo ha sustituido una rabia enorme.

—Siempre me preocuparé por ti, cariño.

—No tienes permiso para llamarme así ahora. Ni tampoco para preocuparte. Los perdiste cuando me abandonaste. Estoy rota y no hay forma de arreglarlo. Lo que me hiciste tú es peor que lo de Jamie. De eso sí me he curado. Las cicatrices que me has dejado tú las voy a tener toda la vida.

Él se pone muy tenso al oír mis palabras y veo que aprieta la mandíbula.

—Te juro que algún día te curaré todas esas cicatrices. No voy a parar de intentar ser mejor por ti, Sienna. Nunca, jamás, he dejado de quererte. Y voy a demostrarte que te merezco.

—Pues buena suerte, ya puedes esperar sentado. No creo que me quede corazón para volver a amar. Todo eso gracias a ti.

Me coge la cara entre las manos y me levanta la barbilla para obligarme a mirarlo a los ojos. Quiero zafarme, pero parece que mi mente y mi cuerpo han perdido la comunicación.

—Dime que no sientes lo mismo. Que ya no me quieres.

—Yo... no —balbuceo. No soy capaz de pronunciar las palabras.

—Dilo. Dime: «No te quiero, Keller». —Tiene la nariz pegada a la mía.

Se me pone toda la piel de gallina. Mi maldito cuerpo siempre ha reaccionado así a él, sin importarle lo enfadada que yo esté.

—Yo... yo... —No, sigo sin poder decirlo. Suspiro profundamente y bajo la vista.

—Cariño, mírame.

Lo hago. Me consume. Si me pidiera que saltara, yo solo podría preguntarle cómo de alto.

—Lo siento mucho, joder. Ojalá pudiera volver atrás y cambiar lo que hice ese día. No debería haberte abandonado. Pensé que estarías mejor sin mí. Una parte de mí todavía lo piensa. Pero no

puedo vivir sin ti, Sienna. Eres la dueña de mi mente, mi cuerpo y mi alma. Me has salvado. Siento mucho haber estropeado lo que había entre nosotros. Perdóname, por favor. Te suplico que me des otra oportunidad.

Una sola lágrima cae de sus ojos enrojecidos. Ese sicario temible está arrodillado delante de mí, suplicándome perdón y abriéndome su corazón. Una parte de mí desea lanzarse a sus brazos, decirle que lo quiero y que todo se va a arreglar.

Pero sus palabras no son suficientes para arreglar mi corazón roto, para confiar de nuevo en él, en que no volverá a destrozarme de esta forma.

—No es suficiente —confieso con un suspiro. No soy capaz de mirarlo. Inspiro hondo y encuentro las palabras que necesito decir para cerrar ese capítulo—. Las palabras no significan nada, Keller. Te agradezco la disculpa, de verdad, pero necesito más. Necesito a alguien que tenga claro que yo soy suficiente para aguantar a mi lado cuando las cosas se ponen feas. Alguien que ponga toda la carne en el asador. Tú no sabes lo que significa amar. Tal vez en otra vida nos volvamos a encontrar y tengamos el final de cuento de hadas que merecemos.

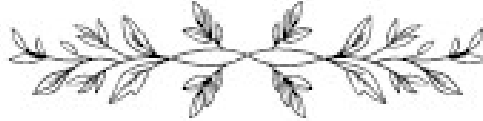
Las lágrimas están a punto de caer cuando me levanto y salgo por la puerta, sin mirarlo ni una vez. Ver al hombre más fuerte del planeta desmoronarse por completo delante de mí no me ha producido ninguna satisfacción.

La sesión de los niños tiene lugar sin contratiempos. Todos se lo pasan genial con Grayson. Keller no aparece. Me despido de todos, le doy un abrazo a Paula y salgo para encontrarme con Enzo, que me acompaña al Jeep con cristales tintados que tiene aparcado al otro lado de la calle.

—¿Un día duro? —pregunta cuando nos dirigimos a casa.

—Eso es poco decir —murmuro.

Él asiente, comprensivo, y sube el volumen de la música para llenar el silencio.



El sonido estridente del teléfono junto a mi oído me despierta sobresaltada. Me da la sensación de que he cerrado los ojos hace solo cinco minutos.

Veo el nombre de Paula en la pantalla. «Mierda».

—Hola —digo con voz ahogada, porque tengo la boca tan seca como el Sáhara después de pasarme la mayor parte de la noche vomitando. ¿A quién se le ha ocurrido llamar a esto «náuseas matutinas»? Joder, ojalá las tuviera solo por la mañana, y no día y noche.

—Ay, Sienna, tienes que venir a verme. Ha pasado algo absolutamente increíble y te necesito aquí. No te lo puedes perder —dice emocionada.

Es demasiado temprano para tanto entusiasmo.

Por suerte recuerdo que es mi jefa antes de que me dé tiempo a quejarme y responderle como una niña malcriada.

—Vale, envíame la dirección. ¿Cuándo quieres que llegue? —pregunto con la esperanza de que me diga algo así como dentro de cuatro horas.

—¿Podrías estar aquí en una hora?

Dios mío, dame fuerzas. Miro la hora: las 6:30 de la mañana.

—Eh..., sí, claro. Te enviaré un mensaje cuando esté de camino.

—Ay, Sienna. Estoy deseando ver tu cara.

«Más vale que sea algo muy bueno».

Una hora después, Enzo aparca delante de un almacén a las afueras de Manhattan. Está claro que no le ha hecho mucha gracia recibir mi llamada tan temprano. Parece tan cansado como yo, lleva el pelo despeinado y tiene los ojos un poco rojos.

Lo máximo que he conseguido conjuntar a estas horas son unos *leggings* negros, un vestido gris oscuro de punto y, para completar, unas botas Dr. Martens y un plumas negro. Nueva York todavía no se ha desprendido del tiempo gélido, así que me alegro de haber cogido una bufanda gruesa y los guantes antes de salir.

—Esta es la dirección —anuncia Enzo muy seco. Tenemos delante un almacén industrial en el que hay dos estructuras metálicas. La de la izquierda tiene un cartel lila en el que pone LA GUARIDA en letras blancas. Me subo la cremallera del abrigo hasta arriba y me acerco a la entrada bien iluminada. Supongo que Paula estará dentro.

Cuando cruzo el umbral, me paro en seco. Delante de mí hay un almacén completamente renovado, dividido en diferentes zonas. Examino el espacio y veo una zona de juegos con suelo de espuma repleta de juguetes de colores y unas cuantas sillas en un rincón rodeando una estantería que va del suelo al techo y que está llena a reventar de libros. En el rincón del fondo hay un mini gimnasio de boxeo, que tiene el suelo acolchado negro e incluso un saco de lona roja colgando del techo. Oigo un ruido detrás de unas puertas dobles.

—Paula, ¿estás ahí? Soy yo, Sienna —llamo.

Ella aparece en el umbral con su pelo blanco rizado y el pintalabios rojo. Cómo puede tener tan buena pinta a primera hora de la mañana es algo que nunca entenderé. Irradia entusiasmo cuando me ve.

—Ay, Sienna, cielo, ¿no es maravilloso? —dice levantando ambas manos.

—Sí, es genial, pero no entiendo nada.

Dios, ¿se me habrá olvidado alguna información crucial? Ese sitio es increíble, pero no tengo ni idea de por qué estoy aquí a las 7:30 de la mañana de mi día libre.

—Sienna, esto es La Guarida. Un lugar seguro para nuestros niños, por si lo necesitan. Incluso tiene un despacho para que podamos trabajar nosotras.

—Vaya, es... es estupendo, Paula. ¿Por qué no me lo has contado antes? Podría haberte ayudado. Pero ¿de dónde ha salido el dinero para esto? —pregunto sin pararme a pensar.

He visto las cuentas de la organización. Nos falta muchísimo para poder permitirnos algo así en un futuro próximo.

—Tenemos que agradecerse al señor Russo. Él ha financiado y diseñado todo lo que hay aquí. Se ha pasado semanas perfeccionándolo y en contacto con los niños para construirles una guarida perfecta.

Sonrío de oreja a oreja.

De inmediato pienso en Max; le va a encantar este sitio.

—No sé qué decir. Es absolutamente perfecto. Estoy deseando ver la cara de los niños. Esto va a ser un punto de inflexión para nosotras, Paula. —El entusiasmo empieza a crecer en mí mientras hablo. Es la primera emoción auténtica que he sentido desde hace mucho. Y tengo que agradecerse a Keller.

—El señor Russo tiene muy buen corazón bajo ese exterior tan duro. Me ha contado que él estuvo en el sistema de acogida infantil cuando era pequeño. No lo pasó bien y por eso sabe lo importante que es esto para ellos. —Le brillan los ojos al hablar de él—. Y hablando del tema...

Yo asiento mientras la escucho y noto que se me forma un nudo en el estómago cuando las palabras de Enzo resuenan en mi cabeza:

«No renuncies a él tan pronto».

Oigo un sollozo ahogado que viene de detrás de una pared interior que tengo delante. Le pregunto a Paula con la mirada.

—Es Max.

Siento crecer el terror en mi estómago.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Está bien?

A ese pobre niño siempre le pasa algo. Solo tiene diez años, por el amor de Dios.

—Su madre ha desaparecido. Lo encontré en su casa, solo. Llevaba así dos días. No conseguía ponerme en contacto con ella para que me firmara el permiso para el entrenamiento de boxeo de la semana que viene, así que fui a su casa. Lo encontré llorando sin parar en una cama sin sábanas y llamando a gritos a su madre.

—Joder...

Me cabreo. Se me rompe el corazón por él. Ya ha pasado por demasiado. Esa maldita mujer necesita que alguien la ponga en su sitio.

Voy de puntillas hasta la puerta, pero Paula me coge la mano y me detiene.

—Keller está ahí dentro con él. Max me ha preguntado por él, así que lo he llamado y ha venido enseguida. Lleva con él desde las cinco de la mañana. Ese hombre tiene un corazón de oro.

Yo asiento despacio y los nervios se me acumulan en el estómago.

Lo hago por Max, no por Keller. El niño me necesita. El corazón me da un vuelco. No puedo evitar esa reacción cuando estoy cerca de Keller.

Paula me suelta la mano y yo asomo la cabeza por la puerta. Me quedo sin aliento y se me llenan los ojos de lágrimas cuando veo la

escena que se desarrolla ahí dentro. Es un dormitorio pequeño con literas en los dos lados. Max está sentado en el regazo de Keller, acurrucado contra él, intentando contener los sollozos. Su pecho sube y baja con rapidez mientras Keller envuelve su cuerpecito con los brazos musculosos y apoya la cabeza sobre la de Max.

Los pies se me han quedado pegados al suelo. No me puedo mover. Se me llena el estómago de mariposas. En ese momento todo el odio que siento se desvanece y me olvido de lo que me ha hecho.

Los ojos de Keller, tristes, se encuentran con los míos y me sonrío un poco. Yo no puedo evitar hacer lo mismo.

Entonces mis piernas se mueven involuntariamente. Voy corriendo hasta ellos y me siento en la cama a su lado. Max separa la cara manchada de lágrimas del pecho de Keller para mirarme.

—Max, cariño, ¿estás bien? —pregunto, y le acaricio el pelo, rubio y corto.

Él asiente y vuelve a apoyar la cabeza en el pecho de Keller.

—Gracias —le digo a Keller solo moviendo los labios, para no interrumpir el momento. Parece que lo tiene todo bajo control.

Me levanto para irme, pero él me agarra la mano. Unas corrientes eléctricas pasan por mis dedos y despiertan todo mi cuerpo.

—Quédate. Por favor.

Veo la súplica en sus ojos, así que vuelvo a sentarme. Me envuelve los hombros con su enorme brazo y tira de mí hacia su costado. Yo disfruto de la sensación familiar y de repente empiezo a sentirme completa de nuevo. Rodeo a Max con un brazo y cierro los ojos.

Nos quedamos ahí juntos, acurrucados, en silencio, con Max. En la habitación solo se oyen los desgarradores sollozos del niño.

Parecemos casi una familia.

—Max, cariño, ¿qué te parece si vamos a por un chocolate caliente? Le podemos echar doble de nata y nubes, si quieres. ¿Te apetece?

La interrupción de Paula me devuelve a la realidad. Los sollozos de Max paran y mira a Keller en busca de reafirmación. Él sonríe y asiente. Max se levanta del regazo de Keller y se va con Paula, pero antes de salir nos mira con una gran sonrisa, un poco traviesa incluso, y después corre hacia la puerta.

—Os veré luego a los dos. Sienna, aquí está tu nuevo despacho, así que te veo aquí el lunes por la mañana, ¿vale?

—Perfecto, Paula.

Se despide con la mano y saca a Max del cuarto.

Toda mi atención está centrada en el calor del contacto de Keller, así que me aparto rápido de él y me pongo en pie de un salto. Veo dolor en su cara antes de que agache la cabeza.

—Tengo que irme. Gracias por estar pendiente de Max. Eres muy bueno con él, Keller.

—¿Puedo enseñarte algo? —Me mira con los ojos enrojecidos.

Aunque parece que no ha dormido mucho, sigue estando muy sexy.

—No creo que sea una buena idea.

No confío en mí cuando él está cerca. Quiero odiarlo, pero no puedo.

—Por favor...

Las palabras de Enzo vuelven a aparecer en mi cerebro. Y también la imagen de Keller abrazando al pobre Max destrozado. Seguramente esto es un gran error, pero algo dentro de mí me grita que acepte.

—Está bien.

Cuando Paula me ha llamado tempranísimo, no he dudado en subirme al coche enseguida e ir a ver a Max, porque sé cómo es que te abandonen. Joder, yo estuve en su situación en el pasado, y lo único que quería era que alguien me dijera que todo se iba a arreglar.

Si alguien lo hubiera hecho, yo habría salido mucho mejor.

Cuando llevo a Sienna hasta mi coche, que está aparcado en la parte de atrás del almacén, ella no me mira a los ojos y no hace más que jugar con los pulgares mientras camina. Tan cerca de ella se me acelera el corazón. Lo único que quiero hacer es cogerla en brazos y decirle lo mucho que la echo de menos y cuánto la quiero.

Pero sé que no puedo.

Estoy muy preocupado por ella. Ha perdido la chispa. Y debe de haber perdido unos cinco kilos. Tiene la cara muy delgada y se le ve la piel grisácea.

Me destroza haberle hecho esto.

La he llevado al límite. Todavía no sé si llegará a perdonarme. Durante ese momento en el dormitorio, cuando me ha dejado rodearla con el brazo, toda la tensión visible que tenía ha abandonado su cuerpo. Y yo me he sentido como si estuviera en casa. En esos pocos minutos todo ha vuelto a estar bien en el mundo.

De camino a nuestro destino, ella mira al frente por el parabrisas y los nervios hacen que no deje de pellizcarse la piel que le rodea las uñas pintadas con esmalte granate descascarillado.

—¿Qué es lo que quieres enseñarme? —pregunta.

—Si te lo digo, estropearía la sorpresa, cariño.

Su respiración se acelera un poco al oírme. Mierda, no quiero asustarla antes de que lleguemos. Después de ver el pánico que la invadió cuando me vio en el gimnasio el otro día, me di cuenta de todo lo que tenía que hacer para recuperar su corazón. Espero que su odio no sea más fuerte que su amor por mí.

Seguimos el viaje en silencio. La pillo mirándome algunas veces. Tenerla conmigo de nuevo me da tranquilidad.

Entro en el camino, paro delante de unas enormes puertas negras y bajo la ventanilla. El aire helado se cuela en el coche. Me inclino, escribo el código de seguridad: 061120, la noche en que nos conocimos, el momento que cambió el curso de mi vida para siempre.

Las puertas se abren despacio y entramos por el camino de acceso de gravilla, rodeado por hectáreas de vegetación, que resplandece por la helada matutina. Por fin se ve la magnífica mansión. Una casa de quince dormitorios, pintada de blanco, con decoraciones de marfil que llegan al tejado. No está perfecta ahora mismo, pero lo estará cuando acabe con ella.

Aparco al lado de la fuente redonda de piedra gris y dejo escapar el aire que he estado conteniendo desde que hemos entrado por las puertas. Los ojos de Sienna están fijos en el edificio que tiene delante, y los labios, gruesos, un poco abiertos.

—Madre mía.

—¿Quieres verla por dentro?

—¡Dios mío, sí! Parece sacada de un libro. Es una maravilla.

La emoción de su voz hace que se me acelere el corazón.

La llevo por la arcada hasta la puerta de madera. Saco la llave del bolsillo de los vaqueros, la meto en la cerradura y empujo la puerta. Después le hago un gesto para que cruce el umbral. Su cara se ilumina cuando contempla la casa. Nuestra futura casa, o al menos eso espero.

La grandiosa escalinata nos recibe nada más entrar. A pesar de que tiene mucho potencial, la casa necesita un buen arreglo para sacarle todo el partido. Ese es el plan: tener un lugar que podamos crear juntos y al que llamemos «hogar». Todo lo que hay ahora mismo está pasado de moda, desde los armarios de la cocina naranjas hasta las alfombras rojo oscuro raídas. Pero, a pesar de todo, Sienna sigue admirando su belleza asombrada.

Por eso la he comprado. En cuanto vi el anuncio, me imaginé a Sienna sentada con las piernas cruzadas delante de la chimenea encendida junto a su colección de libros eróticos, todos ordenados en una estantería que cubriría toda la pared. También me imaginé el gimnasio que podríamos montar, la habitación infantil, y pensé que podríamos tener un perro para que correteara por todo ese terreno. El dinero no significa nada para mí. Quiero un hogar y una familia. Lo quiero todo, pero solo con ella.

Sienna me mira y levanta una ceja.

—¿Tengo que entender que esta casa es tuya?

—Correcto. —Me acerco a ella. El deseo se nota en el aire—. Aunque no es del todo exacto —añado, y le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja. Ella se estremece por mi contacto.

—¿A qué te refieres? —pregunta juguetona, y me enseña sus dientes perfectos cuando sonrío.

—Porque no es solo mío, es nuestro —susurro.

Su cuerpo se tensa.

—¿Por qué? —quiere saber, y resopla.

—Quiero que construyamos un hogar juntos. Algo que creemos desde cero y que a los dos nos encante. Una casa en la que formar una familia. Cuando vi el anuncio, pensé en ti inmediatamente. Nos vi envejeciendo aquí, juntos. No puedo volver al ático después de lo que pasó allí. La culpa me ha estado comiendo por dentro. No espero que me perdones tan rápido, ni que te vengas a vivir conmigo otra vez. Yo... solo quería enseñarte que voy muy en serio en lo que respecta a ti, a nuestro futuro. Esta casa y yo estaremos aquí esperándote hasta que estés preparada.

Ojalá no tarde mucho, pero esperaré lo que sea necesario a que ella quiera volver a mis brazos.

—Ay, Keller —solloza, y entierra la cara en mi pecho.

Yo le acaricio el pelo mientras se desahoga. Se me llenan los ojos de lágrimas e inspiro hondo, temblando. La he destruido. Noto la humedad de sus lágrimas en la sudadera. Esas lágrimas se las he provocado yo.

—Tranquila, cariño. Lo siento mucho, Sienna. Siento haberte hecho tanto daño —consigo decir con dificultad.

—¿Por qué tuviste que dejarme? —pregunta con una voz apenas audible entre los sollozos.

Le apoyo los pulgares debajo de la barbilla y le levanto la cabeza para que me mire. Ella sorbe por la nariz y yo le limpio las lágrimas bajo los ojos.

—Te prometo que nunca jamás volveré a separarme de ti. Ni te causaré un dolor como este. Estaré más pendiente de tu corazón que del mío. Te querré hasta el día en que me muera y después seguiré haciéndolo por toda la eternidad. —Se me quiebra la voz al decirle todo lo que siento.

—Estoy empezando a entenderlo, Keller. Pero me duele mucho que fueras capaz de romperme el corazón así. Podrías haber acabado conmigo.

—Lo sé. Y renunciaría a todo para poder volver atrás en el tiempo y quedarme a tu lado. Creía que te estaba protegiendo, aunque fuera como arrancarme el corazón. Pero estaba totalmente equivocado. Y me voy a arrepentir el resto de mi vida. —La miro con una sonrisa triste—. Te quiero, princesa. Ahora y siempre. Aunque no me perdones, siempre serás la dueña de mi corazón.

Nos miramos a los ojos y en ese momento no importa nada más.

—Bésame —pide en un susurro tan bajo que me cuesta oírla.

Perplejo, me quedo mirándola. Tiene los ojos rojos e hinchados y la piel muy pálida, pero sigue siendo la mujer más guapa que he visto en mi vida.

—He dicho «bésame» —repite más alto.

Acerco los labios a los suyos, la beso y voy poco a poco haciendo el beso más profundo. Vuelco todo mi amor en él. Entierro las manos en su pelo a la vez que meto la lengua en su boca para recorrerla entera, y nuestros dientes chocan. Sabe a menta. Mi erección me presiona los vaqueros y suelto un gruñido grave dentro de su boca.

—Te he echado mucho de menos, cariño —digo atrapándole la boca de nuevo, esta vez lleno de deseo. Ella me envuelve el cuello con los brazos.

Me separo de ella a regañadientes. En cuanto lo hago, ya echo de menos sus labios contra los míos. Pero tengo que hacerlo bien. Sienna se queda parada delante de mí y en su cara se ve claramente la sorpresa; tiene las mejillas enrojecidas, el pelo despeinado y los labios hinchados, que me provocan un deseo de besarlos de nuevo.

—Quiero hacer esto bien, Sienna. Pretendo que vuelvas conmigo cuando tu corazón esté del todo seguro. Sin dudas, sin remordimientos, decidida y lista para vivir el resto de tu vida conmigo.

No me puedo creer que esté haciendo esto, pero es necesario.

No está preparada. Veo que sigue nerviosa cuando está conmigo. No confía en mí.

Cruza los brazos sobre el pecho.

—¿En serio me estás haciendo esto ahora?! ¿De verdad me estás rechazando?! —grita, y veo dolor en sus ojos.

—Sí. —Las palabras se escapan de mi boca—. Compromiso total, cariño. Necesito eso. Y noto que no estás en ese punto todavía, así que tengo que esforzarme más.

Ella baja la cabeza y suspira. Entonces la abrazo y le susurro al oído:

—Esto no es un adiós. No voy a renunciar, ni ahora ni nunca. Todo esto estará esperando a que vuelvas.

—No puedo seguir haciendo esto, Keller. Llévame a mi casa y déjame en paz. —Suspira de nuevo, derrotada.

Yo hago lo que me pide. Pasamos el trayecto hasta su piso en total silencio. Ella sale del coche, sin mirarme siquiera, y entra en su apartamento.

«Mierda».



Voy directo al gimnasio para hacer lo que mejor se me da: dar puñetazos.

—¡Jodeeeeeer! —grito dándole una sucesión de puñetazos al pesado saco, para liberar contra el cuero toda la devastación que consume mi cuerpo.

Es la única forma que conozco de gestionar estas cosas: pelear. Todos los músculos de mi cuerpo me están pidiendo que pare. Me caen gotas de sudor de la frente sobre los ojos y me arden los pulmones.

Estrello la cabeza contra el saco, lo abrazo y respiro hondo varias veces. Estoy en medio de una espiral que me lleva a la oscuridad y acabo de apartarme del único camino que conozco hacia la luz.

Noto en la espalda las miradas de todo el resto del gimnasio mientras estoy allí, casi hiperventilando contra un saco.

Si quiero ganar esta pelea, que es dentro de un par de semanas, debo poner mi cabeza en su sitio.

Entonces tengo una idea.

La pelea.

Ella quiere que luche por ella, que le demuestre que no la volveré a abandonar nunca.

Y eso es justo lo que voy a hacer.

Sienna

Un fuerte golpe en la puerta me sobresalta y me saca de la ensoñación que estaba teniendo mientras miraba fijamente el líquido que caía en mi taza. La primera semana en La Guarida ha pasado volando. He tenido todos los días toneladas de solicitudes, lo que significa que cada vez llegan más niños a nuestras puertas. Es genial poder ayudar a tantos, pero estoy agotada. Esta mañana he tenido que salir de la cama arrastrándome y no sé cómo he llegado a la ducha; cada movimiento supone un esfuerzo.

Eso me recuerda que tengo que llamar al médico hoy. Desde que me dieron el alta en el hospital he estado esperando para hacerme una ecografía que confirme que mi bebé está bien. «Nuestro bebé».

Cojo la taza de café, llena hasta arriba, voy a la puerta principal para abrirla, pero no hay nadie.

Sin embargo, veo a mis pies una caja negra atada con una cinta dorada. Me agacho, la recojo, cierro la puerta y vuelvo a la cocina.

—Anda, ¿qué es eso? Parece elegante —exclama Maddie cuando entra en la cocina, con la misma cara de cansada que yo. Tiene el pelo recogido y el rímel corrido por la cara.

—Ni idea —respondo mirando la caja muy seria y deseando abrirla.

—Pues ábrela. A ver qué hay dentro.

Suelto la cinta y levanto la tapa. Encuentro otra caja de terciopelo negro y un sobre blanco. Escrito con la letra mayúscula de Keller, leo:

ÁBREME A MÍ PRIMERO.

Rompo la solapa del sobre y saco la carta. Sobre la encimera caen dos entradas rectangulares.

PARA MI REINA:

NO PUEDO GANAR ESTE COMBATE SIN TI EN MI ESQUINA.

QUIERO DARTE EL CUENTO DE HADAS QUE MERECE.

QUIERO HACERTE SONREÍR CADA DÍA.

QUIERO ADORARTE CADA NOCHE.

QUIERO AMARTE CON TODO LO QUE TENGO.

QUIERO HACERLO BIEN.

SIN TI NO HAY LUZ.

ESTA CAJITA NEGRA CONTIENE LA LLAVE DE MI CORAZÓN PARA EL RESTO DE LA ETERNIDAD.

SI ESTÁS PREPARADA PARA SER LA DUEÑA DE CADA CENTÍMETRO DE MÍ, LLÉVALA AL COMBATE. PERO NO LA ABRAS ANTES DE QUE YO TE LO DIGA.

UN CHÓFER OS RECOGERÁ A MADDIE Y A TI A LAS 11:00 EL JUEVES QUE VIENE PARA LLEVAROS A UN AEROPUERTO PRIVADO DONDE UN JET OS TRAERÁ A LAS VEGAS. OS HE RESERVADO A LAS DOS CUATRO NOCHES EN EL HOTEL MGM GRAND Y AQUÍ TENÉIS DOS ENTRADAS PARA MI COMBATE.

ESTOY PREPARADO PARA LUCHAR POR TODO.

¿LO ESTÁS TÚ TAMBIÉN?

TE QUIERO.

MI DIOSA, MI REINA, MI MUNDO.

SIEMPRE TUYO,

TU CAMPEÓN

Dejo la nota a un lado con manos temblorosas, se me llenan los ojos de lágrimas y se me nubla la vista por la emoción. Malditas hormonas.

Maddie viene corriendo y me da un abrazo.

—No pasa nada, Sienna. Todo va a salir bien. Te lo prometo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, la creo.

Voy a luchar por lo que quiero.

—¿Te apetece hacer un viaje a Las Vegas la semana que viene? — pregunto mirando a Maddie y levantando una ceja.

Se le ilumina la cara por la emoción.

—¡No fastidies! Ay, mi madre. —Coge las entradas y las agita en el aire—. Sí, sí, sí, sí. ¡Un millón de veces sí!

Una chispa se enciende en mi interior gracias a una determinación renovada. Voy a recuperar a mi hombre.

Cojo la cajita de terciopelo suave entre los dedos y la agito delante de mi cara. Quiero abrirla; las sorpresas me matan. Pero voy a confiar en él. Keller siempre tiene un plan. Tendré que esperar unos días. La vuelvo a meter en la caja grande, junto con las entradas, y la aparto hacia el otro extremo de la encimera, lejos, para evitar las ganas de mirar.

—Pues entonces nos vamos a Las Vegas, amiga.

Maddie da saltitos, entusiasmada.

—¿Es pronto para abrir una botella de champán?

—Ojalá pudiera —digo, y me echo a reír mirando a mi emocionadísima amiga.

—¡Ay, mierda, perdona! ¿Esto significa que le vas a perdonar?

—Sí —respondo muy segura.

—Como vuelva a hacerte daño, lo mato con mis propias manos.

Solo de imaginarme a Maddie intentando hacerle algo a Keller suelto una carcajada.

—Lo digo en serio. Tengo contactos.

Ay, pobre Maddie, no tiene ni idea de nada.

—Vale, vale, lo tendré en cuenta, señora Smith.

—La verdad es que me alegro mucho por ti, Sienna. Él enciende algo en ti que no está al alcance de nadie más. Te lo mereces. Los dos os merecéis una vida de amor.

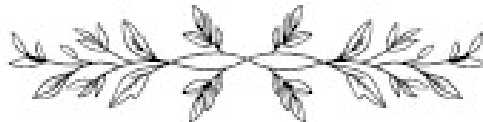
Vuelvo a abrazar a mi amiga. Sé que ella desea con todas sus fuerzas tener lo mismo que yo.

—Gracias, Maddie. Te quiero.

—Yo a ti también, Sienna. Ahora vete a vestirte para ir a trabajar. Cuanto antes vayas, antes podrás volver para tomarte un prosecco sin alcohol y tener una sesión de karaoke con tu mejor amiga.

Niego con la cabeza y me río, pero la obedezco.

Solo una semana para poder por fin arreglar mi corazón.



—¿Cómo? No puede retrasarme la cita, tengo que coger un vuelo. Salgo a las once —prácticamente grito por el teléfono mientras Patricia, la servicial recepcionista del médico, sigue pulsando teclas con sus uñas acrílicas. Me entran ganas de arrancárselas de los dedos.

—Hemos tenido una emergencia. Podemos atenderla a las diez y veinte.

El médico está al lado de mi casa. Si consigo acabar para las 10:50, me da tiempo a llegar al aeropuerto.

—Vale —digo resignada.

—Pues la veremos entonces, señorita Anderson. —Oigo el sarcasmo en su voz.

Cuelgo y tiro el teléfono contra el sofá.

«Maldita zorra».

Hemos dejado el equipaje junto a la puerta. Llevamos ropa como para pasar un mes en Las Vegas, pero necesitamos tener varias opciones para el combate de Keller. A mí ya se me empieza a notar la tripa y quiero darle la sorpresa a Keller. Además, todo lo que llevamos está justificado, o eso me digo yo.

—Dios, ¿a quién le estabas gritando tan temprano? —pregunta Maddie.

—A la estúpida recepcionista del médico. Me han cambiado la cita a las diez y veinte, en vez de a las nueve y veinte. Por lo visto, si no voy a esta cita, tendré que esperar otras tres semanas.

—¿Y para qué vas al médico? —dice con cara de preocupación.

—Es un chequeo. Después de lo que pasó, quieren asegurarse de que el pequeñín está creciendo bien.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No hace falta. Termina de hacer la maleta y de prepararte. Prometo traer una imagen de la ecografía.

Sonrío para ocultar mis nervios. Hoy voy a saber si el bebé está sano. Después de todo lo ocurrido, sería casi un milagro. «Por favor, que esté bien».



El olor a hospital me llena la nariz cuando entro en la consulta a las 10:18. No puedo arriesgarme a que la maldita recepcionista me

diga que he llegado tarde a la cita.

Patricia me recibe, me mira con una sonrisa falsa y sus uñas brillantes incómodamente largas, que no dejan de repiquetear contra el teclado, y me dan ganas de taparme los oídos.

—¿Señorita Anderson? —me llama una enfermera.

Entro en la consulta, y veo una camilla azul en el centro y un monitor al lado.

Empiezan a sudarme las manos. Ojalá Keller estuviera aquí conmigo. Se lo merece, pero no quería añadirle más presión antes del combate. Tengo que saber si está bien antes de contarle nada. Además, quiere sorprenderme con el contenido de la cajita, y la espera va a acabar conmigo. Pero entonces yo también tendré una sorpresa para él.

La enfermera me comprueba las constantes vitales y después entra el médico.

—Bien, señorita Anderson, súbase a la camilla. Levántese el jersey y bájese un poco los pantalones para que podamos echar un vistazo —dice.

—Vale. —Asiento, inspiro hondo y me tumbo en la camilla.

Con los dedos temblorosos me levanto la parte de arriba y dejo la barriga al aire.

—Va a notar un poco de frío, ¿vale?

Asiento, conteniendo la respiración. El monitor se enciende y se ven imágenes en blanco y negro en la pantalla. Entorno los ojos para intentar distinguir algo, pero no lo consigo; todo me parece un manchurrón.

El médico me presiona la barriga con la sonda fría y la desliza por toda la superficie. No se oye más que la estática en el monitor. Pasan un par de minutos y empiezo a sentir terror.

—¡Ajá! Ahí estás, pequeñín.

Miro enseguida a la pantalla y un latido rápido resuena en la consulta.

Una cosa diminuta, que parece un alien, se mueve en la pantalla.
«Nuestro pequeño alien».

Después de tomar unas medidas, me confirma que estoy embarazada de unas doce semanas. Me da una montaña de papeles y recordatorios de citas. Por culpa del trauma que he pasado hace poco, quieren controlarme más de lo normal. Pero nuestro pequeño alien parece estar estupendamente. Vamos a traer al mundo a otro luchador.

Cuando salgo del edificio, estoy a punto de dejarme llevar por la emoción hasta que miro la hora en el teléfono.

Las 11:15.

¡Mierda! Vuelvo corriendo al apartamento. Me arden los pulmones cuando subo las escaleras y abro la puerta con violencia.

Maddie está allí, mirando fijamente una taza de café humeante.

—¿Se ha ido el chófer?

Ella arruga la frente y asiente.

—¿Le has explicado la situación? —pregunto irritada.

—Claro, pero le ha dado igual. En cuanto le he dicho que no estabas, ha subido la ventanilla y se ha largado. Un puto capullo. He intentado llamar a Grayson, pero me ha saltado el contestador.

—¿Por qué no puede salirme algo bien en la vida por una vez?! —grito; saco el teléfono del bolsillo del abrigo y llamo a Keller, pero también me salta el contestador.

Mierda, voy a ir a Las Vegas pase lo que pase.

Me siento fatal solo de pensar en que Keller crea que no quiero estar con él cuando me necesita.

—Pues me parece que vamos a tener que coger un vuelo comercial. Coge el portátil, yo voy a por la tarjeta de crédito. Vamos

a ir a Las Vegas como sea.

—¿Cuánto tiempo podemos retrasar el despegue? —le pregunto al copiloto, que está de pie, con las manos en las caderas, fulminándome con la mirada.

Yo le he pedido que espere diez minutos y se le está acabando la paciencia.

Y a mí también, capullo.

—¿Y por qué no tenemos cobertura ninguno? ¿Es que la bloquea el avión? ¡Joder!

Luca me agarra el hombro con fuerza desde el asiento de al lado.

—Keller, tenemos que irnos. No podemos esperar para ver si ella aparece. Tienes el pesaje esta tarde. Si quisiera venir, ya estaría aquí. Lo siento. —Su voz es grave.

La tristeza me arrasa cuando me dejo caer en el asiento de cuero y admito la derrota.

De repente me doy cuenta de la dura realidad y el golpe es tan fuerte como el de una tonelada de ladrillos.

La he perdido.

Para siempre esta vez.

La bata de satén me roza los antebrazos mientras deambulo por la habitación, dando puñetazos rápidos en el aire.

¿Dónde coño está Grayson? Solo faltan diez minutos para salir.

Los nervios siempre están ahí. Es mi vigésimo combate profesional y sigue dándome el mismo subidón de adrenalina.

Pero mi cuerpo se calma al oír la dulce voz de Sienna. No puede ser.

—Soy su novia. Tengo que verlo. Es una emergencia. Déjeme pasar. —Su voz cada vez suena más fuerte.

«Joder».

—Déjenla pasar. ¡Ya! —grito, y los guardas se apartan como el mar Rojo y me permiten ver a Sienna.

Sus ojos azules se clavan en mí y me quedo sin aliento cuando la veo correr hacia donde estoy. Está radiante. No me puedo creer lo que ven mis ojos. Su cara se ilumina al llegar a mi lado y su sonrisa contagiosa hace que mi corazón cobre vida de nuevo. Salta a mis brazos, que yo extiendo para cogerla, aunque los malditos guantes me estorban.

Me rodea la cintura con las piernas, aunque no sé cómo puede, con el vestido negro que lleva. Entierra la cabeza en mi cuello, su respiración cálida me acaricia la piel y envía una corriente eléctrica directa a mi entrepierna. Yo hundo la cara en su pelo e inhalo mi

olor favorito. El suyo. Su aroma a melocotón me envuelve y todos los nervios y el terror desaparecen al instante. No veo a nadie más que a ella.

—Te quiero, Keller. Te quiero muchísimo. No puedo vivir sin ti, no lo soporto. Es como si me faltara la mitad del corazón.

Yo contengo un sollozo y aprieto más la cara contra ella.

—Te perdono —sigue diciendo atropelladamente, casi sin respirar—. Ahora perdónate tú también. Deja que esa oscuridad desaparezca. Quítate la máscara. Lo quiero todo, para siempre.

Las mejores palabras que jamás me ha dicho nadie.

—Cariño... —digo con un hilo de voz—. Yo también te quiero, Sienna. Te necesito tanto como al aire que respiro. Sin ti mi vida no tiene sentido. Tú, mi reina, eres la luz en mi oscuridad. Y te prometo que voy a pasar todos los días que me queden de vida adorándote.

—Keller, vamos. Es la hora —anuncia Grayson, que aparece detrás de mí.

Estaba tan concentrado en Sienna que casi se me había olvidado dónde estoy.

Ella me mira fijamente y sus ojos están llenos de emoción y de amor. Veo una llama de deseo que arde en el fondo. Echa un vistazo por encima de mi hombro y después acerca los labios a mi oreja y me roza el lóbulo con los dientes.

—Sal ahí y enséñales cómo pelea un campeón del mundo. Después ven a buscarme y enséñame a mí cómo folla uno —dice con tono seductor.

Veo deseo en sus ojos entornados y aprovecho para robarle un beso. Cuando mis labios se estrellan contra los suyos, gime dentro de mi boca.

Mi chica ansiosa ha vuelto.

Baja las piernas, se desliza por mi cuerpo y se coloca el vestido. Lleva unos tacones de aguja rojos que resaltan sus piernas torneadas, y se me hace la boca agua.

Dios, qué ganas tengo de poder acariciarlas después.

—Te veo al otro lado, princesa. Ve practicando lo de gritar mi nombre lo más alto que puedas. —Le guiño un ojo y ella me da un azote cuando pasa por mi lado.

Me río y me dirijo a la salida. Va a acabar conmigo. Esa bomba de mujer ha recuperado su fuego y ahora estoy a minutos de empezar el combate más importante de mi vida con media erección.

La verdad es que no lo cambiaría por nada.

Ahora solo tengo que ganar esta pelea y quedarme con la chica..., pero esta vez para siempre.



El MGM Grand está lleno a reventar. Oigo a más de dieciséis mil fans animando mientras me acerco a la pasarela, pero la multitud enmudece cuando los focos se dirigen a mí. Es ahora o nunca.

Empieza a sonar a todo volumen *X Gon' Give It to Ya* de DMX y un estremecimiento me recorre la espalda.

Los guardas me dan el visto bueno. Agacho la cabeza cubierta con la capucha y me dirijo despacio al ring.

La multitud corea mi nombre; soy el púgil local y todos me apoyan a mí. Pero eso me da igual. Lo único que me importa es tener a mi chica conmigo, en mi esquina.

Me agacho para pasar entre las cuerdas y voy a la esquina roja. Grayson y mi equipo llevan mis colores, el rojo y el negro. Nos

quedamos ahí, esperando a mi rival, Dmitry Selimov. Es siete centímetros y medio más bajo que yo y pesa cuatro kilos y medio menos. Es más rápido que yo; sin embargo, mi potencia supera diez veces la suya.

Durante las últimas semanas he estado entrenando y estudiando. He ganado agilidad. Estoy preparado.

El ruso entra en el ring y su calva resplandece bajo las fuertes luces.

—Vamos a darle lo que se merece, Keller. Sé inteligente. Tómate tu tiempo; él es imprudente. ¡Defiende y pega! —grita Grayson por encima del estruendo de la multitud, y me salpica de saliva en la cara.

Asiento. Conozco el plan. Lo he vivido y respirado durante semanas. Abro la boca, Grayson me pone el protector, me quita la bata y me giro. Más de cien kilos de puro músculo al aire para que todo el mundo los vea.

El presentador de pelo blanco, con su pajarita negra, va a anunciar el inicio del combate. Solo quedan unos minutos para que suene la campana. El público se convierte en un mar de caras borrosas. Todas menos una. La única cara de las que están aquí hoy que me importa.

—Señoras y caballeros, esta noche van a ser testigos de un momento que pasará a la historia. Un combate por el título que va a coronar al campeón del mundo indiscutible de los pesos pesados. En la esquina roja tenemos a Keller Russo, el Asesino. —La multitud corea mi nombre—. De Nueva York, Estados Unidos, con un peso de ciento nueve kilos, actualmente ostenta los títulos de campeón de los pesos pesados de la IBE, la WBO y la WBA. Cuenta con un impresionante palmarés de diecinueve victorias, dieciocho por KO. En la esquina azul está Dmitry Selimov, el Sicario. Viene desde

Moscú, Rusia, con un peso de ciento cuatro kilos, actual poseedor del cinturón de la WBC. Puede alardear de haber ganado quince combates, diez por KO. Señores, espero ver una pelea limpia esta noche.

Chocamos los guantes, nos saludamos con la cabeza y volvemos cada uno a nuestra esquina.

—Espectadores del MGM Grand, ¡prepárense para RUGIR!

Ding, ding, ding.

En cuanto oigo la campana, los nervios desaparecen. Ya no veo nada más que a mi rival ruso, que carga contra mí.

Dmitry da el primer golpe, un *jab* de izquierda que esquivo con facilidad. Contraataco con una combinación de puños rápida. Levanta los guantes para defenderse. Esto no es más que un calentamiento. No voy a liberar a la bestia hasta dentro de cuatro asaltos, por lo menos.

Nos desplazamos por el ring y él me va lanzando combinaciones un poco torpes. No esperaba este juego de pies mejorado por mi parte. Ahora soy más rápido esquivando sus golpes predecibles.

La campana señala el fin del asalto y vuelvo a mi esquina, no sin antes mirar a Dmitry con una sonrisa asesina.

—Mantén el ritmo, Keller. Está jugando contigo. Sabemos que pelea mejor de lo que lo está haciendo ahora. Está intentando encontrar tu punto débil. No le dejes —ordena Grayson.

—Entendido, jefe —digo antes de que me ponga de nuevo el protector en la boca.

Según avanza el siguiente asalto, los golpes de Dmitry se vuelven más fuertes y neutraliza mis ataques con ganchos. Ha ido subiendo la marcha, aunque parece que ya ha llegado al máximo. Pero yo no he hecho más que empezar.

Asalto número siete: suena la campana. Necesito ponerle fin a esto. Ya me he cansado de dar vueltas por el ring. Me arden los pulmones y todos los músculos me piden a gritos que acabe con él. Le doy una serie de golpes directos. Dmitry se tambalea, pero se recupera enseguida, dejándome en desventaja a la hora de recibir un ataque. Me da unos cuantos puñetazos. Me tapo la cara con los guantes y él aprovecha para darme en las costillas. El dolor se propaga por todo mi cuerpo, pero eso solo sirve para liberar a la bestia que hay en mí. Cuando tengo la espalda contra las cuerdas, me lanza un derechazo a la cabeza que no llega a darme, y se queda expuesto durante un instante. Me inclino hacia la izquierda para esquivar su guante, pero enseguida giro para atacar y le doy una sucesión de golpes.

Está claro que Dmitry está agotado; su pecho sube y baja como loco. Aprovecha para intentar un zurdazo, que impacta en mi mandíbula. Pero yo no siento el dolor. Sacudo la cabeza y decido que ha llegado el momento.

Todavía tiene el brazo izquierdo estirado por el golpe, lo que le deja a mi merced. Lo asalto con una andanada de ganchos en su lado derecho, que hacen que tenga que retroceder tambaleándose y con las rodillas a punto de fallarle. Tengo la oportunidad delante de mis narices.

Abre los ojos como platos cuando mi derechazo impacta con la parte de debajo de su mandíbula. El sudor de su cara sale disparado en cuanto su cabeza se proyecta hacia atrás y su cuerpo hace lo mismo. Trastabilla una vez antes de caer con un golpe seco sobre la lona.

El árbitro llega corriendo y se agacha a su lado. Empieza a contar: uno, dos, tres. Desde el suelo, Dmitry levanta la cabeza despacio. No

tiene fuerzas para volver a ponerse en pie. Cinco, seis, siete, ocho. Deja caer la cabeza otra vez sobre la lona.

«¡Lo he conseguido!».

El recinto estalla. El sudor se mezcla con la sangre y me cae sobre las cejas. Levanto el guante izquierdo en el aire en señal de victoria. Grayson y mi equipo saltan por encima de las cuerdas y corren hacia mí.

—¡Lo has logrado, Keller! Estoy muy orgulloso de ti. —Grayson me agarra por los hombros y me abraza.

Entonces la veo.

Y el mundo se para.

En una sala en la que hay más de dieciséis mil personas, a la primera que veo es a ella. A la única en realidad.

Sus impresionantes ojos azules me atraviesan el corazón mientras se limpia las lágrimas, superada por la emoción. Está de pie y aplaudiendo como loca. Se da cuenta de que la miro, me dedica una sonrisa deslumbrante y me tira un beso. Yo le guiño el ojo y digo moviendo los labios: «Te quiero».

No tiene ni idea del as que tengo guardado en la manga.

Sienna

Suelto una exclamación cuando el guante impacta en un lado de la mandíbula de Keller, pero su cuerpo no se mueve ni un milímetro por el golpe.

No soy una experta en boxeo, pero está claro que mi campeón es mejor que su rival. Cada puñetazo que da es más fuerte que el anterior. El sudor que cubre todo su impresionante cuerpo brilla bajo las luces. Sus músculos se tensan en cada golpe. Este es su sitio y se ha ganado esos títulos.

No puedo mentir. Verlo pelear me está poniendo cachonda.

Hasta cuando está totalmente concentrado en la pelea, está muy atractivo. Pueden ser las hormonas o la falta de sexo de estas últimas semanas, pero tengo que apretar las piernas y me revuelvo en el asiento solo de imaginarme masajeando todos esos músculos cansados.

«Contrólate, Sienna».

Cuando todavía estoy distraída por mis pensamientos, todo ocurre como a cámara lenta. El guante derecho de Keller impacta de pleno en la parte inferior de la mandíbula de su rival, que sale volando y aterriza con un fuerte golpe.

El recinto se queda en silencio mientras el árbitro cuenta hasta ocho.

Los ocho segundos más largos de mi vida hasta el momento.

Conteniendo la respiración y mordiéndome las uñas, me levanto de la silla.

El árbitro alza el brazo izquierdo de Keller para adjudicarle la victoria y todo el mundo estalla en vítores.

—Joder, Sienna, ¡lo ha conseguido! —exclama Maddie a mi lado, dando saltitos, aplaudiendo y derramando champán por todo el suelo.

Me embarga la emoción. Estoy muy orgullosa de él. Las lágrimas caen sin parar por mis mejillas y no puedo dejar de sonreír. Son lágrimas de felicidad.

Me las limpio y yo también me pongo a corear su nombre, como todos los demás asistentes. Todo mi cuerpo está deseando subir ahí y abalanzarme sobre él, pero no creo que arriesgarme a que me plaque un guarda de seguridad sea una buena idea.

Se me pone toda la piel de gallina cuando los ojos oscuros de Keller me miran y lo veo pronunciar: «Te quiero». Siento un calor y una ternura que me derriten por dentro.

Dios, cuánto quiero a este hombre.

El ring está lleno de hombres, vestidos todos con trajes oscuros similares, que rodean a Keller. Está posando con los cuatro cinturones, dos en la cintura y uno en cada mano. Cuando se los llevan y las cámaras paran de hacer fotos, alguien de su equipo le pasa un micrófono negro y los focos se centran en el cuadrilátero y dejan al público a oscuras.

—Lo hemos conseguido. ¡Soy el puto campeón del mundo indiscutible de los pesos pesados! —Su voz grave resuena en el recinto y la gente se vuelve loca. Keller continúa—: Primero quiero darle las gracias a mi mejor amigo y entrenador, por ponerme en forma y ocuparse de reprogramar este combate —dice mirando a

Grayson, que le sonríe como un padre orgulloso—. Pero hay alguien más entre el público esta noche...

Me quedo sin respiración cuando dos guardas de seguridad aparecen a mi lado. El corazón está a punto de salirseme del pecho.

—Sube aquí, cariño, y trae la cajita negra.

Mierda. La cajita. Maddie tiene los ojos como platos y la boca tan abierta que la mandíbula casi le llega al suelo. La miro para pedirle ayuda.

Ella coge mi bolso del suelo y busca dentro. Después me pone la cajita negra en la mano con dedos temblorosos.

—Ve a por tu hombre, Sienna.

Un guarda alto me tiende la mano y yo se la cojo. La necesito para sostenerme. Me tiemblan las piernas y no puedo caminar muy estable con los tacones rojos. Me ayuda a subir las escaleras hasta el ring, me abre las cuerdas y yo me agacho para entrar. Lo primero que veo al llegar al otro lado, antes de volver a incorporarme, son los abdominales de Keller.

—¿Qué vas a hacer, Keller? —le pregunto en un murmullo, muerta de vergüenza y con la cabeza gacha.

Oigo que se ríe con ganas, y eso me tranquiliza un poco. Me llega todo el calor de su cuerpo cuando se inclina para susurrarme algo que solo yo puedo oír:

—Es nuestro momento, cariño. Dame la cajita.

Extiende la palma. Reconozco al instante las vendas blancas que lleva y me sonrojo al recordar aquella noche.

Él hinca una rodilla y el suelo vibra bajo nuestros pies.

Suelto una exclamación y me tapo la boca abierta con las manos, que no paran de temblarme.

—Sienna, desde el instante en que tu cuerpo perfecto cayó en mi regazo y me agarraste la polla como si fuera la palanca de cambios

supe que eras la indicada para mí.

El público responde con una mezcla de carcajadas y vítores. Se me escapa una risa mezclada con un hipo que sacude todo mi cuerpo. Las lágrimas están a punto de caer en cualquier momento.

—Cuando te perdí, también me perdí a mí mismo y todo lo que había deseado en mi vida. Mi mundo se desmoronó. Tú eres la que lo hace girar y la única que puede ponerme de rodillas, a la vista está. Quiero pasar todos los segundos de cada día amándote como te mereces. Como la reina que eres. Me has sacado de la oscuridad y me has enseñado lo increíble que es amar y ser correspondido.

Las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas mientras lo escucho. Sus ojos están llenos de amor, pero noto cierta preocupación en su tono. Cuando abre despacio la cajita, aparece un diamante resplandeciente talla esmeralda, al que la luz del escenario le arranca preciosos destellos.

«Madre mía».

—Eres la dueña de mi corazón, Sienna. Tú siempre serás la única. Concédeme tu para siempre, por favor. ¿Quieres casarte conmigo?

Sus palabras derriban todos los muros que había construido alrededor de mi corazón y acaban con cualquier determinación que tuviera anteriormente. Me llevo las manos al vientre sin darme cuenta.

—Sí. —Mis labios pronuncian esa sencilla palabra—. Sí, sí, sí —repito llorando, acercándome a él y poniéndome de rodillas para quedar a su lado en el suelo.

Él me agarra por detrás de la cabeza y estrella sus labios contra los míos, poniendo todo su amor y su pasión en ese beso.

—Te quiero —murmura entre besos.

Los flashes y los clics de las cámaras me hacen volver a la realidad. Le rodeo el cuello con los brazos y noto su piel sudada y

pegajosa.

—¿Qué te parece que nos casemos mañana mismo? —me susurra al oído para que solo yo pueda oírlo. Su voz profunda hace que un estremecimiento me recorra la espalda.

—Prefiero esta noche. —No quiero esperar a ser su para siempre, porque ya lo soy.

Le pongo el anillo en el dedo y lo único que veo con los ojos empañados es el resplandeciente diamante.

—Te queremos, Keller —dice Sienna.

El mundo se para y veo que se lleva la mano izquierda al vientre. No me puedo creer lo que veo mientras mi cerebro hace lo que puede por encontrar palabras.

—¿«Queremos»?

—Sí, los dos —contesta con una risita nerviosa.

Perplejo, vuelvo a caer de rodillas delante de ella, le agarro la estrecha cadera con ambas manos y bajo la cabeza para apoyarla en su barriga. «Nuestro bebé».

Aprieto los párpados con fuerza y mi cuerpo se agita por los sollozos. Los dedos finos de Sienna me acarician el pelo mientras yo dejo que salga todo lo que había contenido. Todo el dolor de los últimos meses (de toda mi vida, joder) sale a borbotones de mi cuerpo. No todos los días ganas el campeonato mundial, te comprometes y además te enteras de que vas a ser padre.

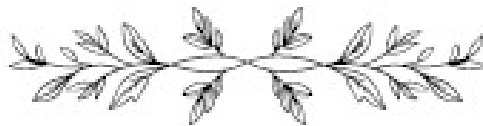
Le doy un beso suave en la tripa, me levanto y le agarro la mandíbula. Veo preocupación en su cara. Tengo que decírselo, demostrarle cuánto significa esto para mí.

—Vamos a tener la familia que siempre merecimos, Sienna. Este niño tendrá todo el amor que nunca nos dieron a nosotros. Gracias

por darme el mejor regalo que habría podido desear.

En su cara aparece una sonrisa de alivio. Le cojo la mano, se la aprieto y atraigo su cuerpo para pegarlo al mío.

—Vámonos de aquí para empezar nuestro felices para siempre. No puedo esperar ni un segundo para comerte entera. Hace mucho tiempo que no disfruto de mi postre favorito.



Entramos tambaleándonos en la suite presidencial. Lo que nos queda de ropa sale volando enseguida.

Sienna interrumpe los besos ardientes para agacharse y quitarse esos tacones de aguja rojos tan sexis.

—Déjatelos puestos —le pido desde arriba.

Ella se para y me mira con una sonrisa traviesa.

—Incorpórate —ordeno.

No tarda en obedecer. Tiene las tetas perfectas al aire y solo lleva puesto un tanga rojo de seda.

—Buena chica.

Gime al oírme, y eso envía toda la sangre a mi entrepierna, que ya lucha por salir de mis pantalones negros.

Mi esposa.

Siento el pecho lleno de orgullo al mirarla, lista y esperándome, con los fluidos resbalándole por el interior de los muslos.

¿Nos acabamos de casar en una capilla de Las Vegas y ha escuchado nuestros votos un Elvis gordo?

Claro que sí, joder.

Ella no tenía necesidad de una gran boda, ni de un vestido blanco. Las únicas personas que queríamos que nos acompañaran ya estaban aquí. Maddie y mamá se han pasado toda la ceremonia llorando, y Grayson ha estado rodeando los hombros de la amiga de Sienna con el brazo todo el tiempo. Luca ha conseguido dar su discurso de padrino, aunque estaba muy enfadado por no haber podido hacerme una despedida de soltero.

Me daba igual cómo fuera la boda, con que los dos dijéramos «sí, quiero» me valía.

—Bien, señora Russo, ¿qué voy a hacer contigo? —pregunto acercándome despacio a ella.

Entierro el puño en su pelo y tiro para echarle la cabeza atrás y dejar expuesta la piel delicada de su cuello. Veo su pulso bajo la piel pálida.

Le muerdo el cuello con fuerza y ella suelta una exclamación.

—Quiero oírte, esposa. Quiero que todo el hotel te oiga gritar el nombre de tu marido esta noche —digo con voz ronca, y le recorro el cuello con la lengua, hasta la mandíbula, dejándole un rastro húmedo—. Joder, estás deliciosa.

Metó la mano bajo el tanga de seda, le abro los labios de su sexo perfecto con los dedos y deslizo el dedo corazón por su piel hasta su entrada.

—Estás empapada para mí, cariño.

—Hmmm —ronronea, y se le cierran los ojos.

—Abre las piernas para mí —pido, y ella lo hace. Yo contemplo cómo se mueven sus pies con los tacones rojos.

—Buena chica.

Con un acceso mejor, puedo meter el dedo en su interior y sus paredes lo aprietan y me lo empapan. Añado un segundo y un tercero, y vuelvo a atacar su cuello. Aparecen unas marcas de

dientes, rojas y salvajes, y las cubro de besos suaves. Ella se mueve contra mi mano con ferocidad y suelta un gemido profundo.

Yo me pongo de rodillas por tercera vez esta noche y como seguro que voy a seguir haciendo el resto de nuestras vidas. Sus ojos brillan de deseo cuando me mira y se muerde el labio inferior.

—Por favor, Keller —me suplica.

Mi mujer se merece correrse en mi cara o conmigo dentro.

—Apoya las manos en mi cabeza y pon la pierna sobre mi hombro. Quiero verte bien.

Un tacón rojo pasa junto a mi cabeza cuando se abre por completo para mí y me ofrece una vista perfecta de su sexo rosa y chorreando. No puedo evitar gruñir al verlo. Como un muerto de hambre, hundo la cara en él y le muerdo el clítoris. Sus gemidos llenan la habitación y son como música para mis oídos.

—Más, Keller. Necesito más —jadea antes de tirarme del pelo con fuerza. Duele, pero me encanta.

He jurado adorarla y darle todo lo que tengo, y es justo lo que voy a hacer.

Durante el resto de mi vida.

Meto los dedos mientras la lamo entera. Noto que me los aprieta y empieza a temblar. Saco los dedos despacio, le agarro las dos nalgas y se las estrujo. Uso mi fuerza para sostenerla y obligarla a pegarse a mi cara, y empiezo un ataque salvaje sobre su clítoris. No puedo respirar bien, pero no me importa.

No bromeaba al decir que moriría por ella.

Un orgasmo la embarga y proyecta su sexo contra mi cara sin control mientras yo sigo sujetándole con fuerza el trasero.

—Dios mío. ¡Joder, Keller! —grita.

Yo la agarro aún más fuerte y continúo lamiendo el producto de su orgasmo mientras ella vuelve despacio a la realidad.

—Madre mía, Keller. Ha sido increíble. Puedes hacérmelo todos los días, si quieres —dice mientras intenta recuperar el aliento.

Sonrí con la cara pegada al interior de su muslo y le doy un beso suave. Mi erección, todavía atrapada en los pantalones, no deja de latir.

—Eres increíble, cariño —murmuro.

Le aparto despacio la pierna de mi hombro y la sostengo por las caderas. Voy a tener que hacerles un altar a estos tacones en la casa nueva. Me pongo de pie y le retiro unos mechones de la cara. Sienna me sonrío mientras lo hago.

—Te quiero, esposa.

Ella sonrío aún más, me pone la mano cálida en la cara y me acaricia con el pulgar la mejilla magullada.

—Te quiero, marido.

Uno mi boca con la suya, todavía con su sabor en la lengua. Mientras la acaricio con la lengua, ella gime dentro de mi boca. Vuelco todo lo que tengo en ese beso y eso me pone a cien.

—Gírate, cariño. Apoya las dos manos en la pared.

Su culo redondo y perfecto aparece ante mis ojos y suelto un profundo gemido.

Recorro con un dedo el tatuaje que tiene en la espalda, lo deslizo entre sus nalgas, y ella gira la cabeza y me mira sorprendida.

—Algún día —prometo.

Levanta una ceja. Me desabrocho los pantalones, me los bajo de un tirón, a la vez que los calzoncillos, y libero mi durísima erección, que ya muestra gotitas de semen en la punta. El pelo le cae sobre la espalda. Se lo agarro con una mano, me la envuelvo con él y la penetro. Suelta una exclamación mientras se va adaptando a mi tamaño. Salgo del todo, vuelvo a hundirme y ella se sacude.

—Joder, Keller. Más —pide con los dientes apretados.

No necesito que me lo diga dos veces.

La embisto una y otra vez y mi cadera se estrella contra su trasero.

—Dios, cariño, estás perfecta. No voy a aguantar mucho.

Pego mi pecho a su espalda y paso una mano por delante para acariciarle el torso y después bajarla hasta su clítoris. Sus piernas empiezan a temblar y yo siento que mi liberación está muy cerca. Los jadeos ahogados de los dos resuenan en el aire.

—Córrete para mí, cariño. Ahora.

Noto que el orgasmo desgarrar su cuerpo y hace arder el mío.

—¡Joder! —rujo cuando me derramo en su interior.

Mi orgasmo se mezcla con el suyo y ella echa la cabeza atrás y grita mi nombre. Yo salgo despacio. Su cuerpo cae inerte contra el mío. La giro para sostenerla y abrazarla fuerte.

—Ha sido... perfecto —murmura.

Me mira y veo amor en sus ojos. El resto de su cuerpo luce las consecuencias del sexo reciente. Perfecta.

—Eres perfecta, cariño. Ahora voy a llevar a mi mujer en brazos a la cama —anuncio; me agacho y la cojo.

Ella suelta un grito agudo. Le doy un azote en el culo mientras voy al que va a ser nuestro dormitorio unas noches más. Después volveremos a casa para empezar el resto de nuestras vidas.

Sienna

La luz natural entra a raudales en la habitación. Yo estoy acurrucada junto al costado de mi marido.

«Mi marido».

Sonrío de oreja a oreja mientras contemplo cómo su pecho sube y baja despacio. Evidentemente está exhausto tras el día que ha cambiado para siempre su vida; no, la nuestra más bien.

Estoy casada con el campeón del mundo indiscutible de los pesos pesados.

Y voy a tener un hijo con él.

Por fin hemos conseguido superar el pasado para poder darle a nuestro hijo el hogar lleno de amor que siempre soñamos tener.

Le doy un beso suave en sus durísimos abdominales, aparto el edredón y me separo de él. Solo me ha dado tiempo a sacar una pierna por un lado de la cama cuando siento un tirón brusco hacia atrás y un brazo fuerte me rodea las costillas.

—Buenos días, mi mujer preciosa —murmura con voz todavía somnolienta.

Me tumba bocarriba, me agarra los brazos por encima de la cabeza y se pone a horcajadas sobre mí. Se sienta encima de los talones y me cubre la barriga de besos.

—Buenos días, pequeñín.

No puedo evitar sonreír y se me llenan los ojos de lágrimas al verlo besándome el vientre.

El hombre que llegó a matar por mí, el sicario profesional, el que creía que era un monstruo, está mirando mi tripa con una sonrisa y besándola con mucha delicadeza mientras le susurra palabras cariñosas a nuestro hijo.

Todo el mundo tiene oscuridad dentro, pero siempre hay luz también.

—Buenos días, marido.

Se desplaza hacia abajo y los besos siguen bajando por mi muslo.

—Quiero desayunar, esposa. Abre esas piernas estupendas y deja que disfrute.

Una sonrisa sexy aparece en mi cara cuando sus ojos llenos de deseo me miran. Este hombre es insaciable.

—¿No te hartaste anoche? —bromeo.

Me separa las rodillas y acerca su cuerpo, hasta que su cara queda encima de la mía.

—Nunca, jamás me voy a hartar de ti, cariño.

Y lo dice muy en serio. Acerco mis labios a los suyos y él sonríe cuando lo beso.

No hay nada que desee más que sentirme adorada por mi rey durante el resto de mi vida.

Todo el mundo lleva una máscara. Y no se puede amar de verdad a nadie hasta que no ves lo que hay debajo.

Yo veo a Keller.

Bajo la oscuridad, él es mi luz y yo soy la suya.

Nunca creí en los cuentos de hadas, hasta que llegó él. Nuestra historia es oscura y retorcida, pero es la nuestra y para nosotros es perfecta.

Epílogo

Siete meses después...

La puerta se abre bruscamente y Maddie entra en tromba con los brazos extendidos. Irradia entusiasmo cuando se acerca, con los rizos rubios rebotándole alrededor de los hombros.

—¿Dónde está mi sobrina? La tía Maddie quiere estrujarla —dice, y se detiene cuando llega a mi lado.

La diminuta Darcy está acurrucada en mis brazos, envuelta en una mantita rosa, haciendo unos ruiditos adorables mientras duerme profundamente.

—Dios mío, Sienna, es una preciosidad. Una mezcla perfecta de Keller y tú —dice, y se le llenan los ojos de lágrimas—. ¿Puedo cogerla? —pide haciendo el gesto de acunar a un bebé.

—Claro que sí. Oye, pequeña, ¿quieres conocer a tu tía Maddie? —le digo con voz suave a la niña.

Maddie se sienta en el sofá que hay a mi lado. Cuando le pongo a Darcy en los brazos con cuidado, ella la acomoda contra su pecho. Le sale la madraza que tiene dentro sin darse cuenta.

Oigo a Keller y a Grayson charlando junto a la isla de la cocina, ambos con cervezas en la mano. Creo que Maddie ni se ha dado cuenta de que están aquí. Grayson carraspea y mi amiga lo mira con una sonrisita. Tiene una expresión un poco triste, y vuelve a centrar la atención enseguida en Darcy.

En cuanto volvimos de Las Vegas, me mudé a la casa nueva de Keller. Nuestra casa.

Diseñamos y decoramos todas las habitaciones desde cero. Es perfecta. La casa tiene un aire antiguo que yo quería mantener, pero también modernizar. Elegimos colores oscuros para que combinaran bien con el suelo de roble. Nuestra cocina es de un precioso azul medianoche con detalles dorados; es tan bonita que casi me dan ganas de meterme en ella a cocinar todas las noches. Keller me ha instalado una estantería que va del suelo al techo en el salón para mí, en la que todos mis libros picantes favoritos son los protagonistas.

Todos y cada uno de los detalles son perfectos.

Keller me mira con una ceja levantada. Sé qué está pensando. Llevamos semanas debatiendo cuándo esos dos acabarán juntos por fin. Por ahora, no hay manera. Keller está convencido de que Grayson no quiere saber nada de relaciones, pero yo siempre le recuerdo cómo cambió su vida conmigo. Ahora tiene una familia que nunca soñó que merecía.

Cuando veo cómo mira a Darcy, se me llena de amor el corazón. El gigante y la princesa diminuta: ella, que solo tiene unos días de vida, ya hace lo que quiere con él. Sabía que pasaría. Debajo de ese exterior tan duro, Keller es un blandengue. Dios, se ha tirado todo el embarazo totalmente pendiente de mí. Ha sido una maravilla: masajes cada vez que se lo pedía y platos italianos caseros todos los días. Incluso se sentaba y hablaba con mi barriga todas las noches para decirle cuánto la quería.

Le dedico una sonrisa tierna y él me contesta con un guiño sexy. Dios, solo cinco semanas más para que me den permiso para volver a la carga. He echado mucho de menos ese aspecto.

—Maddie, ¿algo que contar de tu vida? —pregunto.

—Bueno, voy a salir por segunda vez con Gregory. Me llevará a un restaurante mexicano de Times Square —me cuenta, y Grayson se atraganta con la cerveza al oírla.

Interesante...

—Y ese tal Gregory, ¿tiene potencial para ser el indicado? —digo subiendo y bajando las cejas.

Ella se sonroja. Está evitando a Grayson y Keller, que no nos quitan los ojos de encima.

—Es justo lo que creo que necesito, así que sí, supongo que tiene potencial. —Oigo duda en su voz.

Voy a decir algo más, pero Keller se levanta, deja su cerveza en la isla y viene directo hacia mí. Cada vez que se acerca, yo me derrito. Me consume por completo. Estoy obsesionada con él y siempre lo estaré.

Se inclina y me da un beso suave en la frente.

—Tengo que ir a ver a Elijah, cariño. Se está gastando un buen dinero en alquilar el End Zone un sábado por la noche para la fiesta de su boda con Samantha. Lo menos que puedo hacer es ir a verlo en persona.

Sé que no tiene ganas de ir. Pero, desde que dejó atrás su vida anterior, se ha centrado completamente en el boxeo y el club nocturno. El End Zone ha sido elegido hace poco el mejor club de Manhattan. Y no es que necesite el dinero. Me ha dado autorización para utilizar todas sus cuentas, tras días de discutirlo, porque intentaba que entendiera que yo no quiero su dinero, solo a él. He visto los saldos de las cuentas y digamos que, cuando me dijo que era multimillonario, se quedó corto. Sigo sintiéndome rara gastando su dinero. He decidido que no voy a dejar de trabajar con Young Minds y Paula, pero ahora lo hago de forma voluntaria; prefiero que

se quede con el dinero que me pagaba para financiar el trabajo de la organización.

—Llévate a Grayson, por favor. Parece que va a matar a Maddie en cualquier momento. Y prefiero que Darcy no presencie un asesinato antes de su primer cumpleaños, si puedo evitarlo —le digo en voz baja.

Keller se ríe para sus adentros.

Acerca sus labios a los míos y me da un beso apasionado. Le agarro la cara con las dos manos y lo hago más profundo aún.

—Ey, vosotros dos. No sé cuántos dormitorios hay en esta casa. Buscaos uno y utilizadlo. Ya no sé adónde mirar —se queja Grayson.

Los labios de Keller sonrían contra los míos y me da un último beso casto.

—Te quiero, mi reina.

No puedo evitar sentir cierto vértigo.

—Y yo a ti, campeón.

Después se centra en la pequeña envuelta con la manta rosa, todavía profundamente dormida en los brazos de Maddie. Se inclina y le murmura:

—Papi no tardará en volver, te lo prometo, princesa. Te quiero. —Y le da un beso delicado en los rizos negros y suaves.

Ha heredado los rasgos de su padre en lo que respecta al color, está claro.

—Vamos, Grayson. Te vienes conmigo.

—Vale —responde, y resopla.

—¡No te olvides de que Paula va a traer a Max para conocer a Darcy luego! —le grito cuando ya se va.

Sé que no se le ha olvidado. Quiere a ese niño como si fuera su propio hijo. Los dos lo queremos.

—No me perdería eso por nada del mundo —contesta.

Estamos haciendo los trámites para adoptarlo. Su madre no regresó y ha firmado la renuncia a la patria potestad. Pero queríamos asegurarnos de que la casa estaba impecable y de que su hermana llegaba al mundo en perfectas condiciones antes de darle la noticia. Estoy deseando convertir esta casa en un hogar para todos.

Maddie relaja los hombros aliviada cuando la puerta se cierra tras ellos.

—¿Quieres decirme por qué haces el tonto quedando con Gregory cuando está clarísimo que estás locamente enamorada de Grayson? —le pregunto entonces.

Ella abre los ojos como platos y después suelta el aire, temblando.

—Nos hemos besado. El mejor beso de mi vida, Sienna. Pero ahora ni me habla. Estoy muy confundida. Sigo queriendo odiarle, de verdad, pero no puedo. ¿Qué me pasa? —Sorbe por la nariz y le caen varias lágrimas por las mejillas. La abrazo.

Yo he encontrado al amor de mi vida, y espero que Maddie también encuentre al hombre de sus sueños pronto, sea quien sea. Hay alguien perfecto ahí fuera para todo el mundo, aunque puede que resulte ser la persona que menos esperamos.

Distance para siempre

Keller

—Max, dale la mano a tu hermano, por favor —le digo a mi hijo mayor mientras sostengo a la pequeña Darcy, que está abrazada a mi cuello. Gruño al dejar la enorme maleta que Sienna ha preparado para los niños en la puerta de Luca.

—Papi, ¡no quiero quedarme aquí! —lloriquea Darcy cuando yo llamo a la puerta negra y espero a que mi hermano me abra.

—Solo van a ser unos pocos días, porque le vamos a dar una sorpresa especial a mami, ¿te acuerdas? Y le va a gustar mucho, cariño —le digo, y le doy un beso en la mejilla. Ella me responde con una sonrisa desdentada.

Cada año, uno de los dos organiza una sorpresa de aniversario para el otro. Este año yo he tirado la casa por la ventana. Quiero a mi mujer para mí solo.

Ella desea que tengamos otro hijo y, para conseguirlo, necesitamos pasar tiempo juntos a solas. Adoro a estos niños. Y me encanta ella cuando está embarazada. Estoy dispuesto a darle todo lo que ella quiera.

—Papá, ya sabes que yo puedo cuidar solo de Nico y Darcy. Ya tengo edad suficiente, técnicamente.

Lo atravieso con la mirada. Por cómo se ha estado comportando últimamente, ni de coña le confiaría el cuidado de sus hermanos, a pesar de que ya tenga diecisiete años. Para mí sigue siendo el pequeño Max.

La puerta se abre y Nico se abalanza sobre las piernas de Luca.

—Elio está en el cuarto de juegos. Está deseando verte —anuncia Luca mirando a Nico, que le sonríe.

El niño entra corriendo en la casa y su risa resuena en el aire.

—Adiós, hijo —digo cuando lo veo alejarse.

Él se detiene en seco, se gira y vuelve corriendo hacia mí. Con Darcy todavía enganchada a mi cuello, me agacho para abrazarlo.

—Te veo dentro de unos días. Pórtate bien con el tío Luca.

—Sí, te lo prometo —responde con voz aguda, y yo miro a Luca con una ceja levantada. Los dos sabemos que Nico y Elio les van a dar mucho trabajo durante el fin de semana.

Cuando Rosa aparece al lado de Luca, Darcy se suelta de mi cuello.

—¡Tía Rosa! —chilla, y se lanza a sus brazos.

—Ven, lo tengo todo preparado para hacer galletas.

Me despido de Rosa con un gesto de la cabeza y ella se lleva a mi hija a la cocina.

Con los dos pequeños ya instalados, le doy una palmada en el hombro a Max.

—Vale, tú también pórtate bien. Y solo puedes salir cuando Luca te deje, ¿está claro?

—Sí, papá —responde con desgana, como suelen hacerlo los adolescentes.

—Te he preparado la sala de videojuegos arriba —dice Luca con una sonrisa. Como él también es un crío en el fondo, seguro que se pasa la noche jugando online a disparar a gente con Max.

—Genial, gracias. Que pases un buen fin de semana, papá.

—Gracias, hijo. —Sonríe, y le despeino el pelo rubio. Es un buen chico en el fondo.

—¿Qué tienes planeado, hermano? —pregunta Luca, y se apoya en el marco de la puerta.

—Tres días enteros con mi mujer, sin interrupciones —contesto con una sonrisa.

Estoy deseando volver con ella. Hemos estado muy ocupados estas últimas semanas y nos ha costado encontrar tiempo para los dos. Solo quiero tener un par de días para mimar a Sienna.

Luca levanta una mano.

—Vale, lo entiendo. Divertíos. Y no hagas nada que yo no haría.

—Claro —contesto con un gruñido mientras Luca mete la maleta en su casa.

Cuando la puerta se cierra, vuelvo corriendo al coche sin poder quitarme la sonrisa de los labios.

«Sienna, cariño, voy a por ti».

Sienna

No tengo ni idea de qué es lo que ha planeado Keller para los dos. La única información que tengo es que vamos a pasar un fin de semana fuera de casa y que cuando llegue el momento de volver, lo más seguro es que no pueda ni andar.

Y lo estoy deseando. Me pongo nerviosa solo de pensarlo.

—Por fin, joder. —La voz profunda de Keller resuena en el salón y se acerca.

Yo chillo cuando me levanta en el aire con sus fuertes brazos como si no pesara nada.

—Te he echado de menos, princesa.

Lo rodeo con las piernas, extendiendo las manos, le cojo la cara y la aproximo para que me mire muy de cerca.

—Si me ves todos los días.

—Lo sé. Pero tenemos tantas cosas que hacer, los niños, el trabajo... Estoy deseando tenerte para mí solo.

—¿Ah, sí, señor Russo? ¿Y qué vas a hacer conmigo?

Sus ojos profundos y oscuros se clavan en mí y me muerdo el labio instintivamente.

—Te voy a recordar quién es tu dueño, señora Russo. Creo que llevas demasiado tiempo sin un recordatorio.

Me pone las manos en el trasero y me clava los dedos en la carne bajo el vestido lencero.

Últimamente solo tenemos tiempo para algo rápido cuando encontramos hueco. Aunque la mayor parte de las veces nos

interrumpe uno de los niños o el maldito perro.

Aunque, no lo voy a negar, con Keller todo es increíble. Pero yo soy más feliz cuando es mi dueño absoluto. Siempre será así.

—¿Quieres decirme adónde me vas a llevar? —pregunto con ternura, esperando que me dé una pista.

Con una sonrisa traviesa niega con la cabeza, y el pelo se le alborota.

Él cree que es el único que tiene una sorpresa para mí, pero yo también tengo alguna preparada.

—¿Cuánto tiempo dura el vuelo?

—Unas cuantas horas.

Abro mucho los ojos y él se ríe bajito.

—¿Algún problema, cariño?

Intento zafarme de sus manos, pero él me estrecha más fuerte.

Acabo de ser consciente de que voy a pasar varias horas al borde del orgasmo. Mierda.

Él se inclina hacia mí y el fuerte aroma a sándalo de su *aftershave* solo aumenta el deseo que siento por él, sobre todo ahora que noto como su enorme miembro se aprieta contra mí.

—¿Crees que no he visto ese paquete? ¿Y que no lo he configurado ya en mi teléfono? Y estoy seguro... —me sujeta de otra forma para poder sacar el móvil, y a mí se me acelera el corazón cuando me doy cuenta de dónde me he metido— de que lo tienes dentro ahora mismo.

En cuanto el huevo vibrador que tengo en mi interior se pone en marcha, no puedo evitar una exclamación de placer.

—Dios, joder, Keller.

Me besa y yo empiezo a perder el control.

—Me lo voy a pasar muy bien con esto. Gracias, cariño. Puede que este sea nuestro mejor viaje de aniversario hasta la fecha —

murmura contra mis labios hinchados.

Tengo todo el cuerpo ardiendo y pidiendo más.

Tal vez ha sido una mala idea, pero esa mirada primitiva que veo en su cara me dice que va a merecer la pena cada segundo.

Porque, cuando por fin pueda ponerme las manos encima, provocará un verdadero incendio.

—Puedo soportarlo. Sé que me vas a dar lo que necesito.

—Tienes toda la razón, cariño. Te quiero.

Me rodea el cuello con las manos y me besa con fuerza. El calor me sube por el cuerpo y la sangre me retumba en los oídos. Interrumpe el beso, me baja al suelo y yo me quedo de pie con las piernas inestables y sin aliento.

Tiro nerviosa del dobladillo de mi nuevo vestido negro para asegurarme de que está en su sitio.

—Vaya, mírate. Qué guapa estás —dice con una sonrisa. Ver cómo me devora con los ojos me hace sentir mejor de lo habitual.

No puedo librarme de esta irritante inseguridad que siento por el cambio en mi cuerpo y porque, da igual cuántas cremas me eche, sigo teniendo cara de cansada.

Aparto la vista, pero él me levanta la barbilla suavemente y me obliga a mirarlo.

—¿Qué pasa? —Noto preocupación en su voz.

Me muerdo el labio.

—Ya no me siento tan guapa como antes —confieso con voz triste.

Él frunce el ceño y niega con la cabeza.

—Está claro que no estoy haciendo las cosas bien.

Ladeo la cabeza y lo miro desconcertada.

—Eres simplemente impresionante, Sienna. Todos los días pienso en lo afortunado que soy de tenerte. Haces que se me acelere el corazón y se me ponga dura cada vez que te miro. —Me coge la

mano despacio y me la apoya en su pecho. Noto el latido fuerte de su corazón—. Eres la pura perfección, cariño.

Asiento y me embarga una oleada de emociones, porque sus palabras me impactan por la sinceridad genuina que hay en ellas. Se acerca, me besa con delicadeza la mandíbula y me provoca un cosquilleo, que solo se intensifica cuando sigue dándome besos y ascendiendo hacia la oreja.

—Me voy a pasar todo el fin de semana de rodillas, adorando cada centímetro de tu cuerpo hasta que me creas —promete, y esa chispa de mi interior vuelve a encenderse.

Me baja las manos por su cuerpo y me las coloca sobre su dura erección, que se nota bajo los vaqueros.

—¿Ves? Esto es por ti. Me pasa todas las veces que estoy cerca de ti.

Me sonrojo y me muerdo el interior de la mejilla.

—Te quiero —susurro.

Él me acerca más a su cuerpo y une su nariz con la mía.

—Yo también, y estoy deseando enseñarte hasta qué punto.

Keller
Canción: *Sugar, Sleep Token*

—¿Todo bien, preciosa? —pregunto en voz baja, y le acaricio el muslo al aire con la mano tatuada.

Lleva dos horas revolviéndose en el asiento. Huelo su excitación desde aquí y ahora me parece que me estoy castigando por no hacérselo aquí mismo. Mi erección está apretándose dolorosamente contra la cremallera de los pantalones. Pero sigue dándome vueltas en la cabeza su confesión de que no se siente guapa. Es evidente que de un tiempo a esta parte no he hecho lo necesario, pero voy a cambiar eso enseguida.

No le va a quedar ni la más mínima duda de lo atraído que me siento por ella y que estoy aquí para adorar su belleza para siempre.

—¿Por qué no te pones a leer uno de tus libros? —le digo bajito contra su pelo.

Ella inmediatamente niega con la cabeza con una sonrisa traviesa en los labios.

—No es una buena idea —contesta con voz ahogada.

No puedo resistir las ganas de explorarla, así que meto la mano bajo el vestido negro y enseguida noto la humedad de su ropa interior contra mi piel.

—Dios, joder, estás preparadísima para mí, ¿verdad?

—Sí —reconoce con un gemido.

Saco el teléfono y apago el juguetito. Tiene las mejillas bastante rojas y no para de mover la pierna. Está a punto de explotar. Tal vez le he dejado acumular demasiada tensión sin tocarla donde necesita.

—Siéntate en mi regazo, cariño —ordeno.

Me mira con un brillo en sus ojos azules.

—¿En serio? —pregunta con una expresión de alivio.

Suelto una risita y me doy una palmadita en el regazo.

—Sí.

Se levanta de su asiento y se pone a horcajadas sobre mí. Estamos en nuestro jet privado. Podemos hacer lo que nos dé la gana.

Le agarro el trasero. Tengo los labios cerquísima de los suyos.

—Creo que podría conseguir que te corrieras solo besándote. Estás mucho más que preparada para mí, princesa —digo, y su boca forma una O perfecta.

Enredo los dedos en su pelo y tiro, a la vez que estampo mis labios contra los suyos. Ella se restriega contra mí y yo le clavo los dedos en la cadera para obligarla a parar.

—Traviesilla. Esas no son las reglas —murmuro, y le muerdo el labio al mismo tiempo que hablo.

Se retuerce entre mis manos mientras mi lengua le explora toda la boca. Joder. Hasta yo quiero más.

—Vamos, cariño, sabes que quieres rendirte —le digo entre besos feroces—. Sé una buena chica con papi.

Aprieta los párpados. Su nueva perversión es una que no me esperaba. Lo de llamarme «papi sexy» empezó como una broma. Después se me escapó accidentalmente en la cama, y nunca antes la había visto correrse de esa forma.

Le tiemblan las piernas junto a mis muslos y yo le aprieto las nalgas. Cada vez gime más fuerte dentro de mi boca y mi sexo no

deja de latir.

Esos gemidos siempre despiertan algo en mí.

Interrumpo el beso, le tiro del pelo y disfruto de su sabor en los labios sin apartar los ojos de la piel sedosa de su cuello. Voy subiendo hasta la oreja, lamiendo despacio, antes de hundir los dientes en su carne y succionar.

Y no hace falta más para que pierda el control.

—¡Keller! —grita, y yo la beso para silenciarla.

—Qué buena chica has sido para mí.

Me acomodo en el asiento y le miro la cara preciosa enrojecida.

—¿Mejor?

—La verdad es que no. Ya sabes que necesito mucho más que esto.

—Y la espera merecerá la pena cuando te la meta hasta el fondo y puedas ver cómo va entrando centímetro a centímetro.

—¿Ahora?

Niego con la cabeza. Siempre tan ansiosa por tenerme dentro. Eso no ha cambiado.

Sienna
Canción: *Worship*, Ari Abdul

Juro por Dios que me parece que voy a entrar en combustión en cualquier momento.

Me agarro a la gruesa barandilla de metal y contemplo las impresionantes vistas desde nuestro enorme yate privado, atracado en una cala tranquila del sur de Francia. El viento me revuelve el pelo e inhalo el fuerte olor del mar.

Todo está muy tranquilo y en calma. Es justo lo que necesitamos.

El ruido de los pesados pasos de Keller resuena en mis oídos y él me gira para que lo mire.

—Desnúdate —ordena sin apartar los ojos de mí.

Solo esa palabra basta para tenerme apretando los muslos.

Echo un vistazo a nuestro alrededor. No hay ni un solo barco cerca. Supongo que eso es cosa del Keller protector.

Me deslizo los tirantes finos del vestido y dejo que caiga al suelo. Después me quito el sujetador, me bajo las bragas y se las doy. Él responde con una sonrisa cómplice, me las quita de entre los dedos y no puedo evitar soltar una exclamación cuando se las pone delante de la boca y las lame.

—Creo que estás lista para mí —dice lanzando la chaqueta a la cubierta.

Se me hace la boca agua cuando se quita la camiseta negra por la cabeza, dejando a la vista su cuerpo cincelado, repleto de tatuajes

oscuros.

No puedo resistirme a acariciar sus durísimos abdominales y me detengo en su cremallera. Con una sonrisa le pongo la mano sobre la erección, aún atrapada por los vaqueros.

—Vamos, es tuya para que hagas con ella lo que quieras.

Se muerde el labio, se desabrocha los pantalones y se los baja. Lo primero que hago es recorrer con un dedo el tatuaje en el que pone «Propiedad de Sienna», disfrutando del tacto de la tinta bajo mi dedo, antes de agarrársela con fuerza y acercarme a él mientras subo y bajo la mano.

—Me has tenido al límite en el jet durante ocho horas. Creo que ha llegado el momento de que me compenses, Keller. Lo quiero todo.

Lo suelto y me alejo, meneando las caderas exageradamente mientras bajo hacia la piscina de la cubierta inferior.

El corazón me martillea en el pecho cuando oigo sus pasos detrás de mí, cada vez más cerca, pero me niego a ir más despacio.

Metó todo el cuerpo en el agua caliente de la piscina, inhalo y me giro para mirarlo.

Una ceja levantada, su cara de diversión y un destello oscuro en los ojos me advierten que estoy en terreno peligroso.

Y no puedo esperar más.

Él coge la botella de vodka de la mesa sin decir nada, va hasta el borde de la piscina y me hace un gesto con un dedo para que me acerque.

Yo obedezco.

—Perfecto. Tengo sed —digo provocativa, sin apartar los ojos de su miembro.

Con una sonrisa maliciosa, le da un trago a la botella y se pone de rodillas, con un brillo travieso en los ojos. Yo me apoyo en el borde

para estar más cerca de él.

Me quedo decepcionada cuando veo que su garganta traga. Él se ríe.

—Ah, ¿creías que era para ti?

—Sí.

—Joder, Sienna. —Se pasa una mano por la barba y se inclina hacia mí. Me pone las manos en las mejillas y me abre la boca con el pulgar.

Dios.

Abro los ojos como platos en el momento en que me escupe directamente en la boca y noto el fuerte sabor del vodka en la lengua.

—Traga.

Voy a decir algo, pero él me levanta y me deja sobre los azulejos calientes.

El sol ardiente me calienta la piel y el agua me salpica cuando Keller salta a la piscina.

Me incorporo, me apoyo en los codos y él saca la cabeza del agua y se sacude el pelo.

—Abre las piernas, cariño. Ya es hora de que pruebe a mi esposa.

Me agarra las pantorrillas, tira de mí hacia él y me abre los muslos.

Cuando me recorre el sexo con la lengua, echo la cabeza atrás. Me devora como si estuviera muerto de hambre. Mete dos dedos dentro, me succiona el clítoris, que no para de latirme, y noto toda la sangre en la cabeza y el temblor de mis piernas a ambos lados de él.

—Dios... —susurro.

—Más alto. Quiero oír cuánto le gusta a mi mujer que la devore entera.

No tarda en lograr que acabe jadeando y gritando su nombre. Me acerca aún más a él, hasta que mis piernas le envuelven la cabeza mientras me lleva al clímax. Mis caderas se mueven solas, buscando su cara, justo como a él le gusta.

Estoy intentando recuperar el aliento cuando veo a Keller salir de la piscina y plantarse delante de mí, bloqueándome el sol.

—Esto no ha sido más que el calentamiento, cariño —dice con un guiño; se agacha, me agarra por la cintura y me cuelga de su hombro.

—¡Keller! —Le golpeo la espalda musculosa y él me da un azote en el culo que solo sirve para excitarme más.

Abre una puerta corredera. Cierro los ojos cuando me tira sobre la cama y cierra la puerta. Me apoyo en los brazos, miro a mi alrededor y me encuentro con mi reflejo... ¡En todas las paredes! Levanto la cabeza y también me veo reflejada en el techo.

—No hay forma de escapar de tu belleza aquí —asegura acercándose al borde de la cama.

Enciende una luz que hay al lado de la cama, que tiene un brillo acogedor. La cama se hunde en cuanto él se sube y se queda encima de mí, su aliento cálido rozándome la piel enrojecida. Me acaricia el vientre y me besa el cuello. Abro más las piernas instintivamente, para que quepa entre ellas.

Me estimula el clítoris haciendo círculos. Acerca la cara, se mete un pezón en la boca y succiona. No puedo contener un gemido cuando introduce dos dedos en mi interior, lo más adentro que puede. En el momento en que encuentra ese punto especial, mis caderas se proyectan bruscamente hacia él, buscándolo. Lo único que se oye en la habitación es el ruido que hago por lo empapada que estoy por él.

—Eres tan receptiva, cariño...

—Hmm —es todo lo que logro decir.

Se incorpora, acelera el ritmo de los dedos y yo lo aprieto. Aparece una sonrisita en sus labios, me agarra la garganta con la otra mano y sus dedos presionan a ambos lados. Solo lo justo para darme esa sensación de desconexión.

—Vamos, princesa. Dámelo. Sabes que quieres ser una buena chica para mí.

Me va apretando más el cuello a la vez que me habla. Mis caderas siguen su ritmo.

—Joder —jadeo, y siento el orgasmo a punto de llegar. Me abre más los muslos y los mantiene así con su peso sin parar de follarme con los dedos—. Me voy a correr...

Me interrumpe con un beso, absorbiendo todo ese placer, dejando que le empape los dedos y haciendo que alcance un orgasmo de tal intensidad que me tiembla todo el cuerpo apretado contra el suyo.

—No dejes de mirarme así —susurra con una sonrisa.

Yo hago lo que puedo por recuperar el aliento y siento que mis pulmones ya no pueden más.

—¿Así cómo? —Parpadeo varias veces para centrarme.

—Como si quisieras que te penetrara hasta que no pudieras volver a caminar y que te apretara la garganta hasta que vieras las estrellas.

Suelto una risita. No va desencaminado. A pesar de los años que han pasado, todavía tengo ciertas molestias al andar después de hacerlo.

—Por favor, señor.

Keller

Canción: *On Your Knees*, Ex Habit

Salgo de la cama y no puedo evitar admirar la impresionante visión que es mi esposa, completamente expuesta y esperándome.

Con un guiño juguetón, le digo muy seguro «dos», la giro con brusquedad para ponerla bocabajo y le agarro con fuerza los muslos. Subo las manos despacio por las piernas, le froto las nalgas y después bajo la mano con ímpetu para darle un azote. La carne pálida reacciona al instante y aparece una marca roja que destaca en su piel.

No voy a aguantar mucho más. Estoy deseando estar dentro de ella, que sus paredes me la estrangulen.

Ella contonea las caderas y yo miro el espejo de la pared que hay a mi izquierda y la veo observándome.

Tiro de ella hacia mí, enredo la mano en su pelo y le giro la cabeza para que los dos estemos de cara al espejo, nuestras miradas unidas en el reflejo.

Ahora, con los pies en el suelo, me coloco alineado con su entrada y le abro las nalgas para ver cómo me hundo en ella.

—Mira, princesa. Vas a ver cómo cada centímetro se introduce dentro de ti.

Empujo para que entre la punta y noto la tensión en los músculos. Me cuesta incluso decir esas palabras. Un segundo después, ella

cierra los ojos y yo aprovecho la oportunidad para darle un buen tirón del pelo.

—No dejes de mirarme, cariño.

Hace lo que le digo.

Voy empujando para entrar despacio en ella, dándole tiempo para adaptarse a mi tamaño.

—Joder, cariño. Qué bien se está aquí dentro —reconozco.

Cuando lo he introducido hasta la base, le agarro el culo con fuerza y ella se muerde el labio mientras nos mira en el espejo.

—Qué buena chica, cómo me aceptas.

Miro hacia abajo y veo cómo entro y salgo de ella, empapado en sus fluidos.

—Más, Keller.

Un gruñido surge del fondo de mi pecho y sigo embistiéndola: salgo casi del todo y luego me entierro de nuevo en ella, una y otra vez, hasta que mis pulmones arden. Sus gemidos jadeantes se van volviendo cada vez más altos.

—No apartes los ojos del espejo. Quiero que veas lo loco que sigo estando por ti —le recuerdo, y aumento el ritmo. No le suelto el pelo, y eso la obliga a mantener la cabeza levantada.

Me muerdo el labio. Me arde el cuerpo. Sus paredes me comprimen y tengo todos los músculos tensos. Me dejo llevar hasta que casi no sé ni lo que hago. Sus gritos resuenan en la habitación y yo sigo hasta que no puedo aguantarlo más. Estoy muy cerca y sé que ella también.

—Joder, Sienna —exclamo con los dientes apretados.

Necesito verla bien. Con un movimiento rápido, la levanto, la giro hacia mí y la empujo contra una esquina cubierta de espejos. Así podrá ver como ambos nos entregamos el uno al otro.

Con sus piernas rodeándome las caderas, vuelvo a entrar en su interior y la empujo hacia abajo para poder llegar hasta el fondo.

Susurra mi nombre acompañado de gemidos y jadeos, abre la boca y se le cierran los ojos con una expresión de puro placer.

Perfecto.

Le agarro el culo con una mano y con la otra le rodeo el cuello.

—Mira lo preciosa que estás con mi mano en tu garganta —le digo. Noto su pulso acelerado bajo mi palma.

—Muy guapa —dice, casi sin poder respirar.

—Perfecta —murmuro.

Con los ojos de los dos fijos en el espejo, sigo embistiéndola con todo lo que tengo hasta que me arden los pulmones.

Sus gemidos son cada vez más altos y reverberan en la habitación, y su cuerpo tiembla y se aprieta a mi alrededor. Me deja marcas con las uñas en la espalda. El dolor que me produce aumenta el placer hasta que no puedo contenerme más. Con una potente embestida final, me derramo en su interior, diciendo su nombre una y otra vez, como una letanía.

Cuando me aparto, le recorro la cara con los dedos, para que sus preciosos ojos azules vuelvan a mirarme. Entonces me acerco para darle un beso tierno en los labios.

Esta mujer es la dueña de toda mi alma.

Nos llevo a ambos a la cama, me tiendo bocarriba y con ella tumbada sobre mi pecho, conmigo todavía en su interior. Noto corrientes eléctricas por todo el cuerpo.

Ella se recoloca, me mira a los ojos y me aparta un rizo de la cara.

—Te quiero, Sienna Russo.

La sensación de sus dedos entre mi pelo pasa a convertirse en algo travieso cuando me tira de un mechón. Me río entre dientes.

—Te quiero, Keller Russo —dice con una sonrisa.

Se incorpora un poco y sus pechos quedan delante de mi cara. No puedo resistir la tentación y le lamo un pezón.

—¿Quieres que te vuelva a llenar? —pregunto.

Ella se sienta y noto que estoy recuperando la erección.

—¿Significa esto que quieres otro bebé?

La agarro por las caderas y empiezo a guiar su movimiento.

—Sabes que yo voy a darte todo lo que quieras. Te haré uno antes de que acabe el fin de semana.

Es la pura verdad.

Estoy dispuesto a todo para darle a esta mujer lo que desee. Ahora que los niños que ya tenemos se van haciendo mayores, me ha dejado caer varias veces que le gustaría tener otro. Lo cierto es que a mí me gustaría tener todos los que podamos. Aunque tengamos que adoptar más.

Me encanta ser padre y disfruto viendo a Sienna como la mejor madre del mundo.

Estamos arreglando lo que nuestros padres hicieron mal, dándoles a esos niños las vidas que nosotros siempre soñamos, y me siento muy orgulloso de nosotros por ello.

Mientras ella mueve despacio las caderas, noto que mi miembro vuelve a la vida. Le coloco las manos en la cintura, las subo, le cubro los pechos y después le aprieto los pezones entre los dedos.

—Sé una buena chica y tócate para que te vea tu papi. —Mi voz suena ronca.

Ella abre la boca, pero baja la mano por su vientre plano y veo un destello en sus ojos cuando se pone a hacer círculos alrededor de su clítoris.

—¿Sientes lo bien que me recibes? ¿Cómo le gusta a tu sexo ansioso estirarse para que quepa mi polla?

—Ajá —dice con un gemido.

Yo gruño al notar que sus dedos van un poco más atrás. Cada embestida que doy, ella me roza con el dedo.

—Sí, lo siento. Qué bien, Keller.

Cuando empieza a moverse más rápido, no puedo dejar de mirar cómo usa mi pene para llegar al límite por su cuenta.

—Utilízame, cariño. Móntame con ganas.

Y me obedece. Coge todo lo que quiere de mí. En el momento en que siento que está cerca del clímax, me incorporo, la abrazo fuerte, la beso y acompaño su movimiento.

—Ahora te vas a sentir completamente llena, cariño —susurro contra sus labios.

Ella me mira y pestañea.

—Bien.

Sienna

La sensación de que Keller intenta sacar su brazo de debajo de mi cabeza me despierta bruscamente e interrumpe mi siestecita postorgásmica.

—Prepárate para tu siguiente sorpresa. No salgas de la habitación hasta que yo vuelva.

Antes de salir de la cama y ponerse los pantalones, me da un beso, y yo no puedo evitar admirar su cuerpo fuerte y cubierto de tatuajes.

—¿Hay alguien más en el barco? —pregunto, y contengo una sonrisa. He planeado algo que será mejor que nadie vea o Keller perdería la cabeza.

Se para con la mano en el picaporte y me mira con una sonrisita.

—Sí que habrá gente durante una hora, seguramente. ¿Por qué?

—Por nada —respondo sin darle importancia.

Levanta una ceja y yo me sonrojo enseguida.

La puerta se cierra con un suave clic y yo salto de la cama y rebusco en mi maleta. Me fui de compras antes de venir y me he comprado algo de lencería para él.

Si tenía alguna duda sobre mi físico, él las ha disipado todas con la forma que tenía de mirarme en el espejo y de hablarme. Me ha recordado lo obsesionado conmigo que está.

Tener a un hombre como Keller que me adora me hace sentir poderosa. Es exactamente lo que necesito. A veces entro en un bucle y necesito que él me saque de ahí.

Cojo el tanga rojo que he personalizado poniendo su nombre en la parte de atrás, escrito con diamantitos, y un sujetador rojo a juego.

Me lo acerco por delante, lo miro y me río para mis adentros. El material transparente no ocultará los pezones.

Me ducho rápido y después elijo un vestido lencero verde y unos zapatos de tacón de aguja negros. Me miro en uno de los espejos y, por primera vez desde hace tiempo, me gusta lo que veo. No puedo ocultar nada de mi apariencia en esta habitación. Veo mi reflejo en todas las paredes.

Pero, joder, estoy guapa. Y a Keller le va a encantar, seguro.

Me peino hacia atrás los rizos y dejo caer la melena sobre un hombro. Termino con un pintalabios de tono *nude* brillante y estoy lista.

Se me acelera el corazón mientras espero a que vuelva. Estoy deseando ver su cara.

Entretanto llamo a Rosa para ver cómo están los niños, que, cómo no, se lo están pasando en grande. Maddie y Grayson también han ido con los suyos y es casi como si hubieran montado una fiesta.

En cuanto cuelgo, miro el reloj y me doy cuenta de que Keller lleva fuera casi media hora. ¿Es raro echar de menos a mi marido cuando ha pasado tan poco tiempo?

Niego con la cabeza y voy hacia la puerta, con el eco de mis pasos retumbándome en los oídos. Al llegar a la cubierta, me paro en seco porque oigo que se acerca. Verlo con su esmoquin negro me trae recuerdos de la noche en que nos conocimos. Todas las imágenes que me inundan el cerebro hacen que se me llenen los ojos de lágrimas cuando lo veo acercarse.

—Creía que te había dicho que te quedaras en la habitación —refunfuña.

—Estaba cansada de esperar. Y te echaba de menos —susurro.

Me mira con suspicacia y se ríe. Después me rodea los hombros con el brazo y me acerca a él.

—Estás para comerte, cariño. Impresionante, joder.

—Tú tampoco estás mal. ¿Me suena de algo ese traje? —pregunto mientras le acaricio la solapa.

—Creo que lo llevaba puesto cuando cierta mujer se lanzó a mi regazo y me agarró la polla.

—¡Oye! No era mi intención. Eso que tienes entre las piernas debería llevar una señal de peligro. —Le doy una palmadita en el pecho y me echo a reír. La sonrisa que veo en su cara hace que sienta mariposas en el estómago.

—Mi mujer nunca se ha quejado de lo grande que la tengo, aunque sí que la he oído gemir bastante fuerte por su culpa.

Le doy un codazo suave en el costado y él reacciona cogiéndome la mano, entrelazando mis dedos con los suyos y llevándome a la parte de atrás del barco. El sol se está poniendo y el agua es como un espejo que refleja el cielo lleno de color. La imagen me deja sin aliento.

Damos la vuelta a una esquina y suelto una exclamación de sorpresa al ver lo que tengo delante: una mesa cubierta de pétalos de rosas y con suficientes velas para quemar todo el barco si no andamos con cuidado.

Me pone una mano al final de la espalda, me lleva hasta la mesa y me saca la silla para que me siente.

Me acomodo y noto sus labios en la sien, un gesto tierno que consigue que me dé un vuelco el corazón.

—¡Es perfecto! —exclamo con un suspiro, y siento el calor de su hombro junto al mío mientras los dos contemplamos cómo se pone el sol.

Sirve champán para los dos y me da una copa.

—Por los seis años que llevo casado con mi alma gemela —dice para brindar, y alza su copa.

—Y por el resto de nuestras vidas, todos los días que nos queden —respondo, y hago chocar las copas.

—Feliz aniversario, princesa.

Lo miro y siento un torbellino de emociones en el pecho.

Estar casada con el amor de tu vida es un regalo. Tengo mucha suerte.

—Te quiero, Keller. A pesar de los años que han pasado, creo que me enamoro más de ti cada día.

—Yo también, cariño. Yo también.

El momento lo interrumpe un hombre que carraspea detrás de nosotros. Keller responde con un gruñido y yo le doy un codazo en las costillas.

—¿Quieren cenar ya, señor y señora Russo? —pregunta el camarero, un hombre joven con el pelo oscuro y acento francés.

—Nos encantaría, gracias —contesto amablemente.

Él asiente y se va.

—Tengo un regalo para ti —murmura Keller, y recupera mi atención.

Lo miro y me da una bolsa negra con un lazo rojo. Conteniendo la respiración, desato el lazo.

—¡No me lo puedo creer! —chillo de placer mientras admiro el lomo de mi novela de romance oscuro favorita de todos los tiempos. Saco el libro y lo levanto para mirarlo, acariciando la tapa brillante con los dedos. Una edición especial con los cantos pintados de rojo metalizado.

Lo abro y me quedo con la boca abierta al ver la firma y mi nombre en la página del título.

—Dios mío, Keller. Pero si ya no venden esta edición. ¡El que yo tenía lo compré hace años!

—Conozco a gente con muchos recursos. Me sentía mal por haber estropeado la tapa del otro.

—Ah, estás más que perdonado —aseguro con una risita, y después pongo una cara muy seria.

Primero me enfurecí cuando me enteré de que me había roto el libro. Pero estaba leyendo lo que había anotado para ver si podía recrear algo, así que no podía enfadarme con él por eso. Nos lo pasamos muy bien.

—Como se te ocurra ponerle las manos encima a este libro, tendré que tomar medidas.

—No me tientes, cariño.

Vuelvo a meter el libro en la bolsa y me acerco a darle un beso.

—Gracias. Lo voy a poner en un lugar especial de la biblioteca.

—Tienes que comprar más libros. Necesitamos inspiración —me susurra al oído.

Mierda; solo con oír eso quiero ponerme al lío ahora mismo.

—Lo retomaré pronto, aunque prefiero que me leas tú.

—Ya sabes que estoy dispuesto a hacerlo. Luca va a ayudarme a llevar el End Zone, así que voy a tener más noches libres.

—Suenas perfecto —contesto, y le acaricio la barba.

Tenemos unas vidas tan ajetreadas que, hasta que no te apartas de la locura diaria, no te das cuenta de lo mucho que echas de menos estar con tu persona especial simplemente sin hacer nada.

Keller es, y siempre será, esa persona para mí.

Aparece el camarero, se agacha y me pone delante un plato rectangular, adornado con flores, en el que hay un surtido de marisco. Mientras me lo está sirviendo, voy a coger la copa de

champán, y él me golpea el brazo accidentalmente y provoca que unas gotas se me derramen en la mano.

—Mis disculpas, señora —dice, y me pone una mano en el antebrazo. Me quedo mirando esa mano bronceada y abro mucho los ojos cuando echo un vistazo a Keller y lo oigo gruñir desde lo más profundo.

Cuando nuestras miradas se encuentran, lo veo lleno de furia. El hombre aparta la mano de inmediato, como si quemara, en cuanto ve la reacción de Keller.

—¡Lárgate del barco ahora mismo antes de que te tire por la borda! —grita.

El hombre se aleja y yo le pongo una mano en el muslo a Keller.

—No me digas que te preocupa un camarero francés —bromeo.

Sus ojos se oscurecen.

—No, cariño. Sé perfectamente que eres toda mía. —Se acerca y noto su aliento caliente junto a mi oído—. Pero ya sabes lo que les pasa a los hombres que tocan lo que es mío, ¿verdad?

Un estremecimiento me recorre la espalda. Sé de lo que es capaz este hombre y hasta dónde puede llegar por mí.

Reduciría el mundo entero a cenizas si hiciera falta.

Contengo una sonrisa y asiento.

—Para, Keller. Ya sabes qué efecto tiene en mí que te pongas así de bruto y posesivo.

Me da un mordisco en el cuello y tengo que cruzar las piernas para intentar liberar algo de la presión que ya estoy acumulando.

—Pues no voy a dejar de serlo, cariño.

Se oye el ruido de un motor y miro detrás de Keller para ver una lancha que se aleja. No puedo evitar reírme.

—Parece que has resuelto esta situación sin tener que matar a nadie. Sabes portarte bien a veces. —Le guiño un ojo.

—En ese caso, espero una recompensa después —murmura.

Keller
Canción: *Love Me, Ex Habit*

Nos pasamos la noche entretenidos con un menú degustación delicioso de siete platos. Algunos eran de los mejores platos que he probado en mi vida. A pesar de la constante distracción del contacto suave de Sienna en mi muslo, consigo contenerme y no tirarla sobre la mesa y devorarla a ella en vez de la comida.

Ahora estamos mirando las estrellas, tendidos en una tumbona, con ella acurrucada junto a mí.

—Sé que esto es el paraíso, pero echo de menos a mis bebés — dice con un suspiro, y se relaja mientras yo le acaricio la espalda.

—Lo sé. Nuestro lugar perfecto está en nuestra casa. Esto es un trocito de paraíso para nosotros solos.

—Podríamos llevar a los niños a alguna parte dentro de poco.

Asiento, y sin darme cuenta le pongo la mano en la parte de atrás de la cabeza y se la masajeo suavemente.

—Como el barco es nuestro, podríamos volver aquí y tal vez incluso navegar de verdad —propongo.

—¿Cómo? —exclama.

—¿Es que creías que en los barcos ponían de serie dormitorios con espejos como ese? Lo han hecho especialmente para nosotros.

Siento que niega con la cabeza. Creo que sigue sin comprender lo ricos que somos, ni es consciente de que me lo gastaría todo en crear recuerdos con mi familia.

—Keller, de verdad, a veces estás un poco loco.

Noto que pone los ojos en blanco, aunque no me mira, así que le tiro un poco del pelo para que lo haga.

—Loco por nosotros, sí.

—Supongo que también podría ser divertido volver aquí nosotros solos otra vez —dice con voz inocente, trazando círculos con una uña en mi pecho desnudo.

—Claro que sí. Pero este viaje no ha acabado todavía y yo sigo muerto de hambre —respondo divertido.

—Vaya, qué pena que ya te hayas tomado el postre.

Cuando se incorpora, yo me tumbo y pongo las manos detrás de la cabeza.

—Eso no era más que el primer plato, cariño. Necesito algo más dulce.

Me humedezco los labios, disfrutando de la anticipación, mientras ella se baja la cremallera del vestido y se lo quita.

—Joder —digo con los dientes apretados, y me paso la mano por la cara. Toda la sangre se acumula en mi entrepierna cuando veo ante mí una imagen impresionante.

Le quito el sujetador con una mano y lo tiro al suelo.

Veo que se mira más abajo y después, un poco tímida, a mí. Levanto las caderas y me quito los pantalones para que vea lo excitado que estoy solo con verla.

Tengo una gloriosa erección. Ella se relame.

—Esto es solo por mirarte, princesa. Ahora trae aquí ese culo estupendo y siéntate en mi cara.

A pesar de la iluminación tenue del barco, veo que se sonroja al oírme.

Me quedo sin respiración cuando se gira. No puedo evitar recorrer con un dedo las letras brillantes que hay en la parte de atrás de su

tanga.

—Dios. Cómprate más como este cuando volvamos a casa.

Ver mi nombre en su trasero hace que me excite.

—¿Te gusta? —pregunta, y me mira por encima del hombro después de apartarse el pelo.

—Muchísimo.

Ella se desplaza hacia atrás y yo gimo cuando me envuelve el pene con sus labios gruesos y acaricia la punta con la lengua.

Inclino la cabeza hacia delante. Su sexo está muy cerca, pero a la vez demasiado lejos. Le aparto la ropa interior con el pulgar y aparece delante de mis ojos su sexo brillante. Provocándome. Quiero que me asfixie con él.

—Para que tenga acceso con la boca, como te he pedido, vas a tener que ser una buena chica y sentarte. Así que siéntate ya. —Mi tono es grave y llama su atención. Suelta una exclamación y yo le doy un azote en el culo.

—Por mucho que me guste metértela hasta la garganta, solo me correré dentro de tu sexo mientras me aprietas. Así que siéntate.

Ella se levanta despacio, pero no me obedece.

—No me hagas repetirlo.

Se estremece y una sonrisa aparece en sus labios.

—O hazlo y verás qué te va a pasar después. Yo lo disfrutaré de todas formas.

Y, dicho eso, le cojo las caderas y la obligo a pegarse a mi cara. Mi nariz queda entre sus nalgas y la devoro como un hombre hambriento.

Sus caderas empiezan a moverse, pero yo la agarro para que se quede quieta y meto la lengua en su interior. Juro por Dios que estoy a punto de correrme allí mismo cuando ella se mete la mano en la ropa interior y se pone a acariciarse el clítoris.

Las caderas empiezan a hacer movimientos bruscos, sus piernas se tensan junto a mi cabeza y sus suaves gemidos resuenan en mis oídos. No paro.

Otro azote en el culo basta para que me empape la cara. Yo le lamo hasta la última gota.

Ella se va alejando, centímetro a centímetro, y yo me quedo con la boca abierta y sin poder apartar la vista de ella, que se gira sobre mi pecho, con las piernas bien apoyadas a ambos lados de mi cuerpo y un ansia incontrolable en los ojos.

—¿Lo he hecho bien? —pregunto, y me muerdo el labio.

—Claro, guapo. ¿Quieres tu recompensa ahora? —dice acercándose un poco. Su aliento cálido me cosquillea en la piel y me da unos suaves mordiscos en el labio inferior.

—¿Y cuál va a ser?

—Bueno, el caso es que nunca hemos practicado sexo anal.

El corazón me late como un loco. Dios, amo a esta mujer.

—¿En serio esa es mi recompensa?

—Sí. Pero asegúrate de correrte en el agujero correcto para hacerme ese bebé que me has prometido. —Y suelta una risita.

Me abalanzo sobre ella y la cojo en brazos.

—Te quiero muchísimo, Sienna.

—Para siempre, Keller. Tú siempre serás mi para siempre.

La beso para dejarle claro cuánto significa para mí. Desde que la vi por primera vez hasta el día de hoy, siete años después, no ha dejado de iluminar toda mi existencia. Ella es mi todo y mi para siempre.

Mi alma gemela.

Entrevista con Keller Russo, El Asesino
El nuevo campeón del mundo indiscutible de los
pesos pesados, cuyos puños han silenciado a todos
sus rivales

ENTREVISTADOR:

Enhorabuena, Keller, el Asesino, por tu reciente título mundial. Voy a empezar con una pregunta muy directa: ¿qué tal sienta la victoria? Hemos visto y seguido tu evolución desde las peleas en las calles hasta este momento. Debe de ser importantísimo para ti, ¿no?

KELLER:

No puedo describir la sensación con palabras. Significa más de lo que nadie podría entender. No se trataba solo de ganar en el ring, sino de recuperar mi vida. El boxeo me salvó muchos años atrás y con esto lo ha conseguido otra vez. Y además de haber sido una victoria para mí, también lo ha sido para mi familia, mi entrenador Grayson y mi flamante prometida. No estaría aquí sin ellos. Esto es por ellos y por mi futuro.

ENTREVISTADOR:

¡Sí! Hay que darte la enhorabuena por eso también. Has conseguido el cinturón y a la chica. ¿Qué te ha puesto más nervioso, cruzar la pasarela para pelear o hincar la rodilla?

KELLER:

Nunca dudé de mis habilidades como boxeador. He entrado en ese ring con un objetivo y un resultado, que era ganar. Y después pedirle matrimonio a Sienna, hacerla mía. Eso es lo que he ganado de verdad esta noche, porque hace solo unas horas no las tenía todas conmigo de que fuera posible. Pero seguramente es el momento en que más rápido me ha latido el corazón en mi vida, y sin duda lo recordaré siempre.

ENTREVISTADOR:

¿Y cuándo va a ser la gran boda del señor Russo? Tengo la impresión de que no eres un hombre al que le guste esperar.

KELLER:

Me casaría con ella esta misma noche. Para eso estamos en Las Vegas. Pero será cuando ella quiera. Voy a pasarme toda la vida dándoselo todo. Tendrá cualquier cosa que desee. Aunque es posible que en esta ocasión la convenza de que aceleremos el proceso. Tengo mi forma de salirme con la mía. Y además también hay mucho que compensar.

ENTREVISTADOR:

Os deseamos toda la felicidad del mundo. Parece que ahora mismo todo está a tu favor. Lo que me lleva a la pregunta: ¿cuál va a ser tu siguiente reto? Dentro y fuera del ring.

KELLER:

Dentro del ring, voy a seguir trabajando con mi entrenador, Grayson, para encontrar y entrenar a más boxeadores en nuestro gimnasio de Nueva York, el King's Gym. Y estoy seguro de que ya está trabajando

para programar mi próximo combate. Alguien intentará conseguir este cinturón, y yo estaré encantado de defenderlo. No pienso soltar ninguno. Fuera del ring, me centraré en mi familia. Hemos comprado una casa nueva, que quiero convertir en un hogar. Deseo darle a mi familia lo que nunca tuve cuando era pequeño y disfrutar de mi futura esposa todo lo posible. Ese será mi principal objetivo. He logrado lo que me he propuesto en mi carrera en el boxeo. Ahora he recuperado mi vida y quiero vivirla.

ENTREVISTADOR:

Si pudieras darle un consejo a un aspirante a boxeador que esté en la misma situación en la que tú estabas hace unos años, ¿qué le dirías?

KELLER:

Nunca tires la toalla. Da igual la mierda que te ponga la vida por delante; sé fiel a quien eres y lucha contra todo, aunque tengas que hacerlo todos los días, para llegar adonde te propongas. Incluso en los días en que crees que no puedes más y que tus sueños son inalcanzables, mueve el culo y trabaja para lograrlo. Lucha por ti y, si hace falta, enfréntate a tu mente. Si te rindes es cuando no va a pasar.

ENTREVISTADOR:

¿Vamos a ver a un Keller júnior en el ring en el futuro?

KELLER:

Ojalá. Pero veamos primero qué me depara el futuro. Ahora mismo tengo todo lo que necesito con Sienna. Pero tal vez lo sepamos antes de lo que creéis.

ENTREVISTADOR:

Te voy a dejar volver a la celebración doble de esta noche. Pero una última pregunta... ¿Algún plan especial para celebrarlo? Supongo que el equipo y la familia habrán pensado en algo a lo grande.

KELLER:

No vamos a hacer una gran fiesta. Solo estaré con mi chica, pero no será un momento que se pueda emitir por televisión. Aunque, si te alojas en el hotel, es posible que nos oigas.

Distance: Directo al corazón
Luna Mason

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Distance*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, Africa Studio / Shutterstock

© de las ilustraciones del interior, Shutterstock

© Luna Mason, 2023

First Published by Kensington Publishing Corp. Translation rights arranged by Sandra Bruna Agencia Literaria, SL All rights reserved.

© de la traducción, María del Puerto Barruetabeña Diez, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

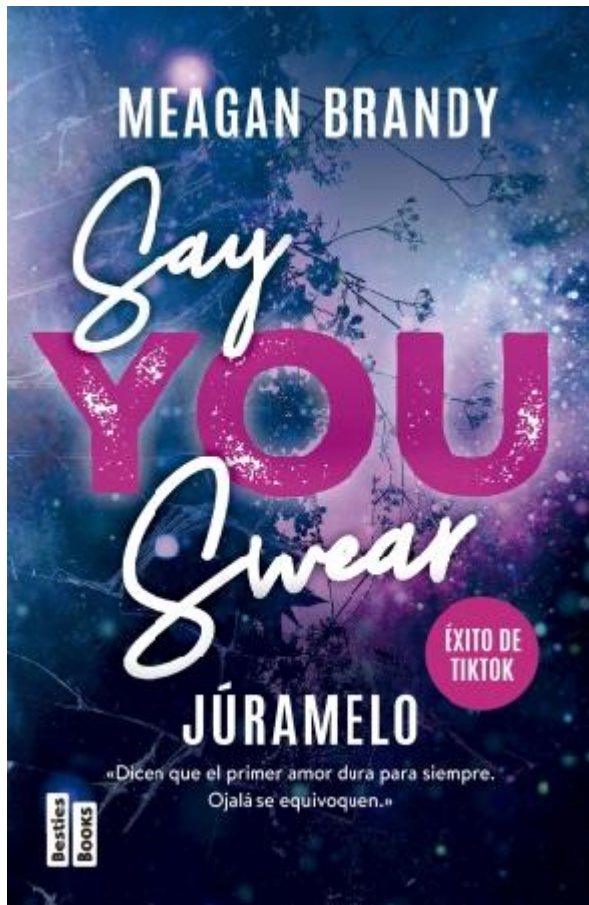
www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2026

ISBN: 978-84-270-5478-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Say You Swear (Júramelo)

Brandy, Meagan

9788427054172

616

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

Una historia conmovedora, intensa y llena de emoción sobre el primer amor y sobre encontrarse a una misma.

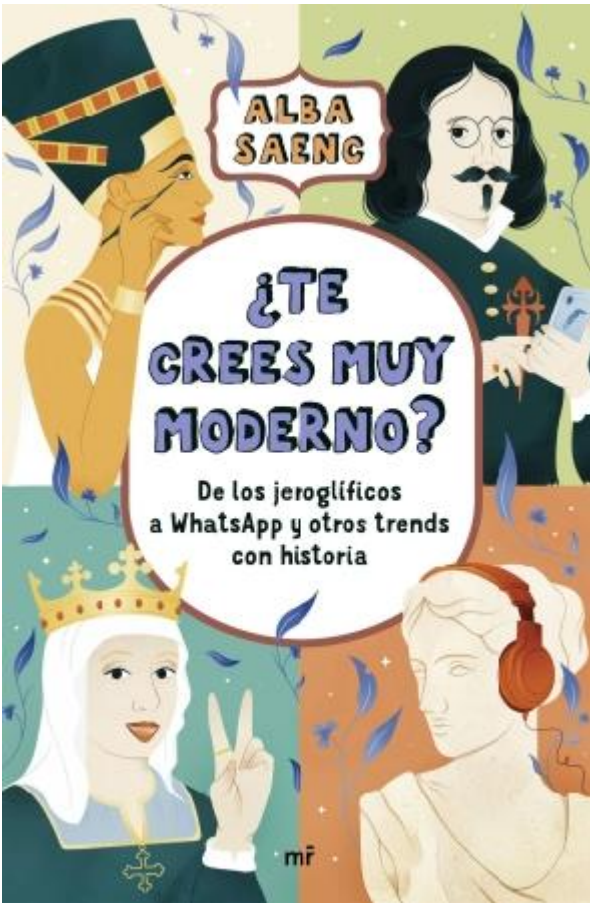
Una historia conmovedora, intensa y llena de emoción sobre el primer amor y sobre encontrarse a una misma.

Durante años Ari ha soñado con su vida universitaria y, aunque hubiera cosas que cambiaran, había siempre una constante. No importa cuánto dejara llevar su imaginación, siempre le llevaba al mismo lugar al final: a Chase. Para Ari, su futuro estaba claro, él era su futuro. Hasta que un día todo cambió.

Tras el accidente, Ari es una sombra de lo que fue, a la deriva y sin saber cómo salir a la superficie. Dicen que el primer amor dura para toda la vida. Y eso es precisamente lo que le da miedo.

«Pura adicción y una buena dosis de amor y drama. Pensaba que no podía sorprenderme más y entonces llegó EL FINAL.»
Andrea Izquierdo, @andreorowling

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



¿Te crees muy moderno?

Saeng, Alba

9788427054912

224

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

La historia no es aburrida, es el mejor salseo de todos los tiempos.

¿Te crees muy moderno?

Pues...alerta *spoiler*: todo lo que hacemos hoy ya se había inventado antes. ¿O acaso no sabías que...?

- Los griegos ya tenían sus *enemies to lovers*.
- Los romanos eran expertos grafiteros.
- Los egipcios montaban las mejores *raves*.
- Los *beefs* de Aristófanes no tenían nada que envidiarle a los de Taylor Swift.

Con mucho humor, datos curiosos y mil referencias a la cultura pop, **Alba Saenc nos demuestra que la historia no es aburrida, sino el mejor salseo de todos los tiempos.**

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Captive: No juegues conmigo

Rivens, Sarah

9788427052352

608

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

El fenómeno Dark Romance que ha conquistado Francia, seduciendo a más de 800.000 lectoras en tiempo récord.

EL ÁNGEL

Cuando mi madre murió, mi vida cambio por completo. Para ayudar a mi familia, me he visto envuelta en el oscuro mundo de la mafia. A pesar de las cosas terribles que he vivido, no estoy dispuesta a rendirme. Al menos, eso pensaba hasta que me obligaron a trabajar para Asher Scott. Es el jefe del clan Scott y la persona más horrible que he conocido...aunque mi corazón no siente lo mismo.

EL DIABLO

Todos piensan que soy la persona más fría que han conocido, pero no es fácil formar parte del despiadado mundo al que pertenezco. Desde que me pusieron al frente del negocio familiar, para proteger al clan Scott, juré que nunca me volvería a fiar de nadie. Y lo estaba consiguiendo...hasta que mis hermanos me obligaron a aceptar que Ella Collins trabajara para mí. Estar cerca de ella es peligroso.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Mi sangre por el Imperio

Laura Díaz (@fantasyliterature)

9788427054516

408

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Un fantasy lleno acción inspirado en la mitología japonesa.

Nacida con una misión, Suki vive con una cuenta atrás grabada en su piel.

Antes de que caiga el **último pétalo del cerezo**, deberá ascender al **Quinto Cielo o su Imperio será devorado por la Purga**.

Convertirse en **kitsune** es el destino que le impusieron los dioses..., pero para ella es un castigo.

Ryuu, un samurái tan misterioso como letal, se presenta a las pruebas mortales para convertirse en uno de los cuatro guardianes encargados de proteger a la elegida y ayudarla a cumplir su destino. Un juramento de lealtad y sangre.

Ninguno de los dos está preparado para enfrentar el ascenso a una montaña ancestral repleta de **yokais poderosos, traiciones y conspiraciones** que amenazan con quebrar el equilibrio del mundo.

Un *fantasy* lleno de acción y mitología japonesa donde el deber y el destino se enfrentan en una lucha sin tregua.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Captive: Moriría por ti

Rivens, Sarah

9788427053274

616

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Descubre la esperada conclusión de la trilogía Captive: Asher y Ella regresan para resolver su historia de manera inolvidable. El fenómeno Dark Romance nº1 en librerías que ha conquistado a más de 1.000.000 de lectores en Francia.

Ha pasado un año desde que Asher alejó a Ella de su vida. Mientras ella lucha por sanar sus heridas, él no puede olvidar sus ojos azules. Asher, líder de la red de los Scott, es demasiado orgulloso para volver a buscarla, pero sus caminos están a punto de cruzarse de nuevo. La tentación de reavivar los sentimientos de su 'ángel' es irresistible para Asher...sin prever que también despertará de nuevo sus propios deseos. Esta vez, Ella no perdonará su año de silencio.

Antes moriría por Asher; ahora, su dulce ángel está dispuesta a dejar de ser tan buena y a incendiar su mundo, aunque para ello deba perder alguna pluma de sus alas...

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

 Portada del libro «Distance: Directo al corazón» de Luna Mason, con guantes de boxeo rojos colgados sobre un fondo gris adornado con flores grandes y coloridas en los bordes.